



Kaera Nox

Volverte

a

ver

Volverte a Ver

Kaera Nox

© Kaera Nox, 2017

Título: Volverte a ver.

Publicado en Sevilla, septiembre de 2017.

Depósito Legal: SE 1738-2017

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud a la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Para Sonia.
Dicen que la familia no la eliges, te toca en suerte*

*Y yo tengo la inmensa suerte de que seas parte de la mía.
Te Quiero.*

Índice

Índice	6
Argumento	8
Capítulo 1	9
Capítulo 2	15
Capítulo 3	30
Capítulo 4	37
Capítulo 5	50
Capítulo 6	56
Capítulo 7	66
Capítulo 8	73
Capítulo 9	81
Capítulo 10	92
Capítulo 11	101
Capítulo 12	110
Jorge	119
Claudia	123
Capítulo 14	125
Capítulo 15	132
Capítulo 16	141
Capítulo 17	146
Capítulo 18	153
Capítulo 19	163
Capítulo 20	173
Capítulo 21	178
Capítulo 22	190
Capítulo 23	199
Capítulo 24	207
Epílogo	216
Sobre el autor	225
Agradecimientos	226
Notas	228

Argumento

Claudia no está pasando por su mejor momento. Su prometido la dejó plantada días antes de la boda y ahora tiene que pasar una semana en Tenerife. ¿El problema? Irá acompañada por sesenta adolescentes a los que vigilar durante su viaje de fin de curso. Podría ser peor... ¿no? Pues sí, lo último que espera Claudia es coincidir en el mismo hotel que su amor de juventud. El que fue su mejor amigo y su primer gran amor. El mismo que se deshizo de ella sin mirar atrás ni una sola vez, dejándole el corazón hecho pedazos.

La vida de Jorge ha dado muchas vueltas en los últimos diez años. Ha cambiado de trabajo, de casa, de vida. Pero por muchos cambios que ha hecho sigue echando en falta algo... A ella. Encontrársela en Tenerife es la excusa perfecta para volver a tenerla en su vida. Pero... ¿Serán diez años demasiado tiempo? ¿Podrá Claudia perdonarle?

Cuando el destino los cruza de nuevo tendrán que decidir si confiar el uno en el otro, si dejar atrás el pasado y hacer frente a los sentimientos que se han negado durante demasiado tiempo.

Capítulo 1

Siempre me han gustado los aeropuertos, probablemente más por la perspectiva de viajar a algún sitio que por el edificio en sí, pero, sobre todo, por ese aroma de sentimientos encontrados que impregna el aire. Despedidas, reencuentros, viajes que comienzan cargados de ilusión, y regresos embebidos de decepción y tristeza, frente a otros que se marchan entre lágrimas y regresan cargados de abrazos, besos y risas. Las mismas lágrimas en distintos rostros que expresan sentimientos y emociones totalmente opuestas. Sin embargo, hasta aquel día nunca había asociado, ni el ambiente de un aeropuerto, ni a mí misma, con el estado de estrés, nervios, ansiedad e incertidumbre que me invadía en aquellos momentos.

—¡7 días en el paraíso! ¡Menuda suerte! —Esa fue la reacción de mi querida amiga Laura cuando le conté que me iba una semana a Tenerife.

He de admitir que mi cara no acompañaba a las noticias ni a su expresión de júbilo. Claro que no eran unas vacaciones normales, había tenido la inmensa suerte de ser escogida como una de las tutoras que acompañaría a los tres cursos de 4º de ESO del instituto en el que trabajaba en su viaje de fin de curso. Hecho que transformaba una potencial estancia en el paraíso, en un viaje estresante con casi 60 adolescentes hormonados a mi cargo y el de otros tres profesores.

—¡Es lo que tiene ser novata! Pero míralo por el lado bueno, tendrás una semana para tomar el sol y coger algo de color, que últimamente pareces más un fantasma que una persona. —La mirada que me regaló Laura fue de lo más tajante. —Además... a lo mejor conoces a alguien interesante. —Continuó con un guiño y una sonrisa pícara en los labios, a la que le respondí con mi mejor mirada fulminante. —Ya es hora de pasar página, Claudia. Y no es una sugerencia.

Después de esa tajante afirmación, mi querida amiga me obligó a ir de tiendas y comprar un par de bikinis minúsculos que no me pondría ni para ir a la playa sola... por lo que quedaban totalmente descartados para aquel viaje. Aunque en un impulso, que aún no acababa de comprender y prefería no cuestionar, había acabado metiéndolos esa mañana en la maleta sin saber por qué.

Así que, ahí estaba yo. En un aeropuerto a las 8 de la mañana, rodeada de

adolescentes sobreexcitados y de padres y madres sobreprotectores que no dejaban de repetirme una y otra vez las mismas preguntas y advertencias. Y yo, que me había pasado la noche en vela con una sensación extraña en la boca del estómago, no podía quitarme el mal presentimiento de la cabeza. A ver, sí, irse una semana a Tenerife con un montón de niños a tu cargo es una responsabilidad, pero no era la primera vez que lo hacía. Antes de sacarme las oposiciones de educación había trabajado como monitora en campamentos y sabía cómo manejarlos, por eso los nervios que me atenazaban no acababan de tener sentido.

—Perdona Claudia. —La madre de una de mis alumnas se acercó a mí interrumpiendo mis pensamientos.

—Dígame, Rosario.

—Verás, es que Anita está mala... ya sabes, en esos días del mes...

Y mientras Rosario me contaba que su pequeña Anita se ponía muy mala cuando estaba con la regla, porque le daban náuseas, y me daba toda una serie de indicaciones sobre qué hacer, de esa forma tan característica que tienen las madres tipo gallina clueca, que cuando sus hijos salen de casa parece que se van a la guerra y te indican hasta cómo poner correctamente una tirita (que, todo sea dicho, también tiene su ciencia), nos llamaron para embarcar.

—No se preocupe Rosario, estaré pendiente y me aseguraré de que se toma las pastillas para el mareo.

Me despedí de aquella madre con una gran sonrisa y mi mayor expresión tranquilizadora y fui a reunirme con mis compañeros para organizar a los niños.

La verdad es que había tenido suerte. Los otros tres profesores con los que iba a viajar eran más o menos de mi edad y nos llevábamos muy bien. Bueno, al menos con dos de ellos. A Marta, la profesora de Educación Física, no acaba de entenderla ni de tragarla, pero manteníamos una relación bastante educada, por lo que no solíamos tener problemas. Los otros dos: Raúl, de Matemáticas y Martín, de Lengua y Literatura, eran un encanto. Especialmente Martín, un moreno de ojos verdes y 41 años, casado y con un bebé de apenas 18 meses al que adoraba casi tanto como a su mujer. Lo de Martín y yo podría decirse que había sido “amistad a primera vista” y durante aquel curso se había convertido en un buen amigo y mi mayor aliado dentro de las paredes del instituto.

Una vez conseguimos que los padres terminaran de despedirse de sus hijos

y que estos se organizaran para pasar al embarque, subimos al avión. Me había tocado asiento de ventanilla y tenía a mi lado a Marta que, nada más subir, se puso los cascos y subió el volumen de su iPod al máximo dejando muy claro que, pasara lo que pasase, sería mejor que no osáramos molestarla. Suspiré y le cambié el asiento. Estaba claro que, en caso de que hubiera algún problema, ella no iba a levantarse y no le iba a sentar bien que estuviera entrando y saliendo constantemente.

Después de asegurarme de que todos los niños a mi cargo (y los de Marta) estaban a bordo y sentados en sus asientos y de que Anita se había tomado la pastilla para el mareo, tomé asiento y me dispuse a mentalizarme para afrontar la semana que tenía por delante.

Tres horas después tomábamos tierra en el aeropuerto de Tenerife Norte y tras recoger las maletas, repartimos a nuestros alumnos entre los dos autobuses que nos estaban esperando para llevarnos al hotel en Santa Cruz de Tenerife. Marta y Raúl subieron con el primer grupo y Martín y yo con el segundo. En cuanto el conductor arrancó, Martín se giró para mirarme.

—¿Va todo bien?

—Sí, claro. ¡Estamos en Tenerife! —Respondí con lo que creí que era mi mejor cara de ilusión.

Martín enarcó una ceja y continuó mirándome fijamente.

—Claudia... —Ese tono de voz presagiaba problemas, lo había escuchado demasiadas veces aquellos seis últimos meses como para no saberlo.

—En serio Martín, estoy bien. Es solo que apenas he dormido esta noche y estoy cansada. Se me pasará en cuanto nos ubiquemos en el hotel y pueda relajarme un poco.

Martín bajó la ceja, pero no dejó de mirarme con aquellos ojazos verdes que Dios le había dado, y que harían cometer locuras a cualquier mujer que no lo conociera lo suficiente como para saber que amaba a su esposa y a su hija más que a nada en el mundo.

—Está bien, me lo creeré... de momento. —Me guiñó un ojo a la vez que me dedicaba una tranquila sonrisa, antes de relajarse en su asiento y volver la vista al frente.

Cuando llegamos al hotel se desató la locura. A pesar de que habíamos cuadrado las habitaciones con antelación, el reparto y la organización se hizo cuando menos estresante ya que no éramos el único grupo de escolares de viaje de fin de curso y la organización del hotel estaba un poco (bastante) desbordada.

Una hora después, todos los niños estaban ubicándose en sus respectivos cuartos, mientras Marta y yo dejábamos las maletas en la habitación que nos tocaba compartir.

Marta se había apoderado de la cama junto al balcón, lo que me dejaba a mí la más cercana a la puerta y por tanto la que estaba más cerca de la salida en caso de que hubiera que atender a alguno de los alumnos. Lo que, dada su actitud, era una indirecta bastante directa desde mi punto de vista. Pero estaba cansada, el nudo de nervios seguía aferrado con fuerza a mi estómago y no me apetecía discutir, así que lo dejé correr. Como habíamos quedado para vernos en el comedor en media hora para tomar algo y después irnos a la playa, abrí mi maleta sobre la cama dispuesta a darme una ducha y ponerme algo más apropiado que los vaqueros largos y la camisa azul que llevaba. Estaba rebuscando entre mis cosas cuando una mano se apoderó de uno de los bikinis que había añadido a la maleta esa misma mañana.

—¡Guau! ¿Y esto? No pensarás ponértelo, ¿no? —dijo Marta mientras sacaba la minúscula prenda rosa chicle de mi maleta y lo miraba minuciosamente.

—La verdad es que no sé ni por qué lo he puesto en la maleta —contesté mientras extendía la mano para que me lo devolviese.

—Yo sí que lo sé —me dijo con una mirada pícaro —lo has puesto para mí, porque no has podido evitar pensar que me quedaría como un guante. Después de todo, tu culo no necesita llamar más la atención.

¿Acababa de llamarme culo gordo? ¡Joder! Justo lo que necesitaba mi autoestima... y sólo llevábamos unas horas juntas. Aquel viaje cada vez pintaba mejor. A ver, es cierto que físicamente no soy nada del otro mundo, tengo curvas y nunca tendré una talla 38 (de hecho, me costaba sangre, sudor y lágrimas, mantenerme en una 42 que, muy a menudo, era más una 44) y, aunque durante la adolescencia lo pasé mal, a mis 33 años cumplidos, había hecho las paces con mi cuerpo y aprendido a aceptarme y quererme tal y como era. Intentaba mantenerme en forma con clases de aeróbic, zumba y cualquier cosa que implicara bailar ya que, aunque el deporte nunca había sido lo mío, bailar me encantaba. Así que sí, carecía del cuerpo de diosa griega de Marta, de su melena rubia, larga y con esas perfectas y graciosas ondas, y de sus enormes ojos negros enmarcados por kilométricas pestañas, tampoco tenía sus tetas (llevaba desde los catorce años esperando a que las mías se desarrollaran del todo). En resumen, que mi metro sesenta y cinco, mi discreta e indomable melena castaño oscuro, mis corrientes ojos marrones

y mi cuerpo con curvas en todas partes menos en donde hacían falta, no era comparable al de Marta, pero eso no le daba derecho a... Apreté el puño con fuerza mientras bajaba el brazo e intenté imbuir mi voz de la mayor indiferencia posible mientras me giraba para entrar en el baño.

—Es cierto, probablemente si te lo pones parezca que tienes algo de donde agarrar en vez de una espalda que te llega hasta los muslos.

Cerré la puerta del baño tras de mí y me dispuse a darme una ducha. <<Claudia:1, Marta:0>> pensé, mientras una sonrisa maliciosa se dibujaba en mi cara.

Salí del baño diez minutos después con unos shorts vaqueros, una camiseta de tirantas blanca amplia que se ajustaba bajo el pecho con un pequeño lazo azul y las sandalias de cuero marrón. Marta estaba admirando cómo le quedaba mi bikini mirando su reflejo en las puertas de la terraza... y la verdad es que no le quedaba nada mal, le hacía un buen culo... ¡mierda! Me obligué a apartar mis ojos de aquella visión que hacía empequeñecer a mi, ya de por sí escasa, autoestima.

—Voy a pasar por las habitaciones para avisar a los niños, que vayan bajando al comedor. Cuando vayas a bajar asegúrate de que no hay ningún rezagado.

—Vale, yo bajaré en un rato.

Ni siquiera me miró al responderme, así que agarré la toalla de playa, la metí en el bolso que me había traído para aquel fin, me aseguré de que llevaba crema solar, las gafas de sol y cualquier cosa que pudiera necesitar, y salí por la puerta de la habitación. Cuando la cerré tras de mí no pude evitar un suspiro. Entre los niños y Marta me esperaba una semana movidita. El truco para llevarnos bien durante el curso había consistido en que las dos coincidiéramos lo menos posible, pero teniendo en cuenta que íbamos a compartir habitación y responsabilidades durante los próximos días, evitarnos iba a ser un poco complicado.

Después de recorrer las habitaciones de las chicas (Raúl y Martín se encargaban de los chicos), solucionar un par de incidentes sin importancia y asegurarme de que estaban listos para bajar a comer e ir después a la playa, me dirigí al comedor. Cuando llegué a recepción vi a Raúl hablando con la chica que estaba tras el mostrador y me acerqué a ver si había algún problema y podía ayudar.

—¿Todo bien?

—Sí, es solo que ha habido una confusión con una de las habitaciones,

pero ya está arreglado. ¿Vas al comedor?

Mi respuesta quedó atrapada en mi garganta al escuchar otra voz.

—Disculpe ¿Podría confirmarme el horario asignado para la piscina?

Aquella voz me dejó clavada en el sitio. La recepcionista cogió un fajo de papeles y comenzó a ojearlos.

—Es del Colegio Internacional de Madrid, ¿verdad?

—Así es.

—Tienen la piscina disponible de 4 a 6.

—Gracias.

Sólo cuando se dio la vuelta para alejarse del mostrador me atreví a mirar a aquel hombre que tenía una voz que me traía recuerdos enterrados. Pero no podía ser. Al girarme pude ver a un hombre alto, de alrededor de metro noventa, con hombros anchos y el cuerpo definido de un deportista e, incluso de espaldas, supe que era él.

—¿Claudia? ¿Vas al comedor? —La pregunta de Raúl me devolvió a la realidad. Exhalé el aire que no sabía que estaba conteniendo desde el momento que aquella voz había atravesado mis oídos y me obligué a apartar la vista de la puerta por la que había desaparecido aquel hombre y mirar a mi compañero.

—Sí, ¿vamos? —Forcé las palabras, que salieron apenas como un murmullo, a través de mi garganta seca por la impresión.

Nos dirigimos al comedor mientras Raúl hacía algunos comentarios sobre el hotel a los que no presté la más mínima atención. No era posible, seguro que mi cerebro me estaba jugando una mala pasada ¿cómo iba a estar Jorge allí?

Capítulo 2

Jorge...

Habían pasado más de diez años desde la última vez que nos vimos. Más de diez años sin saber nada del que había sido la otra mitad de mi ser durante mi adolescencia y el comienzo de mi vida adulta. Mi mejor amigo, mi confidente, mi primer gran amor... y el que durante años había sentido que sería el último.

Conocí a Jorge durante mi primera semana en el instituto, un lugar que me resultó caótico y desconcertante, con chicos por todas partes, gente que vestía de una forma extraña y con piercings en lugares poco usuales. Algo realmente asombroso para una chica tímida e ingenua como yo, que además sólo conocía el colegio religioso femenino en el que había estudiado la EGB. Al finalizar octavo y, como el colegio de monjas sólo tenía enseñanza básica, no quedó más remedio que buscar otro centro en el que estudiar BUP y COU y, después de mucho buscar y pelear con mis padres, había conseguido salirme con la mía y que me matricularan en el instituto público del barrio donde vivíamos en Madrid, el mismo al que iría Paula, mi mejor amiga del colegio. Ambas llevábamos un año soñando con recorrer los pasillos de un instituto público, adorábamos la serie “Salvados por la Campana^[1]” y éramos lo suficientemente inocentes como para habernos visualizado innumerables veces viviendo nuestra propia versión de High School americano. Así que, cargada de sueños y pajaritos televisivos, a mis recién estrenados catorce años descubrí como un nuevo y alucinante mundo se abría ante mí, aunque eso sí, no se parecía en nada a los institutos de las series americanas que Paula y yo devorábamos a la menor oportunidad.

Durante la primera semana fue como estar en una realidad alternativa. Acostumbrada a mis monjas, a mis profesores de toda la vida, que sabían nuestros nombres, el de nuestros padres y casi lo que desayunábamos cada mañana, aquel lugar me recordaba más a una selva. Los profesores te dejaban ir por libre y no te dirigían la palabra salvo que fuera estrictamente necesario. No hubo presentación a la clase, ni conversación con la nueva tutora, nadie nos enseñó el centro ni nos indicó dónde estaba cada cosa, simplemente era como si siempre hubiéramos estado allí y ya tuviéramos que saber cómo funcionaba todo.

Entre nuestros compañeros éramos “las nuevas” en el mejor de los casos, venir de un colegio de chicas no nos convertía precisamente en las más populares. Las chicas no se parecían en nada a nuestras excompañeras. Estaba convencida de que más de una debía levantarse al menos un par de horas antes para llegar al instituto perfectamente maquillada y con un modelito diferente cada día. Y los chicos... bueno, digamos que mi experiencia en relacionarme con ellos se reducía a mi hermano, nueve años mayor que yo, y un par de primos más o menos de mi edad a los que con suerte veía dos o tres veces al año. Ni ellos ni ellas nos dedicaron más de una mirada al entrar en clase el primer día, antes de continuar con su rutina como si fuéramos parte del mobiliario escolar.

Yo, con mis gafas que me ocupaban casi toda la cara, algunos kilos de más, un desconocimiento total de la moda del momento y mi timidez, casi agradecía que fuera así. Paula, en cambio, no tardó en llamar la atención de los chicos más interesantes de la clase y, por “interesantes” me refiero a los repetidores y más gamberros. Su pelo caoba que llevaba largo y rizado, junto a sus ojos azules y al hecho de que estaba bastante desarrollada hacían de ella una chica bastante llamativa y, si a eso le añadías que no sabía lo que era la vergüenza...

Por todas esas razones (y alguna más), cuando llevábamos tres días en el nuevo instituto, ya se había convertido en la más conocida de todo el curso de 1º de BUP y tenía una cola de chicos a sus espaldas, entre los que se encontraba Jorge que, aunque era un año mayor que nosotras, estaba en nuestra clase. Moreno de piel, con ojos color miel, el pelo castaño claro cortado a lo Nick Carter (sí, el de los BackStreet Boys^[iii]) y tan gamberro y sinvergüenza como parecía, acabó ganando puestos en la cola de pretendientes. Empezaron a salir cuando llevábamos poco más de un mes de clases, que por aquella época era poco más que cogerse de la manita y darse algún beso a escondidas y, aunque sólo duraron unas semanas, acabamos formando parte de su grupo de amigos.

Durante el tiempo que duró su “relación”, dado que mis padres preferían tenerme en casa por las tardes en lugar de que me fuera a la biblioteca y que los padres de Paula se quedaban más tranquilos, mi casa se convirtió en el punto de encuentro y todas las tardes Paula y Jorge venían a “estudiar”. Vamos, que ellos se enrollaban en mi habitación mientras yo estudiaba. Cuando cortaron, teníamos encima los exámenes de final de trimestre, así que las tardes de estudio se hicieron indispensables y continuamos pasándolas los

tres juntos. Tarde tras tarde, entre explicación de matemáticas y temario de inglés, nos hicimos amigos. Aunque Jorge era un año mayor y lo más opuesto a mi forma de ser que podía imaginarme. Él siempre decía que yo era la calma, la que le ayudaba a centrarse y a aclarar sus ideas, y mientras yo le ayudaba con las mates y el inglés, él me daba consejos sobre cómo tratar a los chicos.

Los cursos fueron pasando, me quitaron las gafas, mi cuerpo cogió forma, me despedí de parte de mi timidez y tuve mis historias con algún que otro chico. Además, durante ese tiempo descubrí que, bajo aquella imagen de gamberro, de todo aquel descaro y frivolidad, Jorge era un chico extremadamente sensible y cariñoso. Durante los tres años siguientes a esa primera semana, entre clases, recreos, quedadas para estudiar, salidas al cine o a dar una vuelta por el barrio, los hilos de nuestra amistad comenzaron a hacerse más fuertes. Hablábamos de quién nos gustaba, de nuestros problemas en casa, de las clases, de las peleas con los amigos... y, sin saber cómo, aquel gamberro sin vergüenza comenzó a convertirse en mi paño de lágrimas, el hombro en el que lloraba mis penas y con el que celebraba mis alegrías y yo, me convertí en el suyo.

Sus padres se divorciaron cuando estábamos en 3º de BUP y cuando acabó el curso, se trasladó con su madre a vivir a Segovia. Nuestra amistad podría haberse enfriado con la distancia, pero no lo hizo, todo lo contrario. Las tardes de estudio, los recreos y las quedadas, se transformaron en una avalancha de cartas y llamadas en las que nos desahogábamos del estrés de prepararnos para selectividad, la presión de las clases y la incertidumbre sobre qué carrera queríamos estudiar. Al final yo me decidí por filología inglesa y Jorge por arquitectura. ¿La buena noticia? Volvería a Madrid para estudiar en la universidad.

Cuando aquel verano volvió a casa de su padre llevábamos casi un año sin vernos y yo lo había echado de menos hasta rabiar. Después de tres años compartiéndolo prácticamente todo y viéndonos diariamente, aquel tiempo sin vernos para mí había sido como vivir sin una extremidad, un auténtico suplicio. Aun así, estaba nerviosa por volverle a ver. Habíamos quedado “donde siempre”, es decir, en el parque donde había pasado alguna de las mejores tardes de mi vida (y también las más vergonzosas) y, mientras lo esperaba, no podía evitar pensar si sería diferente, si durante ese año, a pesar de las llamadas y las cartas, habríamos cambiado demasiado como para retomar la amistad en el mismo punto en que estaba cuando se marchó. En las

ocasiones en que había venido a ver a su padre durante ese año no habíamos podido quedar, y en los últimos meses, con el estrés de la selectividad y las vacaciones de verano, apenas habíamos hablado.

Antes de que se fuera, abrazarnos, darnos besos o cogernos de las manos era algo normal entre nosotros y después de tanto tiempo, me moría de ganas de darle un abrazo enorme y no despegarme de él hasta que cada célula de mi cuerpo estuviera totalmente convencida de que mi mejor amigo había vuelto, pero... ¿y si a él no le parecía bien? ¿Y si ya no se sentía cómodo con que le abrazara? ¿Y si...? Esas y mil dudas inundaron mi mente hasta el instante en que le vi venir hacia mí y abrazarme con tanta fuerza que me levantó del suelo. Todas las dudas que me habían atormentado en los últimos días se diluyeron al ver su sonrisa sincera y al escuchar su “te he echado de menos” mientras me estrechaba con fuerza entre sus brazos.

Crecimos y, en contra de todos los pronósticos, nuestra amistad solo creció más y más. Sus novias me odiaban por ser su mejor amiga y mis novios lo odiaban a él, pero tanto las unas como los otros, sabían que si intentaban interponerse en nuestra amistad, tenían todas las de perder. Las confidencias y problemas de la adolescencia se tornaron en asuntos más serios, pero la confianza que habíamos forjado entre clases, libros, juergas y borracheras, nos permitía hablar sin tapujos y responder con verdades. Los dos nos conocíamos demasiado bien y desde hacía demasiado tiempo como para mentirnos o contarnos medias verdades y la mayoría de las veces ni siquiera necesitábamos hablar para saber qué nos pasaba o si había algo que nos preocupara. Yo sabía que él siempre estaría ahí para mí y él sabía que yo siempre estaría para él. Siempre me decía “da igual dónde, cómo, cuándo o con quién esté, si me llamas, si me necesitas, estaré a tu lado” y yo sabía, desde lo más profundo de mi alma, que decía la verdad.

Todo cambió nuestro último año de carrera.

Yo empecé una relación con un chico que resultó no ser lo que parecía. Fueron unos meses difíciles. Yo le quería, pero él era demasiado posesivo, demasiado absorbente, demasiado... y aquel amor comenzó a transformarse en miedo. Miedo a llevarle la contraria, miedo a que se enfadara, miedo a verle, miedo a no verle, miedo a lo que podría hacer. Y mientras aquel miedo se apoderaba de mi alma y calaba hasta mis huesos, solo podía pensar en que con Jorge nunca me había sentido así, que él nunca permitiría que me sintiera así... Además, durante aquellos meses apenas había podido hablar con él, estaba inmerso en un proyecto de trabajo para el estudio de arquitectura de su

padre, donde hacía las prácticas, y pasaba el tiempo viajando entre varias ciudades, a la vez que terminaba su último año de carrera. Entre eso y que el chico con el que estaba había conseguido que tuviese miedo a llamarle por lo que podría conllevar que él se enterase de que había estado hablando con otro, hacía más de seis meses que no sabíamos nada el uno del otro. Yo no había podido llamarle tan a menudo, él tampoco podía llamarme y cuando lo hacía, si estaba con mi pareja no podía cogerle el teléfono y cuando conseguíamos hablar apenas podíamos decir más allá de “estoy bien y te echo de menos”.

Esa distancia con Jorge, unida a la relación nociva con mi novio del momento, encendió una lucecita en algún lugar de mi mente y de mi corazón ¿y si llevaba toda la vida buscando en otros lo que ya tenía pero había relegado al apartado de “mejor amigo”?

Esa lucecita y la esperanza de lo que podía tener me dieron las fuerzas necesarias para poner fin a aquella relación que estaba consumiendo mi esencia y convirtiéndome en una cáscara vacía. Pero no quise precipitarme hablando con Jorge sobre los sentimientos que creía tener, quizás el verme en una relación con una persona tan opuesta a él me había hecho confundir las cosas, quizás solo estuviera confusa y hubiese malinterpretado mis sentimientos. Éramos amigos desde hacía años ¿y no lo había pensado hasta ahora? Pero, sobre todo, me daba pánico que si le decía lo que sentía las cosas entre nosotros cambiaran. Si él no sentía lo mismo y nuestra amistad se veía afectada por mi confesión... no estaba segura de poder sobrevivir a perder a mi mejor amigo.

Así que cuando mi vida volvió a ser sólo mía, la vida de Jorge se tranquilizó y volvimos a tener el contacto normal, decidí ir despacio y analizar mis sentimientos con más tranquilidad. No fui capaz de contarle a mi mejor amigo los detalles de lo que había vivido con mi ex. Sabía que se enfadaría mucho. Conmigo por no habérselo contado en su momento y sobre todo con él, por no haber estado a mi lado y haberle partido la cara a ese miserable, y yo estaba demasiado avergonzada por haber permitido a alguien tener ese poder sobre mí. Era algo que no tenía solución y que no volvería a repetirse. No merecía la pena remover la mierda.

Pasaron los meses, llegaron los exámenes finales y cuando nos dimos cuenta, nuestra etapa universitaria había acabado y el verano se presentaba ante nosotros con todo un futuro por delante. Y mientras tanto, esa lucecita se había convertido en una llama y las razones para no hablar con él cada vez

tenían menos fuerza frente a unos hechos que no podía seguir negándome a mí misma. Nunca le había ocultado nada y no quería que aquel fuera el primer secreto entre nosotros, pero sobre todo, mis sentimientos hacia Jorge lejos de disminuir cada vez eran más profundos y algo en mi interior no dejaba de repetirme que él era el hombre de mi vida. Que sólo a su lado podría ser feliz y que no decírselo sería el equivalente a pasarme el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado si... Así que me armé de valor una tarde mientras dábamos un paseo por el Retiro.

Nos gustaba quedar solos de vez en cuando para ponernos al día y, después de explorar todas las librerías de la Cuesta Moyano, entramos en el parque y nos sentamos bajo uno de los árboles cerca del lago a descansar los pies y repasar los pequeños tesoros que habíamos encontrado en nuestra exhaustiva búsqueda por los distintos puestos. Jorge estaba mirando su móvil y yo le miraba a él. Con aquel metro noventa, unos enormes ojos castaños con motitas doradas rodeados por unas pestañas larguísimas, su pelo que se había oscurecido con los años y ahora era de un profundo castaño casi negro y que llevaba con ese “despeinado casual” como él lo llamaba, y todos y cada uno de sus músculos, que las horas bien invertidas en el gimnasio habían definido hasta convertirlo en un auténtico espectáculo para la vista, no quedaba nada de aquel chico que quería ligarse a mi amiga la primera semana de instituto. Todo lo que tenía ante mí era un hombre que cuando me miraba y sonreía de la manera pícaro que solía hacerlo hacía que cada célula de mi cuerpo irradiara luz y mis neuronas se volvieran locas de alegría.

—Jorge... quería comentarte algo.

En aquel momento me sentía incapaz de levantar la vista del suelo y me sentí completamente ridícula. Era Jorge, ¡por Dios! ¡Le había hablado de mi primera vez sin ni siquiera sonrojarme! De hecho, nos habíamos partido de risa comentando la desastrosa experiencia.

Él se limitó a bloquear su teléfono y guardarlo en el bolsillo de sus pantalones vaqueros.

—Soy todo oídos nena.

Esa última palabra me provocó un escalofrío. Hacía años que me llamaba así pero últimamente cada vez que me lo decía algo en mi interior se estremecía de gusto.

—Verás... —levanté la vista, y cuando vi sus ojos clavados en los míos, las manos empezaron a temblarme. Jorge me las sujetó con fuerza.

—Clau, ¿qué pasa? ¿Estás bien? Sabes que puedes contarme lo que sea,

¿verdad? —Comenzó a acariciar mis manos con sus pulgares y todo mi cuerpo se relajó. Ese era él. Mi mejor amigo. Mi confidente. Mi puerto seguro. Mi todo.

Y así, con mis manos entre las suyas y temblando por dentro, comencé a hablar y se lo conté todo. Lo que sentía por él, mis dudas, mis miedos e inseguridades... y, a medida que las palabras brotaban de mis labios, sentía como el enorme peso acumulado en los últimos meses se aligeraba.

Cuando terminé, Jorge me había soltado las manos, se había puesto en pie y se pasaba las suyas por el pelo con fuerza mientras paseaba de un lado a otro.

—Claudia... ¿estás segura de que sientes eso por mí? Somos amigos desde hace años. —Suspiró con fuerza. —Eres mi mejor amiga. —Sus palabras y su rostro rebosaban tensión.

—Lo sé. —Volví a agachar la cabeza clavando la vista en el suelo y, aunque intenté controlarlo, no pude evitar que mis manos comenzaran a temblar de nuevo. La verdad es que no era así como me lo había imaginado.

Jorge se sentó a mi lado y volvió a cogérmelas con fuerza.

—Nena... te quiero, ya lo sabes. La verdad es que yo también he estado pensando en esto. —Su confesión me dejó con la boca abierta. La lucecita de mi interior, que había empezado a titilar con miedo, volvió a brillar con fuerza y levanté la vista para mirarlo a los ojos.

—¿Sí? —Volqué en aquella sílaba toda la esperanza que había crecido en mi corazón.

—Sí nena, pero no ahora, no así... —mi mirada rehuyó la suya y sus dedos acariciaron mi mejilla con suavidad hasta asir mi barbilla para levantar mi rostro y hacer que nuestras miradas se encontrasen. —El mes que viene me voy de prácticas al extranjero un año y tú acabas de conseguir ese trabajo...

—No sé si entiendo lo que me estás diciendo.

Jorge exhaló con fuerza y fijó su mirada en algún punto sobre mi cabeza.

—Lo que quiero decir es que no es el momento de que empecemos una relación. No ahora. Claudia, te quiero, pero somos amigos desde hace años ¿por qué no podemos esperar un año más? A que yo vuelva del extranjero, tú te establezcas en el trabajo y la situación se normalice. Solo te pido un año, por favor, ¿puedes dármelo?

Sus dedos acariciaban mi rostro cuando clavó sus ojos en los míos y su mirada me atravesó con un sentimiento crudo. Se sentía atrapado y lo último que yo quería era forzarlo a nada. Entendía que no quisiera empezar una

relación para irse y no volver a vernos en meses. Además, él estaría en Alemania trabajando y tampoco podríamos hablar por teléfono tan a menudo. Nuestra relación ya iba a sufrir cambios sin necesidad de añadir uno más. Una parte de mí se rompió en aquel momento pero otra vibró con fuerza. Un año más como amigos no era nada, después tendríamos toda la vida como algo más. Sonreí y le acaricié la mejilla.

—Claro que lo comprendo. Además, no pienso moverme de aquí.

—¿Seguimos siendo amigos? —Sus ojos brillaban y había miedo en su voz.

—¡Eso ni se pregunta! —Exclamé con mi mejor sonrisa mientras le daba un pellizco en el muslo, a la vez que empujaba todos los miedos y las inseguridades que me inundaba en ese momento al rincón más oscuro y profundo de mi interior. Nunca había soportado ver a Jorge pasarlo mal. —Venga —le dije mientras me ponía en pie y tiraba de su mano para que se levantara —te toca invitarme a comer.

—¿Y cuándo no? —Sonrió y ahí estaba mi Jorge de siempre, el que me pasaba el brazo por los hombros y me estrechaba con fuerza contra su cuerpo.

Me besó en la coronilla y yo levanté la cabeza para darle un beso en el cuello. Acabábamos de abrir nuestros corazones como nunca antes lo habíamos hecho y seguíamos siendo amigos. Nada había cambiado y, en aquel momento, eso era lo único que importaba.

Un mes más tarde, en septiembre, Jorge se fue a Alemania y yo empecé a trabajar en un colegio privado de las afueras como profesora de inglés. Siempre me había gustado la enseñanza, me encantaba trabajar con adolescentes y estaba ilusionadísima con mi nuevo empleo.

Jorge y yo no podíamos hablar tanto como nos gustaría, era algo con lo que habíamos contado desde el principio. Él tenía pocas ocasiones para viajar a España y cuando lo hacía eran viajes tan fugaces que apenas tenía tiempo para estar con sus padres, sus hermanas y su recién estrenada sobrina. En Navidades vino una semana y pasó un día de compras en Madrid con su madre, pero apenas tuvimos tiempo para algo más que un café, mi hermano se había trasladado a vivir a Barcelona e íbamos a ir a pasar las vacaciones con él así que yo también estaba más que acelerada.

En los meses siguientes nuestros mensajes diarios fueron espaciándose al igual que las llamadas. Nuestras escasas conversaciones se habían vuelto superficiales y las palabras cariñosas en ocasiones me habían parecido más mecánicas que salidas de sentimientos reales. Yo lo achacaba al estrés al que

ambos estábamos sometidos en nuestros respectivos trabajos y me esforzaba en autoconvencerme de que todas aquellas dudas y sensaciones eran producto de la distancia, mi baja autoestima y absurdos miedos y que, en realidad, todo aquello se debía simplemente al exceso de trabajo, el estrés y la falta de tiempo. Y funcionaba... al menos hasta que llegó mi cumpleaños.

Desde que nos conocíamos Jorge no había olvidado aquella fecha ni una sola vez, pero aquel año no hubo felicitación, ni sorpresa, ni mensaje, ni llamada, nada de nada. Jorge se había olvidado de mi cumpleaños y, aunque intenté con todas mis fuerzas convencerme de que seguramente se debía a que estaba agobiado con el trabajo, de que aquello no significaba nada y que a todos se nos pasa una fecha alguna vez, lo cierto es que una parte de mí cada vez me gritaba con más fuerza que aquello no era buena señal.

El fin de semana, Laura y Paula se empeñaron en llevarme a celebrarlo. No dejaban de repetirme que una noche de chicas me vendría bien. Salir a cenar, bailar, tomar unas copas, divertirnos y olvidarnos de todo y de todos por una noche. Una buena juerga y a la mañana siguiente vería las cosas con más claridad... o no vería nada por culpa de la resaca. Pero en cualquier caso, dejaría de pensar en Jorge por un buen rato.

El sábado a las siete de la tarde estaba llamando al timbre de casa de Paula, la única de las tres que se había independizado, con una bolsa llena de ropa y preparada para pasar una noche de chicas de las que hacen historia. Cinco minutos después llegó Laura y mientras decidíamos que ponernos y nos maquillábamos, comenzó a correr la cerveza mientras Pau nos hablaba de su última conquista. Aquella situación me recordaba a los primeros años de universidad, cuando nos juntábamos en casa de alguna para arreglarnos antes de salir de fiesta y las anécdotas de aquella época de nuestra vida comenzaron a brotar. Durante la cena, en un pequeño restaurante que nos encantaba a las tres, las risas acompañaron al vino mientras recordábamos a algunas de las conquistas más estrambóticas que llevábamos a cuestas.

Después de pagar, Laura nos sorprendió con invitaciones para una discoteca que habían abierto hacía poco y que no había tardado en ponerse de moda, convirtiéndose en uno de los sitios más concurridos de la noche madrileña. Paramos un taxi y veinte minutos después, entre risas y cuchicheos nos colocábamos en la cola.

Al entrar en el local lo primero que llamó mi atención no fueron las luces estroboscópicas, ni la música, ni la inmensa zona de baile o las bailarinas y bailarines colocados estratégicamente y con poca ropa que se movían

sugerentemente allá donde mirases. Lo primero que llamó mi atención fue un grupo de chicos situado junto a una de las barras. Sus escandalosas risas llamaron mi atención, pero fue la espalda de uno de ellos, una espalda que reconocería en cualquier parte, la que me hizo gritar de emoción y salir corriendo para lanzarme a los brazos de Jorge. ¡Había venido! Seguro que Laura y Paula lo habían organizado todo para darme una sorpresa, si es que tenía que quererlas...

Las manos de Jorge se aferraron a mis caderas para evitar caer debido a mi efusividad mientras yo le abrazaba con fuerza y le llenaba de besos pero, en lugar de atraerme hacia él y devolverme el abrazo como yo esperaba, Jorge me colocó con suavidad sobre mis pies y retrocedió poniendo una cierta distancia entre nuestros cuerpos.

—Vaya Claudia, cuánto tiempo. No esperaba verte por aquí.

Aquellas palabras interrumpieron mis murmullos de “estás aquí” y “no has olvidado de mi cumpleaños” y si la frialdad de su respuesta a mi abrazo no había sido suficiente para disminuir mi emoción al verle, el tono de sus palabras y su mirada, entre confusa y avergonzada, me hizo retroceder un paso más y mirarle con extrañeza. ¿Qué estaba pasando? ¿No esperaba verme por aquí? ¿Es que no estaba allí para darme una sorpresa? La confusión se apoderó de mí y no pude evitar buscar a mis amigas con la mirada, pero ellas no parecían haberse dado cuenta del motivo de mi carrera y se debatían con la marea humana de bailarines intentando alcanzarme.

—Vaya, vaya tío ¡Cuánta efusividad! —Un tipo rubio con pinta de surfista y sonrisa profident se acercó en aquel momento —Lamento interrumpir, pero nuestro reservado está listo.

—Entonces vamos. —La respuesta de Jorge no se hizo esperar. —Adiós Claudia, ya nos veremos.

Sin más, se dio la vuelta y yo me quedé allí plantada, sin saber qué hacer o qué decir y sin entender qué demonios había pasado. Y, mientras Jorge y el rubio surfista se alejaban escuché la conversación que preferiría no haber escuchado nunca.

—¿Y quién es esa?

—Nadie. Una vieja amiga de cuando estaba en el instituto.

—Pues su reacción al verte no ha sido la de “nadie”.

—Sí bueno, siempre ha estado un poco pillada por mí, ya sabes. —El rubio se rio y golpeó el hombro de Jorge con el puño.

—Y tú no perdiste la oportunidad de un polvo fácil, ¡serás cabrón! —La

risa de Jorge se unió a la del rubio antes de responder.

—¿Con esa? No tío, ni loco. Siempre ha sido demasiado infantil y además... ¿la has visto bien? Ni siquiera tiene tetas.

El coro de risas masculinas y miradas en mi dirección que acompañaron a aquella última afirmación fueron demasiado para mí. El aquel momento casi pude oír el sonido de mi corazón haciéndose pedazos incluso por encima de la música estridente y las charlas que me rodeaban. Me giré y corrí sin saber a dónde iba, mientras luchaba por contener el mar de lágrimas que se agolpaba en mis ojos. El nudo que tenía en la garganta se encargaría de evitar que las náuseas de mi estómago llegaran a más.

Pasé a mis amigas, que acababan de superar a la multitud y me miraban extrañadas, sin ser capaz de dirigirles una sola palabra y continué corriendo hacia la salida. La conversación que acababa de escuchar y a la que era incapaz de encontrarle sentido, rebotaba en mi cabeza mientras cruzaba el último obstáculo y salía al exterior. Me apoyé en la pared a unos metros de la puerta del club y aspiré con fuerza. El aire de la ciudad, aunque contaminado y cargado de olores no todos agradables, consiguió aclarar un poco mi mente y devolverme a la realidad. El ruido de los coches, de la multitud agolpada a las puertas esperando su turno para entrar y los distintos sonidos de la ciudad se fueron abriendo paso en mi nebulosa mente. Solté el aire y me esforcé por respirar.

—¡Clau! ¿Estás bien? —La voz nerviosa y preocupada de Laura ayudó aún más a centrarme.

Giré la cabeza para ver cómo mis amigas llegaban a mi lado casi sin respiración.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —Preguntó Paula con los zapatos de tacón en una mano y la otra en la cadera intentando recuperar la respiración —¡Mierda! Tengo que dejar de fumar. —Se incorporó y me dirigió una mirada inquisitiva —¿Es que estás preparándote para participar en las próximas olimpiadas y no nos habías dicho nada?

Me quedé mirándolas sin verlas, sin saber qué decir o cómo explicarles lo que había pasado. Aún me resultaba difícil entenderlo a mí misma. ¿Eso era yo para Jorge? <<Nadie. Una vieja amiga de cuando estaba en el instituto.>> Y a pesar de todo, esa primera parte de la conversación era la que menos dolía <<¿Con esa? No tío, ni loco. Siempre ha sido demasiado infantil y además... ¿la has visto bien? Ni siquiera tiene tetas.>> Laura y Jorge nunca se habían llevado del todo bien, pero Paula... para ella Jorge era

lo más parecido al hermano que no tenía ¿Cómo iba a decirle que acababa de destrozarme por dentro con solo tres frases?

Unos pasos sonaron detrás de mis amigas y no pude evitar apretarme contra la pared al ver que era Jorge el que se acercaba. <<No, por favor. Más no.>> Las caras de asombro al verlo de Laura y Paula terminaron de convencerme de que aquello no era ninguna broma, ni ninguna sorpresa de cumpleaños un tanto retorcida.

—¿Jorge? —Mis dos asombradas amigas lo miraban de arriba abajo — ¿Qué haces aquí?

—Hola chicas. He venido a pasar el fin de semana con unos amigos del trabajo ¿Os importa si hablo con Claudia a solas un momento?

No quería hablar con él a solas, no quería hablar con él de ninguna manera. La sensación de que todo podía ser aún peor de lo que había sido hasta entonces crecía en mi interior. Quise decirles a mis amigas que no se fueran, pero cuando reaccioné ya se habían alejado un par de metros y cuchicheaban entre ellas. ¿Por qué no me miraban? ¿Por qué no se daban cuenta de que no quería quedarme a solas con él?, ¿de que no quería escuchar nada de lo que tuviera que decirme? La respuesta era simple. Porque era Jorge, mi mejor amigo, el amor de mi vida, la persona a la que llevaba soñando con ver desde que nos separamos. Con el que siempre me había sentido segura. Hasta aquel preciso momento.

—Mira Claudia... siento lo de antes, pero... —Sus manos se enredaron en su pelo como siempre que estaba nervioso, pero a pesar de ese gesto familiar, yo no podía evitar mirarlo como si le hubiesen salido tres cabezas y ocho brazos y se hubiese vuelto de color verde. Me miró a los ojos y durante un instante sus rasgos se relajaron y creí ver a mi mejor amigo. Obviamente debió ser un espejismo, porque no tardó en volver a ser el mismo con el que me había encontrado en la barra. —No me mires así Claudia. —Su voz me cortó como un cuchillo. —Lo siento si te ha molestado lo que he dicho ahí dentro, pero tienes que entender que mi vida ha cambiado, tengo nuevas metas, nuevos intereses y no tengo tiempo para esto, para ti. No tengo ganas ni fuerzas para cuidar de una niña inmadura que se cuelga de mi cuello cada vez que me ve como si fuera su tabla de salvación. Madura.

Quise gritarle que era un cabrón sin sentimientos, que me había decepcionado como persona. Quise clavarle el tacón de aguja de mis zapatos dónde más le doliera y rematarlo con un rodillazo para asegurarme de que perdía para siempre el carné de padre. Quise decirle que si había algún

inmaduro era él, que cambiaba de personalidad en función de quien le rodeaba. Quise... Quise que durante un instante sintiera el mismo dolor que sentía yo en aquel momento. Él, que había llorado como un bebé cuando se torció el tobillo jugando al fútbol, que no tenía resistencia alguna al dolor, debería saber cómo se sentía que te rompieran el corazón en pedazos y lo pisotearan sin compasión alguna.

En cambio, me quedé mirando cómo se alejaba y volvía a entrar en el club sin mirar una sola vez atrás.

Al ver a Jorge alejarse sin más, Lau y Pau se giraron a mirarme y no debió gustarle lo que vieron porque mientras Laura corría hacia mí, Paula se fue directa al borde de la acera dispuesta a parar el primer taxi que pasara.

—Vamos Clau, será mejor que nos vayamos a casa.

Lau me abrazó con fuerza e intentó sostenerme en cuanto se dio cuenta de que mis piernas empezaban a fallarme y Paula se unió a ella para ayudarme a subir al taxi que acababa de parar frente a nosotras.

Subí al coche con mis amigas flanqueándome a cada lado, apoyé la cabeza en el hombro de Paula mientras esta le daba la dirección de su casa al taxista y cerré los ojos. Dormir parecía una buena idea. Quizás al despertar resultase que todo había sido una simple pesadilla. Ninguna de las tres dijo una sola palabra durante el trayecto. Al llegar a casa me desvestí y me puse el pijama como una autómatas. Sentía las miradas furtivas que me dedicaban las dos y oía los murmullos entre ellas. Cuando salí del baño después de desmaquillarme supe que mi tiempo se había acabado.

—¡Se acabó! —Paula no se caracterizaba por ser una persona paciente y ya había aguantado demasiado. —¿Se puede saber qué narices ha pasado con Jorge en el club?

Respiré hondo antes de sentarme en el sofá, en el hueco entre mis dos amigas y comencé a contarles que había visto a Jorge nada más entrar al local, cómo había pensado erróneamente que estaba allí por mi cumpleaños, la conversación que había escuchado y lo que me dijo una vez fuera. No lloré. Era como si todo en mi interior se hubiera secado, dejándome sin fuerzas y... vacía.

Laura comenzó a despotricar de Jorge, a decirme que era un capullo, que tenía que haberle arrancado las pelotas y habérselas puesto de corbata en la puerta del club. Pero yo no le prestaba atención, no podía dejar de mirar a Paula que, sentada a mi derecha se había puesto lívida y no había pronunciado una sola palabra. Alargué mi mano y la apoyé sobre las suyas,

apretadas en puño sobre su regazo. Me miró y me abrazó fuerte mientras susurraba en mi oído “Juntas”.

La mañana llegó y la claridad del día trajo también algo de claridad a mis pensamientos. Con la luz de la mañana comenzaba a entender el significado de todas y cada una de las palabras que Jorge me había dedicado la noche anterior. Por supuesto que lo entendía. Me lo había dejado perfectamente claro. Nítido. Cristalino. Jorge no me quería en su vida y yo no podía obligarle a cambiar de opinión y tampoco quería hacerlo. Bueno, quizás sí quería, pero no podía hacerlo. No sin sacar a relucir aquella conversación, el momento en que decidí abrirle mi corazón y confiarle mis sentimientos. Sabía que esto podía pasar y, aun así, me arriesgué, confié en nuestra amistad, en los años juntos, las confidencias y los secretos compartidos. Pensé que todo lo vivido sería suficiente para superar la vergüenza en caso de que mis sentimientos no fueran correspondidos. Pero fue peor. Me dio esperanzas, confié en él, creí en lo que me decía, durante meses viví soñando con un futuro común del que ahora no quedaban ni las migajas.

En los meses siguientes entre el trabajo, supongo que la distancia y el apoyo de mi querida Laura y sus frases categóricas del tipo “Claudia, él se lo pierde. Si no sabe ver que ha dejado pasar a la mejor mujer que podría tener en su vida es que está ciego y, cariño, tú eres demasiado buena para alguien que no te ve”, la herida abierta fue convirtiéndose en un dolor sordo y después en algo que estaba ahí, pero en lo que prefería no pensar. Y seguí con mi vida.

No volvió a llamar. No volví a llamarle. No hubo más mensajes, ni cartas, ni correos, ni cafés, ni escapadas de fin de semana. Solo me dejó un corazón roto que tardé años en recomponer.

No había vuelto a verle desde entonces. Mentiría si dijese que no había vuelto a pensar en él, su recuerdo me había perseguido durante años, envenenando relaciones en las que buscaba volver a sentir lo que sentía estando con él en cada hombre que encontraba, reprochándome no pasar página y seguir buscando su mirada en cada rostro, su tacto en cada caricia y a él en todas partes. Me había llevado demasiado tiempo recomponer los restos y exorcizar su recuerdo, pero habían pasado diez años y lo había conseguido. O eso creía. Porque precisamente ahora estaba allí, en Tenerife, en el mismo hotel que yo y el temblor que arrasaba mis manos y mis rodillas no hacía que esa afirmación fuera demasiado creíble. Si mi “semana en el paraíso” antes pintaba mal, ahora acababa de convertirse en mi peor

pesadilla.

Capítulo 3

Habíamos pasado la tarde en la playa, los chicos se lo estaban pasando genial y no habían dado más guerra de la que podía esperarse. Yo me había esforzado por mantener una sonrisa en mi cara y mi mejor actitud desenfadada durante toda la tarde. Me había reído durante la cena con las ideas de las chicas con las que había compartido mesa y había aplaudido y participado como la que más en los juegos y actividades que el equipo de animación del hotel había preparado aquella noche. Pero cuando después de que los niños se fueran a sus habitaciones, Martín me arrinconó en el pasillo, me di cuenta de que al menos había una persona a la que no había engañado.

—Al bar. Ahora. —Fue lo único que me dijo antes de darse la vuelta y dirigirse al ascensor.

Respiré hondo y le seguí. Me esperaba una buena.

—¿Qué te pasa Claudia? Y no me digas que estás cansada porque no cuela. Esta mañana tal vez, pero ahora hay algo más. ¿Es por Alonso? —Martín me miraba serio mientras sujetaba su vaso de whisky en la mano derecha girándolo sobre si mismo con suavidad.

—No Martín, no sé nada de Alonso desde hace seis meses. —Y era verdad, no sabía nada de mi ex-prometido desde el momento en que, dos semanas antes de nuestra boda, decidió que no quería casarse.

—Sé que no sabes nada de él. Pero creía que lo estabas superando Clau, pensaba que lo llevabas mejor. Sé que fue un palo enorme... —Martín suspiró, dejó su vaso sobre la mesa y extendió su mano para asir la mía con fuerza. —Claudia, no puedes seguir dándole vueltas. Alonso es un cabrón. No se merece ni una sola lágrima ni un solo pensamiento más.

Lo dijo clavando su mirada en la mía, con sus ojos verdes que no ocultaban ni una pizca de la ira que dejaba entrever sus palabras. Alonso me había roto en pedazos y Martín lo había visto de primera mano. Me había visto arrastrarme por el barro y levantarme de nuevo. Alonso y yo habíamos estado juntos durante cinco años, cuatro de los cuales habíamos convivido en el mismo apartamento. La boda nos había parecido el paso normal o, al menos, eso había creído yo hasta que un día al volver del instituto resultó que se había ido. Había recogido todas sus cosas y me había dejado una simple nota sobre la mesa del salón “Lo siento, pero no puedo casarme contigo.

Perdóname.” Y así, se había acabado.

Al recordar ese momento se me encogió el corazón y un pensamiento oscuro enraizó en mi mente. Jorge, Alonso... los hombres de mi vida, por mucho que jurasen estar a mi lado, a la hora de la verdad siempre se daban cuenta de que no había espacio para mí en las suyas. Alonso no había dicho “no quiero casarme” había dicho “no puedo casarme contigo”. No era miedo a comprometerse, era miedo a comprometerse conmigo. Jorge había dicho “no hay sitio en mi vida para ti”, no para la amistad o para el pasado, sino para mí.

Las lágrimas comenzaron a amenazar con derramarse mientras un dolor sordo acompañado del más profundo vacío se extendía por mi corazón.

Sumida en mis recuerdos y en mi propio dolor no me di cuenta de que un hombre se había acercado a nuestra mesa y estaba situado justo detrás de mí.

—Perdonad ¿Puedo coger esta silla? —aquella voz me trajo de nuevo a la realidad transformando todo ese dolor en rabia. Ah, no... ¡De eso nada! No iba a echarme a llorar y menos con Jorge delante, aún me quedaba algo de orgullo.

—Sí, puedes cogerla. —Contestó Martín sin levantar la vista ni soltarme la mano.

Jorge se acercó para sujetarla y el mundo se fracturó en el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron.

—¿Claudia? —la expresión de sorpresa que llenó su rostro, justo antes de que desviara la vista a la mano que Martín aún me sujetaba sobre la mesa, no tuvo precio.

—Hola Jorge. —Aquella rabia que me había hecho tragar las lágrimas, me convirtió en la actriz más brillante del mundo, dándome una sonrisa perfecta en la cara y una voz de lo más agradable a pesar del temblor que sacudía cada fibra de mi cuerpo.

—¿Os conocéis? —Preguntó Martín separando sus ojos de los míos para mirar a Jorge.

—Sí, él es Jorge, un viejo amigo de la infancia. —Volví la vista hacia Jorge mientras señalaba con la mano a mi compañero y decía —Este es Martín.

Jorge desvió sus ojos de los míos lo justo para saludar a mi amigo estrechándole la mano sin parecer un maleducado y volvió a fijarlos en mí.

—¡Vaya! ¡Menuda sorpresa! ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¡Estás preciosa! —Jorge estaba sonriendo mientras hablaba, pero en sus ojos había otra cosa.

Parecía incómodo... ¡Pues ya éramos dos!

—Pues sí, toda una sorpresa. Tú estás igual que siempre. —Mi voz sonó con una ligereza y tranquilidad que no sentía y en mi mente escuché una vocecita diciendo "and the Oscar goes to..." lo que hizo que acompañara a mis palabras con una sonrisa sincera, aunque por otros motivos.

Jorge estaba tenso y yo también y Martín comenzaba a darse cuenta de que había algo que no cuadraba, nuestras palabras, ligeras y casuales, no encajaban con nuestras expresiones ni con nuestros gestos.

Martín me interrogó con la mirada y carraspeó antes de soltar mi mano y ponerse en pie.

—Perdonad, he de ir al servicio —me dirigió una última mirada cómplice y se dirigió a la salida del bar.

Jorge apretaba el respaldo de la silla con fuerza cuando preguntó:

—Bueno, ¿y qué te ha traído a Tenerife? —su sonrisa era tímida, pero no apartó sus ojos de los míos y yo tuve que forzarme a mí misma para no rehuir su mirada, no era el momento de mostrar timidez, ni nada que pudiera interpretarse como vergüenza.

—Pues estoy de viaje de fin de curso con mi instituto —sentí una absurda necesidad de explicar lo que acababa de decir. —Quiero decir, que soy una de las profesoras responsables de los chicos. —y entonces me sentí aún más absurda.

—¿Tú también? Nosotros llegamos a mediodía y no sé si voy a sobrevivir los seis días que nos quedan. ¿Nosotros también éramos así de adolescentes?

Y ahí estaba la sonrisa sincera que yo recordaba. Y como si no hubiera pasado el tiempo, como si no lleváramos diez años sin vernos, como si nunca me hubiera roto el corazón en mil pedazos, me sorprendí a mí misma relajándome y devolviéndole la misma sonrisa sincera que habíamos intercambiado miles de veces antes.

—¿Quieres sentarte? —Las palabras salieron de mis labios antes si quiera de formarse en mi mente.

Él echó un vistazo por encima de su hombro a una mesa en la que varias personas se reían despreocupadamente e hizo ademán de sentarse justo antes de mirar hacia la silla en la que había estado sentado Martín.

—¿No le molestará? —dijo señalando con un gesto de la cabeza la silla ahora vacía.

—¿Molestarle? ¿A Martín? No, por qué iba a... —en ese momento recordé que cuando Jorge llegó estábamos cogidos de las manos porque estaba

intentando consolarme.

—Perdona si te ha molestado mi comentario, es que cuando llegué me dio la impresión de que interrumpía algo.

—No se molestará. Martín y yo somos buenos amigos y compañeros de trabajo, pero nada más. Quiero demasiado a su mujer como para meterme en medio. —Sonreí al pensar en la dulce Elena y la pequeña Martina, las dos mujeres de su vida —Ha sido un día complicado y Martín solo estaba intentado animarme.

Tuve la sensación de que exhalaba antes de mover la silla y tomar asiento a mi derecha.

—¿Y eso?

—Lo normal. El viaje, los niños, los padres de los niños, el avión... mucho estrés y falta de sueño. Pero bueno, cuéntame, ¿y tú? ¿Qué haces aquí?

—Pues lo mismo que tú. Este año me ha tocado acompañar a los chicos en el viaje de fin de curso.

—¿Eres profesor? —Eso realmente me sorprendió. Cuando nos separamos Jorge era arquitecto y le encantaba. Diseñar había sido su pasión desde que era un crío.

—Sí, desde hace unos años, de dibujo técnico y matemáticas. El trabajo de arquitecto era agobiante y no me dejaba tiempo para nada. —Levantó la vista y sus ojos castaños se clavaron en los míos. —Supongo que empecé a valorar más lo que había perdido por su causa que lo que me aportaba.

—¿Y te gusta dar clases más que diseñar? —esa parte oculta de mí volvió a salir en mi defensa haciendo que mi pregunta sonara de lo más normal y sin dejar entrever el escalofrío que me había producido su última frase.

Durante las dos horas siguientes nos pusimos al día de nuestras vidas a grandes rasgos. Él se había mudado a una casa en Getafe hacía unos años, muy cerca del centro en el que ahora daba clases, era un colegio privado solo de chicos y estaba encantado en él. Yo le conté que vivía en el antiguo piso de mis padres en Legazpi, mis padres se habían mudado al pueblo donde habían nacido al prejubilarse, pero no habían vendido el piso de Madrid. Me había criado en aquel barrio y me encantaba vivir allí, así que cuando Alonso puso fin a nuestra relación no me lo pensé, no podía vivir en la casa que habíamos compartido. Claro que esa parte no se la conté a Jorge. Lo que sí le dije fue que, aunque el instituto en el que estaba ahora me pillaba muy lejos, con el metro tardaba casi una hora en llegar, no quería abandonar el barrio en el que había crecido.

Parecíamos tener un acuerdo tácito para no hablar de nuestra vida sentimental, ni de nuestro pasado común, ni del modo en que nos separamos. Volver a tenerlo tan cerca, hablar con él después de tanto tiempo me hacía sentir extraña. Era él... pero no era él. Habíamos cambiado los dos y, aunque el hombre sentado ante mí tenía el mismo pelo castaño oscuro peinado descuidadamente, los mismos ojos castaños y brillantes, los mismos labios carnosos y la misma sonrisa arrebatadora de antes, que seguía provocando que cada poro de mi piel quisiera estirarse para tocarlo, la confianza entre nosotros había desaparecido. En otra vida no habría retirado mi mano rápidamente al sentir que me rozaba con la suya, no habría mantenido mis pies encogidos bajo el asiento después de que nuestras piernas se tocaran, mis hombros no habrían permanecido tensos y mi corazón no estaría dividido entre las ganas de tocarle, el miedo a que volviera a rechazarme y la rabia porque me abandonase del modo en que lo hizo.

La conversación continuó ligera y cómoda mientras mi corazón y mi cabeza mantenían una lucha encarnizada. El primero tenía la absurda idea de que solo se volvería a sentir completo entre sus brazos, aunque solo fuera un instante. La segunda rebotaba furia y orgullo herido y sólo podía recordar el abandono, las noches, los días, las semanas llorando, ansiando una palabra, una explicación. En mi mente las imágenes de nuestros años de amistad se mezclaban con el dolor y la pena. Cuando se fue, no sólo se llevó al hombre que amaba, también me dejó sin mi mejor amigo, sin la persona que conocía todos mis secretos, que valoraba cada parte de mí. Se llevó al que había sido mi apoyo durante tantos años, que me costó mucho aprender a abrirme a otras personas. Nunca lo había necesitado, siempre lo había tenido a él. El rechazo, que no me quisiera como yo le quería a él, podía haberlo superado. Pero que hundiera los cimientos de nuestra amistad, dejándola de lado como si nunca hubiera existido, como si nunca hubiera sido importante... eso no podía perdonárselo.

En algún momento uno de sus compañeros se acercó a la mesa para decirle que se iban ya a sus habitaciones y yo miré el reloj ¡eran las dos de la mañana!

—¡Mierda! Es muy tarde, será mejor que yo también me vaya, mañana tenemos prevista una visita por la ciudad y como no duerma un poco no va a haber quién me mantenga en pie. Me ha alegrado verte Jorge. —Me levanté mientras hablaba y él también se puso en pie.

—A mí también Clau, supongo que nos veremos por aquí estos días. Me

gustaría que siguiéramos poniéndonos al día. —Me regaló aquella sonrisa que llenaba mi corazón de luz y volví a sorprenderme devolviéndosela con total sinceridad.

—Estaría bien.

Me acerqué a él con la intención de darle dos besos, pero a mitad de camino tiró de mí, encerrándome entre sus brazos y me susurró al oído —Ni te imaginas cuánto te he echado de menos nena —Me dio un beso suave en la mejilla, como alas de mariposa y miles de ellas comenzaron a revolotear en mi estómago. Desde que él se fue no había permitido que nadie me llamase así. Me obligué a cortar aquella reacción de golpe y con toda la suavidad que pude me separé de él. Durante un segundo me pareció que el rostro de Jorge se llenaba de dolor por mi rechazo antes de que volviera a mostrar una ligera sonrisa. Me obligué a desechar ese pensamiento.

—Nos veremos por aquí. Que descanses Jorge.

Mientras me volvía para dirigirme a los ascensores me pareció oírle decir —Dulces sueños, preciosa. —Era la misma frase que había oído de sus labios durante ocho años, antes de irme a dormir.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron tras de mí, me permití soltar un largo suspiro y derrumbarme contra la pared. Esto no podía estar pasando. No a mí. No ahora.

Aquel hombre que se parecía a mi mejor amigo no lo era. Era Jorge, pero no era “mi Jorge”. Había pasado mucho tiempo, demasiadas cosas, yo no era la misma chica de entonces y me había quedado claro hacía mucho que él tampoco. Pero mi cuerpo y mi corazón lo reconocían, se sentían cómodos y seguros a su lado. —¡Traidores! —Mascullé entre dientes mientras las puertas del ascensor se abrían al llegar a mi planta.

Tenía que relajarme, estábamos trabajando, teníamos a un montón de niños a nuestro cargo y miles de actividades previstas, con un poco de suerte no volveríamos a tener la oportunidad de hablar como aquella noche y pasados unos días los dos volveríamos a nuestras vidas y aquello no habría sido más que un encuentro casual. <<*Sigue repitiéndote eso, lo mismo al final te lo crees.*>> La voz de Laura surgió en mi mente con total claridad. Por alguna extraña razón, siempre que mis pensamientos eran absurdos la escuchaba a ella. Laura. Nos habíamos conocido mientras estudiábamos la carrera, aunque vivíamos en el mismo barrio y nos conocíamos de vista desde pequeñas, nunca habíamos coincidido ni en el instituto ni en el mismo grupo de amigos. Pero el primer día de clase en la universidad nos reconocimos al

entrar en clase y desde entonces se había convertido en más que una amiga, era prácticamente mi hermana. Lo sabía todo de mí, había vivido conmigo mi amistad con Jorge, mis dudas y mis esperanzas. Me había visto hacerme trizas cuando se fue y me había ayudado a recomponer los pedazos. Había estado a mi lado y se había alegrado conmigo cuando me enamoré de Alonso, me había acompañado a comprar mi vestido de novia, a preparar la boda y... había vuelto a tenderme la mano cuando me arrastraba por el fango después de que él se fuera. En aquel momento sentí unas ganas irrefrenables de llamarla, aunque fueran las dos de la mañana. Pero ella creía en mí, siempre lo había hecho y estaba orgullosa del modo en que había salido adelante. Contarle que había vuelto a ver a Jorge y lo que aquel encuentro me había hecho sentir... <<No.>> Además, contárselo a Laura sería admitir que me estaba afectando más de lo que me gustaría.

Al final le escribí un whatsapp a mi amiga contándole cómo me había ido el día y omitiendo cualquier referencia a Jorge. Con un poco de suerte no volveríamos a coincidir. Sentí una punzada de algo parecido a decepción ante aquel pensamiento <<¿En serio Clau?>>

Cuando entré en la habitación Marta ya estaba dormida en su cama, así que me apresuré a ponerme el pijama de pantalón corto y camiseta de tirantas y me acosté. Mañana sería otro día y lo vería todo más claro... si es que tenía tiempo de pensar en algo con la que me esperaba.

Capítulo 4

El despertador sonó a las 7:30 y durante los dos días siguientes no tuve tiempo para nada, mucho menos para pensar en Jorge o en lo que había sentido al volverle a ver. Entre visitas, actividades, niños con problemas estomacales y pequeños roces y conflictos entre algunos chicos, cuando me di cuenta estábamos a miércoles, habíamos superado casi la mitad del viaje, todos estábamos vivos y Jorge no había vuelto a dejarse ver más allá de miradas furtivas y educados saludos al cruzarnos por el hotel o coincidir en el comedor. Cuando fui consciente de ello me permití respirar aliviada. <<*Solo cuatro días más Clau*>>

Aquella noche tocaba discoteca y, como nuestros chicos eran menores de edad, habíamos concertado visitar una Disco-Light de la isla, una de esas que son específicamente para menores y en las que no se vende alcohol. A las nueve y media Raúl, Marta y yo estábamos subiéndonos al autobús con nuestros chicos. Martín se quedaba en el hotel con el grupo que seguía con problemas de estómago y unos cuantos que habían decidido reorganizar el mobiliario y “redecorar” con papel higiénico algunas zonas comunes del hotel (sí, teníamos algunos chicos bastante inquietos). Su arranque de creatividad les había supuesto, además de limpiar todo lo ensuciado y volver a dejar todo como estaba, quedarse sin participar en la actividad nocturna de aquel día. En aquel momento no pude evitar acordarme de los padres de Alberto, el líder de la panda de decoradores, cuando se acercaron a mí en el aeropuerto para decirme que “en ocasiones, nuestro hijo puede ser un poco trasto, pero es un buen chico” ¿Me lo dices o me lo cuentas? Después de un curso con Alberto y su panda sabía que los cuatro amigos eran inseparables y unos niños muy nobles. No tenían maldad, pero sí mucha energía, una imaginación apabullante y muy poco interés por cumplir las normas.

Eso nos dejaba a nosotros tres con los chicos y chicas restantes camino de una Disco-Light. No había pisado una en mi vida, <<*en mis tiempos no había estas cosas tan modernas*>>. Laura tenía razón, comenzaba a hablar (y, lo que era peor, a pensar) como una vieja. Así que no sabía muy bien qué esperar cuando el autobús nos dejó frente al local, decorado como una discoteca como tantas otras. El lugar no tenía nada fuera de lo normal... no sé qué demonios esperaba.

Al entrar, un relaciones públicas se acercó a nosotros para preguntarnos de qué instituto éramos, al parecer había varios aquella noche y quería asegurarse de que les habíamos repartido a nuestros alumnos las pulseras distintivas que nos habían proporcionado para poder distinguirlos. Los profesores no nos quedábamos en la sala ya que la discoteca estaba unida a un pub perteneciente al mismo dueño en el que podíamos pasar el rato si nos apetecía mientras nuestros alumnos disfrutaban bailando. Nos avisarían en caso de que hubiera algún problema y, además, nos daban un par de consumiciones gratis para cada uno. Así pues, después de asegurarnos de que todo estaba en orden, dejamos que el relaciones públicas, que se había presentado como Jairo, nos acompañara hasta la puerta que conectaba con el otro local.

El pub era un bar de copas bastante "chic" con un pequeño jardín a modo de terraza en la parte de atrás. Lleno de sofás con mullidos cojines en tonos azules y blancos y mesas de mimbre, estilo chill-out y con música new age de fondo. Un sitio con un ambiente tranquilo y acogedor donde se podía charlar. La pared por la que se unía a la zona interior era entera de cristal y allí había una pista de baile y algunas mesas altas además de dos barras. El interior estaba decorado en los mismos tonos azules y blancos combinados con maderas claras, y los taburetes y las sillas, situados alrededor de la barra y las mesas, eran de plástico transparente.

Después de pedir nuestras bebidas fuimos a sentarnos en uno de los sofás del jardín. Al salir, no pude evitar fijarme en un cartel que anunciaba una fiesta latina para esa misma noche a partir de las once. Aunque mis gustos musicales estaban más cercanos al rock, me encantaba bailar y unos años antes, cuando mi relación con Alonso estaba comenzando, nos habíamos apuntado juntos a clases de bailes de salón. No sin sorpresa habíamos descubierto que se nos daba bastante bien y habíamos seguido asistiendo a clases, de hecho, nuestro baile nupcial iba a ser una salsa <<*no vayas por ahí*>>. Raúl me llamó la atención al ver que me había quedado parada mirando el cartel y, cuando vio lo que estaba mirando sonrió.

—Parece que el local no va a tardar en animarse —me lanzó una sonrisa cómplice y nos dirigimos al sofá donde nos esperaba Marta.

Llevábamos un rato hablando sobre cómo estaba yendo el viaje, las visitas que nos quedaban y lo que más nos había gustado de lo que habíamos visto hasta ahora, cuando alguien se acercó a nuestra mesa a saludar a Marta que estaba sentada en uno de los sofás junto a Raúl. Marta miró al desconocido

que me resultaba vagamente familiar con una sonrisa y se levantó para hablar con él. En ese momento pasaron dos cosas, la primera; me di cuenta por la mirada que Raúl echó al susodicho de que no le había hecho ninguna gracia que alguien le robara la atención de Marta y la segunda; supe de qué me sonaba, era el compañero de Jorge que se había acercado a nuestra mesa un par de noches antes. Mi estómago dio un vuelco y comencé a mirar a todos lados buscando a Jorge y rezando para mis adentros porque se hubiera quedado en el hotel.

Marta nos presentó a su amigo como Víctor antes de pronunciar un escueto —No os importa, ¿verdad? — a la vez que se colgaba de su brazo y se marchaban hacia la barra interior entre susurros y risas.

Cuando me giré, la cara de Raúl era un poema.

—¿Desde cuándo...? —mi compañero no me dejó terminar la pregunta.

—Tú no has visto nada y no sabes nada, ¿está claro? —me cortó.

—Cristalino —dije mientras me llevaba el botellín de cerveza a los labios para intentar disimular una sonrisa.

La cara de Raúl reflejaba que no estaba para bromas. Se terminó su cerveza de un trago y dejó la botella sobre la mesa al tiempo que se levantaba y me tendía la mano.

—Vamos a bailar.

La música había cambiado mientras estábamos fuera y la pista de baile estaba llena de parejas bailando salsa con una habilidad alucinante, aunque también había algunos principiantes practicando y esforzándose al máximo en las zonas más apartadas.

Raúl se había parado a mitad de camino y tenía la vista fija en una pareja en concreto. Por lo visto Marta y Víctor habían tenido la misma idea y estaban bailando en el centro de la pista con una habilidad que dejaba ver que no era la primera vez que lo hacían y más apretados de lo que era de esperar tratándose de una salsa.

—Si quieres podemos tomarnos otra copa y bailar dentro de un rato —le dije a un Raúl que no dejaba de mirar a Marta mientras apretaba los dientes, ¿qué se traían estos dos entre manos?

Nunca habría imaginado que entre ellos pudiera haber algo ya que me parecían dos personas muy diferentes y, aunque descubrir que entre mis compañeros estaba pasando algo me había resultado divertido en un principio, las reacciones de Raúl empezaban a preocuparme.

En vista de que no se movía y seguía con la mirada fija en la pareja, agarré

a Raúl por el brazo y tiré de él hacia la barra. Al ser aún temprano, no había mucha gente en la sala así que pillamos dos taburetes y mientras le pedía otro par de cervezas al camarero comencé a interrogar a mi compañero.

—Raúl, ¿qué me he perdido? —Él mantenía la vista fija en Marta que continuaba en la pista de baile.

—Nada Claudia. Déjalo estar.

—¿Que lo deje estar? —le pregunté exaltada mientras le agarraba de la barbilla y le obligaba a mirarme. —Obviamente está pasando algo entre Marta y tú, no tienes que contarme los detalles si no quieres, pero necesito saber que puedes aguantar los cuatro días que quedan de viaje.

—¡Claro que puedo! ¿Qué te hace pensar que me afecta?

—Probablemente el hecho de que ahora mismo parece querer matar a alguien y no tengo claro si a Marta o a su acompañante.

Raúl se dejó caer sobre el taburete mientras se pasaba las manos por la cara.

—¿Me prometes que no saldrá de aquí?

—Por supuesto.

—Marta y yo hemos estado viéndonos esporádicamente durante el último año, nada serio ya sabes... Lo pasábamos bien y no había compromisos de por medio. Pensé que podíamos dar un paso más y tener una relación. —Raúl volvió a mirar a la pista de baile y apretó el botellín de cerveza. —Así que hace un par de semanas se lo propuse y me dijo que sí. Pero el día que llegamos a Tenerife de repente me sale con que tiene que pensárselo, que no tiene claro si quiere una relación, que necesita espacio y que quiere conocer a gente nueva. Le pregunté a qué venía aquello y me dijo que no le interesaba una relación exclusiva en estos momentos... y supongo que ahora sé porqué. —Suspiró, se bebió la mitad del botellín de un solo trago y no pude evitar pensar que, si seguía bebiendo de ese modo, íbamos a tener un problema cuando llegara el momento de volver al hotel. —Es culpa mía. Marta es así y yo lo sabía, pensé que las cosas entre nosotros podrían funcionar, pero me equivoqué.

Le miré sin saber bien qué decirle. Raúl tenía mi edad, Marta era casi seis años menor que nosotros y tenía una mentalidad muy abierta, huía del compromiso a cualquier nivel, fuera en el trabajo o en su vida personal.

—Raúl, las cosas no siempre salen como esperamos y las personas no siempre responden como nos gustaría —como bien sabía yo —pero no puedes dejar que te afecte. Quédate con lo bueno que habéis vivido y... ¡que

te quiten lo “bailao”! —Intenté animarle con una brillante sonrisa... pero no funcionó, así que continué en un tono más serio —Sé que es complicado, pero... mejor ahora que más adelante y mejor de frente que a tus espaldas. Eso es algo que tienes que agradecerle, ha sido sincera contigo en todo momento.

Raúl me miró y me sonrió sin que el gesto llegara a sus ojos grises. Con más de metro ochenta de altura, una media melena rubia que le llegaba casi a los hombros y unas gafas que le daban un aire intelectual, era un hombre impresionante, pero también era tímido y bastante retraído. Estaba segura de que abrirse de aquel modo no había sido fácil para él. Le devolví la sonrisa —Hazme caso, tengo experiencia. —Le dije guiñándole un ojo y los dos nos echamos a reír a carcajadas.

—Vaya dos, ¿no? —me respondió cuando pudo volver a hablar.

—Ya sabes lo que dicen “Dios los cría y ellos se juntan”.

Sonreímos y esta vez sí le llegó a los ojos. Durante un rato permanecimos allí, bebiéndonos nuestras cervezas y sin decir una palabra. Hasta que empezaron a sonar los primeros acordes de una canción que se había convertido en mi mantra personal durante los últimos meses, “Vivir mi Vida” de Marc Anthony. Sin pensarlo, me puse de pie y tiré de Raúl hasta un lateral de la pista donde había varias parejas bailando.

—¿Claudia? —me preguntó extrañado.

—¡A bailar! Y, si además puedes escuchar la letra de la canción, ¡mejor! —empecé a cantarla bajito mientras empezábamos a bailar. Aquella canción me daba fuerzas y dejé que la letra ocupara mi mente.

*A veces llega la lluvia/Para limpiar las heridas
A veces solo una gota/Puede vencer la sequía
Y para qué llorar, pa' qué /Si duele una pena, se olvida
Y para qué sufrir, pa' qué /Si así es la vida, hay que vivirla*

Siempre me ha gustado la música, la capacidad de ciertas canciones de poner en palabras los sentimientos que, en ocasiones, somos incapaces de expresar. Mi hermano se metía conmigo de pequeña porque decía que me tomaba las canciones demasiado en serio, pero es que siempre he sido incapaz de limitarme a “oír” música. Hay canciones que llegan a tu vida en un momento concreto y son tan apropiadas, tan perfectas, que no puedes evitar sentir las con cada poro de tu piel. Y esa canción en concreto había llegado en un momento en que estaba tan cansada de llorar, tan harta de ser la

sombra en que me había convertido el abandono de Alonso, que había acabado convirtiéndose en mi oda personal al renacimiento.

*Voy a reír, voy a bailar /Vivir mi vida lalalalá
Voy a reír, voy a gozar /Vivir mi vida lalalalá
Voy a vivir el momento /Para entender el destino
Voy a escuchar en silencio /Para encontrar el camino
Siente y baila y goza /Que la vida es una sola
Voy a reír, voy a bailar /Vive, sigue
Siempre pa'lante /No mires pa'tras*

Así que, mientras Raúl me dirigía con ágiles movimientos, la energía y la letra obraron su milagro en mí y me olvidé de la timidez, las rupturas, las dudas, los alumnos, Alonso y de cómo me había sentido al reencontrarme con Jorge... Al menos hasta que le vi viniendo directo hacia nosotros. Tan alto y moreno, con una sonrisa brillante en la cara y vestido con unos vaqueros y una camisa negra remangada con los primeros botones sin abrochar, era un auténtico sueño hecho realidad que consiguió hacerme tropezar con mis propios pies.

Para cuando terminó la canción, Jorge estaba a nuestro lado apoyado en la pared, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¡Vaya Clau! No tenía ni idea de que supieras moverte así. —Se separó de la pared y me cogió la mano. —Baila conmigo.

Volver a sentir su mano apretando la mía después de tanto tiempo junto con su sonrisa y aquellos músculos que se dejaban ver por debajo de la camisa, me tenían absorbido el cerebro así que, sin decir una palabra, permití que me arrastrara a sus brazos y me dejé llevar mientras Raúl me dedicaba una mirada de extrañeza antes de encogerse de hombros y volverse a la barra.

Sentirme entre los brazos de Jorge despertó a la adolescente enamorada que seguía viviendo en mi interior. Olía demasiado bien, a Jorge, a bosque... <<a casa>> pensé, y sentí un deseo irrefrenable de apretarme contra su pecho y absorber su aroma en cada poro de mi piel. Si no tenía cuidado iba a perder la poca cordura que había conservado desde que lo vi por primera vez en el hotel.

Pero se ve que el destino estaba en mi contra y el DJ decidió que era el mejor momento para poner una bachata, por lo que me encontré entre los fuertes brazos del que había sido mi mejor amigo, el mismo hombre que me había desechado de su vida como si tal cosa, con mi pecho pegado a su torso,

que parecía tallado en mármol bajo aquella camisa negra y que olía a gloria. Empezó a moverse llevándome con él, en uno de los giros me dejó con la espalda apoyada en su pecho y nuestras manos cruzadas delante de mí. Apoyó su barbilla sobre mi hombro izquierdo y sus labios rozaron mi oreja mientras me susurraba.

—Dime... que no hay nadie en tu vida... por favor. —Y esas dos últimas palabras realmente sonaron como una súplica.

El calor que desprendía su cuerpo, sus caderas apretándose contra la parte baja de mi espalda, sus labios y las emociones enredadas en esa sola frase hicieron que mis neuronas cortocircuitaran y la poca cordura que había luchado por conservar saltara por la ventana. Me encontré diciendo que no con la cabeza, ya que no era capaz de pronunciar palabra. Suspiró, estrechándose con fuerza en la misma posición antes de tirar de mí en dirección a una de las puertas del local y ni mis neuronas, que estaban de fiesta, ni yo, que me había pasado la mitad de mi vida deseando que Jorge me mirara, hablara y tocara del modo en que acababa de hacerlo, encontramos motivo alguno para resistirnos.

Atravesamos la puerta, que resultó ser una de las salidas de emergencia y que daba a una calle lateral estrecha y poco transitada. Para cuando se cerró detrás de mí las manos de Jorge sujetaban mi rostro y sus ojos estaban fijos en los míos.

—Nena...

La palabra salió como un suspiro justo antes de que sus labios se apoderasen de los míos con fuerza y decisión ;;;Jorge me estaba besando!!!! Y no era un beso cualquiera entre dos personas que habían sido amigos durante años. Era el tipo de beso que un hombre le da a una mujer a la que desea. Un beso húmedo y caliente, rebosante de anhelo y pasión.

Sus manos resbalaron por mi cara, acariciando ambos lados de mi cuello, para detener una de ellas en mi nuca mientras con la otra continuaba acariciando mi perfil para acabar asiéndome con fuerza por la cintura. Su lengua rozó suavemente mis labios y dejé escapar un jadeo que él aprovechó para internarse en mi boca haciendo que su lengua arrasara el interior. No dejó ni un solo hueco sin explorar y en aquel estado de embriaguez por encontrarme al fin entre los brazos del hombre que había vivido en mis sueños durante tanto tiempo, dejé que la mía le acompañara en aquella danza salvaje. Mis manos, que habían estado petrificadas contra su duro pecho, se aferraron con fuerza a su camisa y me prohibí pensar a pesar de las luces

rojas que se habían encendido dentro de mi cabeza.

La boca de Jorge comenzó un recorrido por mi mejilla y mi oreja hasta llegar a mi cuello mientras me aprisionaba contra la pared junto a la puerta. La mano que había permanecido en mi cintura descendió acariciando mi cadera y mi muslo hasta llegar al bajo del vestido azul por encima de las rodillas, que llevaba esa noche. Cuando su mano comenzó a acariciar mi pierna por debajo de la suave tela supe que tenía que parar aquello, estábamos en un callejón, en la puerta de un local, nuestros compañeros estaban dentro, ¡nuestros alumnos! y había demasiadas cosas pendientes entre los dos. Pero era mi momento, uno que había esperado tanto tiempo (y era taaaaaaaan bueno) que ninguna razón me parecía lo suficientemente importante para interrumpirlo.

Tiró suavemente de mi pelo antes de volver a mi boca con la suya y volcar en su beso toda la pasión y el deseo que yo misma sentía, mientras con su otra mano se acercaba peligrosamente a mi ropa interior y cualquier pensamiento coherente que hubiese querido tener se perdió.

La puerta se abrió de golpe y tardamos un poco en reaccionar y darnos cuenta de que el que acababa de salir era Raúl que nos miraba con la cara roja y sin saber dónde meterse.

—Yo... eh... esto... —Raúl comenzó a balbucear y yo aproveché para empujar a Jorge en el pecho y separarme un poco de él.

—Claudia, te estaba buscando. Hay un problema con una de las chicas. — consiguió decir Raúl por fin.

—Vamos. —Mi chip de profesora responsable se activó, a pesar de que mi cara seguía roja y mis labios estaban hinchados por los besos, e intenté sonar lo más profesional posible a la vez que me atusaba el pelo como podía y recolocaba mi vestido.

Raúl volvió a cruzar la puerta que había mantenido abierta mientras hablábamos y yo me dispuse a seguirle al interior cuando Jorge me agarró por la muñeca. Me giré para mirarle a los ojos, que eran los mismos del chico con el que había compartido todos mis secretos, al que había contado todos mis miedos, pero que ahora estaban llenos de un deseo oscuro y profundo. Tiré suavemente de mi muñeca y él me dejó ir.

Cruzamos el local con paso firme en dirección a la puerta que lo conectaba con la discoteca en la que estaban nuestros alumnos.

—¿Qué ha pasado? —Pregunté a mi compañero que no había vuelto a abrir la boca.

—No lo sabemos. Al parecer dos de las chicas se han peleado y una de ellas se ha encerrado en el baño y no deja de llorar. Cuando han venido a avisarnos, Marta se ha ido para allá a ver si podía arreglarlo, pero la chica se niega en rotundo a salir hasta que vayas tú. Por eso te estaba buscando. Siento haberos interrumpido. —Raúl me miró un poco azorado. —Aunque creo que he llegado en el momento justo ¡A saber qué me hubiera encontrado si tardo cinco minutos más! —El rostro de mi compañero estaba iluminado con una sonrisa de lo más traviesa y fue mi turno de ponerme roja como un tomate.

Cuando llegamos a los baños, Jairo estaba en la puerta impidiendo que las demás chicas entraran. Nos contó que Marta estaba dentro intentando hacer salir a la pobre chica pero no lo conseguía, y que la que estaba encerrada era Carla, una de las alumnas de mi tutoría. Saber que era ella me ayudó a entender muchas cosas. Carla era una chica tímida, tranquila, a la que no le gustaba llamar la atención y que se esforzaba mucho para aprobar las asignaturas. Me recordaba mucho a mí con esa edad y eso había hecho que sintiera una empatía especial hacia ella, lo que se había traducido en que la chica tuviera una confianza conmigo que no tenía con los demás profesores.

Entré en el baño, le di las gracias a Marta y le pedí que nos dejara solas.

—Toda tuya... las niñas así me sacan de quicio. —Respondió mientras salía por la puerta, y yo me consolé pensando en que, al menos, había usado un tono de voz tan bajo que teniendo en cuenta el berrinche que tenía la pobre Carla, era seguro que no había oído nada. Ya hablaría con Marta al respecto en otro momento, ahora me preocupaba más que la garganta de mi alumna sobreviviera a aquella noche.

—Carla, soy yo, Claudia ¿Por qué no sales del baño y me cuentas qué ha pasado?

Intenté que mi tono de voz fuera lo más dulce y calmado posible, pero la única respuesta que obtuve fue una ronda de llantos e hipidos desconsolados. Suspiré y tiré de la manija de la puerta del cubículo con suavidad, pero estaba cerrada. Así que volví a intentarlo.

—Vale, entiendo que no quieres salir de ahí. Entonces... ¿me dejas entrar? —Lo último que me apetecía era encerrarme en el aseo de un metro cuadrado de una discoteca, pero aquella chica realmente necesitaba a alguien.

Oí el sonido del pestillo al abrirse y tiré nuevamente de la puerta que esta vez sí se abrió. Ante mí tenía a una chica bajita y morena, encogida sobre la tapa del wáter (al menos no se había sentado en el suelo), con la cara

descompuesta por el llanto y sus ojos azules brillantes y enrojecidos por las lágrimas. Al verme se lanzó a mis brazos y comenzó otra ronda de llanto desconsolado, lo que me preocupó doblemente ya que si seguía así realmente se iba a hacer daño en la garganta y no podía dejar de preguntarme qué había pasado para que estuviese así. Es cierto que los adolescentes son muy hormonales y en ocasiones tienen reacciones emocionales desproporcionadas, pero aquella chica tenía el corazón encogido y un llanto que transmitía una profunda agonía.

La abracé con fuerza y acaricié su melena negra hasta los hombros, mientras le hablaba con voz suave e intentaba tranquilizarla. Tardó un par de minutos en dejar de llorar y otros dos en relajarse lo suficiente como para poder contarme lo que le había pasado. Al parecer había visto al chico que le gustaba liándose con otra compañera. Bueno, no era el fin del mundo. A menos que tuvieras quince años, que era la edad de Carla. Recordando las largas charlas con mi querida Laura me dispuse a decirle que la entendía, pero que no podía permitir que nadie le hiciera sufrir de ese modo, que ningún chico se merecía la agonía que dejaban ver sus lágrimas... Cuando aquella adolescente de quince años me cerró la boca de golpe.

—¿Por un chico? —me miró con los ojos como platos —No estoy así por un chico Claudia. Seguramente Sergio ni siquiera se ha dado cuenta aún de que he venido al viaje. La que me ha jodido ha sido Marta.

—¿¿¿Marta??? —pregunté alucinada <<¿Qué tiene que ver Marta con todo esto >> pensé.

—Sí, Marta Rodríguez, alias "puñalada trapera". La que decía ser mi mejor amiga. —La ira se dejaba ver en cada palabra y yo respiré tranquila al ver que no se refería a mi compañera de habitación. Ya tenía bastantes temas pendientes por hablar con ella como para añadir otro.

Con esa fuerza que nos da a las mujeres la rabia que nos produce el haber sido traicionadas por alguien en quien confiamos, Carla me contó cómo la que decía ser su mejor amiga la había aconsejado sobre cómo vestirse y maquillarse para estar estupenda esa noche y que Sergio por fin se fijara en ella, cómo la había convencido para ponerse una minifalda que apenas le tapaba lo justo, un top y tacones, algo tan alejado de los vaqueros, las camisetas y deportivas que solía usar normalmente, cómo la había peinado y maquillado y le había asegurado que esa noche Sergio se fijaría en ella, para después encontrar a ambos dándose el lote.

—¿Y sabes qué es lo peor, Claudia? —la chica estaba roja de furia,

sentada en el wáter y con los puños apretados en su regazo. —Que él ni siquiera le gusta. Sólo lo ha hecho para poner celoso a Álvaro. ¿Es que no hay más tíos en la discoteca que se tiene que liar precisamente con el que me gusta a mí?

<<Vaya con la Martita, apunta maneras de arpía desde chiquitita.>> Pensé. Pero volví a pensar antes de contestarle a Carla, quizás había información que no teníamos.

—¿Has hablado con ella? —pregunté con mi mejor intención.

—¡¡¡Claro que he hablado con ella!!! No podía creérmelo, así que me fui para ella y le pregunté qué estaba haciendo y ¿sabes qué? Se ha echado a reír y me ha dicho que madure, que así es la vida. Que Sergio está bueno y si yo soy demasiado pava como para dar el paso, ella no iba a dejarlo pasar —Y mi pobre chica volvió a echarse a llorar. —¿Y eso es una mejor amiga? Pues no pienso tener ninguna más. —Continuó entre sollozos.

<<¡Menudo bicho de niña! Apunta maneras a lo grande.>>

—Escúchame bien Carla. —Puse mis manos en sus mejillas, haciendo que levantase la vista y me mirara a los ojos y seguí hablándole mientras le quitaba las lágrimas de la cara con los pulgares. —Ahora mismo te vas a lavar la cara, te voy a arreglar el maquillaje y vas a salir por esa puerta con la cabeza muy alta, porque ni Marta, ni Sergio, ni nadie, se merece que pases el rato que estás pasando. —Decidí que sacar su orgullo herido era lo mejor para que saliera adelante en aquel momento. —Está claro que ella no era tu mejor amiga y que tus sentimientos le traen sin cuidado. Te has equivocado al confiar en ella y duele. Mucho. Lo sé. Pero hasta aquí. Ahora ya sabes cómo es en realidad Marta Rodríguez y ¿de verdad quieres que alguien así sea tu mejor amiga?

—¡Claro que no! —exclamó sorprendida.

Sonreí con ternura a mi pequeña Carla porque, a pesar de sus tacones, su minifalda y su maquillaje corrido por las lágrimas, en aquel momento no era más que una niña a la que le habían roto el corazón, pero con una fuerza interior apabullante.

—Me alegra oírte decir eso. El dolor durará un tiempo y no voy a mentirte, no será fácil, pero ahora puedes seguir adelante sabiendo cómo es Marta realmente y decidiendo qué lugar quieres que ocupe en tu vida. Pero una cosa sí voy a decirte —me puse seria y la miré fijamente —no cometes el error de meter a todas las amigas en el mismo saco. Ahí fuera hay chicas geniales y maravillosas que sí merecen tu amistad y no les puedes negar el

privilegio de conocerte, ni puedes negarte a ti misma la oportunidad de disfrutar de lo que tienen para aportarte como amigas. Aprende de esto y piénsatelo dos veces antes de volver a confiarle a Marta tu amistad, pero no te niegues la oportunidad de tener amigas de verdad. ¿Me lo prometes?

Carla asintió con la cabeza y se lanzó a abrazarme, consiguiendo que acabara en el suelo de culo (ya que yo estaba en cuclillas delante de ella que estaba sentada en la taza del inodoro). Nos echamos a reír y mi corazón saltó de alegría al saber que aquella adolescente saldría adelante y se convertiría en una mujer fuerte, segura y decidida de la que cualquiera se sentiría orgullosa de llamar mejor amiga.

Después de que Carla se limpiase la cara y arreglar su maquillaje lo mejor posible, salimos del baño para encontrarnos con dos de sus compañeras que no se habían movido de la puerta preocupadas por ella y que se apresuraron a abrazarla y consolarla en cuanto la vieron salir. Estaría bien y seguro que a Marta le iban a pitar los oídos aquella noche de lo lindo. Le di las gracias a Jairo y le pedí disculpas por las molestias. El chico, que no debía tener más de veintiún años, me dedicó una enorme sonrisa y le quitó hierro al asunto con un “es lo que tienen los adolescentes”, y yo pensé que él debía saberlo bien porque no debía hacer mucho que salió de esa etapa. A mí ya se me había olvidado un poco, la verdad. Jairo se volvió a mitad de camino para decirme que el autobús llegaría en quince minutos para llevarnos al hotel. Rebusqué en mi bolso el móvil y comprobé que, efectivamente, faltaban algo más de quince minutos para la una de la mañana, hora a la que teníamos previsto dejar la discoteca.

Busqué a Raúl y a Marta con la mirada y vi que estaban con otros dos adultos junto a una de las barras. Iba a devolver mi móvil a las profundidades de mi bolso antes de reunirme con ellos cuando vibró en mi mano. Lo desbloqueé y comprobé que había recibido un whatsapp de un número desconocido. Abrí la aplicación y me quedé sin respiración.

“Nos vemos en el bar del hotel, tenemos algo que terminar. Jorge”

Un calor líquido arrasó mis venas mientras las dudas y los nervios, las ganas y los miedos mantenían una batalla sin cuartel dentro de mi cabeza.

Capítulo 5

Para cuando llegamos al hotel la batalla que tenía lugar en mi mente unida a la tensión del final de la noche amenazaban con provocarme dolor de cabeza y ni siquiera había decidido aún si encontrarme con Jorge en el bar era una buena idea.

Una parte de mí (la que aún vivía en mis sueños de una vida a su lado) se moría de ganas por verle, tocarle, besarle y amarle y, unida a ella, estaba esa parte de mí que no dejaba de recordarme que llevaba más de seis meses sin estar con nadie y el bulto en los pantalones del que fuera mi mejor amigo prometía una noche larga y sudorosa de sexo del bueno. Frente a ellas estaban la joven herida por el abandono del hombre que había sido el centro de su vida y la mujer orgullosa que se negaba a ceder sin una explicación, como si nunca le hubieran roto el corazón. Pero, si me sinceraba conmigo misma, lo que más pesaba era el miedo ¿Podría acostarme con Jorge y separarme de él al llegar la mañana como si no hubiera pasado nada? Y si no podía... ¿soportaría que mi corazón se rompiera de nuevo a causa del mismo hombre y teniendo tan reciente lo pasado con Alonso? Cerré la mano en un puño y la froté contra mi destrozado corazón. Necesitaba a Laura y la necesitaba desesperadamente. Necesitaba su perspectiva, ella me conocía mejor que nadie. Miré el reloj, la 1:30 de la madrugada de un miércoles... no, espera, ya era jueves y ese jueves era festivo en Madrid, así que al día siguiente mi amiga no tendría que madrugar... ¿se cabrería mucho si la sacaba de la cama a estas horas? Seguramente sí, pero era cuestión de vida o muerte y lo entendería.

—¿Claudia? —Carla estaba plantada delante mía observándome intrigada —¿te encuentras bien?

—Sí, cariño, ¿querías algo? —le dije con una sonrisa. No había vuelto a llorar, sus otras dos amigas no se habían separado de ella desde que salió del baño y ahora estaba sonriendo. Se pondría bien y eso me llenaba el alma.

—Verás... sé que no podemos cambiarnos de habitación, pero... —estaba mirando al suelo y se frotaba las manos, nerviosa —El caso es que preferiría no seguir compartiendo habitación con Marta, tú sabes, y Lorena García se ha

ofrecido a cambiarse conmigo. Está en la habitación de enfrente, así que no será mucho jaleo... ¿por favor? —La petición la acompañó con una expresión en su cara que habría sido la envidia del gato de Shrek. No pude evitar sonreír.

—Tengo que consultarlo con los otros profesores y con el hotel, Carla. Ve a tu habitación y en un rato subo y te digo lo que sea, ¿vale?

La sonrisa que me devolvió haría palidecer al sol.

—¡Muchas gracias Claudia! ¡Eres la mejor! —se acercó y me dio un sonoro beso en la mejilla.

—Jajajajajaja —no pude evitar romper a reír con ganas —¡y tú una pelota! ¡Anda! ¡Tira para tu cuarto!

Me pasé los dedos por el lugar donde me había besado mi alumna mientras la veía salir corriendo con sus amigas hacia las escaleras. Mis alumnos eran muy importantes para mí y ver a Carla reír después del mal trago que había pasado, saber que de algún modo la había ayudado, era la mejor recompensa que podía obtener.

Mis compañeros no pusieron ninguna pega al cambio de habitación. Martín estaba ya acostado por lo que le informaríamos al día siguiente, pero los tres estábamos seguros de que lo entendería. Lo hablamos con el recepcionista y nos dijo que por parte del hotel tampoco había ninguna objeción, pero que necesitaban saber los nombres de las chicas y sus habitaciones para actualizar el registro. Cuando subí a informar a Carla tanto ella como Lorena ya lo tenían todo preparado para el cambio y cuando las vi con las maletas listas no pude evitar echarles una mirada y levantar las cejas. La chica se encogió de hombros y me dijo “estaba segura de que tú lo conseguirías” <<Me la como. Es una pelota de campeonato, pero yo me la como>> pensé, mientras nos reíamos las tres. Después de colocar sus cosas en su nueva habitación me quedé hablando con Carla ahora que estaba más tranquila. Me aseguró que estaba mucho mejor y me pidió que no hablara con Marta, prefería que las cosas quedaran como estaban y no darle más vueltas al asunto. Yo lo entendía y, además, tampoco sabía muy bien qué decirle a la otra chica.

Para cuando me despedí de ellas y entré en mi habitación del hotel eran más de las dos y media de la mañana. Para mi sorpresa Marta no estaba dormida, ni tampoco sola. Víctor estaba sentado en mi cama y los dos me miraron con cara de sorpresa al verme entrar <<¿Hola? ¿Esta no es mi

habitación? ¡Debería ser yo la sorprendida! >>

Víctor se levantó, le dio un beso rápido en los labios a Marta y salió por la puerta diciendo “Adiós, Clau” antes de que me diera tiempo a reaccionar.

—¿Qué haces tú aquí? —me dijo mi compañera.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¡Duermo aquí! Si tenías planes haberme avisado. —Eso era el colmo, me la encontraba con un tío en nuestra habitación y era yo la que no debía estar allí.

—¿Planes? ¿Yo? Perdona bonita, pero se suponía que la que tenía planes con el compañero buenorro de Víctor eras tú. ¿Qué ha pasado?

—Me he liado, se me ha hecho tarde y no he podido ir. —Me encogí de hombros y me senté en la cama de espaldas a ella para desabrocharme las sandalias que iban atadas con un lazo alrededor del tobillo.

—¿Te has “liado”? No habrá sido con Raúl, ¿no? —la voz de Marta sonó más desagradable de lo normal y aprovechando que estaba de espaldas a ella sonreí. No sabía qué, pero Marta sentía algo por el profe de mates, porque si lo que había en su voz no eran celos, yo estaba dispuesta a cortarme las manos.

Al ver que no contestaba mi compañera continuó.

—Yo que la tenía por una mosquita muerta y mírala, ¡jugando a dos bandas con dos pedazo de tíos! Seguro que estás muy orgullosa ¿verdad? —Marta se había levantado de su cama, se había colocado delante de mí con los brazos cruzados y señalándome con un dedo —Pues una cosa te voy a decir Claudia, a Raúl ni te acerques ¿está claro?

Sin dejar de mirar mis pies mientras me desataba las sandalias me encogí de hombros y dije con toda la indiferencia del mundo mientras una sonrisa, que Marta no podía ver, llenaba mi cara —¿Y eso por qué? Que yo sepa está soltero, ¿no?

Marta se calló de golpe para a continuación dejar salir todo su genio paseando de un extremo a otro del cuarto e intentando controlarse para no gritarme, mientras me decía que Raúl era un chico maravilloso, que se merecía a una chica que lo quisiera y lo adorara y no a alguien que solo estaba jugando con él. Que era guapo, cariñoso, inteligente y todo un caballero. Su voz se fue suavizando conforme hablaba del profesor de Matemáticas y sus pasos se volvieron más tranquilos hasta que volvió a pararse.

—Estaba arreglando el cambio de habitación de Carla. —Dije levantando

la cabeza y dejándole ver la sonrisa enorme que había en mi cara —Aunque he de admitir que todo lo que acabas de decir me resulta muy interesante... ¿te apetece hablar de ello?

En aquel momento habría estado dispuesta a discutir sobre la inmortalidad de la tortuga con tal de no tener que hablar de mi involuntario plantón a Jorge (porque había sido involuntario... ¿verdad?) y aquel tema era muchísimo más interesante.

Marta me fulminó con la mirada antes de girarse para entrar en el baño y cerrar la puerta con fuerza tras de sí. Definitivamente estos dos se traían algo entre manos y Marta no había terminado su relación porque no le interesase Raúl.

Para cuando salió del baño llevaba el pijama puesto y yo ya había terminado de ponerme el mío. Entré a desmaquillarme mientras ella se metía en su cama y apagaba la luz de su mesilla sin decir una sola palabra.

Acababa de meterme en la cama cuando oí a Marta suspirar.

—No sé qué hacer Claudia, estoy hecha un lío. —La voz de Marta era un susurro y dejaba entrever una cierta ansiedad. —Yo nunca... —volvió a callarse y yo me giré para mirarla sin decir una palabra, solo para que supiera que la estaba escuchando. Suspiró.

—Nunca he tenido una relación Claudia. Una relación seria, quiero decir, y no sé si puedo tenerla. He tenido mis rollos, mis “novietes”, pero nunca he tenido una relación que me importara con alguien que me afectara tanto como lo hace Raúl... y no sé qué hacer. Tengo miedo. —Se incorporó de golpe y volvió a señalarme con el dedo —Si le cuentas a alguien una sola palabra de esto...

—Tranquila, —respondí —mis labios están sellados.

Marta volvió a echarse en la cama.

—El caso es que empezamos siendo solo un par de adultos que se atraían y se divertían juntos y eso estaba bien para mí. Cuando Raúl me pidió convertirlo en algo más, pensé que sería como las veces anteriores y me pareció bien, hasta que me agobié y pensé que yo no necesitaba eso, que hay muchos tíos en el mundo para centrarse solo en uno, que adoro mi libertad y no quiero perderla, así que puse tierra de por medio. Todo lo que te he dicho antes es cierto, Raúl se merece a alguien que le quiera, le valore y le cuide, porque es un tío increíble. Así que pensé que lo mejor era dejarle y que encontrase a esa persona. Pero esta noche, cuando os vi hablando en la barra,

riéndoos juntos y luego bailando, por un momento quise mataros a los dos y luego me asusté. No por los celos sino porque tuve miedo, miedo de que Raúl encontrara a otra persona y la mirara a ella como me miraba a mí cuando estábamos juntos, miedo de haber espantado al mejor hombre que he tenido en mi vida, pero... ¿y si no soy capaz de tener una relación de verdad? Siempre he sido una cabeza loca, un desastre, ... ¿y si meto la pata? ¿y si le hago daño? ¿y si nos hacemos daño? —Marta estaba tumbada boca arriba, con la vista fija en el techo y apretaba con fuerza la sábana sobre su pecho.

—Marta, eso nunca lo vas a saber. En una relación no hay más certezas que los sentimientos y lo que estés dispuesta a luchar para que funcione. Raúl te importa y lo que sientes por él es más fuerte que lo que has sentido por ninguno de tus “novietes”, ¿verdad? —Mi compañera se giró en mi dirección y asintió con la cabeza. —Negaré haber dicho esto, pero Raúl quiere estar contigo. Te quiere. Y, si tú sientes lo mismo, no puedes negaros la oportunidad de intentar ser felices juntos por miedo a que no salga bien. Quizás no funcione, pero ¿y si funciona? ¿y si resulta que eres más feliz con él de lo que eres estando sola? Los dos queréis que lo vuestro vaya bien y eso ya es tener mucho ganado, créeme. Arriésgate, inténtalo. Dile lo que sientes, cuéntale tus miedos y deja que te ayude a superarlos, pero juntos.

Marta volvió a girarse fijando su vista en el techo y cerró los ojos. Permanecí mirándola un rato, preguntándome qué habría llevado a la chica sensible, asustada y emocional que tenía frente a mí en aquellos momentos a esconderse detrás de esa máscara de arrogancia, dureza y pasotismo a la que me tenía acostumbrada. Solía pensar que calaba bien a las personas, pero tenía que admitir que, al menos con mi compañera, me había equivocado del todo. Su “gracias, Clau” fue a penas un susurro.

—Buenas noches, Marta. —le dije antes de girarme hacia la puerta y cerrar los ojos.

Capítulo 6

Me despertó la claridad del sol a través de las suaves cortinas de la terraza. Dada la intensidad de los últimos días habíamos decidido levantarnos más tarde y que los alumnos tuvieran el día libre para descansar, ir a la playa, la piscina o visitar las tiendas cercanas al hotel. Pero el sol parecía estar demasiado alto. Alargué la mano hacia la mesilla de noche y tanteé en busca de mi móvil... que estaba sin batería. La noche anterior había olvidado ponerlo a cargar al llegar al hotel. Me giré en la cama para preguntarle a mi compañera, pero la cama de Marta estaba hecha y no había rastro de ella por ninguna parte. Vale, era tarde y mi despertador, obviamente, no había sonado pero, ¿por qué no me había despertado en lugar de irse y dejarme durmiendo?

Entré en el baño y me di una ducha rápida para despejarme antes de ponerme un vestido blanco, cortado bajo el pecho, con dos tiras que se ataban al cuello y unas mariposas en tonos morados y lilas dibujadas en la parte baja de la falda que me llegaba un poco por encima de las rodillas. Me recogí mi melena castaña en una cola alta y me puse las sandalias de cuero marrón antes de salir de la habitación.

En el reloj del pasillo observé que eran las 10:30 de la mañana y respiré tranquila. Sí, me había quedado dormida, pero tampoco se me había hecho tan tarde, habíamos quedado con los niños en vernos en el comedor para desayunar a las 10 así que, con un poco de suerte, aun estarían allí.

Efectivamente, al llegar comprobé que la mayoría de mis alumnos estaban ya atacando sus desayunos y mis compañeros hacían lo propio, aunque con bastante menos ansia, en una mesa al fondo del salón comedor. Al verme, Martín me dedicó una sonrisa, Raúl una mirada cómplice y Marta... estaba demasiado ocupada mirando a Raúl como para fijarse en mí. Me senté en la silla vacía a la derecha de Martín mientras me disculpaba por el retraso y les explicaba que se me había olvidado poner a cargar el móvil.

—¿Por qué no me has despertado? —Le pregunté a Marta que estaba sentada a mi derecha.

Mi compañera se limitó a encogerse de hombros y, con aire despreocupado dijo —Después de lo de anoche supuse que te vendría bien dormir un poco más... —inclinó un poco la cabeza para mirarme y me lanzó una sonrisa sincera, muy diferente a la que estaba acostumbrada a ver en su

rostro dirigida a mí, que no se le escapó a Martín.

—¿Lo de anoche? —la ceja enarcada que me dedicó mi amigo decía más que la pregunta.

—Sí Martín, —fue Raúl el que contestó —anoche tuvimos un problema con una de las chicas de Claudia, es que estábamos esperando a que estuviera ella para contártelo.

A las once habíamos quedado con todos los alumnos en uno de los salones del hotel para organizarnos, así que, mientras yo terminaba de desayunar, pusimos al día a Martín sobre todo lo acontecido con Carla y el cambio posterior de habitaciones al que, como ya habíamos supuesto, no puso ninguna objeción y él nos informó de que su noche había sido de lo más tranquila y ninguno de los alumnos que se habían quedado en el hotel había dado el más mínimo problema.

—¿Algo más que deba saber de anoche? —preguntó mientras nos poníamos en pie para dirigirnos al salón.

Raúl me miró y empezó a reírse disimuladamente aprovechando que Martín le estaba dando la espalda. Noté como mis mejillas se sonrosaban justo cuando la nueva Marta salió en mi defensa, enganchando a Martín del brazo para ponerse a caminar mientras le contaba *noséqué* sobre un grupo de chicos y chicas que habían montado algo de jaleo en el autobús de vuelta. Aún con la cara roja, fulminé a Raúl con la mirada y salí detrás de ellos.

Después de organizarnos con los alumnos, asegurarnos una vez más de que tenían claras las normas y estarían en el hotel para el almuerzo, dejamos que se fueran y nos quedamos los cuatro en el salón.

—¿Qué os parece si aprovechamos la mañana en la playa? —Raúl dirigió la pregunta a los tres, pero sus ojos estaban fijos en Marta que tenía su mirada clavada en el móvil.

Martín y yo estuvimos de acuerdo, pero nuestra compañera se disculpó diciendo que tenía algo que hacer y que después se reuniría con nosotros y Raúl no pudo disimular el gesto de rabia al imaginar que ese “algo que hacer” seguramente tendría que ver con Víctor.

Subí a la habitación a ponerme el bikini. Acababa de abrir las puertas del armario para cogerlo cuando la del cuarto volvió a abrirse y apareció Marta.

—Sólo voy a cambiarme, no tardaré. —Tenía abierto el cajón donde había dejado mi ropa interior y los bikinis y agarré sin mirar el primero que pillé antes de dirigirme al cuarto de baño. Cuando llegué a la puerta me giré —Por cierto, gracias por lo de antes, Marta. —Le regalé mi sonrisa más sincera y

entré en el aseo.

Dejé el bañador sobre el mueble mientras me quitaba el vestido y lo ropa interior y me lo puse. Hasta que no me miré en el espejo no me percaté de cuál había cogido, ya que tenía otro parecido del mismo color. Era el segundo de los dos bikinis que me había comprado con Laura. A diferencia del que cogió Marta el primer día, éste era morado, la parte de arriba no llevaba tirantas, iba fruncida en el centro dejando todo el canalillo a la vista, se sujetaba con un nudo a la espalda y la braguita era poco más que otro triángulo atado con lazos a las caderas. Me quedé mirando los trozos de tela, que tapaban lo justo y entreabrí la puerta del baño para ver si Marta se había ido, con la idea de salir a coger otro del cajón, pero mi compañera estaba sentada en su cama escribiendo en su móvil.

—Marta... ¿podrías pasarme otro bikini del cajón, por favor? —levantó la cabeza y me miró extrañada antes de dejar su móvil sobre la colcha y ponerse de pie.

—Claro, ¿qué le pasa al que has cogido? —preguntó mientras iba hacia el armario.

—Digamos que no deja demasiado a la imaginación. —Mi compañera se paró a mitad de camino y se dio la vuelta para mirarme.

—Déjame verlo.

—No.

—Venga ya, Clau, te juro que seré totalmente sincera contigo. Déjame ver cómo te queda.

Abrí la puerta y di un paso hacia mi compañera.

—Me queda ridículo, es demasiado pequeño...

—Date la vuelta. —Me ordenó moviendo la mano en círculos mientras me miraba concentrada y yo me giré.

Cuando volvimos a estar frente a frente y después de echarme un último vistazo se volvió hacia el armario... y una parte de mí se sintió ofendida. Obviamente no me sentaba tan bien como podía sentarle a ella, pero tampoco era como para no decir ni una sola palabra. La razón para no querer ponérmelo era que no me sentía cómoda con él, enseñaba demasiado, pero en el fondo había pensado que no me quedaba mal. Parecía que había vuelto a equivocarme.

Volví a entrar en el baño mientras Marta rebuscaba en el armario y empecé a quitármelo mientras murmuraba mi odio hacia las diosas griegas, las caderas y el culo que Dios me había dado, a la vez que me planteaba a qué

podía apuntarme cuando volviese a Madrid para hacer algo de ejercicio.

—¿Qué haces? —La voz extrañada de Marta sonó justo detrás de mi espalda y yo sólo acerté a taparme el pecho con un brazo y mirarla a través del espejo.

—¡Podrías llamar a la puerta!

—Como si tuvieras algo que no haya visto. —Resopló. —¿Se puede saber por qué te lo quitas?

Miré extrañada su reflejo en el cristal frente a mí.

—Es obvio, ¿no? Me siento ridícula y tú piensas lo mismo, porque si no, no habrías ido al armario a por otro.

—¿A por otro? ¡Venga ya, Clau! ¡Si estás genial! Ojalá cuando tenga tu edad esté igual de bien que tú.

—¡Oye! —Mi voz sonó tan indignada como me sentía —¡que sólo soy seis años mayor que tú!

Marta se rio con una risa clara y sincera y me abrazó con fuerza.

—¡Mira que eres tonta Claudia! A mí que me daba envidia verte tan fuerte y segura y resulta que eres todo fachada...

Le devolví el abrazo

—Parece que las dos nos teníamos engañadas, ¿no? —y me reí con ella.

—En serio Clau, el bikini te queda genial. Siento no haberte dicho nada, es que al verte con él puesto me he acordado de algo que había echado en la maleta y no he podido evitar pensar que estarías genial con él, por eso me he ido al armario abstraída. Espera, que te lo traigo y te lo pruebas.

La nueva Marta, con una deslumbrante sonrisa en la cara, salió del baño para volver, justo mientras me volvía a abrochar la parte de arriba del bikini, con una mano detrás de la espalda.

—A ver, cierra los ojos y sube los brazos...

Lo hice y en aquel momento me di cuenta de cuánto había cambiado mi relación con aquella mujer desde la noche anterior y cómo me gustaba el cambio. Una sonrisa enorme ocupó mi cara mientras mi nueva amiga ajustaba el vestido alrededor de mi pecho y una suave tela rozaba mis caderas.

—Ya puedes bajar los brazos... y abrir los ojos. —Me lo dijo mientras me giraba con suavidad por los hombros para ponerme frente al espejo.

El “vestido” era de color blanco, con escote palabra de honor, la parte del pecho era elástica y estaba bordada en un tono de blanco un poco más crudo. La falda era de una tela un poco más tupida que la gasa y caía desde el

pecho llegando hasta las rodillas y justo en el centro, tenía una abertura que dejaba a la vista mi ombligo, la braguita del bikini y mis piernas.

—¿Qué te parece? Sé que no es tu estilo, pero yo creo que te queda genial, estás preciosa.

Marta parecía nerviosa y yo tuve que admitir que la imagen que me devolvía el espejo no me disgustaba en absoluto, me sentaba bien y me sentía bien, y con una enorme sonrisa se lo hice saber a mi compañera.

Mientras nos despedíamos me contó que iba a ver a Víctor. Había tomado una decisión respecto a Raúl y, aunque no había nada entre el compañero de Jorge y ella, quería ser sincera con él y dejarlo todo claro antes de dar ningún paso con el rubio de ojos grises que le había robado el corazón.

Dejé la habitación con una gran sonrisa en la cara, sintiéndome guapa y con la firme promesa de no decirle una palabra a Raúl, para dirigirme a la recepción donde había quedado con mis compañeros para ir a la playa.

Pensé pasar las siguientes dos horas de la tumbona bajo la sombrilla del hotel al agua y de vuelta a la tumbona, ya que adoraba el mar y sentir el beso del sol sobre mi piel me llenaba de energía. La playa siempre había sido mi lugar secreto, el que siempre me hacía sonreír y recargar fuerzas. Me encantaba pasar horas sentada frente al mar, observando su inmensidad y todas las diferentes tonalidades que adquiría bajo la luz del astro rey. El tacto de la arena bajo mis pies, pasear por la orilla sintiendo como las olas al romper lamían y besaban mis tobillos. De pequeña, había pasado los veranos en un piso que tenían mis padres en Castellón y desde que mi hermano vivía en Barcelona también pasaba parte del verano con ellos, pero mis playas preferidas eran las de Cádiz. Las había visitado por primera vez en mi primer verano en la universidad, los padres de Laura eran de allí y tenían un piso muy cerca de la playa. Laura era hija única y sus padres no podían ir hasta agosto así que en cuanto terminamos los exámenes Laura, Paula, Jorge y yo junto a algunos amigos más no dudamos en coger los coches y ocupar su casa durante dos semanas. El olor del mar, la vista del océano, la fina arena de las playas, la gente. Fue un flechazo instantáneo que había cuidado hasta el punto de que todos los años en vacaciones pasaba una semana en alguna de las playas de Cádiz y, después de lo de Alonso, me había jurado a mí misma que el dinero que obtuviera de la venta de la casa que habíamos comprado en común, lo invertiría en un piso, por pequeño que fuera, en una de aquellas playas. Absorta en mis pensamientos, tumbada boca abajo sobre mi toalla disfrutando de la sensación del sol sobre mi piel y con el murmullo de las

olas y la gente de fondo, el sonido de mi móvil fue una dura vuelta a la realidad. Sin levantarme alargué la mano y tiré del bolso para acercarlo antes de rebuscar en su interior en busca del dichoso aparato. La música de Audioslave con "[Be Yourself](#)"^[iii] me sacó una sonrisa, era una de mis canciones favoritas y Laura me había obligado a ponérsela de tono de llamada después de lo de Alonso. Decía que quería que recordara la última parte de la canción antes de que ella tuviera que decírmelo.

Al descolgar el teléfono y escuchar la voz de Laura mi sonrisa creció hasta límites insospechados, echaba de menos a las locas de mis amigas, mucho de menos.

—¿Qué tal por el paraíso, golfa? Hay que ver que no tienes tiempo ni de llamar a tu mejor amiga ¡tendrás poca vergüenza!

—¿Golfa yo? ¡Más quisiera! Con tanto niño y tanta visita no tengo tiempo para nada. ¿Qué tal por Madrid?

—Disfrutando del día libre, mi jefe me tiene hasta las narices, así que necesito despotricar a gusto ¿tienes tiempo?

—Para ti siempre, Lau.

Mi amiga trabajaba como traductora en una editorial y su “jefe” era, en realidad, su padrastro, así que en realidad sus broncas no eran para tanto. El problema era que mi amiga estaba embarazada de cinco meses y tanto su madre como su padrastro estaban obsesionados con que descansase y no querían que pisara la oficina. Los entendía, Lau había sufrido un aborto el año anterior y lo había pasado fatal y, aquel hombre, que la había criado desde los trece años y la quería como si fuera suya, estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para evitarle pasar de nuevo por aquello.

Martín salió del agua y me salpicó al pasar por mi lado, me incorporé de un salto aún con Laura al teléfono y le miré.

—¿Es Lau? —preguntó y yo asentí con la cabeza a la vez que me arrancaba el móvil de las manos y se ponía a hablar con MI amiga.

—¡Lau! ¿Cómo vas guapa? ¿Qué tal está el futuro marido de mi hija?

A Laura le había pasado con Martín lo mismo que a mí y desde que se conocieron habían congeniado a la perfección. De manera que, cuando la futura mamá nos contó que lo que vendría sería un niño, ninguno de los dos dudó en que acabarían convirtiéndose en consuegros.

Martín se alejó un poco para hablar con mi amiga y mientras lo observaba mi sonrisa fue desapareciendo a la vez que el rostro de mi compañero se volvía serio y sus hombros se tensaban. En el momento en que se dio cuenta

de que le estaba mirando me sonrió y se volvió dándome la espalda. Parecía que lo que fuera que Laura le estaba contando no le hacía gracia y yo empecé a ponerme nerviosa sin saber si quiera porqué.

Se retiró el teléfono de la oreja y dio un profundo suspiro antes de colgar la llamada, volverse hacia mí y tenderme mi móvil. La sonrisa en su cara no podía ser más falsa y su cuerpo seguía tenso.

—¿Qué pasa Martín? ¿Qué te ha dicho Laura? ¿Va todo bien? —La idea de que mi amiga estuviera teniendo de nuevo problemas con su embarazo hizo que se me encogiera el corazón.

—Nada, Clau, Laura está genial y mi futuro yerno está creciendo sano. — Su sonrisa se volvió más sincera pero sus hombros seguían tensos, había algo que no me estaba contando.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo? —inquirí con bastante más brusquedad de la que pretendía, pero es que me estaba poniendo muy nerviosa. Me levanté de la toalla y me coloqué frente a él —Lo siento, es que sé que Laura te ha dicho algo que te ha preocupado y sabes que no soporto que me ocultéis cosas, sobre todo porque últimamente lo que intentáis ocultarme me afecta a mí. —Le di un cariñoso apretón en el brazo. —Vamos Martín, sabes que, sea lo que sea, podré soportarlo. —Le sonreí con todo el cariño que sentía hacia él. —Para eso os tengo a vosotros, ¿no?

Martín me sonrió con dulzura y tiró de mí para abrazarme con fuerza.

—Vamos a dar un paseo y te lo cuento. —Dejé el móvil en el bolso y avisé a Raúl de que nos íbamos antes de unirme a mi amigo que ya estaba en la orilla esperándome.

Llevábamos un rato caminando en silencio cuando por fin hablé.

—Se trata de Alonso.

Me dijo aquello sin levantar la vista del suelo. La sangre se heló en mis venas y el vacío que había ocupado mi corazón cuando me abandonó volvió a aferrarse a él. Apreté mis manos nerviosa y esperé a que Martín continuara.

—Ha llamado a Carlos y le ha dicho que no va a autorizar poner en venta el piso hasta que no hable contigo en persona. —Me paré en seco y mis piernas empezaron a temblar.

Carlos era el marido de Laura y, al ser abogado y un buen amigo, se estaba encargando de los asuntos legales tras nuestra ruptura.

Alonso no había querido verme ni hablar conmigo en seis meses, ni siquiera había querido hacerlo para dejarme o darme una explicación a pesar de las veces que le llamé y los mensajes que le había enviado. En lo que a mí

refería, había desaparecido de la faz de la tierra ¿y ahora ponía como condición vernos cara a cara? Las primeras semanas y meses los había pasado esperando una llamada, una explicación, encontrarlo en la puerta de casa diciéndome que todo había sido un error y que estaba arrepentido. Lo había llamado con la intención de darle la oportunidad de hablar, quizás yo lo había presionado demasiado, quizás se había agobiado con la boda y los preparativos, quizás... Pero no había aparecido, no había respondido a mis llamadas, ni me había devuelto ninguna de ellas y yo había acabado aceptando que no me quería en su vida. Fue entonces cuando decidí mudarme a la antigua casa de mis padres y cortar cualquier vínculo con él lo antes posible, así que le pedí a Carlos que hablara con él para poner en venta el piso que teníamos en común y zanjar cualquier asunto lo antes posible. Mi ex había estado de acuerdo inicialmente así que habíamos decidido ponerlo en venta en cuanto pagásemos los plazos de hipoteca que nos quedaban, lo que significaba que debería salir a la venta al mes siguiente... y ahora decía que no quería venderlo. Al menos no hasta que nos viéramos en persona. Y yo no sabía si tenía fuerzas suficientes para enfrentarlo, si podía volver a mirarle a los ojos sin romperme por dentro. ¿Por qué ahora? Estaba mejor, había empezado a superarlo y la idea de volver a tener delante al que había sido mi amante y amigo durante cinco años, al hombre con el que había planeado compartir el resto de mi vida y que me había abandonado sin una sola explicación, hacía que me temblaran las piernas y quisiera huir a esconderme. Pero yo no huía, no me escondía, nunca lo había hecho y no lo haría entonces.

Cuadré los hombros entre los brazos de Martín, que me había estrechado con fuerza al ver mi reacción, y me separé de él con suavidad.

—Lo haré. Quedaré con él cuando volvamos a Madrid.

—¿Estás segura? No tienes por qué hacerlo, Carlos dice que podéis esperar para poner en venta el piso o buscar otra manera de hacerlo.

—Pero tengo que hacerlo Martín, necesito hacerlo. Necesito oír lo que tenga que decirme para pasar página y seguir con mi vida. Necesito mirar a la cara al que creí que era el hombre adecuado y decirle adiós.

Martín volvió a estrecharme con fuerza y me besó en la frente.

—Estoy muy orgulloso de ti Clau, saldrás de ésta, eres más fuerte que ese capullo. Nunca te mereció. —Martín me apretó entre sus brazos una vez más antes de soltarme y encogerse de hombros y decir —Si quieres puedo hablar con Alberto y su panda, seguro que tienen alguna idea fantástica para

fastidiar a tu ex... o podría contratar a alguien para que le dé una paliza —dijo pensativo.

Le miré sorprendida antes de ver la risa bailando en sus ojos. Los dos nos reímos y continuamos paseando mientras planeábamos distintas formas de fastidiar a Alonso.

Cuando regresamos a la tumbona, Raúl se metió en el agua y Martín cogió su teléfono para llamar a Carlos y pedirle que informara a Alonso de que había aceptado encontrarme con él.

Lo último que esperaba en aquel momento era la necesidad irrefrenable de lanzarme a los brazos de Jorge que me inundó en el instante en que lo vi viniendo hacia nosotros acompañado de Víctor y Marta. Necesitaba a mi mejor amigo y, antes de darme cuenta, estaba apretándome contra su pecho y abrazándolo con fuerza, mientras las lágrimas que ya no podía contener desbordaban mis ojos y cubrían mi rostro.

Jorge debió verse sorprendido por mi reacción, como era de esperar, y tardó unos segundos en reaccionar antes de envolverme con sus brazos y hacerles un gesto a Marta y Víctor, que estaban tan asombrados como él, para que continuaran andando y nos dejaran solos.

—Clau, ¿qué te pasa? ¿Nena? —Una de sus manos acariciaba mi espalda mientras con la otra intentaba hacer que levantara la cara para mirarle. — Nena, por favor, mírame, me estás asustando. ¿Qué ha pasado Clau?

En aquel momento, envuelta en su olor que me era tan familiar, con su mano acariciándome la espalda y su calor pegado al mío, mi cuerpo se relajó y dejé que el miedo, la ira, la frustración, la rabia y el dolor salieran en forma del llanto que empapaba su camiseta y hacía que mi pecho se encogiera contra el suyo en fuertes hipidos. Las piernas me temblaban y casi no podía mantenerme en pie y mi reacción había empezado a llamar la atención de algunas de las personas que nos rodeaban. Martín, al darse cuenta de la situación se acercó a nosotros.

—¿Clau?

La voz de Martín sonaba realmente preocupada. Extendió la mano para tocarme y yo me apreté aún con más fuerza contra Jorge. Mi mente no dejaba de repetirme que era un error, que ese hombre al que me aferraba me había hecho más daño aún que Alonso, pero mi cuerpo y mi corazón lo reconocían como el que siempre había estado a mi lado en los momentos difíciles, la roca a la que siempre me había aferrado en las tormentas, mi paño de lágrimas, mi mejor amigo y en aquel momento necesitaba tanto volver a sentirme tan

segura como siempre me había sentido entre sus brazos, que todo lo demás dejó de importarme.

La mano de Martín se detuvo al ver mi reacción y le dedicó a Jorge una mirada interrogante.

—Yo me encargo.

Fue todo lo que contestó antes de cogerme en brazos, porque mis piernas temblaban tanto que casi no podían sostenerme, y dirigirnos hacia el hotel.

Capítulo 7

Con la cabeza enterrada en su pecho y mis brazos rodeando su cuello dejé que me llevara a través de una de las puertas laterales del hotel hasta el ascensor. En algún punto del camino había dejado de llorar y mi angustia comenzaba a convertirse en vergüenza al pensar en el modo en que había reaccionado y la situación en la que me encontraba en aquellos momentos. Sin levantar la cabeza para mirarle a los ojos, resbalé mis manos hasta apoyarlas en sus hombros y murmuré contra su pecho un tímido "bájame". No sé si no me oyó o prefirió ignorarme, el caso es que continuó sosteniéndome entre sus brazos mientras esperábamos el ascensor. Suspiré y dejé que mis pulmones se inundaran de su olor por última vez antes de volver a intentarlo.

—Por favor Jorge, déjame en el suelo. —Jorge inclinó la cabeza para mirarme, pero yo seguía con mi cara aplastada contra su pecho.

—¿Estás segura? —Asentí con la cabeza contra su torso rozando su pecho con la nariz y embriagándome una vez más de aquel aroma que me traía tantos recuerdos.

Deslizó sus manos por mis costados hasta asirme por las caderas para mantenerme en pie, a la vez que mis manos resbalaban sobre su pecho. Nos quedamos así esperando el ascensor, él con sus manos en mis caderas y la vista fija en mi coronilla, ya que me negaba a mirarle, y yo con las manos extendidas sobre su amplio pecho cubierto por una camiseta gris empapada de mis lágrimas, y los ojos, rojos e hinchados de la llantina, fijos en el suelo. El sonido del ascensor al abrir sus puertas nos sacó del trance.

—Gracias Jorge, y perdón por el numerito. Será mejor que suba a mi habitación y me lave la cara. —Dije con una tímida sonrisa mientras entraba en el elevador.

Mi cuerpo había perdido cualquier relajación y estaba tenso, la vergüenza y el sentido común me estaban dando de patadas por lo sucedido en aquel momento y yo sólo quería encerrarme en mi habitación y enterrar la cabeza en algún sitio donde nadie volviera a verme la cara ni pudiera mencionar lo ocurrido.

Las puertas comenzaron a cerrarse, Jorge sujetó una de ellas y entró conmigo.

—Te acompaño.

Sabía que él merecía una explicación de lo ocurrido, pero la intimidad y confianza habían desaparecido y los últimos diez años se extendían entre nosotros como un abismo. Él no preguntó y yo se lo agradecí. Nuestros cuerpos estaban tensos dentro del pequeño cubículo y ambos mirábamos a las puertas sin decir una palabra. No podía contarle lo de Alonso, su abandono y el impacto de saber que quería verme y hablar conmigo. Necesitaba estar sola porque mientras lloraba entre sus brazos había sido realmente consciente de cuánto le había echado de menos durante los últimos seis meses a pesar de haber pasado sin él diez años. Había contado con el apoyo de mi familia, con Laura y Carlos, Martín y Elena, con Paula, con mis amigos y compañeros... pero le había necesitado a él. Había necesitado sus palabras, la sensación de protección y seguridad que sólo tenía cuando estaba entre sus brazos, había necesitado su apoyo, su presencia... todo lo que me había quitado al echarme de su vida... y de un plumazo, toda mi vergüenza se transformó en pura rabia. Hacia él por echarme de su vida y dejarme sola ante un mundo de emociones y sentimientos que tardé años en aprender a manejar sin su ayuda, por reaparecer justo en este momento de mi vida y comportarse como si nunca me hubiera destrozado el alma y el corazón en miles de insignificantes pedacitos, por no ofrecerme una mísera disculpa... Aunque si tenía que ser sincera conmigo misma, la mayor parte de mi rabia estaba destinada a mí misma. Por haber sido tan débil y haber caído entre sus brazos como una tonta, pero sobre todo por seguir echándolo de menos, por seguir queriéndolo y necesiándolo en mi vida y, sobre todo, porque por más que me repitiera a mí misma que no era el mismo en el que había confiado, con el que había compartido mis miedos, temores e inseguridades, el que lo había sabido todo de mí y del que me había enamorado, mi corazón seguía latiendo con fuerza en su presencia, mis manos seguían anhelando el tacto de su piel y mis labios nunca se habían sentido tan en casa como cuando estaban enredados con los suyos.

La puerta se abrió al llegar a mi planta y cada poro de mi piel destilaba rabia. Ni siquiera le miré antes de salir del ascensor y encaminarme furiosa hacia la puerta de mi habitación. Mis sentimientos bullían en mi interior, dolor, miedo, ira, furia, todo a la vez, amenazando con arrebatar me la poca

cordura que había creído conservar. Entré en la habitación y cerré la puerta con fuerza esperando oír el portazo que diera el pistoletazo de salida para ponerme a gritar como una posesa a sabiendas de que estaba sola... pero el portazo no sonó.

Giré sobre mis talones con una mirada furibunda en mis ojos enrojecidos y me encontré de frente con Jorge que me miraba sin entender mi enfado, con una mano en el pomo de la puerta y la otra agarrada al marco.

—¿Qué coño te pasa Claudia? Hace un momento no podías mantenerte en pie por las lágrimas y ahora pareces dispuesta a echar abajo el edificio con tus propias manos.

—¿Que qué me pasa? —apreté mis manos en puños a ambos lados de mi cuerpo y le dirigí una mirada que tenía toda la intención de enterrarlo a mucho más de dos metros bajo tierra. —¡Tú eres lo que me pasa! ¿Se puede saber qué demonios es lo que quieres? Reapareces en mi vida como si nunca te hubieras ido, como si jamás me hubieras dejado de lado como un trasto inservible y pasado de moda y te comportas como si nada hubiera pasado. — Lágrimas de rabia, tristeza y un dolor viejo y profundo se derramaban por mis mejillas y me impulsaron a lanzarme sobre él y aporrear su pecho con mis puños.

—¿Por qué tenías que volver? ¿Por qué precisamente ahora? ¡Me abandonaste! ¡Prometiste que siempre estarías a mi lado y me dejaste sola sin mirar atrás ni una sola vez!

Las lágrimas nublaban mi visión cuando las manos de Jorge se aferraron a mis muñecas.

—Nena...

—¡No me llames así! ¡Perdiste todo el derecho a hacerlo cuando me echaste de tu vida! —forcejeé con él intentando hacer que me soltara. —¡Me destrozaste, Jorge! ¡Me lo quitaste todo y me dejaste sola! —conseguí soltarme de su agarre y di un paso atrás para separarme de él —¡Ni siquiera podía odiarte! Y lo intenté, créeme. —Clavé mis ojos en los suyos —Creía que lo había superado hace años y ahora apareces sólo para volver a hacer pedazos todo mi mundo.

—El mío está hecho pedazos desde que te perdí, Claudia...

Su última frase me dejó clavada en el sitio ¿es que él también me había echado de menos? ¿acaso se había arrepentido de haberme echado de su vida? La voz de Jorge había sido apenas un susurro, tenía el rostro

desencajado por el dolor, la mandíbula rígida y los puños apretados. Sus ojos, del color de la miel, me miraban transmitiendo un profundo sufrimiento interior. Todo mi ser me pedía acercarme a él y abrazarlo, decirle que no pasaba nada, que lo solucionaríamos porque a pesar de todo el dolor, la rabia, el miedo y la frustración, aquel era Jorge y yo jamás había soportado verle sufrir... y estaba sufriendo.

Di un paso hacia él con la intención de abrazarle como tantas otras veces, de decirle que todo saldría bien, que estaba ahí a su lado, como siempre cuando una alarma se encendió en mi mente. Un momento, ¿qué había dicho? <<desde que te perdí>> ¡¿Cómo que desde que me perdió?! ¡Él nunca me había perdido! ¡Fue él quien se largó! La compasión que había sentido por él segundos antes se transformó en una furia ciega. <<¿Se puede ser más gilipollas que yo?>> Diez años llorando su ausencia y con una frase y una caída de pestañas vuelve a tenerme a sus pies y, a la misma velocidad, la furia se transformó en unas ganas locas de reír. Desde luego no había perdido las habilidades de sinvergüenza que tan bien le venían en el instituto. Comencé a reírme escandalosamente (¡Bendita bipolaridad la mía! - ¿o sería "tripolaridad"? -) mientras me daba de patadas por ser tan estúpida y haber estado a punto de caer en la trampa.

—¿Desde que me perdiste? —Solté una carcajada cargada de toda la ironía que siempre me había caracterizado. —Eso sí que es bueno. —Jorge me miraba como si me hubiera vuelto loca y quizás fuera así, pero es que ya había llegado a mi límite. —Tú nunca me perdiste. Tomaste una decisión y seguiste con tu vida sin importar si me destrozabas por el camino.

—Y no sabes las veces que me he arrepentido, Clau.

—Tienes razón. No lo sé ¿y sabes por qué? Porque nunca te molestaste en contármelo. —Cogí aire con fuerza, estaba hastiada, cansada de la conversación, de los hombres y, en aquel momento, hasta de mi vida, y le miré, dejando que todo el desengaño, la decepción y la pena que sentía se filtrara hasta mis ojos —¿Y sabes qué es lo peor? Que casi caigo en la trampa. Que casi me trago tu pose de arrepentimiento, tu historia del sufridor apenado. Pero no cuela Jorge, han pasado diez años ¡diez años! ¡Por Dios! Y ahora reapareces como si nada, pones tu mejor cara de cachorrito abandonado y haces que mi mundo se tambalee de nuevo. Como si no tuviese ya bastante en mi vida.

—Claud...

Ni de coña iba a dejarle hablar, no estaba dispuesta a correr el riesgo de que sus palabras volvieran a hacerme dudar.

—Vete por favor, ahora mismo no puedo seguir con esto.

Me di la vuelta dispuesta a encerrarme en el baño hasta que se fuera (muy maduro, lo sé, pero no estaba segura de poder aguantar si seguía mirándome de aquel modo) cuando sentí su mano aferrándose a mi muñeca justo antes de que me girase hacia él. El impacto contra su pecho amenazaba con sacar todo el aire de mis pulmones, pero fue su beso el que me lo arrebató.

Aquel beso sabía a dolor, a desesperación, a años de anhelo, a... esperanza. Y terminó tan bruscamente como había empezado. Jorge me soltó se dio la vuelta y sin decir una sola palabra, salió de mi habitación cerrando la puerta con suavidad. Dejándome allí de pie con la mirada fija en el lugar por el que acaba de desaparecer, una sensación de vacío instalada en mis labios y unas ganas tremendas de echarme a llorar.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Entré en el baño y me metí en la ducha sin desvestirme siquiera, total, sólo llevaba puesto el bikini, hecho que me recordó el modo en que había llegado a la habitación. La forma en que reaccioné en la playa al ver a Jorge después de mi conversación con Martín, el modo en que me había acogido entre sus brazos, lo segura que me había sentido en ellos, la preocupación en su rostro, la ternura en sus gestos... ¿y si realmente estaba arrepentido? ¿y si de verdad me había echado de menos todos estos años tanto como yo a él? Ni siquiera le había dejado hablar, no le había dado la oportunidad de explicarse ¿y si había un motivo razonable para que él tomara aquella decisión que yo desconocía? ¿y porqué me moría por volver a sentir sus labios sobre los míos?

Dejé que el agua fría resbalara sobre mi cuerpo mientras mil y una preguntas bullían en mi cabeza. Que me había engañado al pensar que había olvidado a Jorge comenzaba a ser bastante obvio y que había demasiados interrogantes entre nosotros también. La cuestión era si estaba dispuesta a aprovechar la oportunidad que parecía estar brindándome el universo de estar con él o iba a dejarla pasar. No podía olvidar el daño que me había hecho, pero ¿podría darnos otra oportunidad?

Salí del baño con la toalla envuelta sobre el bikini empapado, dispuesta a coger algo de ropa de mi armario y volver a la playa a por mis cosas. La visión de un Jorge abatido sentado a los pies de mi cama me dejó clavada en

el sitio. Fijó sus ojos en los míos antes de empezar a hablar.

—Sé que la cagué Clau, y lo siento. No sabes cuánto. No ha pasado un solo día sin que me arrepienta de aquella conversación, sin que te haya echado de menos en mi vida.

Se levantó de la cama y comenzó a caminar hacia mí lentamente. Sus gestos y movimientos me recordaban a los rescatadores que salen en algunos documentales de la naturaleza cuando intentan acercarse a un animal herido. Moviéndose con lentitud, intentando cerrarle las salidas para que no intente huir o atacarle. Supuse que, por mi reacción anterior, Jorge debía temer más a que le arrancara los ojos que a que me largara.

—He pasado diez años echándote de menos cada día, extrañando tu presencia, tu cariño, odiando no poder compartir contigo todo lo que me pasaba, no poder hablarte de mis dudas y sabiendo que si me necesitabas yo no estaría ahí. Y eso no podré perdonármelo nunca. Fui un cabrón y sé que no me merezco una segunda oportunidad. Pero, aun así, estoy pidiéndote que me la des.

Capítulo 8

Una parte de mí era muy consciente de que, si le rechazaba en aquel momento, podría devolverle el daño que me había hecho hacía tanto tiempo con creces. Pero yo no quería hacerle daño, nunca había querido hacérselo y él a mí tampoco. Era algo que sabía con cada poro de mi piel. Seguía sin tener una explicación, sin saber qué había pasado, sin entender qué nos había separado, pero tenía la certeza de que aquella distancia tampoco había sido fácil para él, me había echado de menos tanto como yo lo había extrañado a él. Los dos habíamos sufrido con la distancia, los dos nos habíamos necesitado y no habíamos estado. Le había echado en cara su promesa de no abandonarme, pero el caso es que yo le había prometido lo mismo a él... y tampoco lo había cumplido. Yo también le había dejado solo. Sí, no había sido por decisión propia, pero lo había hecho. Quedaban muchas cosas pendientes, pero en aquel momento, para mí, saber aquello era suficiente... y me dejé llevar.

Mi cuerpo se relajó contra el suyo y mis labios se entreabrieron para dejar paso a su lengua que encontró a la mía esperándola para iniciar una batalla de voluntades que nos enredó en un apasionado beso que parecía que ambos habíamos esperado durante demasiado tiempo. Mis manos volaron hacia su pecho, acariciando cada músculo, cada curva y cada recoveco, con el ansia propia de años de espera. Sentir mis manos sobre su cuerpo hizo que él también se relajara, rompió el beso para mirarme con dulzura, esa mirada que había echado tanto de menos, mientras sus pulgares acariciaban mis mejillas limpiando los últimos restos de mis lágrimas. Sus labios rozaron mis párpados cerrados, mi nariz y mis mejillas antes de volver a mi boca con tanta emoción que mi corazón amenazó con romperse de nuevo, aunque por un motivo muy diferente. Sus manos acariciaron mi cuello, mis clavículas e hicieron caer la toalla que cubría mi cuerpo antes de continuar recorriendo mis brazos hasta llegar a mi cintura desnuda. Sólo llevaba puesto el bikini, todo lo demás se había quedado en la playa y ni siquiera llevaba puestas las sandalias. Mi cuerpo entero estaba expuesto ante él y ese pensamiento amenazó con distraerme hasta que su boca y su lengua comenzaron un recorrido de besos por mi cuello hasta el lóbulo de mi oreja izquierda, sus dientes lo apretaron con suavidad y tiraron de él justo antes de que su lengua

recorriera el contorno del pabellón. Un jadeo entrecortado salió de mis labios mientras todo mi cuerpo se estremecía.

—Como ves, aún lo recuerdo todo de ti.

Fue un susurró en mi oído antes de volver a recorrer mi cuello y detenerse en mi clavícula. Sus labios bajaron por mi cuerpo deteniéndose para mordisquear con suavidad la curva superior de mis pechos que se agitaban apenas contenidos bajo el bañador. Se separó unos centímetros y recorrió mi cuerpo con una mirada apreciativa y una sonrisa lasciva en los labios.

—Estás tan preciosa como siempre y ese bikini... uf.

Resopló antes de volver a devorar mi boca con la suya y llevar sus manos a mi espalda para forcejear con el cierre de la parte de arriba de mi bañador. Mis manos resbalaron por su pecho para colarse por debajo de su ropa, el tacto de su piel era suave contra mis dedos, tironeé del bajo de su camiseta y él apartó las manos de mi espalda para ayudarme a quitársela. Sin dejar de besarnos, la lancé al suelo antes de que él soltara el cierre y dejara que la parte de arriba cayera al suelo. Las manos de Jorge se aferraron a mis pechos sopesándolos, amasándolos y masajeándolos con suavidad. Nuestros labios se separaron y bajó la mirada hacia sus manos. El contraste de su piel tan morena contra la apenas dorada de mis senos me hizo sonrojar, pero él los observaba con deleite, casi como un niño que acaba de abrir su regalo de reyes para descubrir que es justo lo que había pedido. Sus pulgares rozaron mis pezones ya erguidos enviando un escalofrío de placer que recorrió mi columna hasta el triángulo entre mis piernas. Un gemido escapó de mis labios cuando su boca reemplazó a sus manos y estas rodearon mi cuerpo para aferrarse a mi trasero y apretarme contra él. Su lengua se enredó sobre mi pezón antes de atraparlo entre sus dientes y tirar de él con suavidad volviéndome loca. Mis manos se cogieron al borde de su bañador, acariciando su cintura mientras mi lengua recorría su cuello antes de arañar su hombro con mis dientes con suavidad. Su erección empujaba contra mi cuerpo y un calor húmedo inundaba la unión entre mis muslos.

Jorge me empujó suavemente hasta que las corvas de mis rodillas chocaron con el borde de la cama dejándome caer sobre ella, su mirada recorrió mi cuerpo devorándolo con los ojos mientras retiraba la parte inferior de mi bikini dejándome completamente desnuda. El bulto bajo su bañador era más que evidente al igual que mi excitación en la tela entre sus dedos.

—No sabes cuánto tiempo llevo soñando tenerte así, nena...

Apoyó una de sus rodillas entre mis muslos, haciendo que el colchón de

hundiera y me besó con pasión y deseo mientras sus manos barrían mi cuerpo antes de detenerse de nuevo para torturar mis pechos.

Teníamos la respiración entrecortada, el pecho y la espalda de Jorge estaban cubiertos por una fina capa de sudor y mi cuerpo vibraba y se derretía bajo sus manos. Volvió a mis labios una vez más antes de mirarme a los ojos y preguntarme —¿Preparada? —Y esa sola pregunta me hizo caer a sus pies.

No se refería al aspecto biológico, era obvio que mi cuerpo estaba más que preparado para recibirle dada la humedad que cubría la parte interna de mis muslos. Aquella era su forma de preguntarme si estaba segura, si quería realmente aquello o no.

A modo de respuesta, mis manos acariciaron sus mejillas antes de atraerlo hacia mi boca y volcar todo mi ser en un beso arrollador. No sé cómo ni cuándo desapareció su bañador, pero segundos después mi mente se quedó en blanco en el instante en que su cuerpo encajó en el mío haciéndome sentir más completa de lo que me había sentido en toda mi vida.

Aún estábamos intentando recuperar la respiración después de compartir un orgasmo devastador, cuando el teléfono comenzó a sonar. Jorge presionó un beso en mi cuello antes de levantarse de encima de mí para sacar su teléfono del bolsillo de sus bermudas, que habían acabado en el suelo a los pies de la cama.

Cuando su cuerpo se retiró del mío una sensación de vacío cubrió mi piel. Se sentía tan bien estar pegada a él a pesar del calor...

La visión de su cuerpo desnudo me distrajo. Durante años había imaginado cómo sería tenerlo así y aquella imagen de músculos y piel morena, con su pecho cubierto de fino vello un tono más claro que su cabello, era mucho mejor que cualquiera que hubiese creado mi imaginación. Mis dientes se clavaron en mi labio inferior y el gesto atrajo la mirada de Jorge poniendo una sonrisa pícara en su cara.

—Sí, está mejor. No os preocupéis.

Marta debía haberle pedido a Víctor el teléfono de Jorge para saber de mí, ya que el mío se había quedado en la playa junto a todo lo demás.

—Sí, estamos en vuestra habitación... Gracias, se lo diré.

Jorge colgó el teléfono y lo dejó en la mesilla junto a mi cama.

—Era Marta, quería saber cómo estabas, se habían quedado bastante preocupados por ti.

La vergüenza al recordar lo sucedido en la playa tiñó de rosa mis mejillas y no pude evitar esconder mi rostro entre las manos.

—¡Dios! No voy a ser capaz de volver a mirarles a la cara...

Las manos de Jorge se posaron sobre las mías apartándolas con suavidad.

—Tranquila nena, solo están preocupados, a nadie le importa la escenita al más puro estilo "Oficial y Caballero" pero sin besos y con un montón de lágrimas que nos hemos marcado. —La risa de Jorge sonó fresca y sincera

—¡Idiota! —El rubor de mis mejillas creció y golpeé suavemente su brazo, aunque yo también me estaba riendo.

—Me han dicho una cosa más. —Sus manos comenzaron a acariciar mis costados y su mirada se llenó de deseo.

—¿Sí?

—uhum —Sus labios rozaron los míos en un suave beso. —Me han dicho que te tomes el resto de la tarde libre. Marta se hará cargo de tus alumnos. Como tiene tu móvil, atenderá cualquier posible incidente. —Me besó de nuevo antes de continuar —Me ha pedido que te diga que descanses y que no te preocupes... no tiene intención de pasar por vuestro cuarto hasta nueva orden. —Otro beso suave antes de separarse para mirarme a los ojos y, regalarme aquella sonrisa desvergonzada que me volvía loca.

—Así que... ¿por dónde íbamos?

Fue lo último que dijo antes de volver a mis labios lentamente para recorrerlos con la lengua y besarme con una pasión tal que me dejó sin aliento y rendida a sus pies.

La tentación de pasar el resto del día en la cama, envuelta en el olor de Jorge y regodeándome en el placer de tener su cuerpo pegado al mío era enorme. Pero no podía olvidar el hecho de que estábamos trabajando y teníamos un montón de alumnos a nuestro cargo, sin contar con que había dejado a mis compañeros plantados y preocupados sin explicación alguna. Así que cuando Jorge me comentó que le tocaba vigilar el turno de piscina a partir de las cuatro y no podía escaquearse, lo entendí.

Nos dimos una ducha rápida, o todo lo rápida que puede ser cuando la compartes con alguien a quien llevas anhelando media vida y por fin puedes tocar a tu gusto, y mientras nos vestíamos una parte de mí comenzó a retraerse. No sabía muy bien qué venía ahora, qué implicaba lo que acabábamos de compartir y me daba pánico preguntarlo.

Jorge me miró y supe que se había dado cuenta, pero no estaba preparada para hablarlo, no quería oír lo que tuviera que decirme. Así que, antes de que pudiera preguntar, lo hice yo.

—No entiendo por qué tenéis reservadas horas de piscina teniendo la

playa a tres pasos, la verdad.

Jorge me miró y supe que no me había librado de la conversación, pero aun así, contestó a mi pregunta.

—El colegio en el que trabajo tiene un equipo de natación bastante importante, muchos de los atletas que llevamos a las olimpiadas salen de él. Así que el entrenador puso como condición para que los chicos del equipo pudieran venir al viaje, que tuvieran donde entrenar y lo hicieran todos los días.

—Ajá. Tiene su lógica ¿Vamos? —No, no estaba siendo muy sutil intentando ocultar mi incomodidad.

Su mano se aferró a la mía con fuerza mientras salíamos de la habitación y no la soltó hasta que el ascensor hubo llegado a la planta baja. Se despidió dándome un beso suave en los labios justo antes de que las puertas se abrieran. Soltó mi mano y me quedé parada delante del elevador observando cómo se alejaba, las dudas y la inseguridad comenzaban a arrasar mi mente cuando se giró.

—¿Vais esta noche al karaoke del hotel?

—Sí, eso creo. —Respondí un poco tensa

—Nos vemos allí entonces.

—Vale. —Mi respuesta fue más un susurro.

Jorge caminó hacia mí y colocó sus manos sobre mis mejillas para obligarme a mirarle a los ojos.

—Nena, no le des vueltas, no vas a librarte de mí tan fácilmente. No pienso dejarte escapar una segunda vez.

El beso que siguió a esa afirmación hizo que me temblaran las rodillas y tenía toda la intención del mundo. Durante una fracción de segundo me dejé llevar, justo antes de recuperar la cordura y recordar que estábamos delante del ascensor, en la entrada del hotel y que nuestros alumnos podían vernos en cualquier momento. A pesar de todo, no me resultó fácil obligarme a separarme de él.

—Los alumnos. —Susurré mientras empujaba su pecho con delicadeza para separarme de él.

—Tienes razón, pero no he podido resistirme. —Otra sonrisa pícaro en sus labios y tuve que contenerme para no empujarlo al interior del ascensor y devolverlo a mi cama para no dejarlo salir nunca más.

—Nos vemos esta noche. —Una sonrisa se enganchó en mis labios mientras pronunciaba esas palabras.

—Y todas las que vengan.

Con esa sentencia y un guiño se giró para desaparecer por la puerta de acceso a la piscina del hotel. Durante un minuto entero me permití a mí misma disfrutar de todas las promesas implícitas en su declaración hasta que el insidioso recuerdo de las promesas rotas me hizo estremecer. Respiré hondo. No había promesas, no había futuro, solo teníamos el presente, lo que acabábamos de compartir... y ya veríamos cómo iban sucediendo las cosas. No iba a pensar en un futuro junto a Jorge, no podía correr el riesgo de siquiera planteármelo. Él había dicho muchas cosas, me había pedido perdón, me había confesado su arrepentimiento, me había dicho que me había echado de menos cada día que habíamos estado separados, pero Jorge siempre me había dicho tantas cosas... Una parte de mí estaba tendida al sol, disfrutando de la sensación de sentirse más completa de lo que nunca se había sentido en toda su vida. Otra, yacía acurrucada en el fondo de mi corazón rogando que mantuviera cerrada la puerta a cualquier esperanza, temblando de miedo por lo que podría significar otra decepción, otra traición por parte de aquel hombre que me había enamorado de adolescente y me hacía temblar como mujer.

Inmersa en mis pensamientos y con cientos de dudas girando en mi cabeza me dirigí al bar del hotel. Eran las cuatro de la tarde y el café de Martín era sagrado. Seguro que lo encontraba allí.

Tal y como esperaba, lo encontré sentado en una de las mesas de la terraza con un café solo con hielo girando en sus manos. Hacía algún tiempo me había dado cuenta de que tenía esa manía, cuando estaba pensando giraba el vaso en su mano con lentitud.

—¡Hola guapetón! —Me acerqué por detrás y le di un beso en la mejilla —¿Qué haces aquí tan solito y pensativo?

—¡Clau! ¡Gracias a Dios! —Una expresión de alivio inundó su rostro mientras tomaba asiento en la silla colocada a su derecha —Si te digo la verdad, estaba analizando los pros y los contras de ir a tu habitación y asegurarme de que estabas bien. Teniendo en cuenta el modo en que te fuiste me tenías bastante preocupado, la verdad. Marta me dijo que estarías bien con el tal Jorge, pero no le conozco, no sé quién es ni de dónde ha salido, así que no estaba seguro de que dejarte en sus manos en ese estado fuera lo más correcto. ¿Qué tal te encuentras?

—Estoy bien Martín, no tienes que preocuparte. Jorge es...

El camarero se acercó en aquel momento con mi café, igual que el de mi

compañero pero descafeinado, y lo dejó sobre la mesa de cristal, encima de un posavasos. Le di las gracias con una sonrisa y esperé a que se marchara para continuar hablando.

—Como te dije la primera noche que coincidimos con él, Jorge es un viejo amigo, bueno, en realidad, era mi mejor amigo. Perdimos el contacto hace unos años y nos reencontramos aquella noche en el bar. Cuando lo vi, después de que me dijeras lo de Alonso, no pude evitar recordar que siempre me sentí segura a su lado, siempre me apoyó cuando lo necesité y... bueno, supongo que han sido demasiadas emociones juntas.

—Ya —me miró y levantó una de sus cejas —y debo suponer que las horas que habéis estado encerrados en tu habitación a solas, habéis estado charlando para ponerlos al día ¿no?

Su ceja se elevó aún más y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios y yo no pude evitar ponerme roja como un tomate y bajar mi mirada al vaso que había dejado el camarero sobre la mesa, era bonito, con un tono azulado y una forma un tanto...

—Clau, no tienes que contarme nada que no quieras contarme. Soy lo bastante inteligente para saber que tenéis alguna historia en común, me cuentas la noche que lo conocí, aunque admito que disimulaste bastante bien, te conozco demasiado. —Volvió a sonreír y le dio un trago a su café antes de seguir hablando. —Me basta con saber que estás bien.

Abracé a Martín con fuerza, adoraba a ese hombre y daba gracias a Dios y a todas las fuerzas del universo por haberlo puesto en mi vida.

—Gracias Martín. Sí, tenemos una historia y muchas cosas que aclarar, no sé qué saldrá de todo esto, pero supongo que lo sabremos a medida que vaya pasando el tiempo ¿no? Ahora mismo sólo quiero disfrutar de lo que tengo, sin pensar en lo que habrá cuando volvamos a Madrid.

—Hablando de volver a Madrid... —el gesto de Martín se volvió serio — He hablado con Carlos. No voy a mentirte, Claudia, a ninguno de los dos nos hace ni pizca de gracia que te veas a solas con Alonso, pero entendemos que tienes que hacerlo, que necesitas hacerlo. Así que hemos decidido poner nuestra propia condición, os veréis en un sitio público. Nada de visitas a tu casa, ni cenitas en la suya, ni veros a solas en el apartamento que compartáis. Al menos no la primera vez.

—A veces me parece que tengo tres padres en vez de uno —una enorme sonrisa se dibujó en mi cara —y no sé a cuál de los tres quiero más. Gracias por preocuparos tanto por mí.

Volví a abrazar con fuerza a mi compañero, entendía su preocupación. No temían que Alonso pudiera hacerme daño físico, pero sí que si estaba a solas con él mi seguridad se viniera abajo. Habíamos compartido cinco años de nuestras vidas, nuestra ruptura era reciente y había demasiadas cosas en el aire, demasiados sentimientos a flor de piel que surgirían en nuestro reencuentro. Si mi confianza en mí misma flaqueaba estando a solas con Alonso, podría dar pie a situaciones comprometidas de las que después acabaría arrepintiéndome y era mejor evitar esa posibilidad.

—¿Dónde están Raúl y Marta? —pregunté con toda la intención de desviar la conversación hacia temas menos peliagudos para ambos.

—No lo sé, la verdad es que los he notado un poco raros esta mañana y, cuando terminamos de comer y los niños se fueron a la playa, Marta me preguntó si no me importaba que se fueran a tomar un café y a dar una vuelta y se llevó a Raúl casi a rastras. ¿Sabes qué se traen entre manos esos dos? La cara de Raúl ha sido un poema desde que vio a Marta aparecer en la playa con Víctor.

Sonreí, esperaba que esos dos aclarasen las cosas entre ellos y se dejaran de tonterías. Se querían demasiado, se les notaba en los ojos, en la forma en la que se miraban cuando creían que nadie les prestaba atención.

—No sé de qué me hablas.

—Mentirosilla... —me miró con esa sonrisa traviesa tan típica de él — Pero bueno, supongo que en breve me enteraré. Aunque tenga que pasarme la noche sonsacando a Raúl.

—Eso será si duerme esta noche en vuestra habitación... —Martín se echó a reír a carcajada limpia.

—Que no venga a dormir respondería a cualquier pregunta que pudiera hacerle. —Y no pude evitar reírme con él.

Capítulo 9

A la hora de la cena Martín y yo estábamos sentados en la misma mesa de siempre en el comedor del hotel. Los alumnos habían ido regresando a lo largo de la tarde, no había habido ningún incidente importante y en aquel momento, estaban todos sentados en sus respectivos lugares devorando con ansia la comida del bufé libre después de un día de playa, paseos, compras y juegos.

Raúl y Marta habían llamado una hora antes para decirnos que estarían de vuelta para la cena, pero todavía no habían aparecido, y eso sólo podía ser una buena señal. En uno de los vistazos fugaces a la puerta que echaba cada dos por tres a la espera de ver aparecer a mis compañeros, me topé de lleno con unos ojos castaños que me miraban fijamente. Jorge acababa de entrar en el comedor y se acercó a la mesa en la que estaba sentada sin apartar sus ojos de los míos. Me miraba con tal intensidad que un escalofrío recorrió mi columna y por un instante deseé que desaparecieran todas y cada una de las personas que había a nuestro alrededor y que impedían que pudiera lanzarme a sus brazos y devorar su boca.

—¡Ey! ¿Dónde están los dos que os faltan?

Me moría de ganas por besarle y sus ojos me decían que él sentía exactamente lo mismo, pero nuestros alumnos estaban presentes y no era plan de dar el espectáculo, así que se limitó a apoyar su mano en mi hombro y a no apartar su mirada de la mía.

—Eso nos gustaría saber.

Fue Martín quien respondió. Yo me había perdido en aquellos ojos castaños con motitas doradas y era incapaz de encontrar una sola palabra coherente dentro de mi cabeza.

—¿Quieres acompañarnos? O si lo preferís, os dejo solos... —dijo Martín mirándonos alternativamente.

Desenganchar nuestras miradas no nos resultó sencillo a ninguno de los dos.

—No, gracias, me temo que me están esperando. Nos vemos en el karaoke después de la cena, ¿no?

Jorge volvió a mirarme, pero yo continuaba sin poder pronunciar una palabra. Todo era demasiado intenso, sentía mi piel tirante, cada fibra de mi

ser me pedía abrazarme a él y no volver a separarme nunca. La misma intensidad de mis sentimientos me hizo reaccionar. No podía permitir aquello, no podía dejar que se apoderase de mí otra vez, no podía volver a quedar vulnerable ante aquel hombre que, aunque tenía el rostro del que había sido mi mejor amigo, también tenía el de la persona que más daño me había hecho en toda mi vida. Me había roto el corazón una vez, no podía darle el poder para que lo hiciera de nuevo.

—Sí, claro. Empieza a las diez, ¿no? —las palabras salieron de mis labios un tanto forzadas, mientras intentaba deshacerme de la niebla de deseo que había envuelto mi mente y mi cuerpo.

—Entonces nos vemos en un rato.

Me dedicó su sonrisa más devastadora y apretó mi hombro antes de arrastrar con suavidad el dorso de su mano por mi brazo en una discreta caricia. Observé cómo se dirigía a la mesa en la que estaban sentados sus compañeros mientras intentaba recomponerme. Martín me miraba sonriente.

—Vaya, vaya... pues sí que te tiene pillada.

Me libré de tener que responder a ese comentario -y, lo más importante, de tener que evaluar el hecho de que se me notara tan descaradamente ya que, al parecer, mi plan de mantenerme firme, no esperar nada y no darle la oportunidad de hacerme trizas de nuevo estaba haciendo aguas escandalosamente, - porque en ese momento Marta y Raúl entraban en el comedor con unas radiantes sonrisas en sus caras y se dirigían hasta nuestra mesa.

—¡Hombre! ¡Los desaparecidos! ¿Qué tal ha ido ese café? Aunque deben haber sido más de uno...

Mientras hablaba miré a Marta con una sonrisa cómplice en los labios que ella no dudó en devolverme antes de tomar asiento frente a mí, pero fue Raúl el que contestó.

—Muy bien, la verdad. ¿Qué tal tú? Esta mañana no tenías muy buena pinta que digamos cuando te fuiste de la playa.

¡Vaya por Dios! Otro con ganas de desviar la atención.

—Mucho mejor, gracias.

En vista de que la parejita no iba a soltar prenda y que yo tenía las mismas ganas de hablar de la llamada de Alonso y mi posterior salida en brazos de Jorge, que de que me arrancaran las uñas lentamente, opté por sugerir a los recién llegados que se apresuraran a coger su cena antes de que los adolescentes acabaran con todas las existencias.

La velada transcurrió tranquila, Martín decidió que lo mejor era que dedicáramos la conversación a organizar las actividades previstas para los dos días que nos quedaban de viaje y ninguno de nosotros se opuso, ya que la alternativa era hablar justo de lo que queríamos evitar.

Una hora después, estaba sentada en una de las mesas de la sala de actividades bebiendo un refresco y observando a Carla subida en el escenario junto a una de sus amigas cantando [Blanco y Negro](#) de Malú. Tenía que admitir que me había sorprendido gratamente verla subir al escenario, con lo tímida que era no esperaba que se arrancase a cantar en público rodeada de sus compañeros de clase y un montón de chicos de su edad de otros colegios. Lo siguiente que me sorprendió fue su voz... lo cierto era que la chica cantaba muy bien y me tenía embobada escuchándola, y yo, no tenía ni idea de que le gustase cantar y mucho menos de que se le diese tan bien.

Martín había subido a su habitación a hablar con sus chicas como todas las noches y Marta y Raúl andaban de cuchicheos a mi lado, con la sonrisa boba típica de los enamorados colgada de sus labios y más contacto físico del normal. Así que podía decirse que estaba sola, disfrutando del espectáculo que daban los valientes que se atrevían a empuñar el micrófono y de mi cola light, cuando el aroma de Jorge se coló en mi nariz inundando mis pulmones.

Cerré los ojos e inhalé profundamente permitiendo que su esencia llegara a cada fibra de mi ser. Mi cuerpo se relajó y una sensación de absoluta seguridad se apoderó de mi alma, hacía años que no me sentía así, como si nada en el mundo pudiera hacerme daño mientras que ese olor, mientras que él, estuviera a mi lado. Abrí los ojos y lo busqué con la mirada para encontrarlo a unos metros a mi derecha, cruzado de brazos y recostado sobre su hombro en una de las columnas del local, charlaba animadamente con uno de sus compañeros y un par de sus alumnos. Me quedé embobada observando al hombre en que se había convertido el que otrora fue mi mejor amigo. Los años le habían sentado realmente bien, sus músculos estaban definidos, que no marcados, bajo aquella camiseta negra de mangas cortas. Nunca me habían gustado los musculitos, Paula, Laura y yo solíamos bromear con que los músculos excesivamente marcados en los hombres eran un modo de compensar la falta de cerebro... ya fuera el que tenían sobre los hombros o entre las piernas. Una sonrisa iluminó mi cara al recordar a las locas de mis amigas y no pude evitar imaginar su expresión si supieran mi situación actual, ninguna de las dos se tomaría especialmente bien la vuelta de Jorge a mi vida, y ese pensamiento reafirmó mi idea de no mencionarles nada de lo

que estaba sucediendo en aquel viaje, al menos no hasta que estuviera de vuelta y pudiera explicarles cara a cara lo que había sucedido, cómo me había sentido y cómo me sentía en aquel momento. Confiaba en que para entonces yo misma tuviese claras las respuestas a esas preguntas porque la verdad es que cuando tenía a Jorge delante mi cerebro cortocircuitaba y lo único que podía hacer era dejarme llevar... como en aquel preciso instante. Jorge elevó la vista y me dedicó ESA sonrisa, acompañada de un guiño, antes de volver a su conversación como si nada, y todo mi cuerpo respondió como si le hubieran prendido fuego. Di gracias por estar sentada, el efecto que ese hombre ejercía sobre mi cuerpo y mi mente era devastador, y yo no era capaz de controlarlo. Más me valía comenzar a poner límites y alejarme de aquello o acabaría mal, muy mal.

—Por favor, dime que yo no pongo esa cara de boba cuando miro a Raúl.

—¡Por supuesto que no!

—Menos mal, empezaba a preocuparme.

—¡La tuya es mucho peor! —los ojos de Marta se agrandaron —de hecho, juraría haberte visto babear en más de una ocasión.

—¡Serás...! —Marta me golpeó en el brazo con suavidad antes de que las dos rompiéramos a reír a carcajada limpia.

Dejé de reírme en el instante en que me di cuenta de que todos en la sala nos miraban. Busqué a mi alrededor a tiempo de ver como algunos de nuestros alumnos se acercaban a nosotras y empezaban a tirar de mis brazos para que me levantase. Miré al escenario desde el cual Alberto, nuestro querido alumno/decorador de interiores, micrófono en mano, me animaba a subir a cantar una canción.

—¡Ah, no! Eso sí que no, ¡me niego a subirme ahí arriba!

—¡Venga Clau! ¡No seas aguafiestas! —Marta me miraba muerta de risa mientras los primeros acordes de [Bad Romance](#) de Lady Gaga comenzaban a sonar.

Puse los ojos en blanco y suspiré. Me encanta cantar y adoro los karaokes. Pero lo hago de pena y no es lo mismo hacer el ridículo en un pequeño antro de Madrid, rodeada de amigos y con un par de copas de más, que en un hotel de Tenerife, rodeada de tus alumnos y con el hombre que te trae de cabeza desde hace más de 10 años sin perderte ojo. Una sonrisa pícara se dibujó en mi rostro. ¡Ah, no! Iba a hacerlo, por supuesto, pero no iba a subir ahí sola.

Dejé de resistirme a los intentos de Carla y Lorena, las dos alumnas que intentaban arrastrarme al escenario, y me puse en pie. Di dos pasos, me giré

corriendo para agarrar a Marta que seguía retorciéndose de la risa en su asiento, y la arrastré conmigo al escenario.

—Sólo espero que te sepas la canción, porque no pienso ser la única que haga el ridículo esta noche.

Marta me guiñó un ojo antes de responder

—Clau, vas a ser la única que haga el ridículo.

¡Mierda! ¿Es que iba a ser yo la única que cantaba como un gato al que le habían pisado el rabo?

Alberto me tendió el micro que sujetaba y por el que había anunciado mi actuación "estelar" a los asistentes y Dani, uno de sus compañeros de trastadas, se apresuró a acercarle otro a Marta.

Era una de mis canciones favoritas para cantar en el karaoke junto a Paula, y mis alumnos lo sabían. En clase a menudo poníamos canciones en inglés para que intentaran averiguar qué decían. Casi siempre eran ellos los que elegían y traían los temas que escuchábamos, aunque de vez en cuando ponía alguna de mi propia cosecha, sobre todo de grupos de rock clásicos y no tan clásicos. Ésta la habían llevado no hacía mucho y yo no había podido evitar tararearla y mover los pies al ritmo de la música, así que había acabado confesándoles mi debilidad por los karaokes, sin imaginar las consecuencias que podría traerme... y allí estaba ahora.

Marta y yo nos dejamos llevar por la música y empezamos a cantar sin necesidad de mirar las letras en la pantalla. Mi compañera no me había mentido, yo era la única de las dos que iba a hacer el ridículo en aquel escenario, pero como me pasaba siempre que me ponía a cantar, en breve dejó de importarme y me limité a dejarme llevar, reír y disfrutar con mi compañera. A mitad de la canción me di cuenta de que había dejado de cantar para escuchar a Marta y ella parecía no haberlo notado. Estaba tan metida en su papel que era como si todo a su alrededor hubiese dejado de existir, así que me bajé del escenario, le entregué el micro a uno de los alumnos que esperaba para subir a cantar y me coloqué frente a mi compañera para disfrutar de su actuación. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había quedado sola sobre la pequeña tarima y la sonrisa que no se caía de sus labios dejaba claro que estaba disfrutando del momento.

—Gracias.

La voz sonó pegada a mi oído y me sacó de mis pensamientos. Raúl se había colocado a mi lado y miraba a Marta con una cara de bobo digna de entrar en los libros de historia.

—¿Gracias? ¿Por qué me das las gracias?

Desvió su mirada del escenario un instante para fijarla en mí.

—Ya sabes por qué. Marta y yo hemos decidido intentarlo y estoy convencido de que la conversación que tuvisteis ha tenido mucho que ver.

—Yo sólo le di la oportunidad de desahogarse y le dije lo que pensaba con sinceridad. La decisión la ha tomado ella y lo que pase a partir de ahora dependerá de vosotros. Pero una cosa sí te digo —agarré a Raúl de la muñeca y tiré de él con suavidad para que me mirase —cuídala y sé sincero con ella en todo momento, nada de juegos. Como le hagas daño te las verás conmigo.

—Vaya, vaya... ¡al final va a ser verdad eso de que del odio al amor sólo hay un paso! Habéis pasado de no poder ni veros a convertirlos en íntimas amigas.

—Lo que acabo de decirte te lo habría dicho igual si mi relación con Marta continuara siendo la de cuando llegamos —me encogí de hombros — que no me lleve bien con una persona no significa que le desee ningún mal. Pero tienes razón, hemos tenido la oportunidad de conocernos y hemos descubierto que ninguna de las dos somos como pensábamos. Me gusta Marta, me cae bien, sé perfectamente lo que está poniendo en juego en esta relación y el miedo que le da y, además, le he cogido mucho cariño en los últimos días, así que más te vale tomarte en serio mi advertencia.

—Ey, ey, para el carro... —Raúl me miraba serio —No tengo la menor intención de hacerle daño a Marta, al menos no intencionadamente. Esto es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y no pienso desaprovechar la oportunidad de demostrarle que no se ha equivocado al arriesgarse conmigo.

—Lo sé, y no te preocupes, a ella pienso decirle lo mismo respecto a ti. — Le lancé un guiño a mi compañero y me alejé de él para felicitar a Marta que ya bajaba del escenario en medio de aplausos y silbidos de admiración.

—¡Serás...! ¡Me has dejado sola ahí arriba! —Intentaba mirarme seria, pero la felicidad y la risa brillaban en sus ojos. Había disfrutado de su actuación.

—¡Venga ya! Si ni te has dado cuenta de que me había ido. Por cierto ¡cantas genial! Creo que hay demasiadas cosas que no sé de ti.

—Es lo que tiene acabar de conocerse.

Ambas nos reíamos mientras volvíamos a la mesa en la que habíamos estado sentadas y en la que ya nos esperaban nuestras bebidas. Junto a ella estaba Martín, que había bajado después de hablar con sus mujeres, y se encontraba charlando amigablemente con un par de compañeros de otro de

los centros que se alojaba en el hotel. Cuando nos acercamos interrumpió su charla y nos dedicó una sonrisa.

—Vaya, vaya. Realmente eres una caja de sorpresas Marta, has estado increíble. —La mencionada no pudo evitar sonrojarse mientras agradecía a Martín el elogio.

—¿Y yo? No me dirás que no he estado genial, ¿verdad? —Me acerqué a mi amigo y le di un leve empujón con la cadera mientras le hablaba —Creo que me he superado con creces en esta ocasión.

—Tienes razón Clau, —pasó su brazo sobre mis hombros —tú también has estado increíble. De hecho, la parte que más me ha gustado de tu actuación ha sido cuando te has bajado del escenario.

Intenté poner mi mejor cara de indignación, pero no pude evitar que se me escapara una carcajada que dio pie a que todo el grupo me acompañara riéndose.

—Yo también le quiero Señor Calvo.

—Y yo a usted, Señorita Álvarez. Y yo a usted. —Dijo mientras apretaba su brazo con suavidad alrededor de mis hombros.

Martín nos presentó a los profesores que le acompañaban y nos comentó que estaban hablando de la visita al Loro Parque, que teníamos proyectada para el día siguiente. Ellos ya habían ido así que nos estuvieron informando de lo que no podíamos dejar de ver y de algunos detalles que debíamos tener en cuenta. Aunque la conversación era interesante y los nuevos amigos de Martín encantadores, no pude evitar dejar vagar mi mirada por todo el local buscando a Jorge.

Había algo en mi interior que me impulsaba a tenerlo localizado, como si una parte de mí tuviera miedo de que todo aquello no estuviera siendo real, que él volvería a desaparecer de mi vida en un simple parpadeo para no regresar jamás.

Lo encontré cerca de las puertas que daban a la terraza del hotel, charlando con algunos compañeros. Nuestras miradas se cruzaron un breve instante antes de que él volviese a la conversación. No pude evitar sentirme un tanto decepcionada. Yo allí, buscándolo entre la gente cada dos por tres, temblando por dentro de ganas de volver a sentirme entre sus brazos y él como si nada ¿Cómo podía ser tan idiota? Meforcé por recordarme a mí misma una vez más que entre nosotros no había nada, que simplemente éramos dos adultos que se habían reencontrado después de mucho tiempo, que nos atraíamos y que teníamos un pasado común, pero nada más.

Los ojos de Jorge volvieron a clavarse en los míos solo un instante antes de que se diera la vuelta y desapareciese a través de las puertas de la terraza.

Antes de darme cuenta si quiera de que me estaba moviendo, me encontré a mí misma atravesando esos mismos ventanales, como si un hilo invisible tirara de mí obligándome a seguir al que durante años había sido el objeto de mis deseos. Una mano tiró de mí y me encontré cobijada entre los fuertes brazos del único hombre que derretía mi cerebro y revolucionaba mi cuerpo. Sus labios buscaron los míos con avidez y, una vez más, tuve que forzarme a romper el contacto por miedo a que alguno de nuestros alumnos nos pillase. Apreté mi rostro contra su pecho y aspiré su perfume en la tela de aquella camiseta negra que le sentaba como un guante, mis brazos se apretaron contra su torso y mis dedos acariciaron su espalda. Quería aferrarme a él, abrazarlo tan fuerte que nunca más pudiera separarse de mí, quedarme tatuada en su piel y que me llevara con él a donde quiera que tuviera que ir, asegurarme de que nunca más se alejase de mi lado. Él estrechó su abrazo atrayéndome hacia su pecho con la misma intensidad con la que yo lo mantenía aferrado a mi cuerpo y acercó sus labios a mi oído.

—Nena... dime que nunca más volveremos a separarnos. Yo prometo no volver a alejarme de ti, prométeme que tú no te irás. Diez años son demasiados para funcionar sólo con la mitad del corazón, prométeme que nunca más tendremos que hacerlo.

No pude evitar que al escuchar sus palabras las lágrimas brotaran de mis ojos derramándose sobre su camiseta. Era incapaz de contestarle, aquellas palabras me habían desarmado totalmente ¿y si realmente estaba allí para quedarse? ¿y si realmente después de aquello ninguno de los dos queríamos volver a separarnos? ¿y si lo que solo me había atrevido a soñar se había hecho realidad después de tanto tiempo?

—Clau, por favor, mírame —acarició mi mejilla y elevó mi barbilla con dos dedos, forzándome a mirarle a los ojos —Claudia, te quiero. Siempre te he querido y pienso pasarme el resto de mi vida demostrándote cuánto te he echado de menos estos años y que no tengo intención de volver a separarme de ti.

Quería creer sus palabras, que aquello que brotaba de sus labios y llenaba mi corazón era cierto. De nuevo me aferré a su cuerpo con fuerza a la vez que buscaba sus labios, arrasé con su boca, queriendo beberme cada una de las palabras, deseando que no dejara de decirlas a la vez que un miedo atroz a que no las mantuviera, a que todo lo que estábamos viviendo durante esos

días desapareciera en el momento en que nos subiésemos al avión, y una vez más Jorge se esfumase de mi vida dejando tras de sí la más absoluta soledad ocupando cada rincón de mi ser. Si me había dolido perderlo años atrás, cuando creía amarle, pero sólo habíamos sido amigos, después de haber estado entre sus brazos, de haber sentido sus labios sobre los míos, después de haber escuchado sus palabras de amor y haber empezado a reconstruir esa parte de mí que quedó destrozada cuando se fue, tenía la absoluta certeza de que el dolor que sentí entonces no sería más que una ínfima parte del que sentiría si la historia se repitiese. Sabía que tenía que protegerme, que poner un poco de distancia emocional, dejar de construir castillos en el aire. Dejarme llevar, sí, pero tenía que mantener mi corazón protegido. Desgraciadamente, algo me decía que era demasiado tarde para eso y que ya no había nada que pudiera hacer para evitar el dolor si mis peores temores se hacían realidad, nunca había sido capaz de ser comedida en los sentimientos cuando se trataba de Jorge. Él, simplemente, tenía la habilidad de arrasar con todo en mi interior.

Me separé de él con un último abrazo, besé sus labios y di un paso atrás para poner algo de distancia entre nosotros en un vano intento de mantener la cordura que, obviamente, no había mantenido en ningún momento desde que nos volvimos a ver.

—¿Qué te parece si vamos poco a poco?

Intenté imprimir en mi voz toda la confianza que no sentía y el coraje que necesitaba para dejar las cosas claras, aunque no estaba segura de si quería dejárselas claras a él o a mí misma.

—No voy a negar que los dos sentimos una atracción bastante fuerte y que tenemos una historia en común. Pero tampoco podemos ignorar el hecho de que ha pasado mucho tiempo desde que nos separamos y que, durante ese intervalo, los dos hemos cambiado. Hemos crecido, madurado, tomado decisiones y evolucionado en direcciones que no conocemos. No somos los mismos que éramos hace diez años y no sabemos en qué medida ni sentido hemos cambiado. Tenemos que volver a conocernos antes de prometer cosas que no sabemos si seremos capaces de cumplir.

Solté todo aquello casi sin respirar y mi voz surgió más seria y rígida de lo que había pretendido. El rostro de Jorge estaba también serio y sus ojos reflejaban un temor que le llevó a aferrar mi mano con fuerza. Sentí la necesidad de borrar esa expresión de su cara.

—Nene, yo también te quiero. Lo sabes. Y quiero que esto funcione,

¡dios! Llevo años deseando oírte hablarme del modo en que acabas de hacerlo... —acerqué mis labios a su oído y bajé el tono de mi voz —por no hablar de las veces que he soñado con tenerte como esta mañana... y que me muero por repetir. —Una sonrisa asomó a sus labios y respiré aliviada —Sólo quiero que nos lo tomemos con calma. No podemos pretender actuar como si estos años separados no hubieran existido.

Jorge acarició mi rostro antes de apoyar su cabeza en el hueco sobre mi hombro. Depositó un suave beso en mi cuello y me susurró al oído.

—Ahora mismo te encerraba en mi cuarto para no dejarte salir de mis sábanas en toda la noche.

—Sabes que no podemos. Mañana tenemos excursión al Loro Parque y necesito descansar, además, me dijiste que esta noche te tocaba a ti la guardia.

Normalmente cada día un profesor se hacía cargo de cualquier posible problema que surgiera durante la noche. No se trataba de quedarse despierto por si ocurría algo, sino simplemente, si surgía un problema, los alumnos sabían que se tenían que dirigir a un profesor en concreto para que les ayudase a solucionarlo. Normalmente no pasaba nada y la “guardia” no pasaba de ser una noche más, pero nunca se sabía.

—Lo sé. —Apoyó su frente sobre la mía —Pero eso no quita que lo desee con todas mis fuerzas.

Besó mis labios con suavidad antes de separarnos.

—Mañana por la tarde salimos a dar un paseo en barco y volveremos de madrugada, así que supongo que no podremos vernos hasta el sábado. ¿Iréis a la fiesta de despedida en la playa?

—¿La ibicenca? ¡Faltaría más! Las chicas no hablan de otra cosa, cualquiera les dice que no.

Un beso demoledor y quince minutos después, tras habernos asegurado de que todos nuestros alumnos se dirigían a sus habitaciones y haber dejado a Raúl y Marta tomándose la última en el bar del hotel entre arrumacos y miradas cómplices, me despedí de Martín en la puerta de mi habitación.

Cuando me metí en la cama me pareció mentira que sólo hubieran pasado unas horas desde que Jorge y yo estuvimos enredados entre las mismas sábanas que ahora me esforzaba en apartar a patadas por culpa del calor. Tenía la sensación de que había pasado una eternidad desde entonces. Mi gesto se torció al recordar cómo habíamos llegado a mi habitación. Alonso. <<Los problemas de uno en uno y ese ya lo enfrentaré cuando llegue el

momento>> pensé, ahora me apetecía llenar mi mente con todos los pensamientos que me ayudaran a reencontrarme con Jorge, aunque fuera en sueños. Mi móvil sonó, informándome de que había recibido un whatsapp y no pude evitar sonreír al ver su nombre.

“Dulces sueños, preciosa.”

Abracé el teléfono contra mi pecho. Esa frase me había acompañado cada noche durante muchos años y no había sido consciente de cuánto había anhelado volver a escucharla hasta ese momento.

“Serán dulces si tú estás en ellos.”

“Prefiero tenerte en mi realidad. Pero esta noche tendré que conformarme con eso.”

Capítulo 10

El día siguiente fue una auténtica locura. Nos levantamos temprano y desayunamos a primera hora con el comedor prácticamente para nosotros solos. El catering del hotel nos había preparado la comida para llevarla a la excursión y tras el desayuno la repartimos a los alumnos antes de subir al autobús. El viaje de ida pasó entre risas, canciones y diversos juegos, el de vuelta fue muy diferente. La visita fue amena, los niños disfrutaron del parque y nosotros también. Los monitores de allí tenían preparadas distintas actividades y exhibiciones que nos entretuvieron, divirtieron y acabaron con las pocas fuerzas que nos iban quedando a esas alturas del viaje. Así que la vuelta la hicimos con la mitad de los chicos dormidos y la otra mitad cuchicheando sobre los planes para el tiempo que nos quedaba en la isla.

Llegamos al hotel con el tiempo justo para ducharnos antes de la cena. Aquella noche no había ninguna actividad prevista, así que unos subieron a las habitaciones y otros se fueron a la playa. La única condición era que a la 1 tenían que estar todos allí. El día siguiente era el último antes de regresar a Madrid y había mucho por hacer y organizar. Pasaríamos la mañana de compras por Tenerife, la tarde en la playa y por la noche teníamos la fiesta de despedida. Además, tenían que dejar el equipaje preparado ya que el domingo saldríamos temprano hacia el aeropuerto.

Después de la cena, Raúl y Martín se quedaron en la terraza del hotel y Marta y yo nos dirigimos a las habitaciones para vigilar a los alumnos que habían decidido quedarse en el hotel en vez de ir a la playa y fue el momento que mi compañera y yo elegimos para hacernos el tercer grado. Cuando llegó a la habitación la noche anterior yo ya estaba dormida y durante aquel día había sido imposible cotillear, así que las dos teníamos mucho que contarnos.

Marta estaba radiante hablando de Raúl. Se alegraba de haberse decidido a arriesgarse con él y no dejaba de darme las gracias por haber hablado con ella.

—Deja de darme las gracias, ¿para qué están las amigas?

—Salvo por el hecho de que, en aquel momento, tú y yo no éramos precisamente “amigas”.

—Ahí “las dao”. —Ambas nos reímos.

—¿Sabes? Si hace dos días alguien me hubiera dicho que nosotras dos

íbamos a estar así, lo habría enviado directo al psiquiátrico.

Volvimos a reír. La verdad es que aquel cambio radical en nuestra relación también me resultaba bastante extraño. Normalmente no me resultaba sencillo confiar en las personas, era extrovertida y tenía muchos “colegas de copas”, conocidos con los que salir a cenar o tomar algo. Pero las personas en las que confiaba o con las que hablaba de mí y de mis sentimientos podían contarse con los dedos de una mano. Sin embargo, Marta había pasado de ser una compañera de trabajo a la que soportaba porque no me quedaba más remedio, a alguien a quien me sorprendí a mí misma contándole con todo detalle mi historia con Jorge y todo lo que sentía y pasaba por mi cabeza desde el momento en que nos reencontramos.

Recordar todo lo vivido con Jorge desde el principio me ayudó a poner algo de perspectiva en todo lo que estaba sucediendo aquella semana. Lo cierto era que Jorge sólo me había “traicionado” una vez desde que nos conocimos, sí, entre comillas, porque lo que me dolió no fue que se olvidara de mi cumpleaños, ni siquiera las palabras que había intercambiado con su amigo en aquella discoteca hacía tanto tiempo. De hecho, si lo pensaba detenidamente, ni siquiera el hecho de haber roto la promesa de un futuro juntos que me había hecho antes de irse era lo que había sentido como una traición en los años posteriores. Lo que me dolió fue la facilidad con la que desapareció de mi vida o, para ser más exactos, con la que me echó de la suya, dejándome sola. O, al menos, así lo sentí yo. Me había abandonado dejándome sin mi principal apoyo ante un mundo al que me sentía incapaz de enfrentarme sin él a mi lado. Con el tiempo había aprendido a sobrevivir, sin querer confiar ni contar con nadie por miedo a volver a ser tan dependiente de otra persona. Durante mucho tiempo sentí que me había perdido a mí misma, que no sabía quién era si Jorge no formaba parte de mi vida. Después, me di cuenta de que me había centrado tanto en él, había apoyado mi vida en la suya de tal manera y sin ser consciente de ello que, en realidad, nunca me había molestado en averiguar quién era yo realmente. Así que me tocó descubrirme, averiguar quién era yo, qué me llenaba, qué me gustaba, qué odiaba y qué cosas no soportaba. En cierto modo, su partida fue una especie de ruptura y yo me sentía como en la canción de Ella Baila Sola “[¿Cómo repartimos los amigos?](#)”. Porque esa fue otra de las cosas a las que tuve que enfrentarme. Descubrir que tenía un montón de conocidos que, en realidad, eran de Jorge y no míos, con los que no tenía apenas nada en común salvo el nombre de los bares a los que nos gustaba ir.

Así que, hablando con Marta, me di cuenta de que a pesar de todo el daño que me había hecho en un principio y de las cicatrices que aún llevaba auestas, tenía mucho que agradecer a Jorge precisamente por haber hecho lo que en un principio me destrozó: dejarme sola ante el mundo. Una parte de mí sabía que, si las cosas hubieran sucedido de otro modo, nunca habría llegado a convertirme en la mujer fuerte e independiente que me jactaba de ser en aquellos momentos. Sensiblera, sí, pero capaz de coger al toro por los cuernos, ponerme el mundo por montera y salir adelante de lo que sea y cómo sea. Eso... se lo tenía que agradecer.

La mañana del viernes la recibí con una sonrisa, que casi me desencaja los músculos de la cara, al leer los whatsapp que Jorge me había enviado al regresar de su pequeña excursión en barco. Parecía que había vuelto con muchas ganas de verme y, sobre todo, de tocarme. Casi tantas como las que tenía yo que, después de la reflexión de la noche anterior, había decidido tirarme a la piscina con él y que saliera el sol por Antequera. Que pasase lo que tuviera que pasar, pero no podía seguir negándome a mí misma lo que quería. Y lo quería a él, nunca había dejado de quererlo.

Cuando salí de la habitación tenía tantas ganas de verle que me picaban las manos y mi cabeza era un hervidero de palabras no dichas y emociones no pensadas, de manera que cuando lo vi saliendo del ascensor y caminar hacia mí, me costó Dios y ayuda no salir corriendo, abalanzarme sobre él y demostrarle todo lo que me hacía sentir en aquel pasillo sin que me importase quién pudiera vernos. Por suerte, aún me quedaba un poco de sentido común, así que le sonreí y, sin dejar de mirarle, tanteé la pared hasta dar con la puerta de mi habitación y volví a entrar.

No habían pasado ni dos segundos y ya estábamos devorándonos contra las puertas del armario empotrado del cuarto entre “te he echado de menos”, “me moría de ganas de besarte” y demás romanticismos (o “ñoñadas” como diría Paula) cuando un carraspeo nos hizo reaccionar. La cara de Marta asomaba por la puerta del baño.

—Esto... chicos, siento interrumpiros peeeeeeeero dado que se suponía que estaba sola, no me he traído la ropa al baño y aunque estoy segura de que si me paseo por la habitación en bolas no os daríais ni cuenta, lo cierto es que estáis bloqueando las puertas del armario así que... Clau, si eres tan amable... ¿podrías traerme algo que ponerme, porfi?

Nuestra primera reacción al sentirnos descubiertos fue ponernos rígidos como una tabla mientras sentía arder mis mejillas y no precisamente por la

pasión. Pero tras escuchar la parrafada de mi compañera no pudimos evitar romper a carcajadas y, entre risas, nos separamos lo suficiente como para poder abrir el armario.

—¿Quieres que te acerque algo en especial? —Pregunté

—Cualquier cosa que me permita salir de la habitación sin montar un escándalo antes de que empecéis a desnudaros delante de mí, estará bien.

—Será mejor que bajemos a desayunar y te dejemos vestirse tranquila, de todos modos me esperan en el comedor, sólo venía a daros los buenos días. —Jorge tiraba de mí hacia la puerta mientras hablaba.

—Gracias, pero a mí no hace falta que me los des con la misma efusividad. Me doy por saludada. —dijo Marta mirándonos aún por la puerta entreabierta.

Salimos de la habitación con las risas de los tres resonando en el ambiente. Cuando subimos al ascensor Jorge se colocó a mi espalda y me abrazó desde atrás.

—Lástima que nos estén esperando en el comedor. —Derramó una suave lluvia de besos a lo largo de mi cuello. —Víctor ya debe haber bajado a desayunar, deberíamos aprovechar que mi habitación está vacía.

Me sentí muy tentada de aceptar aquella proposición y dejarme llevar por todos los sentimientos que se agolpaban en mi interior. Había decidido jugármela, poner todas las cartas sobre la mesa. No podía esperar para demostrarle a Jorge la decisión que había tomado durante mi reflexión nocturna y no se me ocurría mejor forma de dejárselo claro que entregándole cada parte de mí. Y empezar por mi cuerpo no me parecía una mala idea. Estaba decidida a llevarlo a rastras hasta su habitación cual hombre de las cavernas (o mujer en mi caso), cuando se abrieron las puertas del ascensor y entraron un par de alumnos de su instituto. Aquella interrupción nos devolvió a la realidad, especialmente a mí. Ninguno de los dos estábamos allí por placer, aunque hubiéramos encontrado más del que podríamos haber imaginado, al menos en mi caso. Teníamos trabajo que hacer, alumnos a los que atender y compañeros que contaban con nosotros para repartirnos el trabajo. Jorge conseguía que me olvidara de todo y yo nunca había sido así. Me consideraba una persona responsable, sobre todo con mis obligaciones laborales y desde que me había reencontrado con él me sentía más como una adolescente incapaz de controlar sus hormonas que como una adulta responsable en un viaje de trabajo y con un montón de alumnos a su cargo. Mi cuerpo se tensó e intenté poner toda la distancia entre nuestros cuerpos

que el reducido espacio en el que nos encontrábamos nos permitía de la manera más sutil posible.

Cuando las puertas volvieron a abrirse en la planta baja, Jorge salió del elevador acompañado por sus alumnos. Acarició mi mano con disimulo y me dedicó una mirada cómplice antes de dirigirse al comedor y yo sentí que mis piernas se volvían de gelatina. Aquello no podía ser real, un hombre no podía afectarme de tal manera, ni siquiera ESE hombre. Era una mujer madura, adulta, independiente, fuerte... y me había jurado a mí misma en más de una ocasión (y de dos) que nunca le daría a nadie la capacidad ni el poder de hacerme perder el control. Desgraciadamente, ni mi cuerpo ni mi corazón parecían haberse enterado de ninguno de los memorándums al respecto. Suspiré.

Después de un rápido desayuno, nos fuimos a dar un último paseo por las zonas comerciales cercanas con nuestros alumnos y aproveché para hacer algunas compras. Vale, bastantes compras en mi caso, pero es que había una tienda de ropa para bebés y no podía dejar de imaginar lo perfecto que estaría mi futuro ahijado con un pelele de los Rolling o una mini chaqueta de cuero con tachuelas... Al salir cargada de bolsas me topé de frente con la mirada incrédula de Carla y sus amigas, que oscilaba entre mi barriga y las trocientas bolsas que cargaba en ambas manos.

—¡Eh, eh! Tranquilas que os conozco... Son para el hijo de mi mejor amiga...

—Ya... claro. —La mirada incrédula de Carla me dejó claro que no se había tragado ni una sola palabra. Las chicas empezaron a reírse entre “sí, claro”, mientras daban saltitos y empezaban a decir a voz en grito “la profe está embarazada”.

—Vamos a dejar una cosa clara. —Me puse seria y saqué toda la autoridad que mis años como profesora me habían hecho acumular. —Mi vida privada es mía, puedo llevarme muy bien con vosotras y tener una relación cercana, pero no voy a consentir rumores sobre mi persona sin fundamento alguno. No estoy embarazada y si lo estuviese no tendría ninguna razón para ocultároslo, aunque no sea asunto vuestro, más que nada porque en unos meses sería bastante obvio. Así que, si os digo que todo esto es para mi ahijado es porque es la verdad.

—Perdona Clau. Solo era una broma, no queríamos que te enfadases. —La voz de Carla fue apenas un murmullo y la pobre chica casi ni se atrevía a mirarme.

—No me enfado Carla, pero tenéis que entender que, por muy bien que me lleve con vosotras, sigo siendo vuestra profesora y hay líneas que no se pueden difuminar, ¿entendido?

Las chicas asintieron serias y se disculparon de nuevo antes de seguir su camino hacia una de las tiendas cercanas con un amplio escaparate lleno de bisutería y artesanía de distintos tipos.

Volví a suspirar.

—¿No crees que has sido un poco dura con las chicas? —Martín, que también iba cargado de bolsas con regalos para su mujer y su hija, me observaba con seriedad. —Nunca te han preocupado los rumores y, como bien has dicho, en unos meses sería obvio que no era cierto. ¿Qué te pasa? La Claudia que yo conozco se habría reído con las chicas y les habría seguido la broma sin darle la más mínima importancia.

Suspiré de nuevo, con tanto suspiro iba a acabar con todo el aire del centro comercial. Aquel era un tema complicado y no me apetecía hablar de él. Nunca lo hacía. Sólo lo había hablado con Alonso por razones obvias, cuando nuestra relación se hizo más seria y comenzó a hablar de hijos y había sido una de las conversaciones más difíciles de mi vida. ¿Cómo explicarlo? Me encantaban los niños, siempre había soñado con tener una gran familia, muchos hijos correteando por la casa, creciendo felices, rodeados de hermanos y hermanas con los que jugar de pequeños, salir de mayores, compartir, discutir y pelearse como hermanos. Pero ese sueño se había roto en pedazos cuando en el momento en que Alonso y yo decidimos irnos a vivir juntos, fui a pedirle a mi ginecóloga que me recetara la píldora y, después de hacerme un par de pruebas para ver si podía tomarla, me informó de que mis probabilidades para concebir eran tan bajas que tomarlas o no, no representaría ninguna diferencia. Aquel había sido un golpe duro y, desde entonces, todo lo relacionado con los embarazos me resultaba doloroso. Cuando Laura se quedó embarazada por primera vez me alegré por ella, pero también sentí una envidia malsana que me hizo pensar que era la peor persona del mundo. Y todo lo que pasó después... no me hizo sentir mejor. Laura y Paula tampoco lo sabían, ni siquiera había sido capaz de contárselo a mis mejores amigas, y Lau aún hablaba del día en que ambas estuviéramos en el parque arrastrando carritos y parlotando sobre las monadas de nuestros respectivos hijos. Dolía, pero tenía que aceptarlo, asumirlo y seguir adelante, no podía reaccionar de esa forma cada vez que alguien mencionara algo que me hiciera pensar en ello. En ese momento decidí que la mejor forma de

aceptarlo era decirlo en voz alta y, ya que Martín estaba a mi lado, lo solté.

—No puedo tener hijos. Soy estéril.

Mi voz no salió tan firme ni tan segura como había querido que sonara. Más bien fue un susurro que dejé escapar entre mis labios mientras mantenía la mirada fija en el suelo encerado del centro comercial. Martín coló dos dedos bajo mi barbilla y me obligó a enfrentar su mirada.

—¿Y qué?

Esas dos palabras hicieron que me envarara ¿y qué? ¿Cómo que “y qué”? ¡¡Hombres!! ¿Y ese “hombre” con la misma sensibilidad que un puercoespín era mi mejor amigo? Anda que yo también... debería haberlo hablado con Laura, o con Paula ¡hasta Marta antes de hacernos amigas habría sido una mejor opción! Seguro que habría dicho algo mejor que “¿y qué?”.

Me sentía furiosa, enfadada, muy, muy cabreada y la ira comenzaba a reflejarse en mi rostro cuando sentí la mano de Martín sobre mi hombro. Me retiré con fuerza dispuesta a enfrentarle, gritarle y decirle cuatro cosas acerca de la empatía y la sensibilidad que seguro le vendrían muy bien en un futuro.

—Clau, escúchame. Sé que te encantan los niños, estoy seguro de que siempre has soñado con tener una gran familia con un montón de hijos corriendo a tu alrededor y sé que descubrir que no puedes tenerlos debió ser un golpe muy duro para ti.

Respiré hondo intentando controlar las ganas que tenía de agarrarlo por el pescuezo y molerlo a palos. Me miraba con dulzura, su tono de voz estaba cargado de comprensión y consuelo, pero entonces... ¿A qué había venido ese “¿y qué?”? Cada vez que lo recordaba sentía que me llevaban los demonios.

—Si lo sabes, si sabes que ese era mi sueño, ¿cómo puedes decirme “¿y qué?”? — Sentía cómo las lágrimas pugnaban por salir y derramarse por mi rostro. Pero no quería llorar, no otra vez, tenía la sensación de que, por una u otra razón, no había hecho otra cosa más que llorar en los últimos meses... ¿o eran años? Qué más daba.

Martín dio un paso trémulo hacia mí, sin estar muy seguro de cuál sería mi reacción. Cuando vio que no le saltaba encima para arrancarle los ojos, me pasó un brazo por los hombros y tiró de mí en dirección a la cafetería más cercana.

—Será mejor que hablemos en un lugar más tranquilo.

Recogí las bolsas como pude y me dejé guiar hacia la terraza interior del local. Nos sentamos en una mesa apartada. Martín permanecía en todo

momento muy cerca de mí debatiéndose entre la necesidad de consolarme y mostrarme su apoyo y el miedo a que le arrancara la cabeza de cuajo. Sabía que no había sido lo que se dice sutil y que su respuesta a mi confesión me había sentado fatal, del mismo modo que yo sabía que no le iban las sutilezas y que, aunque a veces fuera un bruto, siempre lo era por una buena razón. Era su forma de hacerme reaccionar, de obligarme a afrontar las cosas y de no dejar que me quedase enterrada en mi propia negatividad. El primer paso siempre era cabrearme, pero al final acababa haciéndome entrar en razón, no era dulce ni suave, pero era efectivo y por eso le quería... a pesar de que en aquel momento no fuera mi persona favorita en el mundo.

—Soy un bruto, lo sé —no pude evitar sonreír por lo cerca que estaba esa afirmación a mis propios pensamientos —y tú también lo sabes.

—Sí, lo sé. También sé que sueles tener una buena razón para serlo, sólo espero que esta vez no sea diferente.

—No lo es. —Martín cogió aire antes de continuar. —Necesito que entiendas que el hecho de que no puedas tener hijos no impide que tu sueño se haga realidad.

—A ver, no es por llevarte la contraria, pero tener una gran familia es un poco difícil si no puedes tener hijos.

—Clau, escúchame. Hoy en día las cosas no son como antes, hay donantes de óvulos, vientres de alquiler, fecundación in vitro y la ciencia avanza diariamente en todo lo relacionado con la reproducción y, aunque nada de eso funcionase contigo, siempre te queda la adopción. Hay millones de niños en el mundo que necesitan una familia, alguien que les quiera, les cuide, les proteja. Una persona que les acompañe y les muestre que ellos también tienen derecho a ser amados, a tener una vida, a saber lo que es el calor de un hogar y el amor de una familia. Sí, es cierto que no serán el fruto de tu vientre, pero sin lugar a dudas, los hombres o mujeres en los que se lleguen a convertir serán el fruto de tu amor.

Las palabras de Martín vibraban en mi cabeza ¿cuántas veces me había repetido a mí misma todo lo que me estaba diciendo? ¿Cuántas veces había intentado convencerme de que no poder sentir cómo crecía en mi interior la vida de mi hijo no me haría menos madre?

—Claudia, cualquier persona que te conozca mínimamente, que te haya visto tratar con niños, sabe que serás una madre estupenda, aunque biológicamente no puedas serlo, y que querrás a esos niños como si los hubieras parido. Quieres, cuidas y educas a tus alumnos como si lo fueran y

sólo estás con ellos unas cuantas horas a la semana durante unos meses al año antes de que sigan adelante.

—Si lo piensas fríamente, es más tiempo del que alguno de ellos pasa con sus padres. —Sonreí, necesitaba liberar la tensión de mi interior, pero aquello no había sonado como el comentario ligero que había esperado hacer.

—¿Entonces?

La mirada de Martín se clavó en la mía y alzó una de sus cejas al más puro estilo de Carlos Sobera ¡Mierda! Siempre había envidiado a las personas que eran capaces de hacer eso, por más que lo intentaba era incapaz de conseguirlo. Inconscientemente intenté imitarle, como siempre que hacía aquel gesto y, una vez más, mis dos cejas se elevaron haciendo que mis ojos casi se salieran de sus órbitas. Nada, aquello era imposible para mí, siempre acababa pareciendo una loca hasta arriba de cafeína o de algo más fuerte. Martín me miró y empezó a reírse disimuladamente mientras yo intentaba mantener en su sitio una de mis cejas con la mano. Un carraspeo a mi lado me hizo girarme para descubrir al camarero mirándome con cara de circunstancias y Martín estalló en carcajadas a las que no pude resistirme a acompañar.

Capítulo 11

El resto del día lo pasamos entre la playa y las habitaciones de nuestros alumnos, a la mañana siguiente el autobús que nos llevaría al aeropuerto pasaría a recogernos temprano y queríamos que todos tuvieran sus maletas preparadas lo antes posible, sobre todo teniendo en cuenta que esa noche el hotel había organizado una fiesta ibicenca en la playa que ninguno de ellos se quería perder.

La conversación de aquella mañana con Martín permanecía en algún lugar de mi mente, pero el estrés y los nervios no me habían dejado darle más vueltas de las necesarias. Si era sincera conmigo misma, los nervios que se agolpaban en mi estómago tenían poco que ver con las prisas porque los equipajes de los alumnos estuvieran listos y mucho con los mensajes sobre la fiesta que Jorge había estado enviándome durante todo el día. Bueno, más bien sobre lo que pensaba hacer durante y después de la fiesta... conmigo. Sentí un nuevo tirón en mi estómago al pensar en ello y mi corazón aceleró sus latidos ¡Dios! Después de tanto tiempo seguía volviéndome loca. Mi móvil vibró de nuevo y una sonrisa, que seguramente tenía pinta de ser bastante boba, inundó mis labios. Lo busqué en el bolsillo de mis escuetos pantalones deseando saber qué nueva idea había tenido Jorge pero, en su lugar, me encontré con un mensaje de Paula.

*“¡Golfa! ¡Tengo un montón de ganas de verte y mucho que contarte!
¿Nos vemos mañana?”.*

La última palabra de aquel mensaje chirrió en mi cerebro. Mañana. Mañana se acababa el viaje. Mañana me iba de Tenerife. Mañana volvía a Madrid. Mañana regresaba a mi vida. Mañana Jorge regresaba a la suya. MAÑANA.

Aún con el teléfono en la mano me senté sobre la cama e intenté controlar mi respiración. Sólo había sido una semana, siete días intensos en todos los sentidos que habían conseguido que los diez años que había pasado sin ver a Jorge hubiesen desaparecido como si nunca hubieran existido. Tenerlo cerca se sentía bien, natural, como si de repente todo encajase en su lugar exacto. Me había repetido a mí misma que sólo sería una semana, que tenía que

aprovechar el momento y no pensar en lo que vendría después, pero es que “después” empezaba mañana y no estaba preparada para volver a despedirme de Jorge, para que volviera a salir de mi vida una vez más. Pero tenía que estarlo porque eso era lo que iba a pasar, y pasaría mañana. No habíamos hablado de lo que haríamos al regresar a Madrid, lo que teníamos no podía definirse como relación y ambos éramos adultos. No era la primera mujer que se reencontraba con un viejo amor y se dejaba llevar por la química ni sería la última. Me había dejado claro a mí misma que aquel hombre no era el mismo que me rompió el corazón, había pasado demasiado tiempo y los dos habíamos cambiado demasiado. Lo habíamos pasado bien, muy bien la verdad, y ya está. Había salido adelante de cosas peores y el final de una aventura de unos pocos días no sería nada. <<*Sigue repitiéndotelo.*>> Sí, definitivamente haría bien en seguir repitiéndomelo a mí misma hasta que se me grabara a fuego.

Marta entró en la habitación y aparté mis pensamientos a un lado dispuesta a dejarlo todo listo para mañana -empezaba a odiar esa palabra- y a prepararme para la fiesta de esa noche... mi última noche con Jorge.

El mar estaba en calma y no había una sola nube en el cielo. El hotel había acondicionado una zona de la playa llenándola de antorchas que se reflejaban en las olas que lamían la orilla a nuestros pies. La arena estaba fresca al tacto y la música sonaba a través de los altavoces dispuestos alrededor de las distintas barras. El sol aún no se había puesto, eran a penas las nueve de la noche, y los colores del atardecer bañaban el horizonte creando una estampa realmente hermosa. Había varias mesas de madera cubiertas con suaves manteles blancos repartidas por la zona, repletas de distintos aperitivos fríos y tras las barras, los camareros preparaban y repartían refrescos y bebidas sin alcohol. Sabía que probablemente necesitaría algo más fuerte para afrontar aquella noche, pero me temía que conseguirlo me iba a ser complicado. Después de mi revelación sobre “mañana” había tomado algunas decisiones. La primera, iba a aprovechar aquella última noche sin remordimientos, sin preguntas y sin pensar en el futuro. Iba a ser mi despedida, la forma de poner el broche final a nuestra peculiar historia. Aquella noche diría adiós a Jorge, a lo que había significado para mí en el pasado, a todo lo que había representado en mi vida y daría la bienvenida a lo que viniera después sin ataduras, sin heridas abiertas ni cicatrices, en paz con el pasado y dispuesta a acoger cualquier cosa que la vida pudiera ponerme por delante con los brazos

abiertos. Sin rencores, sin ¿qué habría pasado si...? La segunda, me despediría de Jorge como debía, diciéndole que le había perdonado, dándole las gracias por todo lo que había significado en mi vida y dejándole claro que estaba en paz con todo lo que había sucedido entre nosotros y lo que sucedería a partir de ahora. Esta vez teníamos la oportunidad de despedirnos como amigos, de hacer las cosas bien y cerrar esa etapa de nuestras vidas sin cuentas pendientes.

La noche avanzó entre risas y bailes ya fuera con los alumnos o con los profesores de otros institutos. Jorge no se acercó a mí y yo tampoco a él. Sentía la piel demasiado tirante cada vez que lo veía (y no le había perdido de vista en toda la noche). Ahora que había asumido que era la última no sabía si sería capaz de aguantar sin besarle en el momento en que lo tuviera cerca. Prefería pensar que él no se había acercado a mí por el mismo motivo y, lo cierto era que tenía razones para pensarlo. Su mirada me quemaba cada vez que posaba sus ojos castaños sobre mí.

Verlo llegar había sido una impresión, completamente vestido de blanco, con una camisa de lino con cuello mao con los primeros botones desabrochados y pantalones a juego. La llevaba remangada haciendo que sus brazos bien definidos resaltaran y el moreno de su piel, ahora aún más rico por las horas de sol, lo hacía todavía más atractivo de lo que ya era de por sí. Nuestras miradas se habían encontrado y yo me había sentido arder a la vez que mi estómago daba un vuelco. Aún me sorprendía descubrir aquella mirada en sus ojos y más aun sabiendo que estaba dirigida a mí.

Marta y Raúl charlaban y reían con Víctor, los dos hombres se hacían bromas y no pude evitar sorprenderme de la cordialidad entre ellos, sobre todo después de haber visto la mirada asesina de mi compañero clavada en Víctor la noche de la discoteca, pero suponía que, ahora que Marta había hecho su elección, Raúl debía sentirse más seguro que nunca y, después de todo, los tres eran adultos.

Martín se disculpó apartándose para llamar a Elena y mi mirada se perdió en el reflejo de la luna sobre la superficie del agua. El sol ya se había ocultado por completo y la imagen mecida por el ritmo de las olas me atraía sin remedio. Me descalcé mientras me acercaba a la orilla. Sentir el suave vaivén de las olas lamiendo mis tobillos, la tibia luz de la luna destellando sobre el agua y la brisa marina siempre conseguían relajarme hasta sentir que todo a mi alrededor desaparecía. Me encantaba el mar a cualquier hora del

día, pero siempre había pensado que por las noches emitía una magia especial, como si fuera la entrada a un mundo diferente en el que todo era más sencillo, más hermoso, más brillante y a la vez tranquilizador.

Una mano me acarició la cintura y el aroma de la brisa marina fue sustituido por el de Jorge, inundando mis pulmones y erizando cada centímetro de mi piel.

—¿Recuerdas los veranos en Cádiz? Tú siempre te quedabas embobada mirando al mar, con la misma expresión embelesada que tienes ahora mismo, y yo me embobaba mirándote a ti, imaginando que era yo quien ponía esa luz en tus ojos.

Sus labios rozaron mi cuello y un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo.

—¿Me mirabas embobado?

Mi voz no salió tan irónica como esperaba, sino más bien como una mezcla de anhelo e ilusión ¿realmente me había observado de aquella forma antes de mi confesión? ¿Antes de que nuestras vidas se separasen? Intenté girar la cabeza para mirarle a los ojos con la intención de descifrar su expresión, pero al hacerlo nuestros labios quedaron demasiado cerca y mi mirada se quedó enganchada en los suyos, en la sonrisa que perfilaban, y no pude evitar recordar lo dulces y exigentes que se sentían sobre los míos. En aquel momento, las ganas de besarle, de perderme en su boca y en su cuerpo me abrumaron y tuve que recordarme a mí misma que era la noche de la despedida, que "mañana" se aproximaba a pasos agigantados y que necesitaba empezar a poner la distancia que no había puesto entre nosotros desde el momento en que nuestros caminos volvieron a cruzarse si no quería salir hecha pedazos.

Volví a perder mi mirada en la inmensidad del mar frente a mí y di un paso al frente, alejándome de él, del calor de sus manos sobre mis caderas, de las caricias de sus labios en mi cuello y respiré profundamente. Había llegado el momento de las despedidas, pensaba disfrutar de aquella noche con él, pero era imperativo recordarme a mí misma lo que venía después, mantener la mente fría. Aunque comenzaba a pensar que era imposible que ninguna parte de mí permaneciese fría cuando Jorge estaba cerca. Exhalé el aire que aún quedaba en mis pulmones antes de girarme hacia él.

—¿Damos un paseo?

—Pensé que no me lo pedirías nunca.

Jorge me dedicó esa sonrisa canalla tan característica, que hacía que me

temblasen las rodillas antes de mover su mano hacia delante invitándome a precederle.

Durante un rato charlamos del viaje, de nuestros alumnos y de lo rápido que había pasado aquella semana. Fui consciente de que nos habíamos alejado lo suficiente como para no ser víctimas de miradas indiscretas en el preciso instante en que Jorge pasó uno de sus brazos por mi cintura, atrayéndome hacia él y devoró mis labios con ansia en un beso que tenía toda la pinta de llevar muriéndose por darme casi el mismo tiempo que llevaba yo deseando que me besara.

La intensidad del beso creció a la vez que disminuía la distancia entre nuestros cuerpos. Cuando nos separamos para coger aire, los ojos de Jorge estaban fijos en mí y en su mirada podía leer sentimientos y emociones en los que no quería pensar y que consiguieron colocar un nudo en mi garganta. Su mano acarició mi mejilla con delicadeza y tanta ternura que tuve que hacer un esfuerzo para evitar que se me saltaran las lágrimas. Genial. Y aún no habíamos empezado a despedirnos, pero estaba claro que los dos teníamos en mente lo mismo. Sus labios volvieron una vez más sobre los míos, sin apartar nuestras miradas, pero esta vez para regalarme un beso suave, dulce y cargado de ternura.

—Vamos, quiero enseñarte algo.

Agarró mi mano y tiró de mí en dirección a un grupo de rocas que delimitaba uno de los extremos de la playa. Al atravesarlas llegamos a una pequeña cala, rodeada de una pared de más de tres metros y a la que probablemente sería imposible acceder por la playa durante el día, ya que, con la marea alta, las rocas debían ser difíciles de atravesar y no había ninguna estructura que permitiera descender a aquella zona desde el acantilado.

El mar estaba en calma y me sorprendí al descubrir que el único sonido que llegaba a mis oídos era el de las olas arrastrándose hasta la orilla, debíamos haber caminado bastante para que los sonidos de la fiesta en la playa no llegaran hasta allí. Jorge tiró de mí hacia el centro de la pequeña cala y mi sorpresa creció hasta límites insospechados al descubrir una manta sobre la fría arena y una cesta de mimbre sobre ella.

—Vaya... ¿y esto? Cualquiera diría que tenías planes para esta noche... ¿molesto?

Me volví hacia él con una sonrisa en los labios y la firme necesidad de que

aquella broma liberara un poco el ambiente de romanticismo y tensión. Detalles como ese podían hacer que me enamorase de él y no debía hacerlo. No otra vez. No en aquel momento. Pero mi intento de aligerar el ambiente se perdió en el instante en que nuestros ojos volvieron a encontrarse y pude sentir la cruda necesidad que albergaban. Jorge me atrajo hacia él haciéndome chocar contra su firme pecho mientras sus manos rodeaban mi cintura acariciando mi espalda. Podía sentir las a través de la fina tela de mi vestido y el calor que desprendían hacía arder cada célula de mi cuerpo.

—¿Molestar? Nunca Clau, jamás podrías molestar. No hay nadie más en el mundo con quien quiera pasar esta noche ni ninguna de las que vengan detrás. Nadie más con quien quiera compartir cada anochecer. No puedo esperar a volver a Madrid y despertar cada mañana sintiéndote a mi lado, tu cuerpo junto al mío. Besarte cada noche y cada amanecer, hasta que te convenzas de que el único sitio al que pertenezco es aquel en el que tú estés y del único lugar del que jamás debí apartarme fue de tu lado.

Había tal cantidad de sentimientos en aquellas palabras y las había pronunciado con tal vehemencia que mi cuerpo se envaró durante un instante inmerso en su propia lucha interna. ¿Aquello significaba lo que parecía? ¿Quería decir que las intenciones de Jorge eran seguir con lo que fuera que hubiera entre nosotros cuando volviésemos a Madrid? Mi corazón y mi cabeza estaban enfrentados. El primero quería que me rindiese ante aquellas palabras y aceptase lo que llevaba demasiado tiempo negándome; que le amaba. Que nunca había dejado de amarle y que cada uno de los pasos que había dado en mi vida los había dado con la secreta esperanza de que me llevaran hasta ese momento. Mi cabeza, en cambio, me repetía lo mismo que había estado repitiéndome toda la tarde, que aquello sólo había sido una aventura pasajera, que al volver a Madrid las cosas cambiaría, que entre Jorge y yo no podía haber más de lo que había habido hasta ahora... que acabaría rompiéndome el corazón en pedazos y que ya tenía bastante que enfrentar a mi regreso como para tener que hacerlo en esas condiciones.

—Nena, mírame. —Las manos de Jorge se posaron en mis mejillas y alzó mi rostro que había escondido en su pecho en un absurdo intento de empaparme de su olor para siempre. —Te quiero. Te lo he dicho y te lo repetiré las veces que haga falta. Quiero estar contigo, quiero que vivamos juntos, que compartamos nuestras vidas y construyamos un futuro el uno al lado del otro en el que no volvamos a separarnos. Sé que te hice daño, que te

fallé y estoy dispuesto a pasar el resto de mi vida compensándote por ello y demostrándote que mis palabras son ciertas. No voy a dejarte a no ser que tú no me quieras del mismo modo en que yo te quiero a ti. —Su mirada me atrapó y sentí que me ahogaba en la crudeza de los sentimientos reflejados en aquellos ojos castaños que me volvían loca desde hacía tanto tiempo que era incapaz de recordar cuándo no había sido así. —Claudia, dime que me quieres tanto como yo a ti, dime que quieres estar conmigo, dime, por favor, que no vamos a volver a separarnos.

El aire de mis pulmones se quedó atrapado y el nudo de sentimientos y emociones que atenazaba mi garganta solo me permitió susurrar un tímido y casi inaudible "Jorge" antes de que las lágrimas comenzaran a rodar por mis mejillas. Sus pulgares acariciaron mi piel arrastrando con ellos todos mis miedos e inseguridades. Exhalé con fuerza antes de volver a intentar pronunciar las palabras que llevaban atrapadas en mi corazón más tiempo del que era capaz de recordar.

—Te quiero Jorge, y no quiero pasar ni un solo día de mi vida sin tenerte a mi lado.

Sentí como soltaba el aire que había estado reteniendo y sus hombros se relajaban justo antes de que sus brazos me apretaran contra su pecho y sus labios se abrieran paso hasta los míos. Antes de darme cuenta estaba tumbada sobre la manta y las manos de Jorge recorrían mi cuerpo con una necesidad que jamás había soñado que nadie pudiera sentir por mí. El amor y la reverencia con la que sus dedos trazaban cada contorno, cada curva y cada centímetro de mi piel sólo eran comparables al que sentía yo al acariciar cada uno de sus músculos, de sus ángulos y aristas. Nuestros cuerpos eran tan distintos y encajaban tan bien cuando estaban cerca... Nuestras ropas desaparecieron a la misma velocidad a la que nuestros besos deseaban probar y degustar cada parte del otro, aunque en aquella ocasión no eran nuestros cuerpos lo único que estábamos desnudando. Acababa de poner mi corazón en sus manos, aquellas palabras habían representado para mí un salto sin paracaídas y esperaba con todas mis fuerzas que, en aquella ocasión, los brazos de Jorge siempre estuvieran para agarrarme con fuerza, de lo contrario esta vez no sabría si sobreviviría. Pero el paso al frente que él había dado, la forma en la que había expuesto sus sentimientos y el modo en que sus ojos habían mostrado indefensos esa súplica silenciosa para que no le rechazara, me habían desarmado por completo haciendo arder hasta los cimientos el más

mínimo atisbo de duda que pudiera conservar. Me amaba, tanto como yo le amaba a él y no tenía sentido seguir negándonos el uno al otro.

Capítulo 12

A la mañana siguiente me dirigí a la habitación de Jorge para despedirme de él. Apenas había dormido un par de horas después de nuestro interludio amoroso en la playa, aún podía sentir su cuerpo sobre el mío, sus labios recorriéndome entera y el sonido de las olas arrullándonos, pero el autobús que nos llevaría al aeropuerto llegaría al hotel en poco más de una hora y los alumnos estaban revolucionados, aun así, Marta se había ofrecido a hacerse cargo de mi grupo mientras yo bajaba a despedirme. Todavía me costaba asimilar el modo en que nuestra relación había cambiado y esos no eran los únicos cambios... una sonrisa se dibujó en mis labios al pensar en todo un futuro junto a Jorge.

Aunque nuestros vuelos salían a la misma hora nosotros viajaríamos en uno regular mientras ellos iban en un vuelo charter puesto por el padre de uno de sus alumnos... es lo que tienen los colegios privados.

Mi mano se quedó paralizada justo antes de tocar la puerta

—Tío, no sé cómo lo haces para que no se te resista ni una. —Risas masculinas llenaron la habitación.

—Es fácil, sólo tienes que decirles lo que quieren oír. —La voz de Jorge rebosaba prepotencia y mi cuerpo se tensó en respuesta. Me acerqué un poco más y pegué mi oreja a la puerta.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—¿Es que debería hacer algo? —el desinterés era patente en su voz. —No tengo la menor intención de volver a verla. Lo que pasó fue algo que teníamos pendiente desde hacía mucho tiempo. Estuvo bien, nos divertimos, pero nada más. Lo que había y lo que no entre nosotros quedó claro hace mucho y un par de polvos, por muy buenos que hayan sido, no cambian nada. —Podía verlo en mi mente encogiéndose de hombros con indiferencia.

—¿Y eso lo sabe ella? —La pregunta sonó brusca. Reconocí aquella voz como la de Víctor, al menos uno de sus colegas no parecía aprobar su actitud. Aquel chico me caía bien.

—No soy responsable de la película que haya podido montarse en su cabeza, ese problema es sólo suyo.

Me separé de la puerta como si me hubiera quemado con su contacto y apreté las palmas de mis manos contra la boca para ahogar un grito, las

lágrimas amenazaban con desbordar mis ojos y sentí que no tenía fuerzas para detenerlas. Me giré y corrí hacia el ascensor no sin antes escuchar un último comentario acompañado de un nuevo coro de risas masculinas.

Las palabras de Jorge y, sobre todo, el tono que había utilizado, giraban en mi mente y se clavaban en mi ya maltrecho corazón haciendo sangrar mi alma. ¿Eso había sido todo? ¿Un par de polvos que nos "debíamos" desde hacía mucho tiempo? ¿Una cuenta pendiente? Al menos esta vez no había hecho ninguna alusión al tamaño de mis tetas...

Entré por última vez en mi habitación de hotel y mis ojos se clavaron en mi maleta que descansaba sobre la misma cama en la que "habíamos pagado nuestra deuda" y mi corazón no lo soportó. Cerré la puerta del baño tras de mí y me dejé caer junto al lavabo con la espalda apoyada en la pared y las manos cubriendo los ojos mientras lloraba con el corazón encogido y hecho pedazos. Estaba destrozada. Mi mano fue al bolso que aún colgaba de mi hombro y casi inconscientemente saqué el móvil, suerte que tenía el número de Laura en marcación rápida, apenas veía nada con el mar de lágrimas que arrasaba mi cuerpo y me habría sido imposible encontrar su número en la agenda. Mi amiga respondió al segundo tono y oír su voz saludándome alegre hizo que mis lágrimas brotaran con más fuerza acompañadas de un quejido lastimero.

—Clau ¿estás bien? ¿Qué ha pasado? —la voz de mi querida amiga sonaba realmente preocupada. —Cariño, cálmate, por favor. Cuéntame qué ha pasado.

Yo seguí llorando desconsoladamente y ella continuó intentado calmarme siendo dulce y cariñosa, pero no funcionó, así que pasó al plan B, después de tantos años sabía perfectamente lo que necesitaba.

—¡Claudia, ya basta! ¡Deja de llorar ahora mismo y empieza a hablar! ¡Sabes que lo último que necesito en mi estado es que me pongas nerviosa!

Utilizar su embarazo era un golpe bajo y lo sabía, pero también sabía que la preocupación por su estado era lo único que me importaría más que lo que fuera que me estaba pasando y me haría calmarme. Efectivamente mis lágrimas se cortaron de golpe.

—Lo siento Lau, no debí llamarte ¿te encuentras bien? Soy estúpida... — las palabras salían de mis labios atropelladamente ¿Cómo se me había ocurrido llamarla en ese estado? Laura cortó mi diatriba.

—Deja de decir estupideces y empieza a largar.

Respiré hondo y meforcé a dejar de llorar.

—Jorge... —fue pronunciar su nombre y otra ronda de lágrimas, esta vez silenciosas, descendió por mis mejillas.

—¿Jorge? ¿Qué Jorge? —preguntó mi amiga extrañada.

—Jorge, Laura, "mi Jorge".

Mis lágrimas se transformaron en desconsolados sollozos mientras le contaba a mi amiga cómo nos habíamos reencontrado en Tenerife y todo lo que había pasado después. La rabia me hizo apretar los dientes cuando llegué a la conversación que había escuchado minutos antes a través de la puerta de su habitación.

—¡Será hijo de puta! ¡¡¡¿¿¿Es que no tenía bastante con destrozarte una vez que tiene que volver a hacerlo???! —La voz de Laura era pura furia contenida —¡Te juro que como lo coja le arranco los huevos!

Esperé en silencio, ya más calmada después de habérselo contado todo a mi mejor amiga, a que ella terminara de exponer todas y cada una de las cosas que pensaba hacerle a Jorge con detalle... y ninguna era buena.

—¿Se puede saber por qué no me habías dicho nada, Clau? —preguntó cuando se hubo quedado a gusto.

—Al principio pensé que podría manejarlo y no quería preocuparte. Después... bueno, supongo que en el fondo no quería que, llegados a este punto, tuvieras la oportunidad de decirme "te lo dije".

En aquel momento, sentada en el suelo del baño de la habitación de hotel con la cara cubierta de lágrimas, los ojos y la nariz enrojecida y los restos de mi destrozado corazón latiendo dolorosamente en mi pecho, me permití admitir ante mí misma y ante mi amiga que, en el fondo, no había esperado otro final para aquella historia.

Laura suspiró al otro lado del teléfono, podía verla apretándose el puente de la nariz con los dedos por debajo de sus gafas de pasta roja.

—Escúchame bien porque sólo voy a decírtelo una vez. Eres Claudia Álvarez. Lo superaste una vez y volverás a hacerlo. Jorge es un cabrón que no se merece ni una sola lágrima más y, aunque me joda decirlo, puede que tenga razón en algo Clau. Has pasado años esperándole, deseando que volviera, sin querer creerte que te hubiera abandonado y enamorada de él. Sí, lo sé. Rehiciste tu vida, te enamoraste de Alonso, pero nunca le miraste de la forma en que mirabas a Jorge, nunca le sonreíste como le sonreías a él. Una parte de ti siempre esperaba que él volviera, montado sobre su caballo blanco y declarándote su amor eterno, para desaparecer juntos en el horizonte cual película de Disney. En tu fuero interno siempre pensaste que él, y no ningún

otro, era el hombre de tu vida, el único que podía hacerte feliz. —Volvió a suspirar. —Ahora ha vuelto, has tenido con él lo que siempre habías soñado y ha vuelto a demostrarte que es un cabrón sin escrúpulos ni sentimientos. El Jorge que ha vivido en tu mente y en tu corazón no existe Clau, nunca ha existido y es el momento de que lo aceptes y sigas adelante. Necesitabas saber qué se sentía al estar entre sus brazos y necesitabas exorcizar el fantasma del chico que fue tu mejor amigo y se convirtió en el hombre que destrozó tu corazón.

El silencio invadió la línea telefónica mientras las palabras de mi amiga hacían eco en mi mente.

—¿A qué hora llegas?

Miré el reloj ¡mierda! faltaban menos de diez minutos para que el autobús viniera a recogerlos para llevarnos al aeropuerto. Me puse de pie y miré mi cara en el espejo, más que maquillaje iba a necesitar un milagro para eliminar las pruebas de mi derrumbe.

—Está previsto que aterricemos sobre las dos y media de la tarde.

—Carlos y yo iremos a buscarte al aeropuerto, esta noche te quedas en casa. Aguanta Clau, pasaremos esto juntas, como siempre.

Las lágrimas, esta vez de emoción, amenazaron con volver a inundar mis ojos. La calidez y el amor en sus palabras llenaron mi alma y calmaron mi dolorido corazón.

—Te quiero Lau. Gracias por estar en mi vida.

—Yo también te quiero golfa y gracias a ti por dejarme formar parte de ella. Nos vemos en unas horas.

Me cambié la camisa arrugada y húmeda, me lavé la cara con fuerza y me puse algo de maquillaje que disimulara el mal rato. Me quedé mirando la imagen que me devolvía el espejo. Mis ojos y nariz seguían enrojecidos, pero mucho menos. Por mi aspecto nadie diría que acababa de romperme en pedazos y aún no había recuperado siquiera los trozos. Y allí, frente a aquel espejo en una habitación de hotel de Tenerife, me juré a mí misma que nunca, jamás, volvería a darle a nadie el poder para destrozarme de aquella manera. La próxima vez que dejara que un hombre tocara cada fibra de mi ser y se adueñara de mi corazón, sería alguien que lo mereciese. Alguien que me valorara, apreciara y amara de verdad, tanto como para merecerse mis lágrimas.

Laura tenía razón, ya no tenía ninguna excusa para mantener aquella venda sobre mis ojos en lo que se refería a Jorge, era hora de pasar página,

olvidar el pasado y mirar de frente a un futuro que solo me pertenecía a mí. No me engañaba, sabía que iba a ser difícil y que aún me quedaban muchas lágrimas por derramar antes de sacar a Jorge de mis venas y, además, aún tenía que enfrentarme a Alonso. Los próximos días no iban a ser fáciles, pero no estaba sola, tenía a los que estaban en mi vida por decisión propia, los que me apoyaban, me querían, escuchaban y consolaban y también me reñían y dejaban las cosas claras, aunque doliesen, cuando era necesario. Tenía a Laura, a Paula, a Carlos, a Martín, a mi familia... ellos creían en mí y no iba a defraudarlos. Ni a ellos ni a mí misma. La joven enamorada que había permanecido rota de dolor en mi interior levantó la cabeza orgullosa ante la férrea resolución que teñía mis pensamientos. Había llegado el momento de mirar la vida de frente y dejar de esconder la cabeza, la realidad era la que era y ya tocaba asumirlo y avanzar. Levanté el mentón desafiante ante el espejo y me sonreí a misma. Era Claudia Álvarez, una mujer de 33 años, madura, fuerte, independiente, con sentimientos y sueños propios, con derecho a amar y ser amada y ningún hombre volvería a conseguir que me olvidara de eso.

El autobús llegó puntual y me uní a mis compañeros en la tarea de organizar a nuestros alumnos y el equipaje. Durante la siguiente hora la locura del estrés del aeropuerto me obligó a centrarme en lo inmediato y no tuve oportunidad de pensar en nada más. Martín me dedicó un par de miradas inquisitivas, pero entre niños, maletas, billetes y demás no había tiempo de entretenerse en preguntas. Cuando íbamos a embarcar Marta se acercó para decirme que había cambiado su asiento con Martín para viajar sentada con Raúl, pensar en lo de aquellos dos trajo una sonrisa a mi cara. A pesar de todo me llevaba cosas muy buenas de aquel viaje, la amistad de Marta y el amor que destilaban los ojos de la pareja cuando se miraban reconfortaban mi corazón.

Martín tomó asiento a mi lado en el avión, me miró y aferró la mano que tenía sobre el reposabrazos entre ambos, pero no dijo una palabra. Se lo agradecí con una sonrisa triste pero sincera y le di un beso en la mejilla. Soltó mi mano para pasar su brazo sobre mis hombros, atraerme hacia sí y darme un beso en la coronilla.

—Todo se solucionará Clau, cuenta con ello. —Pronunció aquellas palabras contra mi pelo, antes de darme un último apretón, besarme en la frente y soltarme.

En aquel año Martín se había convertido en alguien muy importante en mi vida, era una gran persona, un esposo amante, un padre entregado y un mejor

amigo y no había día que no diera gracias a la vida por haberlo puesto en mi camino. Tenía la calma que a mí me faltaba, la seguridad que tanto necesitaba. Se había convertido en una de las rocas a las que me aferraba para no ahogarme cuando la tormenta azotaba mi vida. Él creía en mí, en mi fuerza, en mis posibilidades y me lo hacía saber a cada oportunidad. Sabía que era capaz de afrontar y superar cualquier cosa. "*Sé que puedes superar esto, Clau*", las palabras que me dijo cuando aún ardían las cenizas de mi relación con Alonso volvieron a mi mente, "*tienes fuerza, valor, coraje y corazón para pasar por encima de lo que la vida quiera ponerte delante. La cuestión es que no tienes que hacerlo sola, porque no estás, y nunca estarás sola. Todos los que conocemos a la auténtica Claudia, la que pelea con uñas y dientes por cada uno de sus alumnos, la que siempre está dispuesta a dar lo mejor de sí, a ayudar y a apoyar, la que siempre está ahí, contra viento y marea, dispuesta a crecer y a ayudar a crecer a todo el que le rodea, estamos orgullosos de ti, de la persona que eres. No dejes que nadie, nunca, te quite eso. Y cuando sientas que se te agotan las fuerzas, recuerda que, igual que tú luchas por los demás, en tu vida hay personas dispuestas a luchar por ti y a tu lado en cualquier batalla.*"

Aquellas palabras escondían una verdad oculta de la que no había sido consciente hasta hacía muy poco tiempo. Una parte de mí agradecía a Jorge haberme sacado de su vida diez años atrás, si bien no la forma en que lo hizo. Hasta que le perdí a él no había necesitado a nadie más, él era todo el apoyo que quería y mientras estuvo a mi lado no tuve la necesidad de abrirme a ninguna otra persona, de confiar en alguien lo suficiente como para dejarle formar parte de mi vida. Cuando se marchó me obligó a aprender a salir adelante sola, a reconocer mis propias fuerzas y valorarlas, pero sobre todo, me dio la oportunidad de conocer a otras personas, de expandir mis horizontes y abrir las puertas a otras vidas, otras amistades, gente que había traído cosas increíbles a mi vida, que me había ayudado a conocerme a mí misma, a crecer, a ser mejor y que se habían convertido en referentes indispensables en mi día a día. Martín era una de esas personas y, a pesar de todo el daño que pudieran haberme hecho, en aquel momento di las gracias por el modo en que la vida se había desarrollado, permitiéndome tenerlo a mi lado en aquel momento.

El vuelo llegó a su hora y a las dos y media de la tarde estábamos esperando a que nuestras maletas aparecieran por la cinta. La excitación de los chicos a la ida se había convertido en caras de cansancio y pasos lentos,

no había ganas de que aquella aventura terminara, pero ya estábamos de vuelta en casa.

Durante la espera no pude evitar dar un respingo cada vez que algún vuelo se unía a nosotros en la inmensa sala. No quería cruzarme con Jorge, no quería verle, no soportaría su sonrisa y, sobre todo, no quería oír ninguna mentira más de sus labios.

Solo respiré tranquila cuando por fin mis compañeros, nuestros alumnos y yo, maletas en mano, cruzamos la puerta que nos llevaba a la terminal de llegadas del aeropuerto Alfonso Suárez Madrid-Barajas. Nada más atravesarlas localicé a Laura y Carlos esperándome y sentí unas enormes ganas de correr a sus brazos, que no me quedó más remedio que contener, tenía una responsabilidad y aún no había terminado mi trabajo. Los saludé con la mano y me dirigí hacia donde esperaban los padres de mis alumnos para asegurarme que todos tenían alguien que los llevara a casa. Mis nervios aumentaron ya que el proceso estaba tardando más de la cuenta, los padres de uno de los chicos aún no habían llegado y estaba segura de que Jorge no tardaría en aparecer.

Como llamados por mis pensamientos los padres del chico aparecieron, les entregué a su hijo informándoles por encima del viaje y felicitándoles por el comportamiento ejemplar que había tenido el chaval durante aquellos días y me despedí de ellos dispuesta a marcharme de allí inmediatamente.

No había dado más de dos pasos cuando una mano morena y grande se aferró a mi brazo y me giró con fuerza para ponerme cara a cara con la última persona a la que quería tener delante.

—¡Menos mal Clau! Nuestro vuelo se ha retrasado y creí que ya no te encontraba. —Jorge suspiró y tiró de mí contra su pecho. Me quedé rígida contra él y cuando bajó la cabeza para besarme, giré la mía negándole cualquier acceso a mis labios. Por el rabillo del ojo vi como Laura y su marido, que habían estado hablando con mis compañeros, se aproximaban a nosotros con paso decidido, y sentir su apoyo me dio las fuerzas que me faltaban para hacer lo que tenía que hacer. Me zafé de su abrazo, separándome un par de pasos de él para poder mirarle a los ojos.

—¿Qué pasa nena? ¿Va todo bien?

El rostro de Jorge mostraba sorpresa ¿cómo podía ser tan buen actor? Casi parecía que realmente le doliera mi rechazo. Aunque, pensándolo bien, quizás sí que le hubiera dolido en el ego, por lo que había oído de su conversación con sus compañeros, no debía estar muy acostumbrado a que las mujeres se

apartaran de él, más bien todo lo contrario. Volver a recordar la charla que había oído a hurtadillas, sacó toda la furia que llevaba dentro y mi orgullo herido clamó venganza. Imprimiendo en mi rostro y mi voz todo el desprecio del que era capaz, clavé mis ojos en los suyos antes de responderle con todo el veneno del mundo.

—¡Vamos Jorge! Lo que pasó fue algo que teníamos pendiente desde hacía mucho tiempo. Estuvo bien, nos divertimos, pero nada más. Lo que había y lo que no entre nosotros quedó claro hace mucho y un par de polvos, por muy buenos que hayan sido, no cambian nada.

Acompañé aquellas palabras, las mismas que habían salido de sus labios unas horas antes, de un gesto de indiferencia con la mano antes de girar sobre mis talones, agarrar mi maleta y dirigirme hacia la puerta. Al pasar junto a Laura, que se había detenido a un par de pasos de nosotros al escuchar mis palabras, mi amiga me dirigió una sonrisa llena de orgullo y me guiñó un ojo, antes de engancharse a mi brazo libre para acompañarme a la salida.

Cuando salimos al exterior solté el aire que no era consciente de haber estado reteniendo e inspiré hondo para volver a llenar mis pulmones. Mis piernas temblaban y aún no me creía lo que acababa de hacer. No sabía que fuera capaz de comportarme así. Una parte de mí aplaudía mi actuación estelar, aunque otra, una que me esforzaba en ignorar, se sentía dolida porque Jorge no hubiera insistido, no hubiera intentado retenerme o pedirme alguna explicación. Supuse que había reconocido sus propias palabras y se había quitado un peso de encima por no tener que seguir fingiendo. Era mejor así.

Me apoyé en mi maleta mientras esperábamos a que Carlos viniera a buscarnos con el coche. La gente que pasaba comenzó a mirar extrañada a mi amiga cuando Laura comenzó a dar pequeños saltitos y a palmear a mi alrededor, su rostro seguía siendo orgullo en estado puro.

—¡Esa es mi Claudia! ¡Me hubiera encantado tener unos pompones! — Puso sus manos en mis mejillas y me besó en la frente con fuerza —¡Eres la mejor! ¡A ver si así le quedan por fin las cosas claras a ese gilipollas!

Mi amiga continuó un rato más alabando mi actitud e imitando la expresión de la cara de Jorge después de haber oído mis palabras mientras se reía, pero a mí me distrajo la letra de la canción que empezó a tocar en aquel momento un chico ubicado junto a la puerta de salida.

[\[iv\]](#) De haberlo sabido

*no hubiera dado todo en un principio
no hubiera sido la noche en tu espalda*

*ni congelándote de frío
De haberlo sabido
me hubiera ido sin decirte nada
No hubiera sido tan duro contigo
no habría corazón en la garganta
Peor que el olvido
fue frenar las ganas de verte otra vez
peor que el olvido... fue volverte a ver.*

Aquella última frase provocó un escalofrío en mi espalda, las piernas dejaron de responderme y las lágrimas volvieron a caer por mi rostro desconsoladas. Cuánta verdad en una sola frase. Había aprendido a vivir sabiendo que Jorge me había olvidado y aquello no había dolido ni la mitad de lo que me dolía ahora. La frase aún resonaba en mis oídos mientras Laura me ayudaba a mantenerme erguida para entrar en el coche que Carlos había acercado hasta la puerta.

Peor que el olvido... fue volverte a ver.

Jorge

Me quedé paralizado ¿qué demonios había pasado? La noche anterior habíamos estado juntos, aquella misma mañana, después del desayuno, había conseguido robarle un beso a escondidas y todo en ella eran sonrisas y caricias ¿a qué diablos venía aquello?

Vi cómo Claudia se alejaba y algo en mi interior me empujó a reaccionar. Ya la había perdido una vez, no estaba dispuesto a perderla de nuevo. Estaba dispuesto a salir tras ella cuando una mano en mi pecho me detuvo.

—Ni lo intentes.

Miré aquella mano como si fuera un alien y seguí el brazo hasta pararme en el rostro del hombre que me impedía ir en busca de Claudia. Carlos.

—Vaya Jorge, cuánto tiempo.

La ligereza de sus palabras no cuadraba con la expresión ruda de su rostro.

—Suéltame Carlos, tengo que hablar con Claudia. —Agarré su brazo dispuesto a apartarlo y salir tras ella. Pero los compañeros de Claudia se habían acercado atraídos por la obvia animadversión entre nosotros.

—¿Va todo bien?

El moreno con los ojos verdes, <<Martín>> pensé, me miraba serio. Era cercano a Claudia, seguro que él sabía qué había pasado, a qué se debía su cambio de actitud.

—¿Le ha pasado algo a Claudia esta mañana?

Necesitaba respuestas. El impulso de correr tras ella de ir en su busca era enorme, pero antes necesitaba información, necesitaba saber cómo arreglar lo que fuera que hubiese pasado porque, si bien las palabras de Claudia habían estado cargadas de desprecio y desinterés, sus ojos habían estado llenos de dolor. Mis ojos se clavaron en los verdes de Martín con una súplica, pero la respuesta vino de Marta, la rubia explosiva que había traído de cabeza a mi amigo Víctor durante los primeros días de viaje.

—Tú sabrás. Ha estado rara desde que volvió de despedirse de ti.

—¿Despedirse de mí? ¡No la he visto desde el desayuno!

Mi voz se fue apagando a medida que un pensamiento cobraba forma en mi mente ¿Cuáles habían sido sus últimas palabras? *"Lo que pasó fue algo*

que teníamos pendiente desde hacía mucho tiempo. Estuvo bien, nos divertimos, pero nada más. Lo que había y lo que no entre nosotros quedó claro hace mucho y un par de polvos, por muy buenos que hayan sido, no cambian nada." Un sudor frío comenzó a recorrer mi espalda <<¡mierda! ¡mierda! ¡mierda!>> No podía tener tan mala suerte, no era posible que Claudia hubiera escuchado aquella conversación <<¡JODER!>> Mis manos comenzaron a revolver mi pelo con fuerza, aquello no podía estar pasando, no ahora, no con ella. La desesperación se apoderó de mí ¿cómo demonios iba a arreglar aquello?

La voz de Carlos atravesó la neblina de mi mente.

—No sé qué demonios ha pasado entre vosotros ni me importa. La que me importa es Claudia y si a ti te ha importado lo más mínimo alguna vez la dejarás ir. Ya tuve que recoger los pedazos de ella que dejaste una vez y no pienso permitir que vuelvas a destruirla.

El que fuera uno de mis mejores amigos durante los años de universidad separó la mano de mi pecho y se marchó hacia las puertas con los demás.

Me quedé allí, mirando sin ver la puerta por la que salían al exterior, la misma por la que había salido Claudia minutos antes. Carlos tenía razón, había destrozado a Claudia diez años antes, ella misma me lo había dejado claro días atrás y oír aquellas palabras, pensar que se referían a ella...

Una mueca cubrió mi rostro. Seguro que Sandra estaría más que contenta de saber que había vuelto a conseguir alejarme de ella y esta vez sin ni siquiera pretenderlo. La había cagado y a lo grande.

Aquellas palabras escuchadas fuera de contexto debían haber destrozado a Clau, no podía ni imaginar lo que debía haber sentido. Volvía a sufrir por mi culpa porque, aunque esta vez no hubiera sido mi intención, aquellas palabras habían vuelto a traer el daño que le provoqué en el pasado y después de aquello ¿qué razones le había dado para que confiara en mí? ¿Para que no pensara que estaba hablando de ella? Quizás Carlos estaba en lo cierto, quizás Claudia estaría mejor sin mí. Ya le había hecho demasiado daño. Había superado mi primera traición ¿sólo para volver a encontrarnos y acabar así? Quizás nunca debí volver a su vida, pero...

Los últimos diez años tampoco habían sido fáciles para mí. La había echado de menos a cada paso, en cada momento. No había uno solo de los más de 3650 días que habían pasado desde que la aparté de mi vida en que no hubiera mirado atrás y deseado cambiar mis actos. La verdad es que me había

arrepentido de aquello en el mismo instante en que la escuché decirme adiós, con aquel tono seco y cortante, tan diferente del que siempre había utilizado conmigo. Pero entonces era joven, estúpido, arrogante... y Sandra y sus amigos me tenían sorbido el seso. Después... las cosas vinieron una detrás de otra.

Encontrarla en Tenerife había sido la mejor sorpresa de mi vida. Casi caigo de rodillas al verla allí, tan guapa como siempre, con su precioso pelo castaño, sus labios carnosos y aquellos ojos marrones que siempre me habían mirado con cariño. Con los años estaba aún más hermosa y me costó Dios y ayuda no estrecharla entre mis brazos y comérmela a besos nada más verla. Era la mujer de mi vida, siempre lo había sido y yo lo había sabido desde el principio. La dejé escapar una vez, pero no estaba dispuesto a hacerlo una segunda. Necesitaba a Claudia en mi vida, la quería en ella porque... porque la amaba, siempre lo había hecho, porque era la mitad de mi corazón, la única que ponía luz a mis días, la única que daba sentido a mi existencia. Porque si había algo que había aprendido en los últimos diez años y que me había quedado claro en los últimos días en Tenerife era que, sin ella, mi vida no tenía sentido.

Apreté los puños y en aquel preciso instante tomé una decisión. No iba a huir, lucharía por ella, aún no sabía cómo, pero lo haría, aunque tuviera que arrastrarme para recuperarla, a la mierda el orgullo que me separó de ella una vez. Porque si había algo por lo que merecía la pena tragárselo era por volver a verla mirarme con una sonrisa, por volver a sentir sus labios sobre mi piel, el tacto de su cuerpo y, sobre todo, por hacer que volviera a confiar en mí y demostrarle cada día, durante el resto de mi vida que la amaba y que recuperar y mantener su amor y su confianza eran lo único que me importaba en este mundo.

Claudia

Mi móvil no había dejado de sonar durante todo el camino a casa hasta el punto de que, horas después, tumbada en la habitación de invitados de casa de Laura y Carlos, la visión del nombre de Jorge parpadeando en la pantalla una y otra vez continuaba atormentándome cada vez que cerraba los ojos. ¿Por qué no dejaba de llamarme? ¿Es que no se había leído bastante de mí? ¿A caso quedaba algo más por destruir?

Mis amigos se habían negado a llevarme a casa, no creían que fuera un buen momento para dejarme sola y yo no había tenido ni fuerzas, ni ganas, para llevarles la contraria. Mi teléfono había dejado de sonar justo después de que Laura, cansada de la insistencia de Jorge, hubiese contestado a su enésima llamada. No elevó la voz, no le insultó ni le gritó todo lo que sabía pasaba por su mente en aquel momento. Eso era algo que siempre había admirado de mi amiga; su capacidad para mantener la calma y no perder los papeles por muy irritada o furiosa que pudiese estar. Se había limitado a sugerirle, con toda la calma y la educación del mundo, que no volviera a llamar y desapareciese de mi vida de una vez por todas "si quería conservar intacto aquello por lo que era considerado biológicamente perteneciente al sexo masculino". Después colgó. Sí, mi querida Lau daba miedo. Cuando se cabreaba y te hablaba con aquella voz calmada y educada diciéndote cosas como esas, sabías que lo mejor era hacerle caso si no querías que cumpliera todas y cada una de sus amenazas. Lentamente. Mi pequeña morena podía ser toda una mafiosa cuando le tocaban a los suyos.

El móvil no había vuelto a sonar, quizás Jorge había pillado la "indirecta" y había entrado en razón, aunque era más probable que, simplemente, hubieran desconectado el aparato.

Después de su pequeña charla, Laura había entrado en el cuarto encontrándome sentada al borde de la cama, con la mirada fija en algún punto de la pared color lila del dormitorio, mientras me daba patadas mentales por haber sido tan estúpida. Otra vez. No me dijo nada, se limitó a desabrocharme las zapatillas de deporte para quitármelas y subirme las piernas a la mullida cama antes de cubrirme con la suave colcha color crema, adornada con pequeñas flores en tonos morados. Besó mi frente y acarició mi pelo con suavidad haciendo que me sintiera como cuando era pequeña y mi

madre venía a mi cuarto a darme las buenas noches. En aquel momento deseé tenerla cerca, poder apoyarme en su pecho mientras me acurrucaba entre sus brazos rodeada por aquel aroma característico que emanan las madres, ese olor a hogar, y sentir que todo saldría bien, que nada en el mundo podría hacerme daño mientras ella me protegiera. Laura murmuró un "pasará" antes de besar nuevamente mi frente y salir de la habitación dejándome sola una vez más.

Mi amiga me conocía lo bastante bien y desde hacía tiempo suficiente como para saber que necesitaba tiempo y espacio para lamer mis heridas a solas, llorar y lamentar mi suerte, palmear mi espalda al ritmo de mis "pobrecita yo", y yo, la conocía a ella lo suficiente y desde hacía demasiado como para saber que mi tiempo se acabaría pronto. Me daría espacio y cuerda, pero no me dejaría alejarme y, mucho menos, ahorcarme con ella.

Capítulo 14

El viaje a casa lo hice con el dedo pegado al botón de rellamada del teléfono móvil. Tenía que hablar con Claudia, explicarle lo que había pasado. La necesidad de arreglar las cosas, de recuperarla, era la único que ocupaba mi mente, lo único en lo que podía pensar ¿cómo demonios iba a arreglar aquello si ni siquiera me cogía el teléfono? Bueno, eso no era del todo cierto. Había descolgado una de mis llamadas y en ese momento me había sentido como si volviese a tener algo sólido bajo mis pies... al menos hasta que escuché a Laura. Había intentado explicarle que todo había sido un malentendido, hacerle entender lo que sentía por Claudia... pero no había querido escucharme. Al parecer el paso del tiempo no había cambiado ese aspecto de su personalidad. Y cuando empezó con las amenazas... con esa voz perfectamente modulada, sin elevar el tono y mortalmente seria... la conocía lo suficiente como para saber que no se andaba con chiquitas cuando estaba cabreada y realmente lo estaba. Conmigo. Y con razón. Al menos desde su punto de vista, claro.

Estaba tan sumido en mis pensamientos y en averiguar cuál debía ser mi siguiente paso que no me percaté de que la puerta de mi casa se abrió con demasiada facilidad, ni de que las persianas del salón estaban subidas y habían corrido las cortinas. Esos detalles comenzaron a filtrarse entre mis pensamientos cuando comencé a subir las escaleras y me pareció escuchar música ¿me había dejado puesta la radio al irme? Quizás había olvidado apagar el despertador. El único que tenía llaves de mi casa era mi amigo Luis. Nos conocíamos desde la universidad, él trabajaba en Barcelona, pero venía mucho a Madrid por negocios y me acabé cansando de que me despertara a las tantas de la madrugada después de una reunión de negocios que se había alargado suplicándome una cama, así que acabé dándole una copia de las llaves y dejándole una de las habitaciones para esos casos.

No. Espera. Había alguien más con llaves de mi casa. Sandra.

Pero Sandra no podía estar allí, ¿no? Hacía más de 4 años que habíamos terminado nuestra relación, después de que yo decidiera dejar la arquitectura para dedicarme a la enseñanza y ella llegara a la conclusión de que un profesor no tenía el suficiente estatus social para acompañarla en sus reuniones sociales ni para mantener su nivel de vida. Se largó con un

empresario alemán, socio de su padre y dueño de una importante empresa constructora, con el que al parecer llevaba viéndose algún tiempo. Ella nunca me devolvió las llaves de mi casa y yo estaba tan interesado en sacarla de mi vida que no me molesté en pedirselas. No habíamos vuelto a vernos hasta la semana anterior al viaje a Tenerife, cuando coincidimos en la presentación de un nuevo centro comercial que iban a construir en la zona. El dueño de la promotora era uno de los principales benefactores del centro en que trabajaba y había invitado al equipo directivo. Así que, como jefe de estudios, no me quedó más remedio que asistir. Lo que no sabía era que una de las empresas inversoras en el proyecto era la del padre de Sandra, ni que ella estaría allí. Me había alegrado de verla, después de todo había sido parte importante de mi vida durante casi seis años y, aunque no habíamos terminado de la mejor de las maneras, el tiempo y la distancia me habían hecho verlo todo con perspectiva, empezando por el hecho de que, en realidad, nunca había estado enamorado de ella. Habíamos charlado durante la recepción posterior al acto, comentando algunos aspectos del proyecto que me habían parecido muy interesantes. Después de todo, que hubiera dejado de ejercer como arquitecto no significaba que no siguiera siendo algo que me encantaba, y habíamos acabado tomando un par de copas en un bar cercano mientras nos poníamos al día. Hablamos de cómo nos iba, de lo que habíamos hecho desde que nos separamos y también de los buenos tiempos. De cuando estábamos juntos y éramos felices, de los viajes, las sorpresas y los buenos recuerdos y claro, una cosa llevó a la otra y acabamos en mi casa. Después de lo mal que habíamos terminado y de todas las cosas que nos dijimos al romper, para mí aquello no había sido más que la forma de poner punto final a nuestra historia de una manera más dulce. Pero aquella mañana había recibido un mensaje suyo en el que me decía que estaba deseando que volviera a casa porque me tenía una sorpresa reservada y de ahí había venido la desafortunada conversación que Claudia había escuchado.

Por un momento estuve tentado a darme la vuelta por donde había venido y largarme a casa de Víctor. No me apetecía ver a Sandra en aquel momento, no podía enfrentar otra discusión y, conociéndola como la conocía, sabía que el rechazo no era algo que encajara demasiado bien. No había contestado a su mensaje y había esperado que eso fuera respuesta más que suficiente para ella, pero no conté con que nunca se había dado por aludida cuando los resultados no eran los que ella esperaba. Había esperado que siguiera con su vida, después de todo las razones por las que terminamos, salvo su relación

con el socio de su padre, seguían vigentes. Yo continuaba siendo profesor y ella una niña rica con ínfulas de grandeza y demasiado tiempo libre, cuyo principal interés en la vida era no perderse una semana de la moda y pasar cada fin de semana en un país diferente. Pero precisamente por eso, porque la conocía, sabía que largarme no solucionaría nada. Sandra no se daría por aludida y seguiría en mi casa y en mi vida hasta que le dejara las cosas claras o encontrara a otro con el que entretenerse.

Respiré hondo y abrí la puerta de mi habitación para encontrar a Sandra tumbada en mi cama, con su larga melena pelirroja perfectamente colocada sobre la almohada lanzando destellos que hacían brillar su suave y nívea piel salpicada de pecas. Mantenía la mirada fija en mí, con sus enormes ojos verdes ligeramente cerrados en una pose sexy que en otro momento de mi vida me habría hecho perder el norte. Sus largas piernas extendidas sobre el colchón en una pose provocadora y cubierta tan solo por una escueta bata de seda negra con un borde de encaje en el escote que dejaba entrever sus exuberantes pechos. Sabía con total exactitud lo que encontraría si abría aquella bata; un cuerpo hecho para el placer que se plegaría a todos y cada uno de mis deseos. En otro momento no lo habría pensado antes de lanzarme sobre ella y aprovechar la situación ¡joder! En otro tiempo habría caído de rodillas y dado gracias a todas las fuerzas del universo por encontrar a una diosa como aquella en mi cama y prácticamente desnuda. Pero ahora... ahora sólo podía pensar que su pelo era demasiado rojo, su piel demasiado blanca, sus piernas demasiado largas, sus pechos demasiado exuberantes, sus labios demasiado finos y sus ojos demasiado verdes. La mujer a la que quería encontrar en mi cama tenía el pelo castaño, los ojos marrones, no llegaba al metro setenta de altura y tenía curvas y carne allí donde hacía falta. Tenía unos labios llenos que me volvían loco cuando se posaban sobre los míos, unos pechos con el tamaño perfecto para ser ahuecados en mis manos y devorados por mi boca, unas piernas que se amoldaban a mis caderas aferrándose a ellas con más firmeza que si fueran cadenas y una sonrisa que cuando asomaba a sus labios me hacía sentir el hombre más feliz del mundo por el mero hecho de haber sido yo quien la había puesto allí. Amaba a Claudia y, comparada con ella, cualquier mujer, por hermosa que fuera, no era más que una obra de arte expuesta en un museo, se puede admirar sí, pero por nada del mundo pondría mis manos sobre ella.

—Sandra, ¿se puede saber qué haces en mi casa?

La pregunta salió de mis labios en un tono duro, tenía que dejar claro

desde el principio que aquello no me hacía ninguna gracia.

Mi ex me dedicó una sonrisa cargada de sexo especialidad de la casa a la vez que sus largas piernas acariciaban la seda de las sábanas que había colocado para la ocasión, enredándose en ellas en su camino hacia el borde de la cama. Odiaba las sábanas de seda, de hecho creía haberme desecho de todas las que había en casa cuando Sandra se fue y por un momento me pregunté si las había traído ella, porque la idea de que hubiese estado rebuscando en mis cajones hasta encontrarlas no me hacía ni pizca de gracia. Así de hechizado me tenían sus gráciles movimientos, con cierto aire felino, mientras se acercaba a mí. Había algo profundamente erróneo en aquella situación y no tenía ninguna duda de lo que era.

Los dedos de Sandra, largos y finos, acariciaron mi rostro con calidez. Sus manos recorrieron mis hombros y brazos antes de posarse en mi pecho con suavidad.

—Te he echado tanto de menos... —La calidez de su aliento y el roce de sus labios contra mi oreja al susurrar me provocaron un escalofrío que, en esta ocasión, no tuvo nada que ver con el deseo. —No puedo esperar a sentirte dentro de mí y aún tenemos tiempo hasta que traigan mis cosas.

Me envaré. Mis manos asieron sus muñecas y la alejé bruscamente de mi cuerpo.

—¿De qué estás hablando Sandra?

—Me encanta cuando eres tan brusco.

Su voz sonó casi como un ronroneo mientras su cuerpo se retorció sensualmente entre mis manos intentando hacer desaparecer el espacio entre nosotros.

—Para Sandra. Acabo de volver de viaje, estoy cansado y no tengo tiempo ni ganas para jugar a ninguno de tus juegos. ¿Qué demonios quieres decir con que van a traer tus cosas?

Sus perfectos labios se torcieron ligeramente antes de que en su rostro se desdibujara dando paso a un puchero que habría sido la envidia de cualquier infante caprichoso.

—¡Vamos cariño! Sabes que no me gusta cuando me hablas así. ¿Es que no está claro? ¡Me vengo a vivir contigo! Terminar lo nuestro fue un error, estamos hechos el uno para el otro y lo sabes. ¿Es que no vas a darme la bienvenida como es debido?

Me bloqueé y mis manos soltaron sus muñecas, ¿cómo que se venía a vivir conmigo? ¿A qué venía todo aquello? Sandra aprovechó para acercarse de

nuevo a mí y continuar acariciándome seductoramente. Aquello no podía estar pasando. Di un paso atrás con la intención de alejarme de ella.

—No me toques.

Aparté las manos de Sandra con brusquedad y me alejé unos pasos más. Como siempre que estaba nervioso, mis manos se enredaron en mi pelo. Esto era lo peor que me podía pasar en aquel momento. Claudia pensaba que había jugado con ella y no quería saber nada de mí y ahora Sandra quería venirse a vivir conmigo y que retomásemos lo nuestro. No, aquello no tenía buena pinta lo mirase por donde lo mirase.

—Vamos cariño, ¿es que no te alegras?

Mi ex volvía a acercarse a mí con aquellos andares felinos que pondrían de rodillas a cualquier hombre. Pero no a mí. Ya no.

—No Sandra, no me alegro.

En aquel momento tomé una decisión, conocía a Sandra lo bastante bien como para saber que no había una forma fácil de solucionar aquel lío, ni ninguna frase que hiciera que saliéramos de aquella habitación siendo amigos. Así que opté por zanjar el asunto de la forma más clara posible.

—No quiero que te vengas a vivir conmigo. Lo nuestro se acabó y no siento nada por ti. Así que te agradecería que te largaras de mi casa y no volvieras.

—Pero cariño, no puedes hablar en serio. Estás cansado, seguro que has tenido una semana estresante con todos esos horribles adolescentes a tu alrededor. Date un baño caliente, relájate y seguro que después ves las cosas de otro modo.

Su cuerpo volvió a pegarse al mío y no aguanté más. Sentir su tacto sobre mí me revolvía el estómago. No quería sus manos en mi cuerpo, ni sus labios cerca de los míos, ni a ella de vuelta en mi vida. La aparté de mí con un ligero empujón y me dirigí a la puerta sin mirarla.

—No Sandra, no voy a cambiar de opinión. Estaré fuera un par de horas, espero que cuando vuelva a MI casa te hayas ido. Llévate tus sábanas y deja las llaves en la entrada. No pintas nada aquí y no tienes ningún derecho a entrar sin haber sido invitada. Lárgate y desaparece de mi vida de una vez por todas.

Cerré de un portazo la puerta de mi habitación, pero no me libré de escuchar sus gritos.

—¿Quién te has creído que eres para rechazarme? ¡A mí nadie me rechaza! ¡Esto no se ha acabado Jorge! ¿Me oyes? ¡A mí nadie me deja!

Sí, ahí estaba Sandra en todo su esplendor. Caprichosa, egocéntrica y demasiado mimada. Mi reacción no había sido la que ella esperaba, no le había sentado bien y no había forma en el mundo de que permitiera que aquello terminara así. Ella siempre tenía que salirse con la suya.

El lunes por la mañana el despertador sonó a las 7:15 y yo apenas había pegado ojo en toda la noche. La tarde anterior, después de irme de mi casa había cogido la moto con la intención de ir a ver a Víctor pero, sin saber cómo ni porqué, había acabado recorriendo las calles del barrio de mi niñez para acabar sentado en el bar frente al bloque donde habían vivido los padres de Claudia. Había pasado varias horas allí, en una mesa junto a la ventana, observando la entrada que había cruzado innumerables veces y que ahora se me antojaba inalcanzable. Esperaba verla aparecer, necesitaba saber que era real, que seguía allí. Tenía que hablar con ella, intentar explicarme. Durante horas mantuve la vista fija en aquel lugar, entre cervezas y cafés que acabaron por convertirse en copas de Jack Daniels a medida que la noche se cernía sobre la ciudad y comenzaba a aceptar que no la iba a ver. Sentí la tentación de cruzar la calle y plantarme en la puerta de su casa, obligarla a escuchar todo lo que tenía que decirle. Pero... ¿qué iba a decirle? ¿cómo iba a conseguir que me escuchara? En el fondo sabía que Laura y Carlos tenían razón, Claudia necesitaba espacio. En aquel momento estaría demasiado dolida como para querer si quiera oír mi nombre, mucho menos mi voz, ni lo que ella consideraría palabras vacías.

Había permanecido en aquella mesa hasta que el bar cerró y cuando regresé a casa, respiré tranquilo al ver las llaves de Sandra en la mesa de la entrada. Sabía que no iba a darse por vencida, pero al menos no volvería a entrar en mi casa sin ser invitada.

Al llegar al colegio encontré a Víctor y a Nacho hablando animadamente en la sala de profesores.

—Buenos días. —Dije mientras soltaba el maletín sobre la mesa y me dirigía a la máquina de cafés.

—¡Buenos días! Estaba contándole a Nacho cómo nos había ido en el viaje con todo lujo de detalles.

El aludido se acercó a mí y dándome un toque en la espalda, dijo.

—¿Qué pasa, tío? Ya me he enterado de que has disfrutado mucho de Tenerife. —La sonrisa maliciosa que acompañaba a sus palabras dejaba claro que Víctor no se había limitado a los detalles profesionales.

Empezó a reírse y yo me giré lo justo para encontrarme con los ojos de

Víctor y dirigirle una mirada fulminante. Era mi mejor amigo y no necesitó más para darse cuenta de que algo no iba bien y había metido la pata hasta el fondo.

—Nacho, ¿no tenías que estar en otro sitio?

Nuestro compañero, que había seguido hablando entre risas, haciendo bromas sobre mi hombría y sin darse cuenta de mi gesto, miró a Víctor con extrañeza y después a mi cara de pocos amigos.

—Esto... sí, claro. Será mejor que vaya a preparar la reunión de departamento. Nos vemos luego. —Dijo mientras se apresuraba a recoger sus cosas y salir por la puerta.

Mientras sacaba un par de cafés de la máquina y nos los tomábamos, le conté a mi amigo que Claudia había escuchado la conversación que mantuvimos la mañana anterior y las consecuencias. Cuando le dije lo que me había encontrado al llegar a mi casa, se levantó.

—Creo que más que un café lo que necesitas es un buen copazo... y yo otro ¿Qué coño hacía Sandra en tu casa?

—Pues parece ser que se ha dado cuenta de que somos la pareja perfecta y quiere que volvamos a estar juntos. — Mi cara dibujó una mueca de desagrado mientras lo decía.

—Tío, desde luego montas un circo y te crecen los enanos.

Víctor comenzó a reírse y, sin saber porqué, le acompañé. La verdad es que todo aquello era de lo más surrealista.

Capítulo 15

La semana había pasado sin pena ni gloria. Laura no me había dejado ir a casa más que para coger algo de ropa y algunos enseres personales. Así que el jueves continuaba de okupa en el piso de mis amigos y, aunque agradecía la compañía, empezaba a estar ansiosa por volver a mi propio hogar. Necesitaba retomar mi vida, seguir adelante, recuperar la normalidad.

En el instituto las cosas estaban bastante revueltas como era normal a final de curso, por lo que tampoco estaba teniendo demasiado tiempo para pensar en Jorge. Aunque tenía que admitir que el poco que me dejaba el trabajo no lo desaprovechaba. Había repetido en mi mente segundo a segundo todos y cada uno de los instantes que habíamos compartido en Tenerife y, cada vez que lo hacía, no podía evitar sentirme más y más confusa. Irritada. Furiosa. Frustrada.

Lo que había vivido con Jorge durante aquellos pocos días, lo que me había dicho con sus palabras, con sus gestos y miradas, no se correspondía con la conversación que había escuchado a través de la puerta. O era un magnífico actor o algo de todo aquello no cuadraba y conforme avanzaba la semana estaba cada vez más convencida de que me había perdido algo. Quizás me había precipitado al sacar conclusiones, quizás había malinterpretado la situación, quizás la conversación que escuché a hurtadillas no era lo que me había parecido, quizás...

Así que, durante los primeros días de la semana post viaje a Tenerife, entre entrega de notas a los alumnos, ordenar papeles, preparar informes, organizar la taquilla, reuniones de departamento y montañas de papeleo, la idea de que tenía que hablar con Jorge se había ido haciendo un hueco en mi mente. Había cobrado fuerza hasta casi convertirse en una necesidad acuciante y no acababa de tener claro si realmente había motivos objetivos para ello o simplemente se debía a que lo echaba de menos. Mucho.

No había dejado de extrañarle desde el lunes por la mañana, momento en que, después de una noche intranquila entre lágrimas y reproches hacia mí misma, me había despertado buscándolo entre las sábanas, añorando su calor y el tacto de su piel contra la mía.

Había cometido el error de comentarle a Laura mis dudas, motivo por el cual continuaba retenida en la habitación de invitados de su casa "hasta que

recuperara la cordura y dejara de justificar lo injustificable". Mi amiga no se fiaba de que si me iba a mi casa me mantuviera alejada de Jorge y, tres días después, podía afirmar que hacía bien en no fiarse.

El objeto de mis pensamientos no había vuelto a llamar, ni enviado mensajes ni dado señal alguna de vida. Lo que para Laura era señal inequívoca de que lo nuestro para él no había sido más que un juego y había pasado página. Cosa que, según ella, yo estaba tardando en hacer. Para solucionarlo, mis queridas amigas habían organizado una noche de chicas aprovechando que Paula acababa de cerrar un caso importante y estaba de vuelta en la ciudad. Mi amiga de la infancia se había convertido en una mujer firme y decidida, con las ideas muy claras, que trabajaba con la policía. Había estudiado psicología en Madrid para después recorrerse universidades de medio mundo especializándose en criminología, psicología criminal y cualquier cosa relacionada con la conducta propia de los delincuentes violentos. Al final, había acabado convirtiéndose en una especialista en el tema, capaz de discutirle al equipo completo de Mentes Criminales y quedarse tan pancha.

Si durante nuestros años de instituto alguien nos hubiera dicho que la alocada y rebelde Pau, acabaría trabajando para las fuerzas de la ley creo que ambas nos habríamos muerto de la risa al instante... y ella la primera. Pero casi veinte años después se había convertido en una de las profesionales más reconocidas a nivel mundial y colaboradora de diferentes organismos nacionales e internacionales como consultora, lo que hacía que pasase bastante tiempo fuera de Madrid. Por eso (y porque nos encantaba) siempre que Paula volvía a la ciudad teníamos una cita ineludible que nos servía de excusa para volver a vernos, reírnos, ponernos al día y cuya finalidad principal era, como no podía ser de otra forma, quemar la ciudad en honor a los viejos tiempos. Aunque, teníamos que admitir que, con el paso de los años, cada vez pasábamos más tiempo en el restaurante y la copa de después, charlando y cotilleando, que quemando la pista de baile en la discoteca de moda hasta altas horas de la madrugada.

Nuestra quedada nocturna fue la única razón por la que Lau me permitió ir a mi casa el jueves por la tarde. Necesitaba ropa adecuada para la ocasión, darme un baño relajante en mi propia bañera, con mis sales de baño, escuchando mi música y bailar envuelta en toallas por el pasillo de mi casa dejándolo todo chorreando a mi paso mientras cantaba a voz en grito. Necesitaba ser yo en mi propio espacio y recuperar mi vida.

Cuando salí de casa, llevaba mi precioso vestido negro con lunares rojos estilo años 50, subida en mis taconazos del mismo color rojo intenso, a juego con el cinturón que afinaba mi cintura y el tono de mis labios. Estos últimos dibujaban una enorme y brillante sonrisa, lo que era todo un cambio respecto a los últimos días. Me sentía poderosa, capaz de cualquier cosa, incluso de llamar a Jorge e intentar aclarar lo que quiera que hubiese sucedido entre nosotros.

Al salir del portal casi choco con Consuelo, una mujer mayor, de edad indescifrable que había vivido en la puerta frente a la de mis padres desde que yo tenía uso de razón y siempre había tenido el mismo aspecto o, al menos, yo no tenía recuerdos de ella aparentando menos de setenta años.

—Disculpa Consuelo, no te había visto.

—¡Caray chica! ¡Cuánta energía! —La anciana me hablaba mientras le ayudaba a recoger las bolsas que se le habían caído al suelo tras nuestro encontronazo —Aunque claro, a tu edad yo también iba corriendo a todas partes.

Consuelo se incorporó y se fijó en mí detenidamente a la vez que una exclamación de asombro brotaba de sus labios.

—¡Pero bueno! ¿A dónde vas tan guapa? Hacía tiempo que no te veía tan alegre y arreglada ¿alguna novedad?

Sonreí, dispuesta a responderle cuando una mano se aferró a mi cintura y sentí como mi cadera chocaba contra un cuerpo duro y firme. Mi corazón dio un vuelco durante el instante en que me permití a mí misma pensar que aquella mano pertenecía a Jorge, que había venido a por mí. Después inhalé y me di cuenta de mi error. Aquel olor no le pertenecía a él, pero tampoco a un desconocido. Mis ojos se clavaron en unos de un azul profundo, escondidos tras unas gafas de montura al aire, que conocía demasiado bien y el aire escapó de mis pulmones.

—¡Hola cariño! —Dijo Alonso mientras besaba mi cabeza —¡Pero bueno Consuelo! ¡Está usted radiante! Cada día parece más joven.

Las mejillas de mi vecina se tornaron rojas y ocultó su mirada.

—¡Serás zalamero! —Consuelo nos miró y una sonrisa iluminó su anciano rostro plagado de arrugas —¡Ahora lo entiendo! No sabéis cuánto me alegro de que volváis a estar juntos —la mano de Alonso me aferró con más fuerza apretándome aún más a su costado —Ya sabía yo que acabaríais arreglándoos ¡Si sois una pareja maravillosa! Sabía yo, que fuera lo que fuera lo que os había separado no tardaríais mucho en volver.

Alonso sonrió mientras yo me mantenía rígida a su lado, incrédula ante lo que estaba sucediendo. Intenté hablar, explicarle a Consuelo que todo era un malentendido, y separarme de Alonso. Pero su mano me sujetaba con fuerza y mis labios se negaban a abrirse para decir nada. Habían pasado seis meses en los que había estado llorando por él, preguntándome qué había hecho mal, esperando que apareciera y todo se solucionara y ahora que lo tenía allí, a mi lado, sujetándome con fuerza a su cuerpo, sonriendo y hablando con Consuelo no podía pensar en otra cosa que no fuera la decepción que había sentido al darme cuenta de que no era Jorge quien me abrazaba contra su cuerpo.

—Gracias Consuelo. Claudia es la mujer de mi vida y estar con ella es lo único que quiero. Las parejas tienen sus más y sus menos, pero esperamos poder superarlo y seguir adelante con nuestros planes de boda.

¿La mujer de su vida? ¿Seguir adelante con nuestros planes? ¿¿¿¿Perdona???? ¿Es que yo no tenía nada que decir al respecto? En ese momento decidí poner fin a aquella absurda situación y dejarle muy claro a Alonso lo que pensaba de él y sus planes. Además, ¿qué hacía allí? Se suponía que habíamos quedado en vernos el sábado a medio día para comer. Levanté la mirada para clavarla en aquellos ojos que de repente me parecían demasiado azules dispuesta a cantarle las cuarenta y... me besó. Un beso arrollador que no recordaba haber recibido jamás del tímido y callado profesor de universidad que había sido mi pareja durante cinco años, que me dejó sin habla. La impresión me impidió reaccionar ¿de dónde salía toda aquella pasión? Alonso había sido muchas cosas, dulce, cariñoso, buen amigo, pero ¿apasionado? No, esa palabra nunca había estado entre las que podían definirle.

Consuelo se despidió con un murmullo y, entre risas, entró en el portal. El sonido de una moto de gran cilindrada al arrancar, seguido de un potente acelerón no lejos de donde nos encontrábamos me hizo reaccionar. Levanté el pie y clavé el tacón de mis zapatos de aguja de 10 centímetros en el mocasín derecho de Alonso, que no pudo evitar soltar un grito de dolor. Liberada del agarre de sus manos y sus labios di un par de pasos atrás para alejarme de él. Estaba furiosa y las palabras brotaron de mi boca sin delicadeza ni preocupación por quién pudiera escucharlas a pesar de que estábamos en medio de la calle.

—¿Se puedes saber qué haces? ¿Quién coño te crees que eres para venir aquí y comportarte como si no hubiera pasado nada? ¿Cómo te atreves a

besarme?

Tenía los puños apretados a ambos lados de mi cuerpo, intentando contener la rabia que me dominaba en aquel momento y Alonso continuaba sujetándose su pie herido mientras daba ridículos saltitos frente a mí. Al fin, volvió a poner el pie en el suelo y sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Estás loca?! ¡Podrías haberme hecho daño!

—¡Eso era lo que pretendía! ¿Se puede saber qué haces aquí?

Le miré, dejando que mis ojos reflejaran todo el odio y el resentimiento que sentía por él. Alonso respiró hondo e intentó calmarse antes de responderme.

—Preciosa... necesitaba verte. —Su voz sonó con una dulzura que hacía mucho tiempo que no me mostraba y que me descolocó totalmente ¿quién era ese hombre y qué había hecho con Alonso? —Te echo de menos y necesito pedirte perdón y explicarte porqué hice lo que hice.

—Tú... necesitas. —Así que era eso, él necesitaba. Apreté aún más los puños hasta clavarme las uñas en las palmas, intentando controlar mi enfado. —Llevo seis meses sin saber de ti, sin saber porqué te largaste. Seis meses en los que te he llamado, te he enviado mensajes, en los que te he necesitado, te he echado de menos y he buscado una explicación y en los que no he obtenido respuestas y ahora estás aquí porque... ¿tú lo necesitas? ¿Y qué hay de lo que yo he necesitado todo este tiempo, Alonso?

Su gesto se descompuso al escucharme y miró nervioso alrededor, mi tono de voz no estaba siendo bajo precisamente.

—Claudia, por favor, cálmate.

Alargó una mano para tocarme mientras daba un paso hacia mí, me retiré con brusquedad, alejándome de su alcance y retrocedí para mantener la distancia entre los dos. Tenía razón, debía calmarme o en breve algún vecino vendría a ver qué sucedía. Estiré los dedos de mis manos y bajé el tono de voz, dispuesta a que todo el veneno que bullía en mi interior se filtrara en ellas.

—¿Podrías decirme, por favor, por qué motivo exactamente debería importarme a mí lo que tú necesitas ahora?

—Porque te quiero preciosa y sé que tú también me quieres.

Unos meses antes oír esas palabras de sus labios me habrían hecho llorar de la emoción, abrazarme a él con fuerza y sentir que era la mujer más feliz del mundo. Dos semanas antes, habrían suavizado mi enfado y habría estado dispuesta a mantener una conversación tranquila con él e intentar arreglar lo

nuestro. Pero claro, entonces no había vuelto a ver a Jorge, ni había sentido sus labios sobre los míos. Entonces no era consciente de lo erróneo de esa afirmación. Ahora sabía que no quería a Alonso que, en realidad, nunca había estado enamorada de él, al menos no como deben estarlo dos personas dispuestas a compartir el resto de sus vidas y, después del beso que acababa de darme, sabía que durante nuestros cinco años de relación, él tampoco me había amado de esa forma. Los dos nos habíamos equivocado e iba siendo hora de que lo aceptásemos. Pero aquel no era el momento ni el lugar para discutirlo y a mí me estaban esperando. Así que inhalé con fuerza dispuesta a zanzar aquella conversación, al menos por el momento.

—Mira Alonso, en este tiempo han pasado muchas cosas y me he dado cuenta de muchas otras, pero este no es el momento ni el lugar para discutir las. Me están esperando y no quiero llegar tarde.

—¿Con quién has quedado? —dijo con brusquedad, interrumpiéndome. ¿Eran celos lo que intuía en su voz? Alonso nunca había sido celoso, al menos no conmigo.

—Tenemos noche de chicas.

Suspiró y sacudió una inexistente pelusa de la manga de su impoluta camisa antes de hablar.

—Claro, siento haberte entretenido, diviértete. ¿Sigues en pie la comida del sábado?

—Sí, nos vemos a medio día en Atocha, como habíamos quedado.

—Respecto a eso, había pensado que quizás podríamos comer mejor en mi casa —mi gesto cambió de inmediato —o en la tuya —elevó las palmas de sus manos pidiéndome calma. —Tenemos mucho de qué hablar y quizás sea mejor un lugar más tranquilo.

—La condición era vernos en un sitio público Alonso, y lo sabes. Nos vemos en Atocha a las dos y media, seguro que encontramos algún sitio en el que podamos hablar sin problemas.

Sin más, me di la vuelta y me dirigí a la estación de metro. Llegaba tarde y las chicas iban a matarme.

Aquella tarde volvía a estar sentado en el mismo bar en el que había estado pasando las horas libres desde que volví de Tenerife. Frente al portal de Claudia, leyendo el periódico, ojeando las noticias, repasando algún

informe del colegio o haciendo papeleo, siempre con un ojo puesto en la puerta de su bloque a la espera de que apareciera. Cuando por fin la vi no podía creer mi suerte, habían pasado cuatro días desde la última vez que la tuve entre mis brazos y no podía esperar a volver a tenerla allí, en el lugar al que pertenecía y del que esperaba que no quisiera salir nunca jamás. Me quedé petrificado, observando cómo se balanceaba la larga cola de caballo en la que llevaba recogida su preciosa melena, la expresión de felicidad que dibujaban sus labios curvados en una adorable sonrisa. Vestida con unos simples vaqueros, unas sandalias planas y una camiseta me parecía la mujer más hermosa del mundo y por fin estaba a mi alcance. Sólo tenía que cruzar la calle, llamar al timbre y hacer que escuchara todo lo que tenía que decirle.

La vi entrar en su portal y me quedé allí, en la misma mesa en la que había estado esperándola desde que se alejó de mí en el aeropuerto. Tenía que pensar bien qué iba a decirle, no podía fallar y, de repente, los nervios atenazaron mi estómago ¿y si no quería escucharme? ¿y si no lograba convencerla de que todo había sido un enorme malentendido?

Antes de darme cuenta estaba cruzando la calle sin parar si quiera a mirar si venían coches. Cuando llegué a su puerta me temblaban las manos, no podía perderla, no otra vez. Las froté contra las perneras de mis pantalones y no pude evitar mirar mi reflejo en el cristal de la puerta para asegurarme de tener buen aspecto. Los últimos días habían sido una locura, estaba sin afeitarse y la barba empezaba a asomar en mi rostro. Apreté el timbre con suavidad, no quería que se asustara, solo que me abriera la puerta, y esperé, pero no hubo respuesta. Volví a llamar dos veces más esta vez con más fuerza, quizás el timbre fallase, pero nadie respondió. Quizás estaba estropeado, quizás estuviera en la ducha, quizás no lo oyese por cualquier motivo. Lo importante es que sabía que estaba allí. Pensé en esperarla apoyado junto a la puerta y abordarla cuando saliera, pero no quería asustarla y que me tomara por un acosador, así que volví a mi mesa y esta vez no me molesté en aparentar que leía o trabajaba, simplemente me limité a mirar la puerta por la que sabía que tarde o temprano saldría Claudia. Decidí esperar, sería mejor abordarla cuando saliera, simular que había sido un encuentro casual. Podría proponerle tomar un café y charlar, darle todas las explicaciones que me pidiera y dejarle muy claros cuáles eran mis sentimientos. Esperaba que los suyos me correspondieran.

Si al verla llegar me había parecido hermosa, no estaba preparado para verla salir. Con aquel vestido años cincuenta sujeto en la parte de atrás del

cuello, el pelo recogido, unos tacones de vértigo y los labios pintados de rojo, en lo único que podía pensar era en besarla, meterla en casa y no dejarla salir hasta haberme saciado de ella algo que, por alguna extraña razón, tenía la seguridad que no lograría a corto plazo. Antes de darme cuenta estaba saliendo del bar y cruzando la calle. Al salir había tropezado con su vecina Consuelo y ambas charlaban en la puerta. El tráfico me entretuvo y temí que se fuera antes de alcanzarla. Pensé en llamarla cuando un hombre se acercó a ella, la agarró de la cintura atrayéndola hacia él y le dio un beso en la cabeza. ¿Quién era? No era familiar de Claudia, ni ninguno de sus vecinos que yo conociera. Parecía más o menos de mi estatura, moreno, con gafas y el pelo un poco largo, vestía vaqueros y una camisa remangada hasta los codos, apretaba a Claudia contra su cadera y ella no parecía resistirse. En Tenerife, ella me había dicho que no había nadie en su vida ¿me había mentado? No podía haber conocido a aquel hombre y estar con él en esa actitud en tan solo cuatro días y menos después de lo que había pasado entre nosotros. Claro que Claudia pensaba que yo la había utilizado.

Me había ido acercando al grupo y ahora la voz de Consuelo llegaba a mis oídos con total claridad.

—¡Ahora lo entiendo! No sabéis cuánto me alegro de que volváis a estar juntos. Ya sabía yo que acabaríais arreglándoos ¡Si sois una pareja maravillosa! Sabía yo, que fuera lo que fuera lo que os había separado no tardaríais mucho en volver.

¿Aquel era el ex de Claudia? ¿Y habían vuelto después de Tenerife o ya lo habían arreglado antes? La respuesta de aquel hombre no tardó en llegar.

—Gracias Consuelo. Claudia es la mujer de mi vida y estar con ella es lo único que quiero. Las parejas tienen sus más y sus menos, pero esperamos poder superarlo y seguir adelante con nuestros planes de boda.

¿Planes de boda? ¿De qué hablaba aquel tipo? Necesitaba explicaciones y las necesitaba ya. Estaba dispuesto a arrancar a Claudia de los brazos de aquel capullo y preguntarle de qué iba todo aquello cuando la besó. Ella no se resistió y eso fue todo lo que necesité saber.

Me di la vuelta, crucé la calle y subí a la moto que había dejado aparcada frente al bar en el que había estado esperando a la mujer que amaba, la misma que creía que me amaba y a la que creí haber destrozado por segunda vez. Pero era obvio que al único al que le habían tomado el pelo era a mí. Después de todo, quizás para ella lo nuestro sí habían sido solo "un par de polvos sin importancia" por muy buenos que hubieran sido. Arranqué con brusquedad y

aceleré sin mirar atrás. Dispuesto a alejarme de Claudia y de cualquier cosa que pudiera recordarme a ella. Si todo aquello había sido una venganza le había salido redonda.

Capítulo 16

Llegué con la hora justa y entré en el pequeño restaurante al que íbamos desde la facultad. Carlos solía decir que no era más que un bar con ínfulas, y probablemente tenía razón. Era un local pequeño en el que apenas cabían cinco mesas, con una decoración bastante ecléctica en el que podías encontrar desde luminosos con nombres de cervezas importadas propios de cualquier pub irlandés, a centros de flores y manteles de hilo blanco más apropiados para un restaurante, pero el lugar nos encantaba. Lo habíamos descubierto una noche por casualidad y, desde entonces, la mesa ubicada en el rincón más alejado de la puerta había sido testigo mudo de encuentros, desencuentros, risas, lágrimas, peleas y celebraciones, guardando tantos recuerdos y secretos que dábamos gracias a Dios de que no pudiese hablar.

Paula y Laura me esperaban en la barra, de madera oscura y cubierta de arañazos, charlando con Miguel, el dueño del bar. Al ver a Pau no pude evitar abalanzarme sobre ella y comérmela a besos, hacía meses que no la veía y, aunque debido a su trabajo era algo que sucedía con regularidad, no podía evitar echarla mucho de menos cada vez que no estaba.

—¿Y para mí no hay nada? —dijo Laura haciendo un puchero —Claro, como a mí me tienes muy vista... voy a tener que irme lejos unos meses a ver si así me das achuchones cuando me veas.

Sin soltar a Pau agarré a la futura mamá con el otro brazo convirtiendo el saludo en un tabiabrazo^[v] de los grandes.

—Vuestra mesa está lista.

Miguel carraspeó antes de acercarse a nosotras y acompañarnos hasta nuestro rincón favorito del que apenas nos separaban unos pasos, mientras Laura sacaba un pañuelo de papel de su enorme bolso y se secaba las lágrimas murmurando sobre las hormonas. Paula y yo compartimos una mirada cómplice, nuestra querida morena siempre había sido muy emocional, el embarazo solo le daba la excusa perfecta.

La cena transcurrió entre risas, recuerdos, botellas de lambrusco y agua mineral. Paula había pasado los últimos cuatro meses recorriendo diversas ciudades europeas y no perdió la oportunidad de hacernos rabiar describiendo

al detalle algunas de las maravillas que había tenido la oportunidad de visitar.

—Pero ya está bien de hablar de mí, —los ojos azules de mi amiga brillaron y una sonrisa pícaro se dibujó en sus labios —¿qué tal tu visita a Tenerife? ¿Algún canario interesante que te haya hecho olvidar por fin al gilipollas de tu ex?

—¡No se lo has contado!

La voz de Laura era una mezcla de sorpresa y enfado y yo no pude evitar bajar la mirada y fijarla en el cerco que mi copa de vino había dejado en el impoluto mantel de lino blanco.

—¿Que no me ha contado qué? —la atención de Paula se dividía entre Laura, que seguía mirándome con cara de asombro, y yo, que observaba aquella mancha como si en sus profundidades estuvieran ocultas todas las respuestas del universo.

—Está bien, se lo contaré yo —Laura me dedicó una última mirada antes de volverse a Paula —Digamos que el viaje a Tenerife ha cumplido el objetivo de hacer que Clau se olvide del gilipollas.

—¡Genial! Ya era hora de que te decidieras a pasar página y continuaras con tu vida.

—Lo ha hecho... más o menos —interrumpió Laura —pero la cuestión es que no ha sido por nadie nuevo, sino más bien por todo lo contrario.

El rostro de Lau se desdibujó en una mueca de desagrado mientras decía esas últimas palabras y, si hubiéramos sido dibujos animados, estoy segura de que la cara de Paula en aquel momento se habría transformado en un enorme signo de interrogación.

—¿Te has liado con alguien a quien ya conocías? ¿Un compañero del insti? —El rostro de Pau cambió de la emoción al desconcierto en cuestión de segundos. —¡Espera! No te habrás liado con Martín, ¿verdad? Sabes que adoro a ese hombre y me parece el espécimen masculino perfecto, pero adoro aún más a Elena y a la pequeña Martina...

—Para Pau. No se ha liado con Martín —la interrumpió Laura —aunque casi lo hubiera preferido...

La última frase fue apenas un murmullo y la acompañó de un gesto que oscilaba entre la tristeza y la frustración, que casi me rompe el corazón. Mi amiga estaba muy preocupada por mí y sabía que cuando Paula se enterase de que Jorge había vuelto a mi vida y las circunstancias en las que nos habíamos separado las cosas sólo iban a ir a peor y no podía enfrentarme a Paula, no en

aquel momento. Llevaba dos meses sin verla y aquella noche era para nosotras, para divertirnos, reír y bailar. No para que se preocuparan por mí.

—Le he visto esta tarde...

Mi voz salió en un murmullo. Tenía que cambiar de tema, desviar su atención de Jorge.

—¿Has visto a Jorge? —la mirada que me echó Laura hizo que me encogiera en el asiento.

—¿Jorge? ¿Quién es Jorge?

—¡No! He visto a Alon...—una mirada fulminante de Pau y reaccioné a tiempo —al gilipollas. Me lo encontré cuando salía del portal de casa para venir a cenar.

—¿Cómo? ¿Y qué demonios hacía allí? ¡Se suponía que ibais a veros el sábado!

Comencé a hablar atropelladamente, sabiendo que la mente analítica de Pau no tardaría en atar cabos con el nombre de Jorge e intentando atraer su atención lo suficiente como para que se olvidara del nombre que había pronunciado nuestra amiga. Durante la siguiente media hora, mientras terminábamos de cenar y despotricábamos sobre mi ex, pensé que lo había conseguido. Hasta que Miguel se marchó tras tomarnos nota del postre y me percaté de que Paula me miraba fijamente.

—Laura, ese Jorge que has mencionado antes no será Jorge Martínez, ¿verdad?

La pregunta iba dirigida a ella, pero su mirada no se había desviado de mí ni por un segundo, así que no se le escaparon ninguna de las emociones que se reflejaron en mi rostro en el instante en que me di cuenta de que me había pillado... ni a mí la tristeza y la decepción que se reflejaron en el suyo al darse cuenta de lo que había pasado <<Ahora sí que la has cagado, Clau>>.

Laura y Paula eran mis mejores amigas, siempre podía contar con ellas y nunca les ocultaba nada. Me conocían casi mejor que yo misma. Entre nosotras no había secretos y si consideraba a Lau una hermana, Pau lo era a todos los efectos menos el sanguíneo. Nos conocíamos desde preescolar y habíamos pasado mucho juntas. No había tenido una vida fácil y había pasado gran parte de su infancia y adolescencia en mi casa. Había conocido a Jorge a través de ella y en aquella época habíamos sido los tres contra el mundo y después, cuando su mundo se vino abajo y todo cambió, Jorge y yo habíamos sido los pilares en los que apoyarse, los hombros en los que llorar y

los que, por muchas veces que desfagara su frustración contra nosotros, siempre volvíamos con ella. Jorge y yo éramos su familia o, al menos, lo más parecido a una que tenía y, cuando él desapareció, no sólo me abandonó a mí. Paula también lo perdió. Durante mucho tiempo temí que nunca pudiera perdonarme, que sintiera que el hecho de que él la hubiera abandonado era culpa mía, un "daño colateral" del terremoto que había causado al confesarle mis sentimientos. Pau nunca me culpó a pesar de que en el fondo yo sí me culpaba a mí misma, siempre me dijo que estaba donde quería estar, que nadie había obligado a Jorge a desaparecer de la vida de ninguna de las dos, él había tomado esa decisión y nosotras sólo podíamos aceptarla y seguir adelante. Juntas. Como siempre habíamos hecho. Pero con el paso del tiempo todo lo que rodeaba a Jorge se había convertido en una especie de tabú entre nosotras, no hablábamos de él, no mencionábamos su nombre. Hacerlo solo nos traía dolor y tristeza y, para ser sincera, no estaba segura de a cuál de las dos nos dolía más. Aparté mi mirada de la suya, era incapaz de contemplar sus ojos cuando sabía que la tristeza que manaba de ellos de algún modo era por mi culpa.

—Lo siento Paula.

Vocalicé cada una de las palabras intentando que expresaran todo lo que sentía en aquel momento. Cuánto me dolía haberla decepcionado, cuánto me dolía volver a traer al fantasma de nuestro pasado al presente. Los dedos de Paula acariciaron mi mejilla antes de empujar mi barbilla hacia arriba para que la mirase a la cara. En su cara no había rastro de tristeza ni decepción, sino más bien una sonrisa cómplice y unos ojos que brillaban con algo parecido a la felicidad que no acababa de comprender.

—Deja de pedir perdón y desembucha. —El asombro que debía reflejarse en mi cara hizo que Paula se riera —¡Vamos! Estoy esperando.

Capítulo 17

Eran más de las doce de la noche cuando llegamos a "El Cubil", nuestro local de copas favorito en el barrio de Malasaña. La sobremesa se había alargado mientras le contaba a Paula todo lo que había vivido con Jorge en Tenerife. Parecía mentira que hubiera sido la semana anterior y que sólo hubieran pasado cuatro días desde que nos despedimos en el aeropuerto, o quizás sería mejor decir desde que lo dejé allí plantado. Cuanto más tiempo pasaba más tenía la sensación de que una parte de mí se había quedado allí aquel día, quizás por eso me dolía el pecho cuando hablaba de él. Paula había escuchado con atención toda la historia sin interrumpirme ni una sola vez y me había sorprendido al ponerse de mi parte y decirme que tenía que hablar con él. Laura se había horrorizado al escuchar como nuestra amiga decía que estaba totalmente convencida de que aquello había sido un malentendido. Al final, la paz había llegado con mi promesa de esperar unos días más y pensarlo con detenimiento antes de tomar una decisión. Aunque en el fondo las tres sabíamos que la decisión estaba más que tomada, supongo que Laura confiaba en que unos días más le dieran la oportunidad de hacerme cambiar de opinión.

El Cubil era un bar de copas, decorado como una madriguera y con las paredes repletas de imágenes de lobos en libertad. Los muebles eran de madera y predominaban los tonos marrones y cálidos. Nada más entrar, un aullido procedente de la barra hizo que nos percatáramos de que habíamos sido descubiertas y un segundo después aullábamos en respuesta mientras nos dirigíamos a la barra. Rubén, el dueño del bar, salió de detrás de ella y se apresuró hacia nosotras y el segundo tabiabrazo de la noche tuvo lugar.

—¡Por fin están aquí mis lobas! ¡Ya era hora de que la manada volviera a estar completa!

Los cuatro reímos mientras intercambiábamos besos y abrazos. Con aquel comentario no pude evitar acordarme de Miguel, el dueño del restaurante en el que acabábamos de cenar y el momento en que, un par de años antes, después de habernos escuchado aullar y brindar por "las lobas" en cada uno de nuestros encuentros y extrañado porque, según él, ninguna de las tres teníamos pintas de loba precisamente (bueno, Paula quizás un poco, pero se te olvidaba cuando la conocías) se había atrevido a preguntarnos el porqué de

aquello y no había podido evitar reírse al escuchar la historia. En nuestro primer año de facultad, cuando conocí a Laura y pasamos de ser dos a tres, Paula se echó un novio bastante alternativo, un bohemio con el pelo lleno de rastas y una peculiar forma de ver la vida que, cada vez que nos veía llegar aullaba y nos presentaba a todos como "sus lobas". Cuando por fin nos habíamos decidido a preguntarle porqué hacía aquello nos contó que al principio lo del aullido había sido por nuestra forma de llamarnos unas a otras, Pau, Lau y Clau, *"con tanto "au" no puedo evitar que me entren ganas de auuuuuuuuuuuuullar"*. Aquello nos hizo gracia a las tres, aunque seguía sin gustarnos que nos presentara como "lobas" ya que daba pie a situaciones un tanto incómodas. Cuando se lo dijimos respondió que nos llamaba así porque éramos protectoras y estábamos muy unidas, como una loba con sus cachorros, defendíamos a muerte a los miembros de nuestra pequeña manada de tres. Se ofreció a no volver a hacerlo si nos molestaba, pero su explicación nos gustó tanto que acabamos adoptándola como nuestra y el aullido se convirtió en nuestro saludo "secreto".

La historia entre Rubén, que así se llamaba el bohemio, y Paula, acabó en el momento en que él se dio cuenta de que le iban más los lobos que las lobas, pero eso no había impedido que continuara siendo un buen amigo. El hecho de que cuando por fin pudo cumplir su sueño de abrir un bar de copas le hubiese puesto "El cubil" en honor a nuestra pequeña manada nos había hecho llorar como crías cuando nos lo contó y había convertido aquel lugar en nuestro centro de operaciones nocturnas. Además de proporcionarnos un lugar en el que beber gratis.

Permanecimos un buen rato en la barra, charlando con Rubén y Pablo, su pareja. Poniéndonos al día, recordando viejas anécdotas y escuchando a ambos reprocharnos lo poco que íbamos por allí últimamente, antes de trasladarnos las tres a uno de los sofás situados contra la pared. Rubén se sentó con nosotras durante un rato en el que le pusimos al tanto de las novedades con Alonso.

—¡Será cabrón! ¿Así que después de cinco años de relación ha tardado seis meses en darse cuenta de que te quiere? Te dije desde el principio que ese tío no tenía sangre en las venas... No sé cómo has podido aguantarlo durante tanto tiempo. Me alegra ver que has pasado página. —Rubén sonrió mirándome de arriba abajo y yo le miré sorprendida —Vamos Clau, solo hay que mirarte para darse cuenta de que Alonso es historia, hacía años que no te veía tan feliz ni tan guapa.

—¡Oye! —Paula puso los brazos en jarra y le dirigió su mejor mirada de indignación —¡Y las demás qué! ¿Es que no estamos guapas?

—Tú siempre estás preciosa reina, ya lo sabes. Por cierto, ¿alguna novedad de Jooná?

Paula se puso pálida y su cuerpo se tensó. Para ella nombrar a Jooná en su presencia era el equivalente a pronunciar el nombre de Voldemort en el mundo de Harry Potter y sólo había un castigo posible: la muerte. O, al menos, el deseársela al que lo nombraba.

—No tiene gracia Rubén. Sabes que no se debe nombrar al diablo y menos en mi presencia.

—Vamos reina ¿Hasta cuándo vas a seguir con esto? Ese hombre te gusta más de lo que quieres admitir y deberías hacer algo al respecto.

—Conoces mis reglas. Nada de líos con policías, militares ni nadie que esté relacionado con mi trabajo de ninguna de las maneras.

Y ese era el problema. Meses antes Paula había ido a Londres por trabajo. Tenía la costumbre de ir un par de días antes para disfrutar de la ciudad y hacerse a los horarios y en esos días había conocido a "el hombre", según sus propias palabras. Un encuentro fortuito en un bar y una noche juntos habían hecho que la criminalista racional y analítica, cayera de forma fulminante a los pies de un desconocido. Hacía años que las relaciones de Paula se limitaban a hombres de una sola noche. Sin nombres, compromisos ni finales de cuento, pero según sus propias palabras, aquel desconocido había hecho que se olvidara hasta de su propio nombre y se había dejado llevar hasta el punto de haber pasado el fin de semana entre las sábanas de su habitación de hotel, levantándose exclusivamente para abrir la puerta al servicio de habitaciones. El lunes por la mañana se había incorporado a su nueva asignación solo para descubrir que había roto la principal de sus reglas autoimpuestas. El hombre a cargo del caso que la había llevado a Londres era el mismo con el que había pasado las últimas 48 horas. No sólo se había acostado con un miembro de las fuerzas de la ley; había pasado el fin de semana en la cama con su superior... y quería más.

Con el tiempo nos habíamos dado cuenta de que aquel fin de semana había significado para ella mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir ante nosotros. Laura y yo habíamos intentado hablar con ella al respecto durante meses, pero acabamos dándola por imposible. Nuestra amiga nunca admitiría que se había enamorado de aquel hombre, ni se replantearía sus propias reglas. Rubén, en cambio, estaba empeñado en hacerla afrontar sus

sentimientos.

—¿Cuándo te darás cuenta de que el amor no entiende de reglas? Llega cuando llega y con quien llega, no puedes escoger cuándo ni de quién enamorarte.

La cara de Rubén transmitía una inmensa tristeza. Tomó la mano de Paula, que mantenía cerrada en un puño sobre su falda, y la forzó a separar los dedos entrelazándolos con los suyos.

—Cariño... ¿por qué te niegas la oportunidad?

—Ya basta Rubén. Tomé mi decisión y no ha cambiado. Sólo te pido que la respetes.

—Está bien reina... pero no olvides que las oportunidades que la vida nos ofrece para ser felices son escasas y no debemos dejarlas pasar. —Rubén apretó con firmeza la mano que sostenía antes de soltarla y ponerse en pie — ¿Otra ronda? ¡La casa invita! —Y con un guiño se dirigió a la barra.

Lau y yo comenzamos a hablar de su embarazo, con la intención de desviar la atención de Paula y animar a nuestra amiga. Un cambio a conversaciones que pusieran una sonrisa en su rostro en lugar del gesto amargo que poseía en aquel momento. Mi futuro ahijado decidió colaborar dando una patada y ambas nos volvimos para animarla a sentirlo. Pero lo vista de Pau permanecía clavada en la barra.

—No puede ser...

Las palabras salieron de los labios de nuestra amiga en un susurro y ambas seguimos su mirada hacia el lugar en el que sus ojos permanecían fijos. Apoyado en la barra, a unos cinco metros de nosotras y con la vista clavada en nuestra amiga había un hombre que no conocíamos, pero del que habíamos oído hablar tanto y nos habían descrito tantas veces que era imposible no reconocerlo: Jooná Virta. Casi dos metros de altura, músculos imposibles, pelo rubio cortado al uno, ojos increíblemente azules y una sonrisa salida del mismo infierno.

—¿Ese es...? —La mirada de Laura se dividía entre la barra y nuestra amiga intentando encontrar una explicación.

—¿Qué coño hace aquí?

El gesto de Paula pasó del anhelo a la frustración y de ahí al enfado con la misma velocidad a la que su cuerpo se ponía rígido y sus manos volvían a cerrarse en puños.

Aquel hombre, que parecía más un dios nórdico que un simple mortal, se separó de la barra con lentitud sin apartar su mirada de la de Paula. Sonrió e

hizo un gesto con la cabeza indicando la salida antes de dirigirse hacia allí.

—Ve. —Empujé a mi amiga mientras observaba los andares fuertes y seguros de aquel hombre que con una sonrisa había convertido a mi amiga en un manojo de nervios. —Está aquí y quiere hablar contigo, si no escuchas lo que tiene que decirte no te lo perdonarás nunca. Créeme, sé de lo que hablo. Ve.

Paula se levantó del sofá con la mirada llena de dudas y agarró con manos temblorosas el bolso que le tendía Laura.

—Mañana hablamos y me dices si sigue en pie ir el sábado de compras. —Lau le dedicó una sonrisa pícaro —Aunque espero que me digas que no... Ese hombre es puro pecado. ¡Ve a por él!

Paula le siguió hacia la salida con pasos temblorosos y sin dejar de enviarnos miradas furtivas mientras nosotras la animábamos a seguir adelante.

—¿Qué me he perdido? ¿Dónde va Pau? —Rubén se acercó a la mesa secándose las manos en un paño —Y lo más importante ¿quién demonios era ese hombretón?

—Me temo que cuando nombras al diablo corres el riesgo de que se te aparezca —Respondió Laura sin apartar la vista de la salida.

—¡No jodas! ¿Ese era... ÉL?

—Eso parece —respondí con una sonrisa —parece que la montaña ha venido a buscar a Mahoma.

—Alguien debería ir a ver si está bien... —Laura habló en un susurro — No me gusta la forma en que la miraba.

—¿Cómo la miraba? —Preguntó Rubén, que se había puesto serio de repente.

—Como Carlos mira a tu tarta de chocolate. Como si quisiera devorarla entera y no dejar testigos.

La risa de Rubén sonó grave.

—En ese caso dudo que les haga gracia una interrupción.

—No, en serio, no sé si Paula está preparada para afrontar esto.

—Tranquila, iré yo —me levanté del sofá y agarré la chaqueta que Pau se había dejado sobre el asiento —de todos modos, se ha dejado esto.

Salí por la puerta del local mirando a ambos lados y una espalda llamó mi atención, mis piernas se convirtieron en gelatina y fui incapaz de dar un solo paso más. Con vaqueros negros y una camiseta gris de mangas cortas se dirigía con paso firme a una moto de gran cilindrada aparcada en la acera.

Aquellos hombros anchos y brazos musculosos, aquellas piernas perfectamente formadas y aquel trasero digno de un dios griego me eran sumamente conocidos, había tenido la fortuna de recorrerlos con mis manos y mi cuerpo no hacía mucho tiempo. Era Jorge. Estaba completamente segura de ello. Sentí la necesidad de correr hacia él, de gritar su nombre y hacer que se detuviera, pero mis músculos no respondían y mi garganta se había quedado seca. Era incapaz de dar a mi cerebro la orden necesaria para que reaccionara. Se subió a su moto y al ponerse el casco nuestras miradas se cruzaron por un instante. El calor que había inundado cada célula de mi cuerpo al verle se disipó al instante siendo reemplazado por el frío más desolador. Aquellos ojos estaban cargados de ira y, mientras arrancaba la moto y enfilaba hacia el cruce más cercano desapareciendo de mi vista, sentí cómo la angustia reptaba por mi piel y unas inmensas ganas de llorar se apoderaron de mí.

Una mano acarició mi brazo y mi nombre en una voz conocida me devolvió a la realidad. Parpadeé y tardé unos segundos en reconocer a la persona que me estaba hablando. Víctor.

—Claudia, ¿estás bien?

—¿Ese era...? —volví a parpadear intentando deshacerme de la bruma de angustia y desolación que esa mirada había desatado en mí.

—Sí, era Jorge —la mano de Víctor se apretó contra mi brazo en un intento de reconfortarme. —Yo... lo siento. Te vi dentro y le llamé para que viniera. Quería darle una sorpresa, lleva toda la semana hecho polvo y pensé que os vendría bien veros...

—¿Y porqué se ha ido? —Víctor le había dicho que estaba en el bar y había venido a verme... ¿porqué se había ido de aquel modo?

—Verás yo... Cuando le llamé no le dije que estabas aquí y al decírselo... bueno, simplemente se dio la vuelta y se fue. Lo siento Claudia, de verdad.

Así que no quería verme. Así que realmente aquella mirada iba dirigida a mí. Así que después de todo quizás Laura tuviese razón y él ya había pasado página. Probablemente había pensado que yo había tenido algo que ver en organizar aquella encerrona para obligarle a verme de nuevo y de ahí venía la furia en sus ojos. Mis hombros se hundieron y en aquel momento deseé con todas mis fuerzas que el suelo se abriera bajo mis pies. Todos mis temores se habían hecho realidad, Jorge no me quería en su vida y me había pasado los últimos días engañándome a mí misma intentando justificar sus actos solo para no tener que aceptar que se había acabado, que había vuelto a salir de mi

vida. Solo esperaba que esta vez fuera para siempre. Toda la tristeza, la decepción y la frustración que sentía en aquel momento, se unieron al nudo que apretaba mi estómago y al que estrangulaba mi garganta para transformarse en la más pura ira. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Cuántas veces podía caer en lo mismo? ¿Cuántas veces se podía cometer el mismo error? Aún no estaba segura de cómo iba a seguir adelante después de aquello, pero tenía la absoluta certeza de que cuando lo superara, que lo haría, no querría volver a verle. Jamás.

Capítulo 18

Me bastó ver saliendo del bar un zapato rojo con un tacón imposible acompañado de una pierna que reconocería en cualquier parte, para dar por finalizada mi conversación con Víctor. Sólo la había visto de refilón, pero reconocería las piernas de Claudia en cualquier lugar. Me giré sin despedirme de mi amigo, dejándolo con la palabra en la boca. Me subí en la moto y, mientras me colocaba el casco, nuestras miradas se encontraron. Mi cuerpo se tensó, exigiéndome que fuera hacia ella y... ¿y qué? ¿Zarandearla y exigirle una explicación? ¿Gritarle por haberme utilizado y desechado con tanta facilidad? Sí, cada fibra de mi ser me pedía hacer eso, decirle cosas hirientes y hacer que se sintiera tan mal como me había sentido yo al verla en brazos de aquel gilipollas que la besaba como si tuviera todo el derecho del mundo. Pero también quería ir hacia ella y besarla. Besarla hasta que nos quedásemos sin aire, hasta que comprendiese que era yo y no aquel capullo, el único que tenía derecho a gozar de sus labios. Abrazarla hasta que cada célula de mi piel se empapara de la suya. Hasta hacerla entender que era en mis brazos dónde tenía que estar, que era conmigo con quien tenía que planear un futuro y con el único con el que debería hacer planes de boda.

Y fue precisamente ese último pensamiento el que me hizo reaccionar, terminar de colocarme el casco y desfilas lo más lejos de aquella mujer que me hacía pensar en matrimonio lo más rápido posible. Aquello era una locura. Sí, quería a Claudia, siempre lo había hecho. Había dejado de negármelo y de engañarme a mí mismo en el momento en que volví a verla. Pero yo no creía en el matrimonio, mis padres, mi hermana mayor y convivir con Sandra se habían encargado de ello. Me había jurado a mí mismo no cometer jamás el error de casarme con nadie. Pero de repente, en tan solo siete días, Claudia había conseguido que mi mente no rechazara la imagen de ella vestida de blanco caminando hacia el altar, siempre que el que la esperara allí fuera yo. Por el contrario, aquella imagen hacía que mis neuronas se revolucionasen, que se me erizase la piel, y en aquel barullo de emociones y sentimientos no lograba encontrar ni una pizca de desagrado.

Aquella mujer me estaba volviendo loco ¿En qué momento la adolescente patosa y con gafas que se había convertido en mi mejor amiga hacía tantos años había acabado transformándose en la única mujer que ponía mi mundo

patas arriba?

Aquella tarde, cuando había vuelto a verla después de cuatro días apostado frente al portal de su casa como un acosador, había sido como si de repente mi mundo hubiese cobrado sentido, como si todo encajase solo sabiendo que ella estaba allí, que no había desaparecido, que aún estaba al alcance de mis manos. Pero después, al verla en brazos de otro hombre, siendo besada por otros labios, algo en mi interior se había roto. Me había sentido traicionado, utilizado y sí, muy herido. Me había lanzado con la moto hacia la sierra y había pasado un par de horas conduciendo como un loco solo para que la ira se disipara y el deseo de reventar a puñetazos a aquel capullo se desvaneciera dejando paso al más puro miedo. Había parado la moto en uno de mis miradores favoritos antes de que mis manos comenzaran a temblar y el aire se espesara haciéndose demasiado denso para llegar a mis pulmones. La posibilidad de haberla perdido para siempre había cruzado mi mente tan solo un segundo abriendo las puertas a la idea de pasar el resto de mi vida sin ella. La idea de no volver a tener su risa iluminando mis días, no volver a escuchar su voz o sentir sus manos sobre mi cuerpo, no volver a perderme en sus besos; pintaba mi futuro como un desierto. Una inmensidad seca y baldía, sin sentido ni esperanza en la que solo estaba yo y todo el tiempo del mundo para lamentarme por haber dejado marchar una vez más a la única mujer cuya sola presencia tenía la capacidad de iluminar mi alma.

La llamada de Víctor me había encontrado alternando entre la ira y el miedo, la angustia y la frustración, por lo que la idea de salir y despejarme un rato para dejar de pensar en Claudia me había parecido de lo más atractiva. Al menos hasta que mi amigo me informó de que ella estaba allí.

Salir huyendo no era mi estilo o, al menos, no lo había sido hasta ahora. Pero Claudia conseguía poner mi mundo del revés y en aquel momento era incapaz de decidir si quería verla o no y además... ¿qué iba a decirle? Corría el riesgo de ponerme a gritar, reprocharle el daño que me había hecho verla besando a otro tipo y mostrarle mis sentimientos no me parecía la mejor opción. Sandra me había enseñado demasiado bien que enseñar tus debilidades a una mujer solo llevaba al desastre, a que hicieran presa en ellas con uñas y dientes hasta despedazar cada parte de tu alma, tan solo por el placer de reírse de ti. Acallé la voz que me repetía que Claudia y Sandra no tenían nada que ver repitiéndome una y otra vez la misma frase que Clau me había dicho la semana anterior “ha pasado demasiado tiempo, los dos hemos cambiado y no somos los mismos que éramos hace diez años”. No podía

olvidar aquello, la Claudia que conocí no se aprovecharía de mis debilidades, pero esa Claudia tampoco habría besado a otra persona días después de decirme que me quería.

A la mañana siguiente, después de una noche en la que apenas había pegado ojo, mientras terminaba de recoger mi taquilla en la sala de profesores, la puerta se abrió dando paso a Leandro, el director del centro.

—¡Aquí estás, Jorge! Llevo un buen rato buscándote, necesito hablar contigo en mi despacho lo antes posible, ¿podrías acompañarme un momento?

—Por supuesto. —Dejé mis cosas al tiempo que respondía y me dirigí hacia la puerta, mientras el director hablaba con otro de mis compañeros.

Diez minutos más tarde, Leandro ocupaba su lugar tras su mesa de despacho y me invitaba a sentarme frente a él al tiempo que hablábamos sobre el viaje y comentábamos aspectos de algunos alumnos. Como jefe de estudios, mis reuniones con el director eran bastante comunes y mi relación con él, por suerte, era buena, lo que nos permitía hablar con claridad y en un tono distendido. Por eso me extrañó tanto notar tensión en su rostro y un exceso de formalidad en su tono de voz al dirigirse a mí.

Suspiró y, quitándose sus inseparables gafas con montura al aire, clavó aquellos diminutos ojos azules rodeados de arrugas en mi rostro. Leandro hacía mucho que había sobrepasado la barrera de los sesenta años, pero seguía siendo un hombre jovial y lleno de energía, por ello, el gesto cansado y cargado de tristeza con que me miraba en aquel momento me resultó más preocupante aún y no pude evitar removerme nervioso en mi asiento. Aquel hombre me había tomado bajo su ala desde el preciso instante en que llegué al centro, convirtiéndose en mi mentor y, en cierto modo, ocupando el lugar de una figura paterna que había estado ausente en mi vida durante demasiado tiempo.

—¿Va todo bien Leandro?

Una sonrisa triste moldeó sus labios antes de responder.

—Sí, hijo, sí. Todo va bien. Sólo quería hablar contigo antes de reunirme con la junta.

—¿Con la junta? No sabía que había prevista una reunión para hoy.

—Y no la había. Pero dadas las circunstancias no me ha quedado más remedio que convocarla de urgencia.

—¿Qué circunstancias? ¿A qué te refieres?

Mi cara debió reflejar mi total extrañeza al respecto, no tenía ni idea de

qué estaba hablando, porque Leandro se apresuró a levantarse y poniendo su mano sobre mi hombro, me dio un cálido apretón antes de tomar asiento en la silla situada a mi lado.

—Tranquilo. No hay ningún problema, pero tienes que entender que el hecho de que nos deje uno de nuestros mejores profesores que, además, es el jefe de estudios requiere realizar ciertos cambios en la plantilla que no pueden retrasarse si queremos que todo esté en orden para el próximo curso.

Aquella noticia me dejó bloqueado ¿Cómo? ¿Qué era eso de que el jefe de estudios les dejaba? ¿Pero ese no era yo? Antes de poder preguntar nada continuó hablando.

—¿Sabes? Cuando llegaste, sabiendo el éxito que habías tenido como arquitecto, no creí que duraras más de un curso como profesor, estaba seguro de que preferirías volver a tu vida anterior. Pero con el tiempo me di cuenta de que se pueden tener dos vocaciones en la vida y no tienen porqué ser excluyentes. Tengo que admitir que recibir tu carta de renuncia me ha sorprendido bastante, pero entiendo que la arquitectura siempre ha sido tu pasión y espero que volver a dedicarte a ello te traiga grandes satisfacciones. Por mi parte sólo puedo desearte lo mejor, decirte que te vamos a echar mucho de menos tanto a nivel profesional como personal y recordarte que aquí siempre tendrás las puertas abiertas si algún día decides volver al mundo de la enseñanza.

En aquel momento creí que me estaba volviendo loco. Pero... ¿de qué estaba hablando? ¿Mi carta de renuncia? ¿Volver al mundo de la arquitectura? Demasiada información en poco tiempo y por más que lo intentaba no lograba aclarar de qué iba todo aquello, aunque una idea comenzaba a formarse en mi mente. Leandro palmeó mi mano con suavidad antes de levantarse y eso fue lo que me hizo reaccionar. Le sujeté por la muñeca llamando su atención para que se girara y me mirase.

—Perdona Leandro, ¿podrías enseñarme mi carta de renuncia, por favor?

—Sí, claro. —Me miró extrañado y yo intenté mantener la calma mientras se dirigía a su asiento y desbloqueaba la pantalla del ordenador —Anoche, cuando recibí tu correo pensé que era una broma, la verdad es que no me quería creer que nos dejaras. Pensé que eras feliz en el colegio, pero entiendo que a veces la vida nos pide otras cosas y la oportunidad de regresar al estudio del Sr. Pons con un puesto como el que te ha ofrecido no es algo que se pueda desperdiciar.

Mientras hablaba, Leandro había entrado en su cuenta de correo y había

abierto el que supuestamente le había enviado yo el día anterior presentándole mi renuncia como profesor y jefe de estudios. Aquello no lo había escrito yo y de eso estaba seguro. Después de leerlo un par de veces comprobé que la dirección desde la que se había enviado era la que tenía cuando trabajaba para el Sr. Pons, el padre de Sandra, y que la firma era la que había predefinido en aquella época para que apareciese en los correos que enviaba. Aquel documento no tenía validez alguna. Respiré hondo e intenté controlar mi enfado. No podía creer que Sandra hubiera sido capaz de hacer algo así, aunque la verdad es que conociéndola, sabía que era capaz de eso y más. Aquella era su retorcida forma de darme una maravillosa sorpresa y dejarme muy claro que no había terminado conmigo. Apreté los puños y volví a inhalar con fuerza tratando de calmarme antes de dirigirme a Leandro.

—Yo no he enviado ese e-mail.

—¿Cómo? —El director que había seguido hablando mientras yo leía el documento se calló de golpe y me miró sorprendido —¿Qué quieres decir con que tú no has enviado ese correo?

—Exactamente lo que acabo de decir. Que yo no he enviado ese e-mail, no tengo la más mínima intención de volver a dedicarme a la arquitectura. Me encanta mi trabajo aquí, me gusta ser profesor y aquí soy más feliz de lo que nunca fui como arquitecto. Lamento todo este malentendido. Obviamente alguien ha querido gastarme una broma bastante pesada y de muy mal gusto. Por supuesto, me presentaré ante la junta para dar todas las explicaciones que sean necesarias...

Mientras hablaba, Leandro, que se había dejado caer sobre su asiento con un profundo suspiro, rompió a reír al mismo tiempo que me pedía calma con la mano.

—No tienes que preocuparte por la junta —dijo mientras se secaba las lágrimas por su ataque de risa.

—¿Cómo no voy a preocuparme?! —Me levanté de mi asiento y comencé a caminar por la habitación a grandes zancadas —¡Los miembros de la junta son personas muy ocupadas que valoran muchísimo su tiempo, cuando sepan que han sido convocados por un malentendido no se lo van a tomar nada bien y pedirán explicaciones!

Mi mal genio crecía por momentos y sabía con certeza que, de haber tenido a Sandra delante en aquel momento, me habría costado Dios y ayuda no estrangularla con mis propias manos. Leandro continuaba pidiéndome calma desde su asiento mientras yo despotricaba sobre mi ex, sus

manipulaciones y caprichos y aguantaba las ganas de ir a buscarla para cantarle las cuarenta. Viendo que no había quien me sacara de aquel bucle de maldiciones, insultos y perlitos varias que salían por mi boca, optó por levantarse y, dando un golpe en la mesa para llamar mi atención, me dijo:

—No tienes que preocuparte por la junta porque no los he avisado aún. Tenía la esperanza de convencerte para que no nos dejaras... aunque no pensé que sería tan fácil, la verdad.

Leandro volvió a reír y yo no pude evitar acompañarle, todo aquello era un sin sentido y, lo único que tenía absolutamente claro, era que tenía que hablar con Sandra y dejarle las cosas totalmente claras antes de que siguiera metiéndose en mi vida.

Salí del despacho de Leandro y recogí mis cosas de la sala de profesores. Mientras me dirigía a la salida respiré profundamente en un intento de tranquilizarme antes de llamar a Sandra. Al segundo tono descolgó el teléfono.

—¡Mi amor!

Aquellas dos palabras y su tono de voz dieron al traste con mi intención de mantener la conversación dentro de los límites de la cordialidad. Apreté el móvil con fuerza mientras siseaba mi respuesta.

—¿Quién te crees que eres para enviar un correo al director del colegio haciéndote pasar por mí y presentando mi dimisión?

—¡Vamos cariño! ¡No me dirás que no te ha gustado mi sorpresa!

—No sólo no me ha gustado Sandra, la verdad es que no me ha hecho ni puta gracia. —Las palabras salían de mis labios con tanta animosidad que uno de mis compañeros dio un respingo al pasar a mi lado.

—Vamos cielo, ¡te he hecho un favor! —La empalagosa voz de mi ex me hizo rechinar los dientes. —No tendrás que volver a rodearte de mocosos y podrás recuperar tu nivel de vida anterior. Ya lo hablamos el domingo, lo mejor para nosotros es que vuelvas a trabajar con mi padre.

—¿Nosotros? —Escupí la palabra haciéndola sonar casi como un insulto. —No hay un “nosotros” Sandra. Creí haberlo dejado muy claro la última vez que hablamos y no tengo la menor intención de volver a trabajar para tu padre.

—Mira Jorge, ahora no tengo tiempo para bromas. Mi padre te espera el lunes en el estudio. Más te vale estar allí. —Era una orden con la que dejaba claro que no tenía la menor intención de aceptar un no por respuesta.

—No voy a ir. No pienso dejar mi trabajo y no voy a volver contigo.

Acéptalo o no, me importa una mierda, pero no vuelvas a inmiscuirte en mi vida. Es más, desaparece de ella.

—Pero cariño, —suavizó su voz y empezó a llorar. — Yo te quiero y quiero estar contigo. No puedes hacerme esto Jorge, estamos hechos el uno para el otro. No puedo vivir sin ti ¡No quiero vivir sin ti!

—¡Sandra, ya basta! Conozco de sobra tus lágrimas de cocodrilo y hace mucho que tus teatros dejaron de surtir efecto en mí. Trágate tu actuación estelar y vete a hacerle la vida imposible a otro.

Colgué el teléfono sabiendo que sólo iba a empeorar la situación, Sandra no soportaba que la dejaran con la palabra en la boca, y que aquella conversación no había servido para nada más que cabrearme aún más.

El teléfono volvió a sonar en mi mano y estuve tentado a no cogerlo. Apreté el móvil con fuerza e intenté tranquilizarme antes de contestar, si era Sandra la cosa sólo iba a ir a peor. Suspiré aliviado cuando la pantalla del móvil me mostró el nombre de Luis y no pude evitar sonreír.

—¡Hombre, por fin te dignas a dar señales de vida! Desde que tienes llaves de mi casa no sabría nada de ti si no fuera por la taza en el fregadero...

—jajajajajaja ¡Venga ya! ¡No te pongas así! Llevo un mes de locos...

—Excusas, excusas, sólo me quieres por mi cama...

—jajajajajaja Más quisieras...

Toda la tensión salió de mi cuerpo. Intercambiar un par de frases ligeras con un colega podía hacer maravillas después de hablar con Sandra.

—¿Qué tal te va? —pregunté.

—Hasta arriba de burro, pero no me quejo. Aunque admito que necesito relajarme y por eso te llamo. No hagas planes para esta noche.

—¿Vienes a Madrid?

—Estoy en Madrid. Llegué esta mañana y tengo reuniones todo el día... Había pensado que podíamos cenar y salir de juerga. No te haces una idea de cuánto necesito tomarme una copa con una cara amiga. Estoy de falsas sonrisas y conversaciones de negocios hasta los mismísimos.

Aquello me sonó extraño. No el hecho de que estuviera harto de reuniones de trabajo, podían hartar a cualquiera, sino que, pudiendo volver a Barcelona aquella misma noche decidiera quedarse en Madrid para salir de copas.

—¿Problemas en el paraíso? —dije en tono serio.

—No lo sé. —la voz de Luis sonó cansada. El silencio ocupó la línea.

—Está bien, sé el sitio perfecto para cenar y tomar buena cerveza. Tú invitas.

—Hecho. Te aviso cuando acabe y nos vemos en tu casa. Espero que al menos me dé tiempo de darme una ducha.

—Tranquilo, el sitio al que vamos no necesita reserva. Nos vemos esta noche.

Luis colgó el teléfono. La conversación con mi amigo había cambiado mi estado de tensión por uno de intranquilidad. Le echaba de menos y la idea de tener una noche de juerga con él me apetecía, pero el tono de su voz y el hecho de que desde que Luis había conocido a Carmen, no pasaba una noche lejos de ella si podía evitarlo, me hacían preocuparme. <<*Bueno, quizás han tenido su primera riña de enamorados*>> Ese pensamiento me animó, aunque no debería. Pero pensar que no era el único con problemas amorosos por algún motivo me tranquilizó. Al menos no sería el único con ganas de desahogarse aquella noche. Sonreí. ¿Cuándo me había vuelto tan “chica” deseando un amigo con el que compartir mis problemas amorosos y que me comprendiera?

Miré el móvil que aún permanecía en mi mano y me decidí a hacer una última llamada ahora que estaba más tranquilo. Joan Pons, el padre de Sandra, siempre se había portado bien conmigo y nadie mejor que él conocía a su hija. Trabajar con él como mentor durante el tiempo que me dediqué a la arquitectura había sido un lujo y tenía mucho que agradecerle. No podía permitir que las mentiras de Sandra enturbiaran mi relación con él. Le respetaba demasiado.

Busqué su número en la agenda. Hacía mucho tiempo que no hablaba con el Sr. Pons, desde que Sandra y yo rompimos, y no sabía muy bien qué esperar.

—¡Jorge! ¿Cómo te va? —La voz del padre de mi ex sonaba animada al otro lado del teléfono, como si realmente le alegrar hablar conmigo.

—Sr. Pons... —me interrumpió.

—¿Sr. Pons? Llámame Joan, Jorge. Hace mucho que nos conocemos para tanto formalismo. —Respiré y no pude evitar sonreír. Joan era un buen hombre. Cercano, amable y un gran profesional. Las locuras de su hija le habían provocado muchos dolores de cabeza que no merecía.

—Claro, Joan. Verás, quería hablar contigo. Sandra... —no sabía cómo continuar la conversación ¿cómo explicarle a un padre que su hija me estaba acosando? Me callé.

Joan suspiró al otro lado del teléfono y su voz sonó cansada cuando habló.

—Ha vuelto a las andadas, ¿no? Me lo imaginé cuando me dijo que ibas a

volver a la arquitectura. Sobre todo, teniendo en cuenta que Leo me ha dicho siempre que te encanta trabajar como profesor.

—¿Leo? —pregunté extrañado.

—Leandro, el director de tu colegio, y yo somos buenos amigos desde hace mucho y me hace el favor de mantenerme al día en lo que a ti respecta. Sabes que siempre has sido como un hijo para mí.

—Lo sé, gracias. Sabes que para mí también has sido un padre en muchos sentidos.

La emoción que me habían transmitido sus palabras causó un nudo en mi garganta. Siempre había admirado a aquel hombre, desde el mismo instante en que empecé a trabajar para él se había convertido en un modelo para mí. No sólo como arquitecto o empresario, sino como persona. Lo que había pasado con Sandra nos había distanciado, pero el sentimiento de admiración y cariño nunca había desaparecido y esperaba que nunca lo hiciera.

—Puedes estar tranquilo Jorge, no esperaba verte el lunes en mi despacho. Conozco a mi hija y sé cómo funciona. Sólo espero que no te esté causando demasiados problemas. Cuando a Sandra se le mete algo en la cabeza... es persistente.

—Gracias Joan. Siento las molestias que pueda estar causándote todo esto. He intentado hablar con ella, pero... no quiere atender a razones y ahora mismo no tengo paciencia para seguir discutiendo sobre lo mismo.

—Hablaré con ella o, al menos, lo intentaré. Si no, siempre puedo mandarla unos meses al estudio de Berlín, —rió —Allí siempre hay trabajo que hacer y quizás unos meses fuera y unos miles de kilómetros de distancia ayuden a que se le pase el capricho.

No pude evitar reírme con el comentario. Joan adoraba a su hija, pero era consciente de que la había mimado en exceso y le tocaba manejar las consecuencias en más ocasiones de las que le gustaría. Enviar a Sandra a atender asuntos en Alemania sería una posible solución, pero sabía que a Joan no le gustaba tener a su hija tan lejos durante más de unos días.

—Espero que no sea necesario llegar a eso, sé que no te gusta tenerla lejos.

—Es mi única hija y la quiero más que a nada en este mundo, pero... —suspiró con resignación —a veces no sé qué hacer con ella. Pensé que con la edad maduraría y, de momento, parece que me equivoqué. —Una voz al otro lado de la línea interrumpió a Joan. —Lo siento Jorge, pero tengo que dejarte. El trabajo me reclama. Espero que todo te vaya bien, hablaremos pronto.

—Gracias Joan. Cuídate.

La línea quedó en silencio y los sentimientos se arremolinaron en mi interior. Aquel hombre cargaba con mucho trabajo, estrés, y con Sandra. Una hija a la que había tenido que criar solo tras la muerte de su esposa. Había intentado compensar la ausencia de su madre y la suya propia debido al trabajo cumpliendo todos sus deseos, haciendo realidad todos sus caprichos y dándole todo aquello que quisiera. Al final, Sandra se había convertido en una déspota caprichosa incapaz de soportar una negativa y sin tolerancia alguna a la frustración. Joan le había dado mucho amor, pero a Sandra los sentimientos le traían sin cuidado, dudaba incluso que ella los tuviera. Se movía por impulsos, lo quiero; lo tengo y cuánto más se le resistía algo, más lo quería. Aunque en el momento en que lo tuviese perdiera cualquier interés para ella.

Lo sentía por Sandra, ese tipo de persona difícilmente acababa bien, pero lo sentía aún más por Joan. Él sólo quería que su hija fuera feliz.

Capítulo 19

El sábado a la una de la tarde estaba en la puerta de Atocha esperando a Alonso. No habíamos quedado hasta la una y media, pero llevaba toda la mañana ansiosa y llena de nervios. A pesar de que no tenía especial interés en encontrarme con él, sí quería zanjar aquella historia lo antes posible. Cerrar ese capítulo de mi vida y seguir avanzando, aunque no tenía claro en qué dirección.

El encuentro fallido con Jorge del jueves por la noche me había dejado claras algunas cosas. Había decidido retomar mi actitud de aquella noche en Tenerife, antes de que todo se estropeará. Antes de que Jorge me jurara amor eterno bajo la luz de la luna en aquella playa, antes de que mis oídos escucharan sus desdeñosas palabras. Pasar página. Dejar ir toda aquella historia con paz en mi corazón. Sabiendo que todo había terminado por fin y que Jorge ya no podía ser más que un recuerdo de otros tiempos, de otra vida, casi de otra persona. Una historia que ya no tenía “¿qué habría pasado si...?”. Había tenido a Jorge entre mis brazos, había conocido el sabor de sus besos y el calor de su cuerpo. Había sentido, aunque sólo fuera por un instante, lo que era saberse amada por él. Pero no había sido más que un espejismo, una ilusión, un truco realizado por un buen ilusionista que me había llevado al cielo sólo para mostrarme poco después lo dura que puede ser la realidad. Se acabó.

Al parecer mi resolución había resultado lo bastante convincente como para que Lau y Carlos decidieran que ya podía volver a mi casa. Sola. Y lo cierto es que había sido una liberación. Volver a estar en mi espacio, en mi pequeña fortaleza, rodeada de mis cosas, me había ayudado a ser aún más consciente de que había llegado el momento de comenzar de cero. Volver a tomar mi vida en mis manos y avanzar hacia el futuro. Y el futuro empezaba por un precioso apartamento de dos dormitorios en una playa gaditana al que le había echado el ojo encima la tarde anterior. Ahora, lo único que me ataba al pasado era el piso que había compartido con Alonso y necesitaba deshacerme de él. Cuánto antes se pusiera a la venta, antes podría adquirir mi propio espacio en mi paraíso particular y disfrutar de las vacaciones donde quería.

Estaba sumida en mis pensamientos, imaginando la decoración de mi

nueva casa y las largas tardes de verano viendo la puesta de sol acompañada de una copa de vino desde la terraza del que iba a ser mi nuevo apartamento cuando la voz de Alonso me devolvió a la realidad. Perfecto, ya quedaba menos para que aquellos sueños se hicieran realidad.

Alonso me saludó con una sonrisa y una mirada apreciativa, me giré y entré en Atocha sin siquiera darle dos besos o alguna muestra de reconocimiento. Quería acabar con todo aquello cuánto antes. La educación y las formalidades no eran más que una pérdida de tiempo.

Sin mirar atrás, el cosquilleo en mi nuca que producía su mirada fija en mi espalda me aseguraba que me seguía, entré en uno de los restaurantes de la estación, le indiqué a la camarera que buscaba una mesa para dos y ella nos acompañó diligentemente a una ubicada en un rincón, con vistas al jardín de la estación. Me pareció bien, quizás demasiado íntima dada nuestra situación, pero a plena luz del día, en una estación llena de gente y dada la conversación que teníamos entre manos, me pareció adecuada.

Alonso retiró una silla, ofreciéndomela para que me sentara y la miré extrañada. Ese tipo de detalles caballerosos solo los había tenido conmigo en las primeras citas, después de un par de meses su caballerosidad de había ido relajando hasta desaparecer. En los últimos meses había reflexionado sobre nuestra relación lo suficiente como para darme cuenta de que me trataba más como a una compañera, una colega, que como a su pareja. Parecía que el Alonso de los comienzos se estaba esforzando en volver... lástima que fuera demasiado tarde.

Mientras se sentaba pidió una botella de mi vino preferida a la camarera y me dirigió una mirada cómplice.

—Yo tomaré agua, gracias. —Miré a mi ex dispuesta a dejar las cartas sobre la mesa. —Esto no es una cita Alonso, y prefiero tener la cabeza despejada para lo que tenemos que hablar.

Durante un segundo su expresión se tornó extraña, parecía furioso. Pero antes de que mi mente pudiese hilar ese pensamiento, se habló a la camarera con una sonrisa en los labios pidiéndole que cambiase el vino por agua para los dos. La chica, de poco más de veinte años, asintió con la cabeza y nos dedicó una preciosa sonrisa antes de marcharse hacia la barra justo después de entregarnos las cartas.

—Estás preciosa cariño. —Alonso volvía al ataque con una enorme sonrisa en sus labios.

—Gracias, pero no creo que quisieras verme para hablar de mi aspecto

¿verdad? —Había dicho ya que quería acabar con todo aquello cuanto antes... ¿verdad?

—¿Es que no puedes aceptar un halago sin más?

Su rostro se había desdibujado en una mueca. La misma que había visto miles de veces en su cara cuando corregía exámenes de la universidad y encontraba una respuesta que le disgustaba. Respiré hondo antes de contestar.

—Puedo, y te he dado las gracias. Pero me gustaría saber porqué después de seis meses sin dar la más mínima señal de vida, has bloqueado la venta de nuestra casa hasta que nos viésemos en persona.

—Directa al grano, como siempre. —Alonso se tensó en su asiento y su rostro se tornó serio. —Está bien, hablemos claro entonces.

—Sabes que nunca me ha gustado hablar de otra manera.

La camarera llegó con un par de botellas de agua, nos sirvió y tomó nota de nuestro pedido. Cuando se marchó, Alonso se retorció incómodo en su asiento antes de comenzar a hablar.

—Claudia... sé que no he hecho las cosas bien. He cometido muchos errores contigo y probablemente, el irme del modo en que lo hice haya sido el peor de todos. —Me miró, quizás esperando que le disculpara, que le dijera que no pasaba nada, como había hecho tantas veces antes. Pero, en lugar de eso, moví mi mano indicándole que continuara hablando. —Necesito que sepas que estoy muy arrepentido por haberme ido así. Te quiero Claudia, eres la mujer de mi vida y lo último que quería y quiero, es hacerte daño. Pero me encontraba en una situación complicada y no reaccioné de la manera adecuada. Solo espero que puedas perdonarme y que podamos volver a empezar, juntos.

—¿Qué quieres decir con “una situación complicada”?

—No es algo de lo que quiera hablar, Claudia. Basta decir que si no he hablado contigo antes es porque necesitaba tiempo para solucionarlo.

—Ajá. Así que no es algo de lo que quieras hablar.

Estaba empezando a cabrearme. Mucho. Y el desarrollo de la conversación que había tenido lugar en mi mente innumerables veces en los últimos días no me incluía a mí gritando como una posea a mi ex en un restaurante en medio de una estación llena de gente. Eso echaría por tierra todo el glamour y la frialdad con la que había planeado manejar la situación. Pero Alonso me lo estaba poniendo realmente difícil.

—A ver si lo entiendo Alonso. —Apoyé los codos en la mesa y masajé mi frente con fuerza en un intento de mantener la calma. —Hace seis meses,

llegué a nuestra casa después de trabajar, dos semanas antes de nuestra boda, para encontrarme que te habías ido, llevándote todas tus cosas y que tan solo me habías dejado una nota sobre la mesa de la cocina en la que me decías que no podías casarte conmigo. —Levanté la vista y clavé mis ojos cargados de ira en los suyos. No, lo de intentar calmarme no estaba funcionando. — Durante semanas te llamé, te envié mensajes, intenté verte en la facultad, ¡hasta intenté hablar con tus padres a ver si ellos podían decirme algo! Y lo único que obtuve por tu parte fue el más absoluto silencio, como si hubieras desaparecido de la faz de la tierra. Y seis meses después tienes la poca vergüenza de exigir que nos veamos, ¿para decirme qué? ¿Que estabas en una “situación complicada” de la que no piensas contarme nada pero que me quieres y quieres que volvamos juntos? —Cogí aire antes de continuar y apreté con fuerza la servilleta que había colocado sobre mis muslos. Estaba empezando a alzar la voz y no quería montar un espectáculo, aunque cada vez me parecía más improbable que aquella conversación no fuera a acabar en uno. — ¿Qué se supone que esperas que haga? ¿Qué me olvide del daño que me has hecho, de la vergüenza de anular una boda porque mi prometido se ha largado sin darme una explicación, de las lágrimas, el dolor, la incertidumbre, las noches de insomnio preguntándome qué había hecho mal... y simplemente vuelva contigo?

—Cariño por favor, baja la voz...

—No vuelvas a llamarme cariño —siseé entre dientes, porque las últimas palabras las había dicho casi gritando y ya había varios clientes observándonos con curiosidad.

—Claudia. Te he pedido perdón. Te he dicho que me equivoqué, que te quiero y lamento todo el daño que te ha causado esta situación, ¿qué más quieres?

La camarera, cuya sonrisa se había convertido en cara de circunstancias, eligió ese bendito momento para acercarse con nuestros platos, porque estaba a punto de saltarle a la garganta haciendo alarde de la parte agresiva de mi loba interior. ¿Que qué más quería? Agradecí a la muchacha por su servicio con un leve cabeceo, no estaba segura de poder hablarle con amabilidad a nadie en aquel momento. Además, tenía miedo de morderme la lengua accidentalmente al hablar, fijo que me envenenaba. En cuanto se hubo marchado volví a mi conversación con el gilipollas.

—¿Que qué más quiero? ¿Qué te parece una explicación? Creo que es lo mínimo que me merezco después de lo que me has hecho pasar, ¿no crees?

—No vas a dejarlo estar, ¿verdad? —Esta vez fue él el que siseó la frase entre dientes, furioso.

—Sabes que no. Y si no vas a dármela será mejor que me lo digas ya, porque no tenemos nada más que hablar, salvo cuánto vamos a pedir por el piso cuando salga a la venta el mes que viene.

—Está bien Claudia, pero recuerda que has sido tú quien me ha querido saberlo, no me culpes a mí después.

—Puedes estar tranquilo, nunca te culparía por contarme la verdad.

La tensión que flotaba entre ambos podía cortarse con un cuchillo de mantequilla. Alonso me miraba furioso, con la mandíbula apretada y yo lo sentí como una pequeña victoria. Había conseguido sacar de sus casillas al perfectamente estable y educado profesor universitario.

—¿Te acuerdas de Ana?

—¿Tu becaria? Sí, claro.

—La madrugada del día en que me fui intentó suicidarse.

Aquella información me dejó en shock. Ana había sido alumna de Alonso y dos años antes, al terminar la carrera de historia, había entrado en su departamento como becaria mientras se preparaba el doctorado. Era una buena chica, algo tímida y muy dulce. Había coincidido con ella varias veces, en actos de la facultad y en el despacho de Alonso en la universidad y siempre me había parecido una buena chica. Educada, inteligente y muy sencilla. La preocupación por su estado barrió toda la ira contra Alonso que sentía en aquel momento y la ansiedad por conocer los motivos de su abandono pasó a segundo plano.

—¿Y eso? ¿Pero está bien? ¿Por qué no me lo dijiste? —En aquel momento recordé que me había extrañado no verla en la universidad durante mis intentos de localizar a Alonso después de que se fuera.

—Está... bien. Por suerte se ha recuperado y está recibiendo la ayuda que necesita. Tenía que asegurarme de que se recuperaba y estaba en buenas manos antes de volver, Claudia.

—¿Me estás diciendo que me dejaste porque tu becaria había intentado suicidarse? —las palabras salieron de mis labios empapadas de la confusión que sentí en aquel momento. Alonso asintió.

—¿Lo entiendes ahora?

—No, la verdad es que no lo entiendo. ¿Por qué no me lo contaste? Te habría ayudado, se supone que las parejas hacen eso, están para eso. Para apoyarse en los momentos difíciles. —Si hubiese sido un dibujo animado,

una bombilla se habría iluminado sobre mi cabeza en aquel momento. —Hay algo más, ¿verdad? ¿Qué es lo que no me estás contando?

— Claudia... — cogió aire y lo expulsó lentamente antes de continuar — Es complicado. —Volvió a mirarme y volví a indicarle con la mano que continuara. No pensaba salir de allí sin saberlo todo. —Ana estaba obsesionada conmigo. Dejó una nota diciendo que no soportaba la idea de verme casado con otra y que prefería estar muerta.

El impacto de aquella confesión casi me hace perderme ver cómo Alonso se quitaba las gafas y las giraba cogiéndolas por las patillas con ambas manos antes de volver a ponérselas. Pero lo vi. Ese gesto no era común en él, sólo lo hacía cuando estaba nervioso... o cuando mentía. Una idea comenzó a formarse en mi mente. Si fuera Paula daría vueltas sobre ella, haciéndole las preguntas adecuadas hasta que acabara confesando. Pero no era ella, no tenía paciencia para eso y prefería las cosas claras y cuanto antes. Así que disparé a matar.

—¿Te acostabas con ella?

Alonso me miró tenso y el color desapareció de su rostro. Carraspeó.

—¡Pero Claudia! —intentó parecer indignado, pero el tono nervioso de su voz, solo le hizo parecer culpable.

—¿Desde cuándo?

—¡No me esperaba esto de ti! Te cuento que Ana intentó suicidarse y a ti lo único que te preocupa es si me acostaba con ella y desde cuándo lo hacía. Nunca imaginé que pudieras ser tan insensible Claudia, me decepcionas.

Casi estaba gritando aquellas palabras. Había lanzado con fuerza la servilleta sobre la mesa y me miraba con la misma cara de decepción con la que miraría un padre a un hijo que ha hecho una trastada. La misma que me había dedicado muchas veces cuando había intentado discutirle algo, o que me explicara su actitud frente a una determinada situación. En aquel entonces, aquella mirada me había hecho sentir pequeña, había dejado pasar el tema en cuestión y había intentado suavizar las cosas por el bien de nuestra relación. Pero ya no teníamos ninguna, sabía que tenía razón y no pensaba callarme.

—¡No me grites! —Yo también levanté la voz —¡No te atrevas a mirarme así y mucho menos a tergiversar mis palabras! —lancé la servilleta imitando su gesto. Él no era el único que podía enfadarse. —¿Desde cuándo te acostabas con ella? —mi mirada debía reflejar la ira que sentía en aquel momento porque bajó la vista y sus hombros se hundieron antes de responder

con un hilo de voz.

—Dos años...

Aquellas dos palabras acabaron con cualquier sentimiento de lástima o compasión que pudiera haber sentido por ninguno de los dos. Me aparté de la mesa de un empujón haciendo que las patas de la silla arañaran contra el suelo y me levanté dispuesta a largarme de allí y no volver a verle en el resto de mi vida. Dos años. Hacía dos años que nuestra relación era una mentira y de repente me vino a la cabeza la imagen de Luisa, la anterior becaria del departamento, y la complicidad que había existido entre ellos. Las veces que le había preguntado sobre ello al que entonces era mi novio y cómo siempre me había dicho que su relación era estrictamente profesional a la vez que me dedicaba la misma mirada decepcionada que acababa de mostrarme. Me sentí estúpida, quizás debí sentirme decepcionada por él, pero sólo me decepcionaba mi propia estupidez ¿cómo podía no haberme dado cuenta?

La mano de Alonso se aferró a mi brazo al pasar a su lado.

—No seas inmadura Claudia, estamos hablando. Me prometiste que no te enfadarías porque te contase la verdad.

<<¿Inmadura? ¡Pero será gilipollas!>> pensé mientras me giraba con una sonrisa de lo más falsa dispuesta a dejarle muy claro lo que pensaba esta “inmadura” de él.

—¿Crees que me he enfadado porque me lo has contado? ¡Ja! —tiré de mi brazo y me soltó. Me giré hacia él y clavándole el dedo índice en el pecho me dispuse a decirle todo lo que pensaba de él. —Acabas de decirme que llevabas dos años ¡dos! Engañándome con tu becaria, que nuestra relación no ha sido más que una farsa, que no te he importado lo suficiente como para mantener tu polla dentro de tus pantalones —a aquellas alturas, el restaurante se quedó en silencio y todos los clientes parecían más pendientes de nuestra conversación que de sus respectivos platos. —y el único motivo por el que me he enterado es porque tu última conquista, sí, he dicho “última” porque estoy segura de que antes de Ana hubo otras, intentó suicidarse porque nos íbamos a casar. Por si no fuera bastante, ni siquiera entonces fuiste capaz de sincerarte conmigo y contarme lo que estaba pasando, si no que dos semanas antes de nuestra boda te largaste. Me abandonaste dejándome una nota en la mesa de la cocina y sin darme una mísera explicación. ¿Para qué? Para volver seis meses después con más mentiras. Y cuando consigo sacarte la verdad, que no es otra que el hecho de que eres un cabrón infiel e insensible que ha estado engañándome mientras yo hacía el papel de novia complaciente y,

todo sea dicho, gilipollas, que no se daba cuenta de nada. Pretendes que vuelva contigo como si no hubiera pasado nada. Exactamente ¿para qué quieres que vuelva contigo? ¿Para ser la mujercita que te espera en casa con la cena preparada mientras tú te tiras a tu próxima becaria? ¡Ah no, Alonso! ¡De eso nada! Búscate a otra tonta para ese papel, porque conmigo no juegas más. Estos seis meses me han dado para aprender mucho ¿sabes? Me merezco a alguien mejor que tú, alguien que me valore, me quiera y me respete. Alguien que esté a mi lado cuando lo necesite, que sea sincero y en quien pueda confiar y, sobre todo, alguien que sea consciente de que no soy un objeto ni una posesión, sino una persona con sentimientos y necesidades.

Salí del restaurante consciente de la ovación que mis palabras habían provocado entre los clientes y de la mirada furiosa de Alonso clavada en mi espalda. Mantuve la cabeza alta y el paso firme a pesar de que estaba temblando por dentro, la ira que sentía se había evaporado como por arte de magia y de repente era muy consciente de la escena que acababa de montar delante de un montón de desconocidos que ahora sabían que era una cornuda. La vergüenza, la humillación, la frustración por haber sido tan estúpida de no haberme dado cuenta, la decepción de haber estado viviendo una mentira, de haber pasado los últimos meses desesperada por el abandono de un sinvergüenza, cientos de emociones y sentimientos se arremolinaban en mi interior amenazando con robarme la respiración. Mis piernas comenzaban a sentirse débiles cuando sentí un tirón del brazo que me hizo tropezar. Miré la mano que sujetaba mi extremidad sin entender muy bien qué pasaba y temiendo desplomarme en cualquier momento.

—¿Cómo te atreves a montar semejante escena Claudia? —la voz furiosa de Alonso me trajo de vuelta a la realidad y me ayudó a aclarar mi mente. — ¡Me has humillado en público! Debería darte vergüenza la forma en que te has comportado, esperaba un poco más de madurez por tu parte.

Y dale Perico al torno con lo de la inmadurez. Ese gilipollas parecía dispuesto a sacarme de mis casillas con cada una de sus palabras. ¿Cómo quería que no montara una escena? Pero sabía que la fuerza que había tenido en el restaurante me había abandonado y dudaba que consiguiera salir entera de un segundo asalto. Cerré los ojos con fuerza intentando concentrar las energías que me quedaban para enfrentarme a él de nuevo.

—Suéltame, por favor Alonso. —mi voz sonó menos firme de lo que me hubiera gustado, pero lo suficientemente alta como para que me escuchase con claridad.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así? —zarandeó mi brazo mientras hablaba y sentí como todo daba vueltas a mi alrededor. —No eres más que una niña caprichosa que no sabe lo que quiere.

Unas fuerzas que no sabía que tenía salieron en mi ayuda, dándome la energía suficiente para mantenerme firme sobre mis pies y volver a desasirme de su agarre.

—Sé perfectamente lo que quiero y lo que no. Quiero que no vuelvas a ponerme una mano encima y no quiero volver a verte en mi vida. —escupí las palabras mientras lo miraba de arriba a abajo.

—¡Putá!

La palabra salió disparada de sus labios, su rostro destilaba furia. Percibí el movimiento de su mano derecha, sólo pude cerrar los ojos con fuerza y encogerme a la espera del golpe... que no llegó.

—Ni lo pienses.

Aquella voz... No, no podía ser. Abrí los ojos lentamente, mi mente debía haberme jugado una mala pasada, después de todo Alonso nunca había sido violento ni agresivo y Jorge no podía estar allí justo ahora, ¿verdad? Un cuerpo se interponía entre mi ex y yo, sujetaba con fuerza su mano en una posición incómoda y bastante dolorosa, por lo que su gesto de dolor parecía indicar. Un olor familiar inundó mis fosas nasales y unos preciosos ojos color miel me miraron con preocupación

—¿Estás bien, nena? —Asentí con la cabeza, era incapaz de hablar. Aquello no podía ser real. Diez años viviendo en la misma ciudad sin vernos una sola vez y ahora me lo encontraba en todas partes. Agradecía su intervención, de lo contrario ahora tendría un ojo morado como poco, pero la idea de que fuera él quien me rescatara de aquella situación no me ponía fácil odiarlo, ni pensar que no le importaba y no quería volver a verme.

—¡Suéltame capullo! Y no te metas donde no te importa, esta es una conversación privada.

La atención de Jorge volvió sobre Alonso y su mirada debió ser poco amistosa porque juraría que mi ex tembló.

—Dejó de ser privada hace tiempo —la voz de mi salvador era fría y cortante. Cabeceó hacia la pequeña multitud que se arremolinaba a nuestro alrededor y de la que yo no había sido consciente hasta aquel momento. Continuó hablando — y el único capullo que veo es al que tengo agarrado por haberle levantado la mano a MI mujer —hizo hincapié en el posesivo y un escalofrío de placer acompañado de una sonrisa de suficiencia se

apoderaron de mí. Una vocecita en mi interior me decía que pusiera los pies en el suelo, Jorge no era consciente de lo que estaba diciendo, seguro que era fruto del momento.

—¿Tu mujer? ¿De qué coño estás hablando? ¡Claudia es mi novia!

Y hasta ahí llegó mi estado de catatonía. Escuchar esas palabras de su boca me devolvieron a la acción. Aparté a Jorge de un empujón para enfrentarme al gilipollas esperaba que por última vez.

—Mira gilipollas. —coloqué mis brazos en jarras y le miré con todo el asco que sentía por él y por mí misma en aquel momento. —Dejé de ser tu novia en el preciso instante en el que me abandonaste hace seis meses, me convencí de ello cuando me enteré hace un cuarto de hora de que me has estado engañando los últimos dos años y la más remota oportunidad que hubieras podido tener conmigo la has perdido en el momento en que me has levantado la mano. Y por si no te ha quedado claro lo que te he dicho, te lo repito: no quiero volver a verte. Nunca.

Sin más me di la vuelta dispuesta una vez más, y rezando en mi interior porque esta fuera la definitiva, a salir de la estación y alejarme de aquel hombre con el que había compartido cinco años de mi vida y al que no conocía en absoluto.

Capítulo 20

La noche con Luis había sido más tranquila de lo que habíamos hablado. Al final acabamos en mi casa, con un par de pizzas y un cargamento de cervezas al más puro estilo hooligans. Solo que en lugar de discutir de fútbol tuvimos una de esas noches que negaríamos ante un juez hasta la saciedad; una al más puro estilo de “noche de chicas”, pero sin pintauñas, depilación, ni películas ñoñas. Mientras nos tragábamos las dos primeras de “Jungla de Cristal”. Durante la primera nos pusimos al día de nuestras respectivas vidas en lo que a trabajo y familia se refiere, entre comentario y comentario sobre lo buenas que son las pelis, lo bien que actúa Bruce Willis y lo mayor que está ya. A mitad de la segunda los diálogos no eran más que el bullicio de fondo mientras los dos permanecíamos enfrascados en nuestra conversación.

Luis lo estaba pasando mal, le había pedido a Carmen que se fuera a vivir con él y ella le había dicho que necesitaba tiempo para pensárselo, cosa que a mi amigo había interpretado como un NO, rotundo y sin concesiones, señal de que ella estaba pensando en dejarle. Personalmente la entendía, llevaban seis meses juntos e irse a vivir juntos no era una decisión que debiera tomarse a la ligera. Pero también conocía a Luis lo suficiente como para saber cuál era el problema. Siempre había sido un bala perdida, desde que lo conocía, hacía casi 14 años, nunca había tenido una relación seria. Cambiaba de chica como de camisa, por eso me había asombrado tanto cuando me dijo que tenía novia y más aún cuando había conocido a Carmen. Unos meses antes, durante las vacaciones de semana santa, había ido a Barcelona a pasar un par días con mi amigo y me la había presentado. De padres andaluces, era una chica de estatura media, morena, ojos negros y algo rellenita. Divertida, dulce y encantadora, pero muy alejada físicamente de las mujeres a las que me tenía acostumbrado mi amigo. En aquellos dos días había tenido la oportunidad de comprobar que ambos estaban profundamente enamorados y descubrir la faceta tierna e insegura de mi colega había sido una auténtica sorpresa.

Era su primera relación seria y estaba convencido de que era la mujer de su vida, yo no dudaba que aquello fuera cierto, pero sí podía entender que ella necesitase hacer las cosas con un poco más de calma. Luis estaba ansioso

por dar todos los pasos lo antes posible, la impaciencia era uno de los rasgos más característicos de su personalidad. Cuando veía algo claro, lo quería para ayer y le costaba entender que no todo el mundo fuera igual de determinado como él.

Después de una larga y profunda conversación sobre el tema, conseguí que entendiera la postura de Carmen y se relajase un poco. Me prometió que tendría paciencia, intentaría no comerse la cabeza con pensamientos negativos y hablaría con ella sobre cómo se sentía y las dudas que rondaban su mente.

Hablamos de Claudia. Se sorprendió de que hubiéramos vuelto a vernos después de tanto tiempo, pero no de lo que había pasado en Tenerife. Sólo me dijo una frase *“sabes que es ella Jorge, deja de hacer el idiota y no vuelvas a dejarla escapar.”* Sabía que tenía razón y había recibido la mañana con la firme determinación de buscarla y aclarar las cosas entre nosotros.

Lo último que esperaba era encontrármela en plena estación de Atocha y mucho menos con el tío con el que había estado besándose el jueves en el portal de su casa, pero esta vez en actitud mucho menos cariñosa.

Acababa de dejar a Luis en el AVE destino a Barcelona y me dirigía a la salida de la estación cuando un corrillo de personas llamó mi atención. Mi lado “maruja” (porque sí, los hombres también tenemos un lado cotilla y el que diga que no, miente), me obligó a acercarme a ver qué era lo que provocaba aquel alboroto. Dos personas que salían de un restaurante cercano hablando de una pareja que había tenido una discusión y de cómo la mujer había puesto en su sitio al capullo de su acompañante, acabaron por decidirme. Me abrí paso entre la pequeña multitud que rodeaba la escena y me quedé helado al reconocer a la pareja que discutía.

—Sé perfectamente lo que quiero y lo que no. Quiero que no vuelvas a ponerme una mano encima y no quiero volver a verte en mi vida. —Claudia escupía las palabras y miraba con desdén al hombre frente a ella.

—¡Putá!

El modo en que dijo aquella palabra y la furia que destilaban sus ojos me hizo reaccionar. Me adelanté entre la gente a tiempo de sujetar la mano que se dirigía con fuerza hacia la cara de Claudia. Le agarré por el brazo y se lo retorcí. Sabía que le estaba haciendo daño, pero me daba igual. Aquel capullo pretendía pegar a Claudia, que había cerrado los ojos y encogido la cabeza entre sus hombros en un intento de protegerse.

—Ni lo pienses. —Miré con odio a aquel hombre y ese mismo sentimiento fluyó en mis palabras.

Me miró sorprendido e hizo un gesto de dolor. <<¿Le duele? ¡Mejor! Que se joda, nadie toca a mí mujer>> Mi mujer. Aquel pensamiento solo reafirmó mi determinación a recuperarla. Claudia era la mujer a la que quería e iba a hacer lo posible y lo imposible por demostrárselo. Empezando por deshacerme del capullo. Un movimiento tras de mí me hizo girarme hacia ella, tenía que comprobar que estaba bien.

—¿Estás bien, nena? —intenté hablarle con dulzura a pesar de la ira que habitaba en mi cuerpo en aquel momento. Ella asintió con la cabeza, parecía algo inestable, como si le costase trabajo mantenerse en pie y eso me preocupó. Iba a soltar al idiota para sujetarla a ella y sacarla de allí, cuando abrió la boca.

—¡Suéltame capullo! —no le miré, pero apreté su brazo un poco más fuerte. Si todavía tenía ganas de insultar a alguien es que no le estaba haciendo el suficiente daño —Y no te metas donde no te importa, esta es una conversación privada.

Volví la vista hacia el energúmeno aquel y le sonreí con desdén.

—Dejó de ser privada hace tiempo —mi voz sonó fría y cortante. Cabeceé hacia la pequeña multitud que se arremolinaba a nuestro alrededor y de la que no parecían haberse dado cuenta ninguno de los dos —y el único capullo que veo es al que tengo agarrado por haberle levantado la mano a MI mujer —remarqué el posesivo, quería que a aquel tipo le quedara muy claro lo que estaba diciendo.

—¿Tu mujer? ¿De qué coño estás hablando? ¡Claudia es mi novia! —Solté su brazo como si aquellas palabras hubieran ido cargadas de electricidad y hubiese sentido el calambrazo. ¿Su novia? ¿De verdad Claudia salía con un tío como ese? Mis pensamientos se vieron interrumpidos por un fuerte empujón que casi me desestabiliza.

—Mira gilipollas. —Claudia tenía los brazos en jarra y una mirada de asco y furia que auguraba problemas y de los gordos. —Dejé de ser tu novia en el preciso instante en el que me abandonaste hace seis meses, me convencí de ello cuando me enteré hace un cuarto de hora de que me has estado engañando los últimos dos años y la más remota oportunidad que hubieras podido tener conmigo la has perdido en el momento en que me has levantado la mano. Y por si no te ha quedado claro lo que te he dicho, te lo repito: no

quiero volver a verte. Nunca.

Una oleada de orgullo me atravesó al escuchar cómo le dejaba las cosas claras al capullo <<*¡Esa es mi chica!*>>. Claudia se dio la vuelta y se marchó dispuesta hacia la salida. Iba a salir detrás de ella cuando un policía me bloqueó el paso. Al parecer alguien los había llamado por el alboroto y tuve que quedarme dando las pertinentes explicaciones. Con la ayuda de algunas de las personas que habían presenciado la escena no tardamos en aclarar lo sucedido. Los agentes insistieron en que hablara con Claudia e intentase convencerla para que interpusiera una denuncia en comisaría, ya que de lo contrario no podían hacer nada por evitar que la situación volviera a repetirse. Al ser ella la única agredida verbalmente y a la que habían intentado golpear, sólo ella podía denunciar. Tomaron declaración también al capullo, que al parecer se llamaba Alonso y era profesor en la universidad. Menudo ejemplo de comportamiento para los jóvenes...

Durante la siguiente media hora me obligué a permanecer allí, hablando con los dos policías que se habían personado en la estación e intercambiando miradas de odio con el ex de Claudia. Si las miradas matasen creo que ninguno de los dos habría salido vivo de aquel encuentro. Cuando los agentes nos permitieron marcharnos, con una cruda advertencia a Alonso sobre lo que pasaría si aquello volvía a repetirse y una descripción bastante detallada y nada agradable de lo que pensaban a cerca de los hombres que agredían a mujeres, Claudia había tenido tiempo de sobra para desaparecer.

Atravesé las puertas y me dirigí al coche que había dejado aparcado en la calle de Méndez Álvaro, a un buen trecho de dónde me encontraba. Ojalá hubiera ido en moto, pero con Luis y su equipaje me había parecido más práctico utilizar cuatro ruedas. Lo que ahora se traducía en perder algo más de tiempo hasta poder empezar a buscarla. Decidí aprovechar ese tiempo extra en pensar cuáles serían mis próximos pasos. Lo primero era encontrar a Claudia, saqué el móvil, marqué su número de memoria y esperé a que contestara. No lo hizo. Habría sido demasiado fácil que cogiera el teléfono y me dijera dónde estaba y empezaba a darme cuenta de que con ella nada era nunca tan fácil. Debía ser el karma haciéndome pagar la forma en la que la traté diez años antes.

Eso sería lo segundo. Sentarme con ella y pedirle perdón. Intentar explicarle lo que había pasado entonces, aunque ni yo mismo tenía muy claro porqué me comporté como lo hice. Pero lo mínimo que se merecía era una

disculpa y una explicación, aunque no tuviera mucho sentido. Si realmente quería que tuviéramos un futuro juntos, primero teníamos que dejar el pasado atrás, de otro modo jamás conseguiría que volviera a confiar en mí y, sin confianza, no hay relación que sobreviva en el tiempo. Y lo que yo quería con ella era una relación, una larga que durara hasta el fin de nuestros días. Sólo esperaba que ella estuviera dispuesta a darme una oportunidad y que quisiera lo mismo.

Capítulo 21

Salí de la estación sin mirar atrás, con un nudo mezcla de decepción, nervios, rabia y miedo atenazando mi estómago, y me uní a la larga fila de personas que esperaban en la parada de taxis. Por suerte, la cola avanzaba rápido y no tardó en llegarme el turno de subir a uno. Le di la dirección de mi casa al taxista y me recliné contra el asiento trasero. Cerré los ojos. Necesitaba hablar con mis amigas. Necesitaba la cabeza fría de Paula y la resolución de Laura, pero, sobre todo, necesitaba la habilidad que tenían ambas para conseguir que me riera de mis propios problemas por graves que fuesen.

Laura y Carlos estaban de comida familiar en casa de los padres de él. Su hermana vivía en Inglaterra y se había escapado ese fin de semana para verlos y presentarles a su nueva pareja. Sabía que si los llamaba no dudarían en invitarme a acompañarlos o, al darse cuenta de la situación, correr en mi ayuda, pero hacía mucho que no se veían y no quería molestarles. Paula en cambio llevaba desaparecida desde el jueves por la noche, cuando salió de “El Cubil” acompañada de su “problema” particular. Lo único que habíamos sabido es que estaba bien y que se trataba de un asunto de trabajo por lo que no podía contarnos mucho más. Esperaba solucionarlo rápido, pero hasta entonces, estaría desconectada del mundo como siempre que trabajaba en un caso para la Interpol.

Eliminadas mis dos primeras opciones, la siguiente más obvia era Martín. Su serenidad y sabiduría me vendrían bien. Además del hecho de que siempre estaba disponible para poner verde a mi ex. Al arrastrar los nombres de la agenda de mi móvil en busca del de mi compañero y amigo, fue otro el que atrajo mi atención y antes de ser si quiera consciente de lo que hacía, pulsé la tecla de llamada. La voz de Marta sonó al otro lado al segundo tono.

—¡Hola Clau! —Mi más reciente amiga sonaba alegre al otro lado del teléfono y pegué una sonrisa en mi cara dispuesta a hacer mi mejor esfuerzo por sonar animada.

—¡Hola! Mar...ta —mi intento falló estrepitosamente y su nombre lo pronuncié entre sollozos.

Era como si la voz de mi nueva amiga hubiera actuado como un martillo contra el dique que retenía mis lágrimas. Todas habían salido a la vez y yo me sentía sin fuerzas para intentar retenerlas.

—¿Claudia? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —la preocupación se hizo patente en su voz.

Entre lágrimas balbuceé la historia de mi reciente encuentro con mi ex. No sé si llegó a entender algo de mis palabras o si mi llanto fue muestra suficiente de cuánto necesitaba a una amiga en aquel momento. Cortó mis lloriqueos sin dudar.

—¿Dónde estás?

Cogí aire en un intento de hablar con claridad.

—En un taxi.

—Vale, intenta calmarte. Pon el manos libres y acércale el teléfono al taxista.

Hice lo que me decía sin preguntar, ante la atónita mirada del conductor. Escuché como le daba una dirección diferente al hombre, que pareció dispuesto a obedecerla sin rechistar.

—Claudia, —la voz de Marta resonó en el pequeño espacio —le he dado la dirección de mi casa. Nos vemos en un momento, ¿vale? Intenta calmarte, por favor, en seguida estarás aquí.

Murmuré un “gracias” antes de colgar el teléfono sintiéndome un poco mejor al saber que iba a poder desahogarme con alguien a quien le importaba y que me daría una opinión razonable y objetiva. No pude evitar sonreír ante aquel pensamiento. Hace tan solo unos días jamás habría imaginado utilizar las palabras “razonable y objetiva” para definir a la profesora de Educación Física y ahora no sólo era eso, era mi amiga. Había acudido a ella en un momento difícil como en el que me encontraba y lo sentía tan natural... empecé a reírme a carcajadas ¡Quién me lo iba a decir!

La mirada preocupada del taxista a través del espejo retrovisor llamó mi atención. Probablemente pensaría que estaba loca. Según mi madre, ni mis amigas ni yo habíamos estado nunca del todo bien de la cabeza, así que quizás el hombre tuviera razón y el último rastro de mi cordura hubiera salido por la ventanilla de aquel taxi.

Veinte minutos más tarde el coche entraba en el barrio de Chamberí y estacionaba junto a unos bloques de piso de ladrillo visto donde Raúl y Marta esperaban en la acera. Antes de que pudiera si quiera pestañear, la puerta trasera se abrió y mi compañera me abrazó con fuerza a la vez que tiraba de mí para hacerme salir. Le devolví el gesto con ganas, aferrándome a ella como si de un salvavidas se tratara, las lágrimas que había conseguido controlar tras mi ataque de risa volvieron a brotar atraídas por la calidez de su

gesto y sus suaves palabras de ánimo en mi oído.

Salí del coche sin soltarla, lo que resultó no ser una buena idea. ¿Alguna vez habéis intentado salir de la parte trasera de un coche abrazadas a otra persona? ¿No? Pues en aquel momento descubrí porqué no es algo que la gente suela hacer normalmente. Marta iba de espaldas y tropezó con el bordillo, cayendo de culo sobre la acera. Yo, que continuaba abrazada a ella y con la cabeza enterrada en su cuello, fui detrás. Acabamos despatarradas sobre el suelo, bajo la mirada atónita del taxista y Raúl, que se apresuró a ayudarnos mientras intentaba contener la risa. Al menos hasta el instante en que Marta y yo cruzamos nuestras miradas y comenzamos a reírnos. Bueno, al menos había dejado de llorar, aunque aquellos cambios de humor eran raros hasta para mí.

El taxista arrancó dejándonos allí, entre risas y lágrimas, con un Raúl que intentaba ayudarnos a ponernos en pie no sin dificultades, porque ninguna de las dos parecíamos capaces de dejar de reír mientras permanecíamos en un enredo de piernas, brazos y bolsos, tiradas en el suelo.

Una vez en pie, separadas y pasado el ataque de risa, Raúl se acercó a mí, dándome un abrazo rápido acompañado de un cariñoso apretón en el brazo antes de apresurarse hacia el portal más cercano y abrir la puerta del bloque. Marta se colocó a mi lado, abrazándome por la cintura y aferrándose contra ella de nuevo. No pude resistir el impulso de apoyar mi cabeza contra su hombro, donde su camiseta estaba ya un poco húmeda por mis lágrimas, y refugiarme en ella. Las fuerzas me abandonaban con demasiada rapidez y el torbellino de emociones en mi interior no había hecho otra cosa que crecer en las últimas semanas. Intentar controlarlo había estado consumiendo casi todas mis energías y este último round con Alonso me había dejado exhausta.

El piso de Marta estaba en el bajo. Raúl mantuvo la puerta de la casa abierta para que pasáramos. La pequeña entradita daba paso a un salón luminoso con un gran ventanal a través del cual se vislumbraba un pequeño patio interior. Las paredes, en un tono gris claro, y los muebles blancos, contrastaban con el naranja brillante del sofá en él y el rojo fuerte de la butaca situada junto al ventanal. Ambos cubiertos de coloridos cojines. Los estantes estaban repletos de libros, fotos y DVD y, en los huecos libres de las paredes, Marta había colgado fotos en blanco y negro junto a cuadros cargados de colorido que me recordaron a los de [Iris Scott o Leonid Afremov](#). Una combinación que podía parecer un tanto extraña pero que le daba personalidad a la habitación y la hacía tremendamente acogedora.

Tomé asiento en el sofá sin dejar de observarlo todo a mi alrededor y Marta hizo lo mismo a mi lado. Instantes después, Raúl apareció con una taza en la mano.

—Sé que probablemente hace demasiado calor para tomar algo caliente, pero te vendrá bien para los nervios. —dijo mientras colocaba un posavasos sobre la mesita baja y dejaba la taza encima.

Me sonrió con timidez antes de tomar asiento en la parte del sofá. Parecía nervioso y eso me hizo sonreír. Aunque nos habíamos llevado bien desde el principio y le consideraba mi amigo, supongo que ningún hombre está preparado para encontrarse con una mujer en mi estado en el sofá de su novia sin ponerse un poco de los nervios, por muy amiga suya que sea.

Le agradecí el gesto con una sonrisa y di un par de sorbos a la infusión antes de reclinar me sobre el sofá dispuesta a contarles mi mañana. Las reacciones no se hicieron esperar. Raúl permanecía en silencio, Marta apretaba mi mano cuando las lágrimas amenazaban con impedirme continuar hablando e intentaba no interrumpirme demasiado, aunque de vez en cuando se le escapaba algún insulto o un resoplido. Cuando llegué a la parte en que Alonso había intentado agredirme, Marta no aguantó más y se levantó de un salto del sofá.

—¡Será cabrón! Ahora mismo vamos a ir a la comisaría y vas a denunciarlo Claudia, además de pedir una orden de alejamiento. Ese tío no se merece otra cosa.

Agaché la cabeza y me revolví incómoda en el asiento.

—Tranquila Marta, no pasa nada. No llegó a pegarme y prefiero dejar pasar todo esto y olvidarlo lo antes posible.

—¿Cómo puedes decir eso? —Marta se acuclilló frente a mí y puso sus manos en mis mejillas, mirándome a los ojos brillantes por mis lágrimas — Puede que esta vez no lo haya hecho pero, ¿quién te dice que no lo volverá a intentar? ¿Que no seguirá insistiendo en verte y que vuelvas con él? ¿Realmente crees que la próxima vez que lo rechaces simplemente se dará la vuelta y te dejará tranquila?

Respiré hondo y apreté los puños.

—Apareció Jorge, no sé qué hacía allí, ni de dónde salió. Sujetó su mano y lo inmovilizó. No pude reaccionar, sólo encogí la cabeza entre los hombros y cerré los ojos esperando el golpe, pero... no llegó.

—¿Y dónde está Jorge? ¿Cómo es que te ha dejado sola después de algo así?

—No lo sé. Simplemente me di la vuelta y me fui, los dejé allí discutiendo. Yo... no podía más. Saber que Alonso me ha estado engañando durante tanto tiempo me hizo sentir estúpida, humillada... y que Jorge saliera en mi defensa después de lo que ha pasado entre nosotros no me ayuda nada. No lo entiendo. Él no siente nada por mí, ni siquiera quiere verme, ¿por qué sigue protegiéndome?

—Tal vez después de todo incluso él tenga un límite. Abusar de una mujer, en público o en privado, no es algo que pueda tolerarse, cualquiera habría reaccionado igual o, al menos, debería haberlo hecho.

—Le dijo a Alonso que yo era su mujer —mi voz fue casi un susurro, bajé la mirada y dejé que las lágrimas resbalaran por mis mejillas una vez más. —¿Por qué dijo eso cuando está claro que no me quiere de esa forma? ¿Es que piensa que él es el único que puede hacerme daño?

Marta no respondía y levanté la vista. Raúl y ella se miraban fijamente en lo que parecía una conversación silenciosa.

—¿Qué pasa? ¿Me he perdido algo?

Raúl asintió levemente a su pareja que suspiró antes de volverse de nuevo hacia mí.

—No pasa nada Clau, es sólo que ambos creemos que deberías hablar con Jorge. Aclarar lo que ha pasado y está pasando entre vosotros... me parece que los dos habéis dado por ciertas demasiadas cosas que quizás no lo son.

—¿Qué quieres decir? —dije elevando el tono de voz —A mí me parece que las cosas estaban bastante claras, al menos hasta hace un rato y sobre todo después de la reacción que tuvo el jueves en El Cubil...

—¿Jorge estuvo en El Cubil el jueves? —preguntó Raúl, mirando extrañado a Marta e interviniendo por primera vez en la conversación.

—Sí. Me encontré con él al salir a buscar a Paula y le faltó tiempo para subirse a la moto y largarse. Ni si quiera me saludó, pero no perdió la oportunidad de mirarme como si fuera su peor pesadilla en carne y hueso. —Mi voz se endureció en las últimas palabras y continuó así. —Mirad, agradezco mucho lo que ha hecho por mí hoy, pero creo que ya he tenido bastantes hombres mentirosos en mi vida. He pasado seis meses esperando una explicación por parte de Alonso y ha resultado que la persona a la que creía amar y con la que pensaba casarme era una invención, alguien que sólo existía en mi mente. Con Jorge... bueno, sólo tienes que cambiar los seis meses por diez años. Es cierto que no tuvimos una relación entonces y que no íbamos a casarnos ni mucho menos, pero... su forma de actuar la mañana en

que regresamos de Tenerife me hizo regresar al momento en que nuestras vidas se separaron diez años atrás. He pensado mucho durante esta semana y, hasta el jueves, estaba dispuesta a hablar con él, a darle la oportunidad de explicarse. Pero empiezo a creer que el problema soy yo. —Mi voz sonaba tan derrotada como me sentía en aquel momento —Quizás Laura tiene razón y llevo toda mi vida convirtiendo a los hombres que me atraen en caballeros de brillante armadura cuando no son más que sapos.

—Claudia, no te voy a negar que Alonso es un cerdo que te ha estado engañando durante cinco años de relación. Lo que hace bastante obvio que nunca te ha querido, al menos no de la manera en la que mereces que te quiera la persona con la que vas a compartir el resto de tu vida. —Marta, que había vuelto a sentarse a mi lado en el sofá, acariciaba mi espalda con una mano y con la otra apretaba las mías, que mantenía aferradas en mi regazo. —Pero no creo que sea el caso de Jorge. Sé lo que me contaste sobre lo que pasó entre vosotros hace años y sé lo que he visto durante la semana pasada en Tenerife y estos días... y de verdad creo que deberías hablar con él. Me parece que tenéis muchas cosas que deciros y va siendo hora de que ambos pongáis todas las cartas sobre la mesa. —El timbre sonó y Raúl se levantó a abrir. En el momento en que nos quedamos solas, Marta lo siguió con la mirada mientras continuaba hablando. —No hace mucho me dijiste que, si no intentaba luchar por lo que quería, nunca sabría si podría salir bien o no y quizás, perdería la oportunidad de ser feliz con el hombre de mi vida. —Volvió el rostro hacia mí y me miró con intensidad, como si fuera a decir algo muy importante —Ahora soy yo quien te lo dice a ti. No te digo que olvides todo, actúes como si nada y le jures amor eterno a Jorge, sólo que te sientes a hablar con él, le digas todo lo que tienes guardado dentro, lo bueno y lo malo, y dejes que él haga lo mismo. Después... podrás decidir si correr el riesgo te merece la pena o no.

Abracé a Marta con el corazón en un puño y sabiendo que en sus palabras había más verdad de la que me gustaría admitir. Ella acababa de conocernos a los dos, su opinión no estaba empañada por los años que me había costado superar el abandono de Jorge, no me había visto hecha pedazos y quizás eso la hacía más objetiva respecto a la situación actual. Ella sólo veía a dos adultos que se habían reencontrado después de mucho tiempo sin verse y que sentían algo el uno por el otro. ¿El qué? Eso era algo que sólo Jorge y yo podíamos descubrir.

Una voz conocida, pero que no esperaba, me hizo interrumpir el abrazo

abruptamente y girarme hacia la entrada del salón para ver cómo Víctor la cruzaba en aquel momento. Llevaba una bandeja de una conocida pastelería y contaba a Raúl entre risas algo que le había sucedido con la dependienta, aunque éste no parecía estar prestándole demasiada atención ya que no dejaba de mirar hacia nosotras con cara de circunstancias.

—¡Mierda!

El exabrupto de Marta hizo que Víctor volviera su atención hacia nosotras. Su mirada fue a ella primero y después a mí. Al verme cambió su expresión. Imaginé que no esperaba verme allí y menos en semejantes condiciones. A aquellas alturas, después del tiempo que había pasado llorando, mi maquillaje debía estar en cualquier parte menos en su sitio y mis ojos rojos e hinchados, igual que mi nariz. Desde luego no debía ser una visión demasiado atractiva.

—Lo siento, ya veo que no es un buen momento, será mejor que me vaya. —dijo Víctor volviéndose sobre sus pasos.

—No, espera, será mejor que me vaya yo. —Intenté ponerme de pie, pero Marta me agarró con fuerza del brazo e hizo que volviera a sentarme.

—De aquí no se va ninguno de los dos. Pasa Víctor, creo que eso que traes nos vendrá de maravilla.

Víctor me sonrió antes de seguir a Raúl hacia lo que supuse era la cocina.

—Lo siento mucho Claudia, olvidé que habíamos quedado con Víctor para merendar.

—No pasa nada. He sido yo la que se ha presentado sin avisar para lloraros mis penas...

—Aunque, pensándolo bien, creo que no te vendría mal escuchar su opinión, después de todo, Jorge y él son muy buenos amigos.

Probablemente Marta tuviera razón, pero la verdad era que no quería seguir hablando de Jorge, ni de Alonso, ni de nada más. Estaba siendo un día largo y sólo me apetecía olvidarme de todo. Sentía los ojos hinchados y la cara pegajosa. Necesitaba refrescarme, dejar de llorar y empezar a avanzar.

—Sí, quizás tengas razón, pero antes de seguir con esto necesito despejarme un poco, empiezo a sentirme bastante saturada.

—Voy a preparar café ¿porqué no vas al baño y te refrescas un poco? Después de lavarte la cara te sentirás mejor y dejarás de parecer un mapache —Marta se rio y yo correspondí con una sonrisa. —El baño está por el pasillo, la primera puerta a la izquierda.

—Gracias.

—Sólo es un baño —Marta desechó mis palabras con un gesto de su

mano.

—No Marta, no es sólo un baño —la abracé con fuerza —has hecho mucho por mí hoy. Muchas gracias, de verdad.

Marta se separó de mí después de un último achuchón y se dirigió hacia la misma puerta por la que habían desaparecido Víctor y Raúl minutos antes. Antes de abrirla se volvió hacia mí una vez más.

—¿Sabes? Nunca pensé que tener una amiga de verdad fuera tan complicado... ni tan gratificante. —Me guiñó un ojo y atravesó la puerta dejándome sola en el salón.

Sonreí y alisé la falda de mi vestido antes de ir hacia el baño. La imagen que me devolvió el espejo era muy diferente a la que había tenido al salir de casa horas antes. Como esperaba, el discreto maquillaje que me había puesto aquella mañana ahora era un conjunto de manchas y churretones por toda mi cara. Abrí el grifo de agua fría y salpiqué mi rostro un par de veces antes de llenar el hueco de mis manos de agua y sumergirlo en ellas. Froté con fuerza intentando eliminar los restos de rimel y lápiz de ojos negro y deseando que todo lo sucedido con Alonso pudiera desaparecer con la misma facilidad. La toalla junto al lavabo era de color lila, con un tacto suave y esponjoso cuando sequé mi cara con ella. Volví a mirarme en el espejo. Mis ojos y nariz continuaban rojos e hinchados, tardarían un tiempo en volver a su estado natural, pero al menos el maquillaje había desaparecido y ya no parecía un payaso. Recogí mi pelo en una coleta agradeciendo no haber perdido la costumbre adolescente de llevar una gomilla en la muñeca, y refresqué mi nuca también. Julio estaba a la vuelta de la esquina y el calor en Madrid comenzaba a ser sofocante.

Regresé al salón sintiéndome mucho mejor, a menudo tenía la sensación de que el agua era capaz de limpiar mucho más que los rastros de suciedad de mi rostro o mi cuerpo. Era como si arrastrase parte de las emociones que pesaban sobre mí, dejándome ver las cosas con más claridad.

El salón estaba vacío y las puertas francesas que daban al pequeño patio estaban abiertas dejando pasar las voces animadas de mis amigos. Los encontré sentados alrededor de una pequeña mesa de forja negra ubicada bajo una sombrilla y rodeada de plantas y macetas. Las sillas a juego estaban acolchadas con cojines del mismo tono de naranja brillante que el sofá, dándole un toque de color al conjunto. Sobre la mesa había dos jarras heladas una con café y otra con lo que supuse debía ser té, acompañando a una tarta selva negra con una pinta de lo más apetecible. Marta retiró la silla junto a

ella invitándome a tomar asiento.

—Ahora tienes mucho mejor aspecto, —dijo con una sonrisa —espero que también te encuentres mejor.

—Sí, gracias, la verdad es que me he despejado bastante.

—Me alegro de verte, Claudia. —Dijo Víctor con una sonrisa, desde la silla a mi derecha.

—Lo mismo digo, aunque siento haberme colado en vuestros planes. —respondí devolviéndole la sonrisa.

—Tranquila, sólo le prometí a Marta traerle la mejor tarta selva negra que jamás haya probado.

—Sí, y si lo ha hecho, me alegraré aún más de que tú estés aquí. De lo contrario acabaré con toda la tarta y después me sentiré fatal. —continuó Marta.

—La verdad es que no se me ocurre nada mejor para mi actual estado de ánimo que hartarme de chocolate así que lo mismo tengo que daros yo las gracias... Así no arrasaré con las existencias sola en el sofá de mi casa. —Marta y yo reímos mientras los chicos intercambiaban miradas cómplices y hablaban de lo raras que éramos las mujeres cuando se trataba de chocolate.

Aprovechando que estaban distraídos Marta se inclinó hacia mí.

—Víctor no ha preguntado y nosotros no le hemos dicho nada más que habías tenido una bronca con tu ex. Si quieres contarle algo o no es decisión tuya, pero insisto en que deberías hablar con él de Jorge.

—¿Ya estáis cotilleando? —preguntó Raúl mientras nos servía tarta. —Si es que ni el chocolate os quita las ganas de hablar.

Esta vez reímos los cuatro y agradecí interiormente el tono distendido que estaba tomando la tarde. Me apetecía reír y olvidarme un rato de todo. Probé la tarta aún con la sonrisa en los labios y no pude evitar cerrar los ojos de placer. Realmente era la mejor selva negra que había probado en mi vida.

—¡Dios! ¡Creo que acabo de enamorarme! —dijo Marta al probarla — Espero que no te importe que tengamos una relación de tres Raúl.

Marta se relamía los labios ante lo que pretendía ser una mirada indignada por parte de Raúl, que acabó riéndose y besándola con dulzura antes de responder.

—Estaré encantado siempre que te refieras a la tarta y no te importe compartirla conmigo.

Ambos rieron y volvieron a besarse. Durante un momento me sentí algo incómoda rodeada de tanto amor. Volví la vista y me encontré de frente con

la mirada inquisitiva de Víctor que me observaba con curiosidad.

—Sabes que tú también podrías tener algo así, ¿verdad? —preguntó —No quiero meterme donde no me llaman, ni que me cuentes nada que no quieras contarme Clau. Pero Jorge es mi amigo y te quiere. Aunque a veces se comporte como un capullo, es un buen tío. No sé si lo vuestro funcionará o no, pero sí sé que desde que volvimos de Tenerife Jorge está hecho polvo y, para ser sincero, a ti no te veo mucho mejor. Creo que los dos deberíais plantearos sentaros y hablar sobre lo que ha pasado, o lo que creéis que ha pasado, o lo que quiera que sea.

—Eso mismo le hemos dicho nosotros —respondió Marta con la mirada fija sobre mí.

—Lo haré, lo prometo. Intentaré hablar con él y aclararlo todo. Creo que será lo mejor para los dos, ya sea para arreglarlo o para que ambos podamos pasar página definitivamente.

Los tres sonrieron satisfechos y volvieron a sus respectivas porciones de tarta. A partir de ahí la conversación giró en torno a temas superficiales e inocuos, las vacaciones que estaban a tan solo unos días, los alumnos, las películas que estrenaban ese verano, ...

Acabábamos de cambiar el café y el té por cerveza y vino cuando el móvil de Víctor sonó. Se levantó de su silla con la vista en la pantalla antes de disculparse y pasar al salón. No habían pasado más de un par de minutos cuando regresó.

—Claudia, era Jorge. Dice que lleva toda la tarde llamándote al móvil y que no puede localizarte. Estaba realmente preocupado por ti, quería que te pasara el teléfono, pero le he dicho que iba a hablar contigo y que tú lo llamarías ahora si querías hablar con él.

—¿Me ha estado llamando? —Miré a Marta extrañada —No creo haber escuchado sonar mi móvil.

Fui al salón, donde había dejado mi bolso, y rebusqué el teléfono en su interior sin resultados, así que acabé volcando todo su contenido sobre el sofá. Afortunadamente, no era de las que suelen llevar demasiadas cosas, la cartera, las llaves, un paquete de clínex vacío, los pañuelos que había usado en el taxi y ni rastro de mi móvil.

—Aquí no está.

—Espera que te llamo, lo mismo lo has dejado en algún sitio.

Marta cogió su teléfono, marcó mi número y conectó el manos libres. Inmediatamente sonó el primer tono, el teléfono estaba encendido, pero no

sonaba por ningún sitio, al menos en casa de mi amiga. Intenté recordar si le había quitado el volumen en algún momento, pero estaba convencida de que no lo había hecho. Me esforcé en recordar cuándo lo había visto por última vez; el taxi. Después de hablar con Marta no era capaz de poner en pie qué había hecho con el teléfono y parecía que lo más probable era que se había quedado en aquel asiento trasero. Se lo dije a mis amigos y Marta se ofreció a llamar al servicio de taxis para consultar si habían encontrado algún móvil. Mi teléfono tenía más de dos años, no era ningún último modelo y no me había costado caro cuando lo compré, así que confiaba en que hubiera resultado lo suficientemente poco atractivo como para que lo hubieran dejado en objetos perdidos.

El móvil de Víctor volvió a sonar y esta vez salió a la terraza para contestar la llamada. Marta había conseguido contactar con el servicio de taxis y me pasó el teléfono para que les diera los detalles de mi móvil perdido y les proporcionara mis datos de contacto. Quedaron en llamar a mi amiga si alguno de los taxistas encontraba un móvil como el mío. Al no saber los datos del taxi ni de su conductor no había mucho más que pudiéramos hacer aparte de esperar.

—¿Va todo bien?

Víctor parecía nervioso al volver del patio y no pude evitar preguntar.

—Jorge está fuera. —habló evitando mi mirada.

—¿Y no le has dicho que entre? —preguntó Marta.

—Se lo he dicho, —me miró —pero dice que sería preferible que salieras.

Un nudo de nervios se cerró entorno a mi estómago y los sucesos de aquel día, que habían pasado a segundo plano durante la tarde, volvieron a repetirse en mi mente. Había decidido que iba a hablar con Jorge y no había cambiado de idea, pero no esperaba tener que enfrentarme a él tan pronto.

Capítulo 22

Nada más salir a la calle me vi envuelta en un remolino de brazos con un olor muy familiar. Me aferré a aquel abrazo admitiendo en una pequeña parte de mí que aquella sería siempre mi reacción cuando tuviera a Jorge cerca en momentos difíciles, y regañándome por ello.

—¡Claudia! ¡Gracias a Dios! —Jorge se apartó de mí unos centímetros y me repaso de arriba abajo antes de volver a empujarme entre sus brazos. — Llevo toda la tarde intentando localizarte. Estaba muy preocupado, ¿estás bien?

Volvió a separarme de su cuerpo y acarició mi mejilla antes de asirme por la barbilla con ternura y mirarme a los ojos. Durante un segundo pensé que iba a besarme y el deseo de que lo hiciera creció sin límites en mi interior haciéndome consciente de cómo cerraba los ojos y me preparaba para volver a sentir sus labios sobre los míos. Sentí que tiraban de mi mano y parpadeé confusa antes de abrir los ojos para ver cómo Jorge me llevaba hacia su moto, aparcada en la acera frente a nosotros.

—Vamos, te llevaré a comisaría. Seguro que aún no has puesto la denuncia.

Mis pies, que habían comenzado a andar tras él por pura inercia, se detuvieron.

—¿Comisaría? ¿Denuncia? —miré a Jorge extrañada y me devolvió la mirada serio.

—Claudia, hace unas horas han intentado agredirte. Tienes que denunciarlo.

—No pienso denunciar a Alonso. —Afiancé mis pies sobre el cemento y arranqué mi mano de la suya cruzándome de brazos sobre mi pecho, resaltando la firmeza de mi decisión.

—Claudia —el gesto de Jorge se volvió aún más serio —no es una sugerencia. Vas a denunciar a ese tío. —Intenté interrumpirle, pero sólo conseguí que continuara hablando elevando aún más la voz. —No voy a discutir sobre esto, Clau. He pasado toda la tarde preocupado, sin poder localizarte, pensando que ese cabrón te había encontrado antes que yo y planteándome infinidad de posibilidades sobre lo que podría estar haciendo a cada cual peor. Créeme si te digo que no quiero volver a sentirme así.

Necesito asegurarme de que vas a estar bien y el primer paso es denunciarle y ponerle una orden de alejamiento. Quiero estar seguro de que no va a volver a acercarse a ti sin consecuencias.

A medida que hablaba, sus ojos preocupados recorrían mi cuerpo una vez más, cómo si necesitara asegurarse de que realmente estaba allí, sana y salva y sin un solo rasguño. Respiré hondo, relajé mis brazos a mis costados alisando mi falda en un intento de retener el impulso de acariciar su rostro. Estaba preocupado por mí, eso podía entenderlo y el hecho de que hubiera dejado mi móvil en el taxi haciendo imposible que contactara conmigo no habría ayudado en absoluto a disminuir esa preocupación.

—Estoy bien Jorge. —Reduje la distancia entre nosotros y elevé mi rostro para mirarlo a los ojos— Entiendo que estés preocupado y siento mucho que no hayas podido localizarme en toda la tarde, pero sólo quiero olvidarme de Alonso y seguir adelante con mi vida. Ponerle una denuncia no cambiaría lo que ha pasado hoy.

—No lo cambiaría, pero impediría que volviera a pasar —inclinó la cabeza, acarició mis caderas con sus manos y apoyó su frente contra la mía —y yo estaría más tranquilo, la verdad.

La situación se estaba volviendo más íntima por momentos y no quería volver a caer en aquella trampa que tejían Jorge y mis sentimientos por él. Al menos no antes de que hubiéramos aclarado las cosas entre nosotros. Pero me sentía débil, cansada y emocionalmente rota. Jorge estaba allí y no podía evitar apoyarme en él. Todos tenemos malos hábitos difíciles de eliminar, unos fuman, otros beben. Incluso después de años de haberlo dejado, no pueden volver a probarlo sin arriesgarse a una recaída y yo tenía la sensación de que Jorge era exactamente eso para mí, un mal hábito o, mejor dicho, una adicción en la que había recaído de lleno en el mismo instante en que escuché su voz en la recepción del hotel. Pero en los últimos diez años había aprendido un par de cosas y la discusión con Alonso de aquel día, seguida de la larga charla con Marta y Raúl, había terminado de quitarme la venda de los ojos.

Me aparté de él y di un par de pasos atrás, tomando distancia. Volví a mirarle a los ojos dispuesta a dejar clara mi postura.

—Alonso es muchas cosas, pero nunca ha sido violento. En cinco años de relación jamás me ha levantado la voz ni amenazado. Estábamos discutiendo y ha perdido los nervios, puede pasarle a cualquiera.

Me encogí de hombros intentando quitarle hierro al asunto, pero en lugar

de calmarse el gesto de Jorge se endureció.

—No le justifiques —dijo casi entre dientes.

—No lo hago —me miró elevando las cejas y abriendo mucho los ojos. Un gesto de incredulidad que me había dedicado infinidad de veces en otra época cuando le decía algo que él sabía que no era del todo cierto, y que tenía la intención de hacerme confesar toda la verdad. Pero en aquel momento no estaba disimulando mis sentimientos, ni quitándole importancia a la realidad, estaba diciéndole las cosas tal y como eran. Una prueba más de que el que tenía delante no era mi mejor amigo y ya no me conocía tan bien como antes —No me mires así, es la verdad. No le estoy justificando, sabes que nunca justificaría a un maltratador. Alonso sólo es un sinvergüenza mujeriego al que se le ha caído la máscara y estoy segura de que el primero que no tiene el más mínimo interés en que salga a la luz esa faceta suya es él.

Jorge pareció reflexionar sobre mis palabras unos segundos antes de dedicarme una sonrisa que me hizo estremecer y no precisamente de placer. Volvió a coger mi mano y retomó el camino hacia su moto. Me tendió un casco mientras se subía a ella.

—Sube.

—No voy a ir a la comisaría, Jorge. —Me mantuve firme, con los dos pies afianzados en la acera y el casco en la mano.

—No voy a llevarte a comisaría. Si tú crees que es mejor no denunciar, no voy a insistir.

Le miré extrañada. No era propio de él desistir con tanta facilidad y menos en algo que consideraba importante. Arrancó la moto y tiró de mí para hacerme subir. Hacía años que no me montaba en una, la verdad es que siempre había tenido bastante respeto a los vehículos de dos ruedas, tuvieran motor o no, me sentía indefensa sin una carrocería a mi alrededor.

—Siguen sin gustarte las motos, ¿no? —preguntó mientras me colocaba a su espalda.

—Sabes que nunca me he fiado de la estabilidad sobre dos ruedas, ni siquiera fui capaz de usar patines en línea.

—Tranquila, sólo tienes que agarrarte fuerte —dijo tomando mis manos y rodeando su cintura con mis brazos —Aprieta todo lo que quieras, no me harás daño.

Me aferré a su cintura sintiendo el suave tacto de su camiseta y la firmeza de su abdomen bajo ella. Me apreté contra su espalda a pesar del calor y dejé que su olor me envolviera, inmersa en los recuerdos de la semana anterior,

sin poder evitar añorar la sensación de su piel desnuda contra la mía. Estaba volviendo a caer y no podía permitírmelo. La última vez que me había sentido débil con él cerca, habíamos acabado en la cama y eso no podía volver a pasar. Intenté despejar mi cabeza y desechar los recuerdos.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

Me miró sonriente por encima de su hombro derecho, me guiñó un ojo y entonces supe por qué su última sonrisa me había hecho estremecer. Jorge tramaba algo. En aquel momento arrancó y entre el ruido del motor al ponerse en funcionamiento dijo: ¡A casa! Antes de incorporarse al tráfico.

Nos incorporamos a la M30 donde encontramos un tráfico bastante fluido. Envuelta en su olor y sintiendo su cuerpo en contacto con el mío no pude evitar relajarme e incluso comenzar a disfrutar del viaje. Casi se me olvidó que estaba subida en un monstruo de dos ruedas, como los llamaba mi madre. Al menos hasta que Jorge cambió al carril derecho y tomó el desvío a la A42. Mi casa estaba en Legazpi y ese desvío no llevaba allí. Me había dicho que íbamos a casa, pero a mi casa no se iba por la A42. Estaba empezando a ponerme nerviosa no saber a dónde me llevaba. Con el ruido del tráfico y la velocidad era imposible que Jorge me escuchara. Aun así lo intenté. Acerqué mi cabeza a la suya todo lo que pude teniendo en cuenta que ambos llevábamos casco y pregunté. No sé si no me escuchó, no me respondió o yo no lo escuché, el caso es que me quedé con la duda. Hasta que uno de los carteles indicadores de la carretera mostró un nombre que hizo saltar todas las alarmas en mi cabeza: Getafe.

Recordé otra de las razones por la que no me gustaban las motos: no podías preguntarle al conductor a dónde ibas. Y, por supuesto, tampoco podía escuchar cómo le gritabas indignada, ni cómo le acusabas de secuestro, ni cómo amenazabas con bajarte a la primera oportunidad que tuvieras. Una amenaza bastante vana teniendo en cuenta la velocidad a la que íbamos y las pocas posibilidades de que ésta disminuyera antes de haber llegado a su casa. Porque era allí donde imaginaba que íbamos.

Me obligué a mí misma a tranquilizarme y admitir que, después de todo, su casa podía ser un lugar tan bueno como cualquier otro. Teníamos que hablar y en mi casa, la misma en la que había vivido con mis padres cuando aún éramos amigos, en la que habíamos pasado las tardes durante el instituto, quizás había demasiados recuerdos como para mantener la conversación que teníamos pendiente. Aunque allí probablemente me habría sentido más segura.

Jorge paró frente a un chalé blanco, rodeado por un muro bajo del mismo color, cubierto de enredaderas. El sonido de la puerta del garaje al terminar de abrirse, aunque no fue más que un susurro, sonó en mis oídos como el pistoletazo de salida de una carrera y mis nervios se dispararon. Aquel era su territorio y yo empezaba a sentirme cada vez más indefensa ante la idea de exponer mis sentimientos en una situación en la que no controlaba ningún aspecto.

Aparcó la moto junto a la entrada, cerca de un camino empedrado que recorría el pequeño jardín delantero hasta la entrada de una casa de dos pisos con amplias ventanas que me pareció enorme. Se quitó el casco y puso sus manos sobre las mías, aún aferradas a su cintura.

—Tendrás que soltarme si queremos entrar. —dijo volviéndose ligeramente hacia mí con una sonrisa en los labios.

Separé mis manos de él como si quemase, me apresuré a quitarme el casco y bajé de la moto como pude, consciente de mi torpeza al hacerlo, pero decidida a poner distancia entre nosotros lo antes posible. Jorge tramaba algo.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté mientras retrocedía unos pasos alejándome de su alcance.

—Tú has decidido no denunciar a tu ex y yo he decidido no perderte de vista hasta que se me pase el susto de esta tarde... —Su sonrisa creció, haciéndose aún más brillante y sus ojos se iluminaron con triunfo. — y algo me dice que eso no va a suceder pronto.

Con un rápido movimiento, cogió mi mano y me arrastró hacia la puerta de entrada. Sus palabras y el modo en que las había expresado me habían dejado aturdida e incapaz de reaccionar. Abrió sin soltarme y me invitó a entrar con un “bienvenida a casa” susurrado en mi oído que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera una vez más.

Al cruzar el umbral me encontré con un recibidor amplio, iluminado por los últimos rayos de sol que penetraban a través de las numerosas ventanas que rodeaban un salón diáfano que parecía ocupar casi toda la superficie del piso inferior. La zona de la derecha tenía muebles oscuros, paredes blancas, un enorme sofá gris marengo y un par de butacas de cuero negro frente a un televisor de pantalla plana que me pareció inmenso. A la izquierda una enorme mesa de comedor en el mismo tono oscuro que los muebles permanecía separada por un sofá blanco en el que parecía ser una zona de estar, rodeada por cristalerías del suelo al techo que daba al jardín trasero. Era una casa masculina, pero tenía un toque acogedor y cálido que pegaba

perfectamente con él. Me quedé ensimismada viendo todo aquel espacio y observando cada detalle. Las fotos de sus hermanas con los que supuse serían sus sobrinos y su madre adornaban las estanterías cargadas de libros. El ambiente era acogedor y su olor, una suave fragancia a bosque, inundaba cada rincón de la casa. El conocido aroma y el tacto de su dedo pulgar haciendo suaves círculos sobre mi mano, hicieron que la tensión desapareciera de mi cuerpo a la misma velocidad que las protestas por aquella especie de secuestro se disolvían en mi mente.

—¿Te gusta?

Jorge me miraba con intensidad a la espera de una respuesta cuando una mesa de dibujo colocada en la zona de estar, cerca de las cristaleras, atrajo mi atención. Al acercarme casi me quedé sin respiración al reconocer la imagen que me devolvía el papel sobre ella. Era yo... pero no parecía yo. Al menos yo nunca me había visto tan guapa al mirarme a un espejo.

—Aún no está terminado. —dijo Jorge a mi espalda.

—¿Soy... yo? —pregunté mirándole extrañada.

—¿Tan mal está que no te reconoces? —preguntó con una sonrisa.

—¿Mal? ¡No! ¡Es precioso! —mis ojos se habían quedado enganchados en aquellos trazos y mis dedos picaban por seguir las líneas del hermoso dibujo. Empezaba a sentirme nerviosa ¿realmente era así como me veía él? Con unos ojos enormes, una mirada dulce, una sonrisa brillante. —Es sólo que... parezco más guapa de lo que realmente soy.

Jorge apoyó su barbilla sobre mi hombro y me abrazó por detrás.

—¿Eso crees? —susurró junto a mi oído.

—Estoy segura —dije riendo nerviosa —Créeme, me miro al espejo cada mañana.

Se separó de mí unos centímetros, haciendo que cada célula de mi cuerpo lamentara la pérdida de su calor, antes de girarme hacia él dejando mis labios muy cerca de los suyos.

—Pero así es como te veo yo.

Mis manos volaron a sus hombros en un intento de mantenerme en pie. Sus palabras y, sobre todo, la forma en que las había dicho, habían convertido mis rodillas en gelatina en cuestión de segundos. Nuestras bocas apenas estaban a unos centímetros y la necesidad de cubrir aquella distancia y besar sus labios vibraba en mi interior. Él mantenía sus ojos fijos en mi rostro. Unos ojos cargados de dulzura que me hacían temblar aún más. Sus manos, que acariciaban mis caderas, me invitaban a relajarme y a dejarme llevar y,

mi mente saturada, cada vez encontraba más difícil encontrar un buen motivo para no hacerlo.

—¡Cariño! ¡Qué bien que hayas vuelto!

La voz de una mujer desconocida me sacó de aquel trance y di un tambaleante paso atrás intentando separarme de él, que casi hizo que la mesa de dibujo acabara en el suelo.

Las manos de Jorge se tensaron en mis caderas y su rostro se contrajo en una mueca de desagrado.

—¿Qué haces aquí, Sandra? —habló con dureza, sin volverse para mirarla.

Las preguntas saltaban dentro de mi cabeza. ¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué Jorge parecía tan enfadado con ella? Y... ¿le había llamado "cariño"? Levanté la vista y me asomé por encima de su hombro para echar un vistazo.

La visión de una preciosa pelirroja, de enormes ojos verdes, alta y estilizada, vistiendo unos estrechos vaqueros que abrazaban cada una de sus curvas y una delicada camisola de seda blanca se grabó en mi retina. El hecho de que aquella beldad, se hubiera dirigido a Jorge como "cariño" hizo que mi corazón se encogiera y yo deseara que el suelo bajo mis pies se abriera para desaparecer de allí. Pero las tensas manos de Jorge seguían aferradas a mi cintura y él ni siquiera se había vuelto para mirarla. Sentí la necesidad de apartarme de él, agarré sus muñecas e intenté hacer que me soltara mientras balbuceaba una disculpa.

Con un suspiro se apartó de mí lo suficiente para colocarse a mi lado. Cuando hice el intento de alejarme de él su brazo se enredó en mi cintura atrayéndome hacia su cuerpo mientras su otra mano acariciaba mi mejilla.

—Nena, mírame.

Mis ojos se habían clavado en el suelo esperando a que se abriera dándome mi tan ansiada vía de escape. Cada parte de mí sabía que no podía competir contra ella. Que no había ninguna razón para que Jorge me eligiera a mí en lugar de aquella mujer que le llamaba cariño y a la que obviamente le había dado las llaves de su casa. La sensación de pérdida se unió a una de irrevocabilidad. Se había acabado, Jorge era parte del pasado y al final, ni siquiera sería necesario mantener la conversación por la que había estado nerviosa hasta hacía solo unos segundos. Tragué intentando que el nudo que se había formado en mi garganta ante el inevitable adiós bajara, permitiéndome pronunciar la palabra que pondría fin a cualquier futuro con

él.

La caricia de Jorge en mi mejilla se tornó insistente y su mano en mi cintura se apretó con más fuerza.

—Claudia, nena, por favor, mírame.

Levanté la vista dispuesta a despedirme de él por última vez solo para encontrarme con unos ojos color miel cargados de ternura. No quería su ternura, ni su pena, ni su lástima, ¿por qué no podía haber zanjado todo esto en otro lugar? Mi mirada se desvió a la pelirroja que me evaluaba con obvio desdén ¿por qué había tenido que traerme a su casa y enfrentarme cara a cara con la mujer que había escogido sólo para hacerme más consciente de todos mis defectos e inseguridades? Mi cuerpo empezó a tensarse por la rabia y mis puños se apretaron ¿cuándo iba a acabarse aquel día? ¿qué más podía suceder?

Los brazos de Jorge me apretaron con fuerza contra su pecho, abrazándome y su cabeza se enterró en la curva de mi cuello. El susurro de su voz llegaba a mi oído desde muy cerca.

—Olvida lo que estás pensando Claudia. Ella no es nadie para mí, tú eres la única mujer que me importa, la única a la que quiero en mi vida.

El beso que siguió a sus palabras fue duro y agresivo al principio, pero lleno de ternura y suavidad justo antes de separar sus labios de los míos, reafirmando cada una de sus palabras. Sin soltarme, giró su rostro una vez más para mirar a la mujer que permanecía observándonos desde el otro lado del sofá blanco.

—Te he hecho una pregunta, Sandra ¿Qué haces aquí?

La mirada que Jorge le dirigía a la pelirroja estaba lejos de ser amable o cariñosa, ni siquiera mostraba la más mínima apreciación ante la indudable belleza de la mujer frente a él.

—La quieres. —El rostro de Sandra, mostraba asombro al pronunciar aquella afirmación.

—Más que a nada. —La voz de Jorge no transmitía atisbo de duda.

—¿Ella es... Claudia? —su mirada evaluadora me recorrió de arriba a abajo, esta vez con más curiosidad que otra cosa.

—Sí. —Una sola palabra que pareció crear una ola de entendimiento entre los dos.

Sandra asintió con la cabeza antes de mirarnos a los dos a los ojos alternativamente.

—Sólo he venido a despedirme. Me temo que me necesitan en el estudio

de Berlín, así que estaré fuera del país por tiempo indefinido. —Su mirada, posada sobre nuestros cuerpos abrazados, transmitía un profundo anhelo. — Te deseo lo mejor Jorge. Espero que seas muy feliz.

La pelirroja se giró en dirección a la puerta mientras sacaba una llave del bolsillo de su pantalón y la depositaba sobre la mesa.

—Sandra, espera. —La voz de Jorge hizo que los pasos de la mujer se detuvieran en su camino a la salida.

Jorge se inclinó hacia mí antes de hablar.

—Nena, ¿puedes darnos un momento, por favor? Necesito hablar con Sandra. —Su mano acarició mi brazo antes de señalar una puerta junto al sofá. —Esa puerta da a la cocina, ¿por qué no vas y te sirves algo de beber? En seguida me uniré a ti.

Asentí antes de separarme de él y dedicar una última mirada a la mujer que no dejaba de observarnos con curiosidad, y desaparecí tras la puerta que Jorge había señalado.

Capítulo 23

La observé mientras caminaba hacia la puerta de la cocina y respiré. Aún seguía allí. Claudia estaba en mi casa y había conseguido que no saliera huyendo. Atrapada en mis brazos había sentido el instante en que su cuerpo se tensó al percibir la presencia de Sandra, tan claramente como el momento en que se había rendido y deseado huir. Sus complejos de adolescente nunca la habían abandonado, tal y como había dejado claro al ver su retrato a medio terminar sobre mi mesa de dibujo. Su baja autoestima había asomado al ver a Sandra y su inseguridad la había hecho tensarse y buscar nerviosa una salida. La había aferrado contra mi pecho asustado ante la idea de que volviera a huir de mí, a encerrarse en sus miedos y no dejar que me explicase. Mis palabras habían surgido bruscas, en un desesperado intento de retenerla, de calmarla, de hacer que se diera cuenta de que ella era la única mujer de la habitación que realmente me importaba. El beso no había sido tan tierno como debería, pero necesitaba que sintiese mi pasión, mi deseo. El miedo a perderla de nuevo y la frustración por los acontecimientos del día, que parecían no dejar de torcerse, habían surgido como furia y posesión. Pero al parecer, si no había servido para aclarar todas las posibles dudas de Claudia, si había sido lo suficientemente claro para Sandra. El cambio en su actitud, la forma en la que nos había mirado, con sus inmensos ojos verdes cargados de anhelo y tristeza habían conseguido que por primera vez la viera de una forma distinta. No como una niña caprichosa y engreída, si no como una mujer sensible que deseaba ser amada, que alguien la quisiera de la forma en que yo amaba a Claudia. Con todo lo que era y todo lo que quería llegar a ser a su lado.

La puerta se cerró tras ella y me giré hacia Sandra, que permanecía observándome con curiosidad en el mismo punto cerca de la puerta.

—No es como me esperaba —dijo con una sonrisa en los labios —pero soy capaz de ver que es perfecta para ti.

—Sandra... —frenó mis palabras con un gesto de su mano.

—Es una mujer afortunada, Jorge y lo sabe. —Suspiró y su vista descendió fijándose en algún punto de la alfombra que cubría el suelo de la entrada. —Os merecéis ser felices juntos y espero no haber complicado demasiado las cosas con mi aparición. Ojalá yo...

Cuando elevó la vista, sus ojos verdes estaban vidriosos por las lágrimas y

no pude resistir el impulso de acercarme a ella y abrazarla. Me devolvió el abrazo y se apartó de mí.

—Te quería, ¿sabes? A mi manera, egoísta e inmadura, te quise Jorge, y los años que pasamos juntos fueron los mejores de mi vida, aunque fuese incapaz de valorarlos en aquel momento. Nunca nadie ha vuelto a mirarme como tú lo hacías. —La sonrisa que me dedicó estaba cargada de tristeza — Pero incluso alguien tan egoísta e inmaduro como yo puede reconocer el amor cuando lo tiene frente a sus ojos. Y la forma en que la miras... —su mirada se desvió hacia la puerta de la cocina —Siempre fue ella, ¿verdad?

—Sí, aunque ni yo mismo lo supiera entonces. Siempre ha sido ella. — Alargué mi mano para sostener una de las suyas. —Yo también te quise Sandra, pero Claudia es... una parte de mí. Siempre lo ha sido, aunque haya tardado mucho tiempo en darme cuenta.

—¿Crees que algún día encontraré a alguien que me quiera de ese modo? ¿Qué me mire como tú la miras a ella? —las lágrimas se derramaban por sus mejillas y mis manos las retiraron con suavidad.

—Seguro que sí. —La abracé con fuerza —Solo deshazte de esa máscara de superficialidad e indiferencia y deja que los demás conozcan a la mujer que hay detrás.

—Lo intentaré.

Sandra besó mi mejilla antes de separarse de mi abrazo y abrir la puerta.

—¿Amigos? —preguntó desde el umbral con una sonrisa cargada de dulzura en sus labios.

—Amigos. Sólo llama si me necesitas.

La puerta se cerró con suavidad y me quedé mirándola confuso. Aquella Sandra que acababa de marcharse era muy distinta a la de los últimos días y parecía mucho más real. Quizás, después de todo, no la había conocido tan bien.

Un ruido a mi espalda me hizo girar para encontrarme frente a una Claudia que me miraba insegura. Me acerqué a ella y la estreché entre mis brazos.

—Creo que tenemos mucho de lo que hablar —murmuré junto a su oído, inhalando su suave perfume. —Gracias por no salir corriendo.

—Teníais la puerta bloqueada —murmuró mientras su cuerpo se relajaba y sus brazos se aferraban a mi espalda devolviéndome por fin el abrazo.

Reí al tiempo que me permitía a mí mismo disfrutar de la sensación de su cuerpo cálido contra el mío durante unos segundos más antes de soltarla y agarrar su mano.

—Vamos.

Tiré de ella hacia la cocina. Sin soltar su mano saqué dos cervezas de la nevera antes de guiarla hacia el porche del jardín trasero. Era uno de mis lugares favoritos de mi casa, no había vecinos cerca y nadie nos molestaría. Tomé asiento en uno de los mullidos sofás del porche cubierto y tiré de ella para que se sentara a mi lado. Nervioso, di un sorbo a mi cerveza mientras observaba como la mirada de Claudia se perdía en los detalles del jardín, la pequeña piscina en forma de riñón situada a la derecha, los columpios que había instalado para cuando mis sobrinos venían de visita y los macizos de flores que mi madre se había empeñado en colocar y que daban vida y color al jardín. Tras la valla baja que delimitaba mi propiedad sólo había campo. Hectáreas de verde y amarillo que ascendían hacia una pequeña colina cubierta de árboles y que en aquel momento estaba iluminada por las últimas luces del sol de la tarde.

Mi mirada se perdió disfrutando de aquellas vistas y respiré hondo, intentando aclarar mi mente y mis sentimientos. No sabía muy bien cómo empezar ni por dónde hacerlo, pero sabía que de la conversación que íbamos a tener en aquel momento dependía en gran medida mi futuro y hacerlo bien se convirtió en mi objetivo principal. Cuando volví a mirar a la mujer a mi lado, ella me observaba con curiosidad y sus manos temblaron al dejar su cerveza sobre la mesa frente a nosotros antes de volver a mirarme.

—¿Quién es... ella? —agradecí la pregunta, que surgió de sus labios con cierta timidez. Eso, al menos, dejaba claro por dónde empezar.

—Ella es Sandra. Mi ex.

La mirada de Claudia bajó a su regazo donde sus manos permanecían enredadas arrugando el bajo de su vestido. No pude resistir el impulso de llevar una de las mías hasta ese mismo lugar y aferrarme a ellas. Necesitaba sentirla cerca, saber que estaba allí. Sólo esperaba que cuando hubiésemos terminado de hablar decidiera quedarse.

Respiré hondo y tragué saliva dispuesto a hablar sobre una época de mi vida de la que no estaba especialmente orgulloso, en la que había hecho daño a mucha gente a la que quería. Como a la mujer sentada a mi lado.

—La conocí durante mis prácticas después de la universidad, en Alemania. Era la hija del Sr. Pons, el dueño de la empresa para la que trabajaba. —Una sonrisa triste se coló en mis labios y suspiré. —Tenía 24 años, por aquella época todo en mi familia era una locura. El divorcio de mis padres no había conseguido que su relación mejorara y pudieran comportarse

como adultos, y con los años sólo iban a peor. Ese fue uno de los motivos por los que solicité la beca en el extranjero, necesitaba alejarme de todo, pero sobre todo de ellos. Las primeras semanas fueron de adaptación y una auténtica locura. El trabajo en el estudio de arquitectura era exigente, nada de limitarme a hacer fotocopias y servir cafés. La empresa puso a mi disposición una habitación en uno de sus pisos para becarios y personal, por lo que el alojamiento no fue un problema, ya que ellos corrían con todos los gastos. Así que, un par de meses después, adaptado al ritmo del trabajo decidí aceptar la invitación de mis compañeros de piso para salir con ellos una noche.

>>Richard y Eric también eran becarios en la empresa, llevaban algunos meses más que yo y estaban totalmente integrados en la vida nocturna berlinesa. Salir con ellos me abrió los ojos a un mundo que no había conocido y ni siquiera imaginado. Tanto Richard como Eric pertenecían a familias adineradas, se movían en aquel mundo como peces en el agua y al principio yo me sentía perdido. En mi familia nunca nos había faltado nada, pero no éramos ricos. Ellos eran los únicos amigos que tenía y la necesidad de encajar hizo que me esforzara en seguirles el ritmo. En el trabajo nos pagaban muy bien y prácticamente no gastaba nada, lo que, unido al dinero que mis padres me enviaban para ayudarme con mis inexistentes gastos, me permitió entrar en su ambiente como uno más. Casi sin darme cuenta mi vida se convirtió en trabajar de lunes a viernes mientras los fines de semana pasaron a ser una juerga constante. Recorriamos las salas VIP de los clubes de moda de la ciudad gastando desorbitadas cantidades de dinero en alcohol, alquilábamos coches de lujo para disfrutar de la noche o hacer viajes de fin de semana a cualquier sitio que se nos antojase. Pero mis compañeros además eran muy competitivos entre ellos y tú mejor que nadie sabes que nunca he podido resistirme a una competición. Quién bebía más, quién pagaba las copas más caras, quién llevaba la mejor ropa o alquilaba el coche más caro, quién se enrollaba con la chica más guapa o con el mayor número de ellas en una sola noche, se convirtieron en los objetivos de cada fin de semana. Sin darme cuenta me lancé de cabeza dentro de aquella espiral de superficialidad, alcohol, juergas, sexo y gastos desenfrenados y me dejé consumir por la necesidad de mis compañeros de piso de ser cada noche “el que más...”, acabara como acabase la frase. Y entonces apareció Sandra.

>>La hija del jefe, rica, divertida, inteligente y con un cuerpo de infarto, “la joya de la corona”. Richard y Eric me informaron de que jamás se había

liado con un becario, a pesar de que muchos lo habían intentado, y esa única frase sirvió para convencerme de que ella era la mujer de mi vida y no pararía hasta conseguirla. El hecho de que hiciera muy bien mi trabajo y comenzara a adquirir más responsabilidades me hizo llamar la atención del Sr. Pons que me acogió bajo su ala y me convirtió en su ayudante personal, acercándome a él y haciéndome visible para su hija. Lo que me acercó aún más a mi objetivo. Pero Sandra era una niña rica acostumbrada a tener lo que quería cuando quería sin importar el precio y, para llamar su atención, tenía que vivir a su nivel o, al menos, aparentarlo. Ahí fue donde me perdí definitivamente. Seguir el ritmo de Sandra no era sencillo, joyas, restaurantes, ropa, regalos, escapadas. Mi cuenta corriente comenzó a notar lo, mi madre pidió un préstamo para ayudarme después de que le llamase desesperado porque “mi jefe era un tirano y con lo que me pagaba no me daba ni para comer”. Préstamo que después supe que casi le cuesta su casa —negué con la cabeza sin levantar la vista del suelo, avergonzado, —pero en aquel momento sólo me importaba mantener el nivel de vida que tenía, la imagen de mí mismo que había creado y, sobre todo, conseguir a Sandra.

Levanté la vista del suelo para observar a Claudia que me miraba con una expresión ausente y sin pronunciar una sola palabra mientras yo me perdía en los recuerdos de aquella época. Su mano permanecía sobre el sofá a escasos centímetros de la mía, pero ella parecía estar a mucha distancia, demasiada. Casi tanta como los kilómetros que había habido entre los dos en aquellos tiempos. Sus dedos acariciaron los míos y mi mirada subió buscando su rostro para detenerse en la triste sonrisa que adornaba sus labios.

—Todos hemos sido estúpidos e inmaduros —dijo.

—Algunos más que otros. — contesté, devolviéndole la misma sonrisa triste e, incapaz de resistir más, aferré su mano buscando en ella las fuerzas que necesitaba para continuar hablando.

—El fin de semana de tu cumpleaños habíamos ido a Madrid a celebrar mi ascenso. Estábamos en la barra esperando a que terminasen de preparar nuestro reservado, Richard, Eric, un par de becarios más y algunos de mis nuevos amigos, cuando apareciste. —Apreté su mano con fuerza y me perdí en aquellos ojos marrones, mientras recordaba la noche en la que lo mandé todo a la mierda. —Cuando te lanzaste a mis brazos, en lo único en que podía pensar era en que Richard estaba a mi lado, observando, y descubriría que yo no era como ellos. Ahora pienso en términos como snob, superficial, falso, inconsciente o inmaduro. Pero entonces... para mí ellos eran interesantes,

divertidos, sabían disfrutar de la vida y eran unos auténticos triunfadores. Aquello era lo que yo quería ser y no podía permitir que nada se interpusiera. Tú ya no encajabas en mi nueva vida, al nuevo Jorge no podían importarle menos los sentimientos, ni siquiera los tuyos. Sólo me importaba yo mismo y mis objetivos. Después de nuestro encuentro en la barra sentí que no había hecho las cosas bien y que debía hablar contigo. Por eso bajé a buscarte. Pero supongo que mis palabras no ayudaron a hacer que te sintieras mejor, si no todo lo contrario. En mi mente, aquella era la mejor forma de dejar clara la situación, "un corte limpio" ¡menudo estúpido! Sabía que te había hecho daño y me sentí mal por ello, al menos hasta que volví con mis amigos. Richard había invitado a Sandra y a sus amigas para darme una sorpresa y cuando llegué les estaba hablando sobre nuestro encuentro. Nunca se le pasaba nada y había reconocido tu nombre de mis primeros meses en Berlín, cuando les hablé de mis amigos en Madrid, de mi familia, de Paula y de ti... Temí que haberte tratado como lo había hecho no hubiera sido suficiente para dejar claro que esa ya no era mi vida, conocía a Richard lo suficiente como para saber lo que pretendía. Dejarle claro a Sandra que ni yo, ni mis amigos, ni mi vida anterior, estaban a la altura de su nivel de vida, su estatus social y de ella. Pero, para mi sorpresa, la reacción de Sandra fue la contraria. Se acercó a mí, posó sus delicadas manos sobre mi pecho y, acercando su rostro al mío habló para que todos la escucharan a pesar del sonido de la música y las conversaciones. "Afortunadamente Jorge ahora sabe cuál es su sitio y no es junto a una mosquita muerta que no le llega a la suela de los zapatos. Alguien tan brillante y con tanto futuro merece tener a su lado a alguien mejor... alguien como yo." Me besó. Y aquel beso selló mi destino durante los seis años siguientes.

>>Nuestra relación vino acompañada de ascensos en la empresa de su padre, aumentos de sueldo, y una vida que oscilaba entre el trabajo duro y las banalidades propias de una novia acostumbrada a tener siempre lo que quería y que siempre quería lo mejor. Suerte que, por aquel entonces, yo quería exactamente lo mismo.

>>Al principio todo era perfecto. Tenía un buen trabajo, mi nombre como arquitecto comenzaba a cobrar importancia, una novia preciosa, educada, divertida, con mucha clase, un montón de contactos, y todo el dinero que pudiera gastar. Pero su ritmo de vida era difícil de seguir y yo comenzaba a tener cada vez más responsabilidades dentro de la empresa de su padre. Más proyecto, más reuniones, más viajes que para ella sólo eran un obstáculo para

que pudiera pasearse de mi brazo por los salones de la moda, las discotecas o los restaurantes más conocidos o pasar unos días de fiesta en el país que se le antojara en cualquier momento. No tengo excusa para todo aquello. Fui cruel, desconsiderado y un cabrón, y no sólo contigo. Lo fui con mi madre, con mis hermanas, con Paula y con todas las personas que alguna vez me habían importado y que me querían. Era joven, inmaduro y Paula y tú habíais sido lo único que funcionaba en mi vida, lo que me ayudaba a mantener los pies en el suelo y la cabeza fría... y no estabais allí para hacerme reflexionar o entrar en razón a golpes. Había apartado de mi vida a cualquier persona que pudiese meter un poco de cordura en mi cabeza. Para Sandra, el estilo de vida de mi madre y hermanas era demasiado común y Segovia le parecía una ciudad con poca clase, así que dejé de ir a visitarlas. Sólo cuando por algún motivo viajábamos a Madrid y ellas exigían un hueco en nuestra apretada agenda social, podía verlas. Supongo que poco a poco maduré, o me cansé del estrés asociado a aquel estilo de vida, o quizás la mirada y el tono de voz desaprobatorio de mi madre en las pocas ocasiones en las que nos veíamos o hablaba con ella me hizo reaccionar. Pero no fue hasta que llegó a mis manos un proyecto para construir un colegio para una ONG que trabajaba en África que las cosas para mí cambiaron realmente.

>>El Sr. Pons colaboraba con algunas organizaciones y les hacía los proyectos gratis además de sufragar gran parte de los costes de la construcción, pero hasta entonces no había tenido que trabajar en ninguno. Ver a aquellos niños, conocer a los miembros de la organización, ser consciente de sus necesidades y, sobre todo, de lo agradecidos que estaban ante el más mínimo detalle, de lo felices que eran cuando en sus vidas no tenían prácticamente nada me hizo reflexionar, preguntarme qué estaba haciendo con mi vida. Cuando finalizó el proyecto, pedí seis meses de excedencia y me fui allí, a trabajar como profesor en el colegio. No hace falta decir que a Sandra no le hizo ninguna gracia, pero menos le hizo cuando al regresar le dije que dejaba la arquitectura para dedicarme a la enseñanza. Nuestra relación terminó pocos meses después y no volví a verla hasta hace un par de semanas, cuando coincidimos en una inauguración por casualidad. Hablamos, reímos, recordamos y acabamos en la cama —sentí como Claudia se tensaba a mi lado y acaricié su mano con mi pulgar sin soltarla —para mí no fue nada más que una forma de decirnos adiós definitivamente de un modo más agradable del que lo habíamos hecho la última vez y creí que los dos pensábamos lo mismo. Pero ella no acepta un no por respuesta, o no lo

aceptaba, y el domingo por la mañana, antes de volver de Tenerife, recibí dos mensajes suyos diciéndome que me echaba de menos, que estaba deseando verme y que tenía una sorpresa para mí. La conversación que oíste... estaba hablando de ella, no de ti. Nunca de ti. Había vuelto a encontrarte, había querido llamarte tantas veces en los últimos años. Nunca dejé de echarte de menos, de pensar en ti cada vez que sucedía algo en mi vida, de desear compartir contigo cada paso, escuchar tus consejos o tus opiniones sobre cada decisión que tomaba. Disculparme, pedirte perdón, decirte cuánto te echaba de menos, cuánto te necesitaba en mi vida, explicarme... y de repente estabas allí y yo no podía creerme que realmente hubiese tenido tanta suerte.

Mis ojos se clavaron en los suyos inseguros, y mis manos acariciaron a lo largo de sus brazos hasta llegar a sus mejillas, manteniendo su cabeza justo frente a la mía, sin que pudiera evitar mi mirada y dejé que en aquel momento fuese mi corazón quien hablase por mí.

—Te quiero Claudia y no quiero pasar ni un solo día de mi vida sin ti. Sé que te he hecho daño y sólo puedo esperar que seas capaz de perdonarme y me des la oportunidad de demostrarte cuánto significas para mí cada uno de los días que me quedan de vida.

Capítulo 24

Cuando Jorge terminó de hablar, mi cabeza estaba a punto de explotar. Demasiada información en poco tiempo, demasiado que asimilar y revisar. A medida que hablaba, la sensación de abandono y traición que había alimentado durante los últimos años había ido calmándose para transformarse en comprensión. Habíamos sido demasiado jóvenes e inmaduros, la vida de Jorge había cambiado de la noche a la mañana ¿qué habría hecho yo en su lugar? ¿Qué habría hecho para encajar en un mundo tan diferente al mío?

A medida que había avanzado en su relato, las punzadas de culpa me habían sorprendido en más de una ocasión. Había pasado mucho tiempo sintiéndome abandonada, que lo necesitaba y él no estaba allí para mí. Pero él también me había necesitado y yo no había estado para él, incluso antes de que nos encontrásemos en aquella discoteca de Madrid. Sí, le hubiese bastado descolgar el teléfono y hacer una llamada para tenerme a su lado, pero ¿y a mí?, ¿y si yo hubiese hecho esa llamada?, ¿y si hubiese insistido cuando empecé a notar que se distanciaba?, ¿y si le hubiese obligado a hablar entonces, a contarme lo que estaba pasando en su vida? ¿Realmente había luchado por nuestra amistad o simplemente me había dado por vencida a la primera dificultad? La sensación de que el distanciamiento entre ambos no había sido sólo culpa suya y que yo también tenía una parte de responsabilidad que había estado eludiendo durante todos aquellos años crecía en mi interior.

Durante mucho tiempo había culpado a Jorge por abandonarme, sin preguntarme si yo había hecho algo por evitarlo, por hacerle saber que seguía estando ahí para él cuando me necesitase, que no quería perderle. Pero lo cierto es que me había rendido a la primera oportunidad y había vuelto a hacerlo al escuchar aquella conversación en Tenerife. Podía culpar a mis miedos, mis inseguridades o a mi baja autoestima, pero el resultado era el mismo. En aquel momento debí haberme dado cuenta de que el que hablaba no era el Jorge que yo conocía, que algo estaba pasando en su vida y que tal vez entonces era cuando más me necesitaba. Pero la culpa, el arrepentimiento y los “y si” ya no servían de nada. No había nada que pudiera hacer respecto a los últimos diez años, salvo aceptar mi parte de responsabilidad y pedir perdón. Algo que iba a hacer en aquel instante, porque las últimas palabras de

Jorge pendían sobre mí como un nuevo amanecer. Cargadas de esperanza e iluminando la posibilidad de un futuro juntos que no sería posible si no cerrábamos aquel capítulo y dejábamos atrás el pasado de una vez por todas en aquel preciso momento.

—Nena, por favor, di algo —Jorge me observaba con un mar de dudas en sus ojos oscuros sin soltar mis manos —Tú silencio me está matando.

Verle tan inseguro, esperando mis palabras como espera el agua un hombre perdido en el desierto, trajo una sonrisa a mi rostro. Soltando una de mis manos de entre las suyas, acaricié su mejilla con suavidad, bebiendo de su mirada.

—Lo siento Jorge.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba, sus manos soltaron las mías y me apresuré a retenerlas aferrándome a ellas con fuerza. Estaba inseguro y mis primeras palabras le habían hecho retraerse. En mi interior, sonreí con orgullo y no pude evitar pavonearme internamente al percatarme del poder que tenía sobre aquel hombre fuerte y orgulloso. En aquel momento fui realmente consciente de la verdad tras sus palabras. Jorge me amaba. Aquella afirmación y la certeza de que sus palabras habían estado cargadas de sinceridad hicieron que mi corazón se hinchara en mi pecho.

—No tienes que disculparte. Sabía que una disculpa y una explicación no compensarían diez años. Te llevaré a casa.

Comenzó a levantarse e intentó soltar mis manos, pero yo solo aferré las suyas con más fuerza.

—No voy a ir a ningún sitio, nene —ver el desconcierto y la esperanza que luchaban en el fondo de sus ojos me dio ganas de reír, pero no lo hice —no hay ningún otro sitio en el que quiera estar. Siéntate por favor, me temo que es mi turno de dar explicaciones... y pedir perdón.

—Nena, no hay nada por lo que tú...

Corté sus palabras con un gesto.

—Por favor, sólo siéntate y escucha. —Tomó asiento de nuevo, envolviendo mis manos con las suyas —Lo siento, Jorge. Siento haber dudado de ti, siento no haberte dado la oportunidad de explicarte después del domingo, pero, sobre todo, siento no haber estado ahí para ti durante los últimos diez años. Siento no haber insistido, no haber buscado una explicación para tu comportamiento de entonces, no haber luchado por nuestra amistad, por ti, como debí hacerlo, no haberte hecho saber de algún modo que, a pesar de todo, seguía estando allí para ti. Sé que en aquel

momento tú no habrías querido saberlo, que no te habría importado, pero eso no quita el hecho de que debí luchar por mi mejor amigo. Por el chico del que estaba, y estoy enamorada.

Un suspiro de alivio brotó de sus labios y me di cuenta de que aquel hombre fuerte, decidido y aparentemente seguro, que podía tener a la mujer que quisiera, había estado conteniendo el aliento a la espera de conocer mi veredicto. Sonreí y dejé que todo el amor que sentía por él se reflejara en mis ojos y mis palabras.

—Te quiero Jorge, siempre te he querido.

La sonrisa más brillante que había visto en mi vida colgó de sus labios durante un instante, justo antes de que impactaran sobre los míos con la fuerza de un misil, arrasando todo a su alrededor y convirtiendo en cenizas cualquier pensamiento. Su lengua atravesó mis labios sin encontrar resistencia alguna y saqueó mi boca. Perdida como estaba en aquel beso no pude evitar que un gemido de frustración escapara cuando rompió el contacto bruscamente.

—Dilo otra vez. —Sus ojos sondeaban los míos rogando por una confirmación de mis sentimientos.

—Te quiero. —Sonreí y los ojos de Jorge se iluminaron.

—Te quiero, nena.

Palabras sinceras, cargadas de sentimiento, sin atisbo de duda, que llegaron a mi alma y mi corazón como agua de lluvia en tierra seca. Bebí de cada una de ellas con cada poro de mi piel, con la absoluta certeza de que su amor era real.

Por primera vez no había fantasmas del pasado acechando. Cuestionando sus motivos, preguntándose qué se escondía tras ellas. No había dudas ni miedos en mi corazón, que se encontraba abierto y expuesto a lo que el futuro nos deparase. Sin desconfianzas ni celos. Sin guardar nada, sin esconder ninguna parte de mí. Sólo él y yo, con nuestros sentimientos al descubierto, dispuestos a afrontar el futuro. Un futuro que se extendía ante nosotros brillante y lleno de luz, sin una sola sombra del pasado que pudiera oscurecerlo.

Sabía que vendrían dudas, discusiones, problemas. Que mis miedos e inseguridades saldrían a la luz tarde o temprano. Pero Jorge me amaba y yo le amaba a él y esa certeza hacía que lo que tuviera que venir mereciese la pena porque sabía que ambos haríamos lo imposible por superarlas, por seguir adelante. Y lo haríamos juntos.

Esta vez fueron mis labios los que buscaron los suyos con desesperación, fundiéndonos en un beso hambriento, volcando en él el deseo reprimido de todos y cada uno de aquellos que nos habíamos negado durante la última semana y en todos los años anteriores. Mis manos temblaban cuando me aferré a su camiseta, sintiendo los músculos bajo ella y el veloz latido de su corazón igualando al mío. Las manos de Jorge acariciaron mi espalda y brazos antes de engancharse en mis caderas para atraerme hacia él. Con cada segundo, nuestro beso se volvía más intenso, más demandante, más ansioso. Como si necesitásemos sentirnos el uno al otro con cada poro de la piel, fundirnos en un solo cuerpo para asegurarnos de que realmente estábamos juntos y permanecer así para toda la eternidad.

La necesidad de aire hizo que nos separáramos, descubriéndome sentada a horcajadas sobre él, sin tener claro cómo había llegado hasta allí y sin que me importara lo más mínimo. El bajo de mi vestido enrollado a la altura de mi cintura, allí dónde sus manos, que ahora acariciaban mis muslos con intensidad, lo habían dejado en nuestra necesidad de sentirnos piel contra piel. La camiseta de Jorge había desaparecido, su pelo estaba revuelto y un deseo crudo, casi en carne viva, brillaba en la profundidad de sus ojos. La seguridad de que los míos reflejaban exactamente lo mismo unida a la necesidad de fundirme con él, dibujaron una sonrisa pícara en mis labios. Nunca me había sentido sexy, jamás había confiado en mi capacidad para seducir a un hombre, pero en aquel momento, bajo su mirada cargada de pasión y con sus manos devorando cada centímetro de mi piel en una danza lenta y arrolladora, me sentí la mujer más seductora y poderosa del mundo.

Dibujé sus labios con la yema de mis dedos antes de levantarme y tirar de sus manos. Le necesitaba con más fuerza de lo que nunca había necesitado nada ni a nadie. Le dirigí lo que esperaba fuera una mirada seductora y tiré de él hacia el interior de la casa. Aunque el jardín trasero estaba aislado no pensaba correr el riesgo de que ojos indiscretos pudieran ver lo que consideraba mío.

Jorge se levantó, me atrajo a sus brazos aprovechando el impulso y volvió a besarme mientras cruzábamos la puerta hacia el salón. Sus manos recorrieron mi cuerpo en busca de la cremallera de mi vestido que no tardó en decorar el suelo de la sala. Entre besos, recorrimos el camino hacia las escaleras. No sin algún tropiezo, dado que ninguno de los dos teníamos nuestra atención puesta precisamente en la ubicación de los muebles. El ascenso a la planta superior lo hicimos entre risas después de que él estuviera

a punto de tropezar con sus propios pantalones. Me sentía feliz, más de lo que me había sentido en ningún momento de mi vida y ligera, como si todas las tensiones, miedos e inseguridades me hubieran abandonado. Bromeamos, tropezamos, caímos y nos levantamos sin dejar de besarnos, acariciarnos y con una sonrisa de felicidad en nuestros labios. Me sentía tan completa, tan segura de que nada podría estropear aquel momento que era como si una parte de mi flotase en la inmensidad del universo, completamente relajada y disfrutando de aquel instante de pasión, confianza y... amor.

Varias horas después, yacía en la cama con mi cabeza reposada sobre su pecho, escuchando el suave y relajante latir de su corazón, mientras mis dedos acariciaban la suave capa de vello que lo cubría.

—No vas a casarte con él, ¿verdad?

Su pregunta fue apenas un susurro y me costó asimilar sus palabras.

—¿Casarme?

Me incorporé para poder mirarle mientras hablaba, sin preocuparme en lo más mínimo por mi desnudez. Su mirada se desvió de la mía segundos antes de responder.

—Le oí decir que eras la mujer de su vida y que habíais retomado los planes de boda.

—¿De qué estás...? —mi pregunta murió en mis labios antes de terminar de pronunciar las palabras. —Estabas allí. Fue tu moto la que salió disparada. ¿Por qué?

—Cuando volvimos de Tenerife quería hablar contigo, pero no me cogías el teléfono. Fui a buscarte a tu casa, pero nadie abrió la puerta, así que esperé en el bar de enfrente y... bueno, prefiero pensar que te estuve esperando allí, todas las tardes, para hablar contigo. —Me sonrió con timidez —Esperar suena mejor que espiar o acosar.

—¿Todas las tardes?

Esa afirmación casi hizo que me derritiese sobre el colchón. No pude evitar sonreír ante su comentario. Lo imaginé sentado durante horas en las incómodas sillas del bar frente a mi casa. Esperando a que apareciese, mientras yo permanecía encerrada en casa de Laura, dándole vueltas a todo lo que había pasado y sin atreverme a hablar con él.

—Todas las tardes. Hasta el jueves. —Su mano acarició mi espalda, empujándome cariñosamente contra su pecho haciendo que me recostara una vez más contra él. —Cuando te vi aparecer no fui capaz de reaccionar y cuando pude ir hacia ti ya habías entrado en tu portal. Llamé al timbre, pero

no respondiste.

—Llevaba días en casa de Laura, estaba deseando estar en mi casa para darme un baño con la música a todo volumen.

—¿Aún bailas por el pasillo envuelta en la toalla?

Aquella pregunta me trajo recuerdos que hicieron que me pusiera colorada de los pies a la cabeza. Nunca había olvidado aquella tarde, ni la extraña mirada en los ojos de Jorge cuando por fin reparé en su presencia. Estábamos en el segundo año de carrera y habíamos quedado para salir como todos los fines de semana. Jorge había llegado a casa temprano y mi madre le había dicho que estaba en mi habitación terminando de arreglarme. Según él, iba camino del salón para sentarse a esperarme con mi padre cuando unos extraños sonidos llamaron su atención desde el pasillo. Los “extraños sonidos” eran yo que, enrollada en mi suave toalla de ducha rosa fucsia y con un cepillo del pelo a modo de micrófono, recorría el pasillo desde el baño hasta mi habitación, cantando a voz en grito la canción de “Dirty Dancing^[vi]” y con la coreografía a juego. Cuando me di cuenta de que Jorge estaba parado en la puerta que daba al salón, recostado en el marco sobre su hombro, observándome como si fuese la primera vez que me veía, me quedé de piedra. De una piedra muy roja, eso sí, porque podía sentir como cada parte de mi cuerpo ardía y se ponía colorada de vergüenza. Cuando se lo había contado a Paula y Laura ambas me habían dicho que no entendían mi reacción, después de todo Jorge había presenciado momentos mucho más vergonzosos desde que nos conocíamos. Pero yo no había podido olvidar la forma en que sus ojos me habían recorrido de arriba a abajo, esa mirada que nunca antes me había dedicado y que en aquel momento se convirtió en el centro de mi mundo. A lo largo de los años, Jorge me había mirado con cariño, con ternura, con insistencia, con desesperación cuando lo había sacado de quicio, pero nunca como si fuera lo único en el mundo para él, algo precioso que... deseaba. Eso era lo que inundaba sus ojos en aquel momento, deseo. Y desde entonces, una parte de mí que no había querido admitirlo hasta algunos años después, lo único que había querido es volver a ver esa mirada en sus ojos dirigida a mí, sólo a mí. Porque fue en aquel mismo instante en el que me enamoré de mi mejor amigo.

—¿Algún día lo olvidarás? —Sonreí con timidez, intentando esconder mi rostro, temerosa de que pudiera leer en él mi más reciente descubrimiento.

—Espero que no. Porque fue en aquel momento cuando me enamoré de ti. Aquella confesión me hizo levantar la cabeza como un resorte y, sacando

a esa seductora que jamás había imaginado que existía en mi interior, acaricié sus labios con mi lengua y mordí su lóbulo derecho antes de susurrar junto a su oído.

—Yo acabo de darme cuenta de lo mismo.

Las manos de Jorge me sujetaron por la cintura atrayéndome hacia él hasta tenerme tumbada sobre su cuerpo.

—¿Cuánto hace de eso? ¿Más de 13 años? —dijo entre susurros a la vez que repartía suaves besos y pequeños mordiscos por mi cuello y oreja. — Hora de recuperar el tiempo perdido.

Eso fue lo último que oí antes de que invirtiera nuestras posiciones y se adueñara una vez más de mi cuerpo del mismo modo en que tanto tiempo atrás se había adueñado de mi corazón: sin que yo pudiera, ni quisiera, hacer nada por evitarlo.

No fue hasta horas después cuando el amanecer nos descubrió sentados en el balancín del porche, yo vistiendo una de sus camisetas y él con unas calzonas de deporte, disfrutando de una taza de café, cuando retomamos la conversación sobre lo que había visto el jueves en el portal de mi casa.

Después de que me contase cómo se había sentido al ver a Alonso besarme y escuchar cómo le decía a mi vecina que volvíamos a estar juntos y que íbamos a retomar los planes de boda ambos permanecimos callados unos instantes, disfrutando de las primeras luces del amanecer despuntando a lo lejos.

Aunque saber lo que había presenciado y cómo se había sentido, me ayudó a comprender su reacción más tarde al verme en “El Cubil” no pude evitar sentirme decepcionada. ¿Cómo podía haber pensado que yo era capaz de algo así? Pero... ¿no había pensado yo lo mismo de él? Y en mi caso sólo había escuchado una conversación a escondidas, no había habido beso ni ninguna mujer que lo abrazase mientras hablaba de planes de boda.

—Nena... ¿Tú quieres... casarte? —la voz de Jorge temblaba al hacer la pregunta.

—¿Con Alonso? —Mi cuerpo se tensó y sentí la necesidad de poner distancia entre nosotros ¿cómo podía preguntarme eso después de lo que había pasado entre nosotros?, ¿es que aún no le había quedado claro lo que sentía por él? —¿Cómo puedes si quiera pensarlo?

Los brazos de Jorge me estrecharon con fuerza y sonrió con picardía.

—Siempre tan desconfiada... —sus labios rozaron los míos con suavidad —No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad?

Sus besos y caricias consiguieron que mi cuerpo se relajase de nuevo contra el suyo y que mi mente perdiera el hilo de lo que estábamos discutiendo.

—¿Qué no voy a ponerte fácil? —logré balbucear entre besos un poco aturdida.

Sujetándome por los brazos, separó mi cuerpo del suyo unos centímetros. Su mirada decidida hizo que mi innata inseguridad asomara la cabeza y una parte de mí quiso dar marcha atrás a las últimas horas y esconderse lo más lejos posible. Pero aquel era Jorge y me amaba. Y yo no sólo lo sabía, sino que lo había sentido en cada fibra de mi cuerpo desde que nos habíamos reencontrado. Cogí aire a la espera de que dijera lo que tuviera que decir, sin imaginarme cómo podían sus palabras cambiarme la vida.

—Claudia... Nena... ¿Quieres... —cogió aire con fuerza y lo soltó antes de continuar — casarte conmigo?

Sus palabras rebotaron en mi cabeza y explotaron en mis venas como fuegos artificiales. Una mínima parte de mí recogió el hecho de que aquella sensación, la emoción que me embargaba al comprender el significado de sus palabras, no tenía nada que ver con lo que había sentido la primera vez que Alonso me pidió que me casara con él. Aquella vez había sido una decisión práctica, un paso más, lo que se esperaba que hiciéramos después de cinco años juntos. Con Jorge... las emociones, los sentimientos, las palabras, todo se agolpaba en mi interior queriendo salir a la vez. Todo lo que sentía por él desde hacía tanto tiempo, todo lo que quería decirle, todo lo que quería compartir con él, las veces que había soñado con esas mismas palabras saliendo de sus labios, con imágenes nuestras en una casa rodeados de niños, de paseos por la playa, de una vida en común. Todo lo que empujaba en mi interior se desbordó en forma de lágrimas y de repente me encontré llorando, acunada en su regazo mientras intentaba limpiar mis mejillas con sus dedos.

—Nena, lo siento. Es demasiado pronto, ¿verdad?

La turbación en su rostro mientras intentaba frenar las cataratas que se habían formado en mis ojos me dio ganas de reír... y lo hice. De manera que Jorge se encontró con una mujer entre sus brazos que oscilaba entre reír y llorar e incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Nena, Claudia ¿estás bien? Perdóname, no debí preguntarlo...

Le interrumpí de la única manera que podía hacerlo en mi estado. Besándole con todo el amor que sentía por él y rezando porque mi ataque de histeria no le hiciera cambiar de opinión.

La sensación de los labios de Jorge sobre los míos, la ternura con que sus manos recorrían mis muslos, subiendo por mis brazos y mis hombros hasta enmarcar mi rostro para atraerme a él y colocar mi boca de manera que pudiera profundizar aún más en nuestro beso, consiguieron calmar mi interior. Sentir mi cuerpo contra el suyo, me traía una sensación absoluta de pertenencia. Aquel era el lugar al que pertenecía, en el que quería estar durante el resto de mi vida, con Jorge, envuelta en sus brazos y perdida en sus besos. La intensidad se suavizó un instante, lo justo para permitir que tomara aire en mis pulmones y susurrara un “sí” muy cerca de sus labios. Sus manos, aún en mi rostro, elevaron mi cabeza para poner mis ojos a la altura de los suyos. Su voz estaba cargada de emoción al hablar, una mezcla entre esperanza, deseo e inseguridad bailaba en sus ojos.

—¿Qué has dicho?

Sonreí ante su mirada dubitativa y elevé mis manos a su cara para enmarcarla del mismo modo que él enmarcaba la mía.

—He dicho que sí, Jorge. —Mis dedos acariciaron sus mejillas y acerqué mis labios a los suyos. —Quiero casarme contigo.

Epílogo

Tres días después. Martes. Noche de karaoke en “El Cubil”.

—¿Estás seguro? —me frené en seco delante de la puerta del local. —No tienes porqué venir, podrías verlos mañana...

—Nena... —sus manos acariciaron mis mejillas forzando mi huidiza mirada —ya deberías saber que no pienso separarme de ti mientras no sea absolutamente necesario.

—Pero... —bajé la vista y encogiéndome de hombros —es noche de karaoke en “El Cubil”.

—Claudia, ya te he escuchado cantar —sus manos acariciaron mis brazos de arriba abajo y esa sonrisa suya que me volvía loca, curvó sus labios —no voy a salir corriendo.

—Lo sé, no es eso —resoplé antes de rozar sus labios con los míos —es que estarán todos.

—Nena... —me envolvió entre sus brazos, besando mi coronilla mientras yo me dejaba reconfortar por su olor y la sensación de su cuerpo envuelto alrededor del mío —No te preocupes. Laura y Carlos te quieren, se preocupan por ti y, para ser sinceros, han tenido razones de sobra para odiarme todos estos años —suspiró resignado —La verdad es que les estoy agradecido por haber cuidado de ti y haber permanecido a tu lado cuando yo no lo hice. —Sus labios rozaron los míos en una muda súplica, los dos lamentábamos el tiempo separados, pero eso ya era parte del pasado, de nuestra historia. —No te preocupes, los manejaremos.

Aún no estaba convencida cuando, con su mano firmemente envuelta en la mía y paso decidido, nos dirigió hacia la entrada del bar. Llevaba sin hablar con mis amigas desde el sábado. Laura y Paula ni siquiera sabían nada sobre mi encuentro con Alonso a pesar de que me habían llamado varias veces. Me había limitado a enviarles un mensaje en respuesta diciéndoles que estaba bien y que nos veríamos pronto. Había necesitado los últimos días para estar con Jorge. Los dos solos, sin interrupciones, hablando, recuperando el tiempo perdido de todas las formas posibles y reafirmando lo que sentíamos el uno por el otro. Por lo que ahora no me quedaba más remedio que enfrentarme a mis amigas de la mano de mi prometido (había dejado de preguntarme

porqué pensar en Jorge como mi prometido me causaba un estremecimiento de placer que nunca había sentido con Alonso) y sin saber cómo reaccionarían al descubrir cómo se habían desarrollado los acontecimientos, sobre todo después de la firme oposición de Laura a que retomara el contacto con Jorge. Mi amiga ni siquiera había querido que hablase con él después de volver de Tenerife.

Un coro de aullidos nos recibió al entrar en El Cubil, al que Jorge respondió sonriendo y negando con la cabeza. Conocía la historia, pero nunca había terminado de comprender nuestra extraña manada. Eché un vistazo alrededor y localicé un montón de caras conocidas. Laura fue la primera en acercarse a nosotros. Su mirada osciló de mi rostro al de Jorge y de ahí a nuestras manos unidas.

—¿Está bien? —preguntó mientras me abrazaba con un susurro cargado de preocupación.

La mirada de reojo de Jorge no me pasó desapercibida, ni su sonrisa divertida. Iba a llevar tiempo que Laura confiara en él, sobre todo teniendo en cuenta que nunca se habían llevado precisamente bien. Ni siquiera antes de que nuestras vidas tomaran caminos diferentes.

“Tomar caminos diferentes” podría parecer un eufemismo, pero ambos habíamos decidido que por el bien de nuestra relación debíamos dejar atrás el pasado y pensar en esos términos facilitaba las cosas frente a “cuando me rompió el corazón” o cuando “se deshizo de mí”, que eran los que había usado durante los últimos años. Después de hablar largo y tendido, Jorge y yo habíamos llegado a un acuerdo e iba a cumplirlo a rajatabla. Para nosotros sólo existía el presente y el futuro. Un futuro que ambos teníamos la firme intención de compartir hasta el fin de nuestros días.

—Mejor que bien.

Respondí a mi amiga en un tono mucho más alto del que ella había utilizado, para disipar las dudas de todos los que ahora nos rodeaban. Respondí a su abrazo y la besé con fuerza en la mejilla.

La mano de Jorge se posó en mi cadera y acarició mi espalda con suavidad antes de separarse de mí unos pasos, para saludar a Víctor que se acercaba a él acompañado de Raúl. Fue lo último que vi antes de que me rodearan Marta, Rubén, Elena (la mujer de Martín), y Laura y me llevaran hacia el sofá del fondo.

—¡Joder, Clau! —Un silbido apreciativo acompañó a las palabras de Rubén —Está aún más bueno de lo que recordaba y, créeme, guardaba un

buen recuerdo. —Un coro de risas siguió a su comentario.

—¿Tengo que preocuparme? —pregunté alzando las cejas con diversión.

—No cariño, mi churri me tiene más que feliz y satisfecho —respondió entre risas mirando a la barra donde Pablo servía bebidas a los chicos —sin contar con que ha amenazado con cortármelas si se me ocurre irme con otro.

—Nunca habría pensado que Pablo pudiera ser tan agresivo —dijo Lau entre risas.

—¡Oh, sí! Mi hombre es toda una fiera —sus ojos destilaban picardía y sus cejas subían y bajaban con humor —sobre todo en la cama —concluyó con un guiño.

Las risas sonaron y la parte de mí que había permanecido en tensión comenzó a relajarse. Estos eran mis amigos, siempre habían estado a mi lado y aceptarían a Jorge en el instante en que se dieran cuenta de lo feliz que me hacía estar con él.

—¿Y Paula? ¿No iba a venir? —preguntó Elena. Tímida, reservada y la persona más dulce que había conocido, se había ganado su lugar en nuestra manada en el mismo momento en que nos la presentó Martín.

—Sí, está de camino —respondió Lau —o, al menos, eso me dijo hace casi media hora. Supongo que debe estar a punto de llegar.

Cómo si las palabras de Laura la hubiesen invocado, Paula escogió aquel momento para entrar en el local. La sorpresa al ver que no venía sola ahogó el coro de aullidos. Siguiéndola de cerca, con actitud protectora y sin quitarle la vista de encima, Joon Virta, o el mismísimo diablo, como solía llamarlo Pau, la acompañaba.

La imagen de aquello dos nos llamó tanto la atención que Lau y yo fuimos incapaces de reaccionar, mientras Elena y Marta se levantaban a saludarlos y Rubén, alucinado, no apartaba la vista del rubio acompañante.

—¿Qué pasa? ¿No hay aullidos para mí? —Paula, con las manos en las caderas y golpeando el suelo con un pie, miraba entre la barra y el sofá.

Rubén fue el primero en reaccionar y todos lo seguimos. La clientela habitual, acostumbrada a aquello, que no dejaba de ser más que otra peculiaridad del local y que, para muchos, lo hacía un lugar más divertido, se unió a nosotros en el aullido.

Lau y yo abrazamos a Paula y ella, rápidamente, incluyó a Elena mientras Marta nos miraba divertida. A sabiendas de la imagen que había tenido de mí hasta no hacía mucho tiempo, podía entender que le costara encajarme en aquella locura de amigos y aullidos. Cuando nos separamos, tiré de ella para

presentarla.

—Pau, esta es Marta. Marta, esta es Paula, la loca del grupo.

—Y la reina de las lobas, que no se te olvide —terminó Pau con un guiño antes de dirigirse a Marta. —Así que tú eres la diosa griega con más ego que cerebro... ¿No?

Al oírla me quedé blanca. Sí, era cierto que había dicho eso de Marta durante el curso y seguro que ella había dicho cosas parecidas de mí. Pero eso había sido antes de conocerla, antes de que se convirtiera en una amiga y, desde entonces ambas habíamos evitado hacer referencias.

—¡Paula! —me giré hacia Marta después de ponerle cara de *yahablaremostúyyo* a mi amiga —Lo siento Marta, ya sabes que tú y yo no siempre nos hemos llevado bien y...

—Para Clau, —me cortó mi compañera —la verdad es que me gusta el mote y seguramente me lo merecía. Ahora sólo falta ver si me quedo también con el de Reina de las Lobas

Lo último lo dijo mirando a Paula. Ambas se quedaron observándose fijamente y contuve el aliento. Durante unos segundos Elena, Laura, Rubén y yo, las miramos sin saber qué hacer o qué decir y temiendo que aquello fuera el pistoletazo de salida de una guerra entre las dos.

—¡Me encanta! —Paula gritó de repente y se abrazó a Marta —Me parece que tú y yo nos vamos a llevar muy bien.

—Siempre que no te acerques a Raúl, así será. —Respondió con un guiño y ambas se fundieron en un abrazo mientras los demás mirábamos boquiabiertos y sin saber qué acababa de pasar.

Paula soltó a Marta y comenzó a saludar a los chicos. Cuando le tocó el turno a Jorge, ambos se abrazaron con fuerza y supe que todo estaba bien entre ellos. Por fin volvíamos a estar todos. Los chicos le presentaron a Víctor y tras los saludos, preguntas y comentarios de rigor, Paula se fue directa a la barra.

—Esto... reina... ¿no crees que te estás olvidando de algo?

Rubén se interponía entre ella y la barra, cabeceando en dirección al rubio que no había dejado de seguirla y observarla a una distancia prudencial, sin perderse nada. Paula le echó una de sus miradas asesinas a nuestro amigo.

—¡Ah, sí! —el fastidio era patente en su voz cuando miró por encima de su hombro para señalar a su acompañante. —Chicos, éste es el finlánico. Finlánico, estos son mis amigos.

El rubio permaneció impasible, sin dejar de mirar a Paula con una media

sonrisa arrebatadora en su rostro.

—¡Ale! Ya puedes ir a la barra y quedarte allí. —continuó Paula a la vez que lo desechaba con un gesto de su mano.

—¡Paula! Lau y yo no pudimos evitar mirar escandalizadas a nuestra amiga.

El rubio sonrió con resignación y habló sin dirigirse a nadie en concreto.

—Soy Jooná —su acento era extraño, mezclado y su voz profunda y grave. Miró a Paula antes de continuar hablando. —No tengo sed, pero gracias. Estoy perfectamente, de hecho, me encanta la vista desde aquí.

Sus últimas palabras estuvieron acompañadas por una lenta mirada apreciativa de la espalda de mi amiga deteniéndose en su trasero. Paula se tensó apoyada en la barra y los labios de Jooná se elevaron en una de sus comisuras mostrando una sonrisa canalla. Eso, y la forma en que había contestado a Paula, hicieron que no me quedase duda de porqué mi amiga se había enamorado hasta las trancas de aquel hombre. Compartí una mirada cómplice con Lau, que lo observaba con los ojos muy abiertos, y Rubén, que miraba de uno a otro aguantándose las ganas de aplaudir.

—¡Buena respuesta guapetón! —nuestro amigo se acercó a él, bajo la mirada fulminante de Pau, y le plantó dos sonoros besos —Soy Rubén, y más te vale tratar bien a mi reina... —miró de reojo a Paula que parecía muy entretenida con una servilleta —bueno, mejor no. Dale toda la guerra que puedas, que se lo ha ganado —concluyó, guiñándole un ojo, ante la mirada desencajada de Paula.

Después de presentarnos todos y pedir nuestras copas, observé las caras de los que me rodeaban. Al margen de mi familia, por primera vez en mucho tiempo, todas las personas importantes de mi vida estaban presentes aquella noche. Mi mirada se cruzó con la de Jorge, que hablaba con los chicos en la mesa alta junto al sofá. Mis labios formaron un mudo “te quiero” al que respondió del mismo modo. Un estremecimiento de placer recorrió mi cuerpo, como si la última pieza de un inmenso puzle acabara de encajar en su lugar y por fin, mi vida estuviese completa.

—¡Buff! Necesito ir al baño... otra vez —la voz de Laura me sacó de mi nube de amor.

—Tranquila, a mí con el embarazo de Martina me pasó lo mismo —respondió Elena con resignación—pasaba más tiempo en el baño que fuera.

—Vamos Lau, te acompañamos. —dijo Paula poniéndose en pie —Así Claudia nos cuenta todas las novedades.

—¡Y tú nos cuentas las tuyas, ¿no?! —dije con una enorme sonrisa mientras me enganchaba por un brazo a ella y otro a Paula.

Marta y Elena no tardaron en levantarse y acompañarnos al minúsculo baño del local, donde nos metimos cómo pudimos. Mientras Laura maniobraba con su barriga, los pantalones y el papel, (suerte que habíamos dejado los bolsos en el sofá), las puse al día sobre mi relación con Jorge. Les conté que habíamos pasado los últimos días hablando, intentando aclarar todo lo que nos había distanciado estos años atrás. Cómo nos habíamos estado poniendo al día de nuestras vidas, que nos queríamos y que queríamos estar juntos como pareja. Paula recibió la confirmación de la obvio con una sonrisa de oreja a oreja y la confesión de que Jorge y ella habían estado hablando durante el último año, por lo que sabía de sobra lo que él sentía por mí y nos deseaba lo mejor. Marta y Elena, que no habían vivido la historia desde sus inicios, pero la conocían lo suficiente, también se alegraron por nosotros. Laura era otro asunto. Aunque sonrió y me dijo que se alegraba, su voz transmitía inseguridad. Mi amiga aún no veía claras las intenciones de Jorge, se preocupaba por mí y tenía miedo de que volviera a hacerme daño y, aunque sabía que eso era porque yo era muy importante para ella y no quería que me hicieran daño, no pude evitar sentirme un poco triste porque una de mis mejores amigas no compartiera al completo mi felicidad. Sabía que llevaría tiempo, y precisamente por eso, decidí esperar antes de pronunciar la palabra con “b” y decirles que íbamos a casarnos. Para Laura aquello sería ir demasiado rápido y sólo conseguiría preocuparla más.

Salimos del baño entre risas y comentarios punzantes a Paula, que había evitado el tema de su acompañante salvo para explicarnos que le llamaba “finlánico” porque su padre era finlandés y su madre británica. Nuestra amiga seguía en sus trece, repitiendo que él sólo estaba en Madrid por motivos de trabajo y que entre ellos ni había ni iba a haber nada. Pero a ninguna de nosotras se nos escapó la forma en que su mirada lo buscó en el momento en que volvimos al bar, ni cómo se tensaron sus hombros al ver a una de las camareras hablando con él a muy corta distancia y con una mano posada sobre su antebrazo. Las cuatro reímos y compartimos miradas cómplices cuando, al alejarse Joonas para evitar su contacto de manera educada, los hombros de Pau volvieron a relajarse, aunque no perdió de vista a la camarera hasta que llegó a la barra. Laura y yo compartimos una mirada conocedora; Paula no tardaría en hablar con Rubén para que se asegurara que la chica no volvía a acercarse al hombre que consideraba suyo y con el que,

por supuesto, no tenía nada.

La sorpresa me la llevé al reconocer una de las voces que salían por los altavoces. Ver a Jorge subido en el escenario, micrófono en mano, junto a Víctor, destrozando la canción “Pongamos que hablo de Madrid” de Joaquín Sabina, casi hace que se me pare el corazón. Al menos hasta que nos entró la risa. Él siempre había odiado cantar en público, al contrario que yo, aunque entonábamos igual de mal, casi tanto como ser el centro de atención.

—Hacéis una gran pareja.

La voz burlona de Martín me encontró intentando recuperar la compostura y disimular las carcajadas que se transformaron en una enorme sonrisa cuando mi cerebro registró sus palabras. Su opinión era muy importante para mí.

—La hacemos, ¿verdad? —rodeó mis hombros con su brazo y me atrajo hacia él con cariño.

—¿Sabes? Es la primera vez desde que te conozco que te veo realmente feliz y ya te tocaba. La forma en que os miráis... me recordáis a Elena y a mí cuando nos conocimos.

—Espero que lleguemos a ser tan buena pareja como vosotros —contesté abrazándome a él.

—Yo sólo espero que no os de por hacer dúos en el escenario —dijo entre risas.

—¡Pero bueno! —Golpeé su espalda con suavidad entre risas. Como pareja artística no teníamos futuro ninguno.

Martín me estrechó con fuerza una vez más antes de separarme de él y girarme hacia el escenario. La canción había terminado y un Jorge bastante nervioso permanecía sólo sobre la tarima. Cuando nuestros ojos se encontraron y las primeras notas de “[Deja que te bese](#)” de Alejandro Sanz y Marc Anthony empezaron a sonar, pude sentir cómo todo a mi alrededor desaparecía; mis amigos, los clientes y el bar. Sólo estábamos él, yo y la letra de aquella canción.

*Deja que se enteren
cómo yo te quiero y cómo tú me quieres
Deja que nos miren.*

*Cuando te enamores no te quejes deja que mi alma brille
Dime qué hago, qué hago contigo
No me des pena, por mi vida te lo pido.
De verdad no tengo miedo*

*Pero ahora es cuando quiero.
Que me dejes que te mire y que te bese si es que puedo*

*Tú eres una necesidad, y sólo con un par de besos
Tú puedes derretir mi fuego puedes incendiar mi mar.
Si no me das un beso ya, tu boca se la lleva el viento
Y cómo le digo lo siento a este cuerpo que quiere amar
Tú eres la casualidad, más hermosa que me trajo el cielo
Quién dijo que yo estoy despierto si no paro de soñar
Si no me das un beso ya, tu boca se la lleva el viento
Y cómo le digo lo siento a este cuerpo que quiere amar.
Lalalara lalara lalarara...*

—Anda, deja que te bese de una vez —dijo Martín en mi oído, empujándome con suavidad por los hombros para que fuera hacia el escenario —Los dos estáis deseándolo y seguro que mis oídos os lo agradecerán.

Mi mente ni siquiera registró el último comentario burlón. Mis pies se movieron solos hacia el escenario. La mirada de Jorge, el hecho de que estuviera allí arriba, cantando en solitario, dedicándome aquella canción con la que me decía tantas cosas y que sabía que sólo era para mí, tejieron un embrujo que me atraía hacia él sin que quisiera oponer la menor resistencia.

Antes de darme cuenta estaba sobre el escenario, junto al hombre que amaba. Me atrajo hacia su cuerpo en un abrazo feroz y nuestros labios se fundieron en un beso cargado de pasión, amor y esperanza, bajo los silbidos, aplausos y aullidos de nuestros amigos.

—Te quiero, nena. Siempre. —Sus palabras susurradas entre besos llegaron a mis oídos como un juramento para el que sólo había una respuesta posible.

—Siempre.

FIN.

Sobre la autora

Kaera Nox es el seudónimo de una sevillana que a sus “taitantos” ha decidido embarcarse en la aventura de autopublicar su primer libro. Casi no se recuerda a sí misma sin un lápiz en la mano garabateando sobre folios, cuadernos o servilletas de cualquier bar. Escribir es su forma de desahogarse, de sacar fuera todo lo que lleva dentro, que no es poco. Entre libros se siente libre, siempre hay algo que aprender en cada uno de ellos y la vida se disfruta más cuando aprendes.

Enamorada de la música y de los libros se abre paso en esta nueva aventura con un libro que tiene mucho de ella y espera que no sea el último.

Puedes encontrarla en:

www.facebook.com/kaera.nox.5

Twitter: @KaeraNox_autora

e-mail: kaernanox@gmail.com

Agradecimientos

Hay quien dice que me paso la vida dando las gracias, pero cuando tienes la suerte de tener a tu alrededor a personas que están ahí cuando las necesitas, que aún sin conocerte te ofrecen su ayuda y apoyo, dar gracias es lo mínimo. Así que vamos a ello.

GRACIAS a mis padres, por educarme y enseñarme a ver la belleza de la vida y las personas sobre todo en los momentos difíciles. Por sentar las bases para hacer de mí la mujer que soy ahora, por estar siempre ahí. Gracias Mamá por cuidar de mí a cada paso desde allí arriba. Gracias Papá por ser mi ejemplo de amor desinteresado, por quererme, por aguantarme y por apoyarme a cada paso.

GRACIAS a mis hermanos, culada y sobrinos, los de sangre, los políticos y los que aún sin ser ni de sangre ni políticos lo sois en mi corazón. Por ser mi FAMILIA y por demostrarme cada día la inmensa suerte que tengo de contar con una familia tan maravillosa. Os quiero.

GRACIAS al que espero que algún día sea el Sr. Nox, aunque sólo sea oficialmente porque mi corazón y mi alma lo eligieron como tal hace ya muchos años. Gracias por quererme, apoyarme, cuidarme, valorarme... Gracias por ser tú y seguir a mi lado.

GRACIAS a mis amigas, las de siempre y las que han ido llegando con los años. Por las risas, los secretos, las

confidencias y los momentos compartidos. Por ser parte de mi vida y hacerme un huequito en las vuestras.

GRACIAS a Noni García, por sus consejos y sobre todo por su infinita paciencia. Gracias de corazón.

GRACIAS a Noelia Jiménez Sangüesa, por recordarme que, con valentía y esfuerzo, todos los sueños pueden hacerse realidad.

GRACIAS a Kelly Dreams, Noa Pascual, Raquel Plaza, Gema Tacón, Stefanía Gil, y tantos y tantos autores que me han servido de ejemplo y referencia para lanzarme a esta aventura. Gracias.

Y, por último, pero no por ello menos importante, GRACIAS a Dios por poneros a todos vosotros en mi camino.

Notas

^[i] “Saved by the Bell” (Salvados por la campana) es una serie de televisión estadounidense que narra la vida y peripecias de seis adolescentes en el instituto Bayside (California). Es un spinoff de la serie “Good morning, Miss Bliss”.

https://es.wikipedia.org/wiki/Saved_by_the_Bell

^[ii] BackStreet Boys es una boy banda estadounidense formada en Orlando, Florida, en 1993. La banda está formada por A. J. McLean, Howie Dorough, Brian Littrell, Nick Carter y Kevin Richardson.

https://es.wikipedia.org/wiki/Backstreet_Boys

^[iii] Someone swears his true love until the end of time/Another runs away, separate or united, healthy or insane

And to be yourself is all that you can do /To be yourself is all that you can do

To be yourself is all that you can do/Hey, be yourself is all that you can do

Even when you've paid enough/Been pulled apart or been held up
Every single memory of the good or bad/Faces of luck

Don't lose any sleep tonight/I'm sure everything will end up alright
You may win or lose

But to be yourself is all that you can do, yeah/To be yourself is all that you can do

Alguien jura su amor verdadero/Hasta el final de los tiempos
Otro huye / ¿Separados o unidos? ¿Cuerdos o locos?

Ser tú mismo es lo único que puedes hacer/Ser tú mismo es todo lo que puedes hacer

Aun cuando hayas pagado lo suficiente/Hayas sido destrozado o retenido
Con cada recuerdo/De la buena o mala cara de la suerte

No pierdas el sueño por ello/Estoy seguro de que todo acabará bien
Puedes ganar o perder

^[iv] Canción “[De Haberlo Sabido](#)” de Quique González

^[v] Referencia al abrazo en grupo que se daban los [Teletubbies](#) en su popular programa de TV infantil.

^[vi] Dirty Dancing es una película de género romántico con números de baile de 1987. Fue rodada en 1986. Escrita por Eleanor Bergstein y dirigida por Emile Ardolino, obtuvo un resonante éxito comercial y es considerada como un clásico de la década de 1980. Un famoso profesor de baile y una adolescente se abrazan al ritmo de la música venciendo las dificultades familiares. La exitosa banda sonora incluyó la canción [\(I've Had\) The Time of My Life](#) que fue galardonada con el Oscar y el Globo de Oro.